UNA ISLA PARA ESCONDERTE

ELENA MORENO SCHEREDRE

Grijalbo

ELENA MORENO SCHEREDRE

Una isla para esconderte

Grijalbo

Para mi padre, que no pudo acompañarme
en mi viaje literario a pesar de
haberme mostrado el camino

PRIMERA PARTE

El cuaderno de Lorenzo

Cuaderno encontrado por Eva Landaluce en la finca
El Paraíso (isla de Formentera, Baleares)

Termina el mes de febrero y sigo vivo.

Me muevo perezoso por la finca, que redescubro en este melancólico invierno. Paseo hasta los acantilados, recogiendo la leña que los vientos y el clima frío han ido dejando a su suerte. Al volver, enciendo la chimenea y permanezco inmóvil escuchando los sonidos de la soledad: crujidos de la madera que se resiente, la maleza arrastrada por el viento, el chisporroteo del fuego…

Creí que este confinamiento invernal iba a resultar hostil. Al fin y al cabo, he sido uno de los veraneantes que ocupaban la casa durante los meses de julio y agosto, ignorando la verdadera naturaleza de la isla. Ahora me adapto a ella aunque, en ocasiones, quiera escapar.

Debo esperar a quien me busca, a sus decisiones, a su tenacidad para seguirme hasta este lugar cuyos acantilados son un buen sitio para morir.

El clima que he encontrado es más azaroso que en verano, los vientos se cuelan desordenados y me zarandean a merced de corrientes inesperadas. Dos días atrás, hubo un aguacero y hoy sopla tramontana. Un aire húmedo impregna los días de algo parecido al abandono. Mis viejos huesos se resienten y busco el calor, pero la mayoría de los establecimientos de hostelería, incluyendo los hoteles, están cerrados. En el puerto apenas hay coches y las hileras interminables de motos de alquiler han desaparecido. No hay terrazas, los pocos que habitamos la isla buscamos refugio en el interior.

Salí de París acuciado por un sentimiento de desconocida inquietud. Hago frente a lo que venga, pues tengo la convicción de que cualquier

adversidad, salvo la enfermedad o la muerte, puede y debe afrontarse. Sin embargo, esta vez mis códigos de comportamiento parecían haber caducado; ya no era dueño de mi destino.

Estoy a punto de cumplir ochenta y un años. El camino no ha sido fácil, he conseguido cuanto he deseado, aunque el precio haya sido alto, pero si miro hacia delante (me cuesta hacerlo), solo me queda confiar en que lo que me quede por vivir se desarrolle sin contratiempos.

Nadie se refugia en invierno en la isla de Formentera. Todos escapan en busca de cines, tiendas o espectáculos. Muchos de los lugareños tienen casa en islas más grandes como Mallorca o Menorca, e incluso en Barcelona. No renuncian a su Mediterráneo y lo comprendo.

Preparé mi huida con la ayuda de Vincent Bertholom, el investigador con el que he trabajado gran parte de mi vida. Él no era partidario de que me refugiara en una finca que poseo desde hace cerca de sesenta años, pero casi todas mis propiedades están a nombre de una sociedad, lo que complica mi localización. Finalmente aceptó, creo que sabía que sería difícil disuadirme. «Nada de vuelos directos, Lorenzo. Utiliza el carnet que te he proporcionado siempre que te desplaces por Europa».

No le pregunté de dónde había sacado la documentación, mejor no saberlo. Se ocupó de mi vida tecnológica para que no la rastrearan y me dio más consejos de los que podía memorizar. Preparé el equipaje consciente de que algo semejante al miedo venía conmigo y me metí en el bolsillo aquel carnet francés en el que figuraban mi segundo nombre y mi apellido.

Desde París, envié dos bultos con lo que podía necesitar durante los primeros meses. Aunque en la casa debía haber lo necesario, no creía que estuviera preparada para pasar un invierno. Vincent me ha aconsejado que no realice compras significativas, al margen de alimentación o enseres. Se me pasó por la cabeza detenerme en Ibiza y adquirir algunas cosas que necesitaré para el frío y la humedad, pero tenía urgencia por llegar y detesto estar a la intemperie.

La isla es pequeña y lo parece aún más cuando está deshabitada. Las

tiendas que permanecen abiertas pueden contarse con los dedos de las manos, y en febrero cualquier recién llegado despierta interés. Llamé a Piero para pedirle que guardara el secreto de mi llegada. Él lleva muchos años aquí, tenemos una relación fluida y es lo más cercano a alguien de confianza. No me exigió explicaciones y tampoco se las di.

Volé de París a Ibiza tratando de controlar los nervios. He sido, hasta hace poco, una persona confiada, segura, y sin embargo nada era igual. Lo sentí al cerrar la puerta de mi casa en la avenue Foch, mi templo… Di dos vueltas a la llave, conecté la alarma y, a pesar de que pensaba volver, mis tripas no lo tuvieron tan claro. Cuando llegué al puerto de Ibiza, el Mediterráneo estaba oscuro, de un azul metálico casi de norte, y el ferry que me llevaba a Formentera daba la impresión de atravesar una cortina metalizada. Mi isla cálida desaparecía bajo una luz desconocida.

Piero me esperaba para llevarme a Sant Ferran. Traía pan, café, algo de embutido y fruta, lo suficiente para pasar los primeros días. Estaba encantado de tenerme allí, y como debía entregarle algo a cambio, le dije que una de mis transacciones se había frustrado y necesitaba quitarme de en medio algún tiempo. «Eso incluye a mi hija, Eva. Ni pío a nadie. Si te preguntan dices que soy un primo lejano mío. Voy a dejarme barba y se acabó el tinte».

Sentado en el porche, al abrigo del poniente, con el tibio sol de febrero calentándome, escribo en un cuaderno convencional, con cuadrícula orientativa y espiral en el lateral. Lo hago por el mismo motivo que existen los viejos documentos: no quiero que me engulla el olvido y menos si la parca me está esperando a la vuelta de la esquina.

Mi admiradísima Maria Callas me acompaña a través de los auriculares. Su milagrosa voz se desliza por mi torrente sanguíneo. La belleza de mi Casta Diva me redime, obligándome a contar a quien un día lea estas páginas que he pasado mi vida entre diamantes: históricos, perdidos, robados o retallados. Mi oficio ha sido observarlos, encontrarlos, buscarlos, valorarlos, averiguar su historia para que quien los posea finalmente sepa lo que tiene entre manos. Como en el cuento de Hansel y Gretel, vamos dejando migas de pan en el camino. Las grandes piedras caminan durante siglos, son

retratadas por los pintores, paseadas por las reinas o las amantes de los poderosos y siempre, absolutamente siempre, dejan huellas. Eso es justo lo que no debo hacer yo ahora, mientras los cuervos busquen mi rastro, pero guardaré este cuaderno con celo y en buena compañía.

Debería haber empezado diciendo que soy Lorenzo Landaluce Alberdi, que nací en la ciudad de Bilbao, apenas un mes después de que terminara la guerra que dejó tullidos a los españoles. Soy hijo de los destellos que el oro y la plata reflejaban en el escaparate de la joyería de mis abuelos y de mis padres. Allí, una tarde a la vuelta del colegio, con apenas diez años, me quedé fascinado por los diamantes que un hombre misterioso y triste llamado Abraham Cohen depositaba con sus precisas pinzas en una bandeja de terciopelo azul. Los Landaluce compraban los futuros «solitarios» de las prometidas ilustres. El señor Cohen venía de Amberes, una ciudad a la que, curiosamente, de adulto, viajaría infinidad de veces.

Hoy, soy el hombre que ha perseguido cinco diamantes que un día estuvieron engarzados en un collar que se atribuyó a la reina María Antonieta. Soy un experto en diamantes, las piedras preciosas que se arrancan de las raíces de la tierra no tienen secretos para mí. Recuerdo sus nombres, las veces que se han subastado, el precio que han alcanzado y el lugar donde duermen con su historia atrapada entre facetas. Por eso estoy aquí, en esta casa, en esta isla en la que he sido tan feliz, repensando mi vida por si me la arrebatan. Soy Lorenzo Landaluce, un mal padre, un gran amigo, un pésimo esposo y un buen amante. Soy el dueño de una historia que debo aprender a contar en esta soledad no elegida.

1

Eva Landaluce

Septiembre de 2020

> Se tambaleó de repente, como si se hubiese agotado al pronunciar tales palabras, como si hubiera comprendido de pronto lo mucho que eran cuarenta y un años y cuarenta y tres días.
>
> SÁNDOR MÁRAI,
> *El último encuentro*

Di la vuelta al candado para cerciorarme de que el acceso quedaba cerrado. Un sudor repentino me pegó la camisa al cuerpo. Aunque sabía que no me vigilaban, habría jurado que alguien, muy cerca, se ocultaba y me seguía. Mis temores se debían a las sombras, a la maldita fecha en la que estábamos y a que, durante la noche, el paraje que rodea al caserío se vuelve un festín de presagios.

Solté un par de maldiciones, levanté los ojos hacia la poderosa presencia de las montañas y contemplé aquel cielo del que colgaban estrellas diminutas.

—Dame una tregua, hoy estoy muy cansada… —Mi voz era apenas audible, pero la frase resonó devolviéndome un eco extraño.

Cada 30 de septiembre, allá donde esté, puntual como un tren inglés, mi padre ocupa mi consciencia para susurrarme que ya han pasado tres años desde que lo asesinaron en la isla de Formentera.

Me dije a mí misma que el tiempo lo cura todo. No era verdad. Lo

que hace el tiempo es ayudarte a no ir muriéndote por las esquinas con una puñalada en el alma que no te permite respirar, pero consuela recurrir a los tópicos. Traté de pensar en otra cosa. Aspiré el aire y olfateé el rastro de la resina de los pinos, la hierba mojada, la cercanía del mar.

En el aparcamiento, las dos farolas instaladas en primavera proyectaban un resplandor escaso. A pesar de las jardineras reventonas de geranios que mandó colocar Maite, seguía sin gustarme su superficie desnuda. Di unos pasos, con el corazón latiéndome veloz y el instinto vigilando mi espalda. Como cuando era niña, deseé ser invisible. Para ello solo tenía que cerrar los ojos, despegar del suelo e ir en busca de mi padre como lo hacía a los diez años, cuando creía que me había abandonado y tenía que inventarme poderes para localizarlo. Solo quería eso: cerrar los ojos y echar a volar por su mundo de reinas con tiaras de brillantes confeccionadas en casa Cartier. Pero ya no tenía alas y me faltaba lo más importante: el equipaje esencial de la inocencia.

Diez pasos más, nueve, apenas dos para conquistar mi Peugeot. Tomé aire concentrándome en el sonido del cierre electrónico al desbloquear las puertas, en el murmullo del arbolado al mecerse imperceptiblemente y en mi voluntad de olvidar. Tiré el bolso sobre el asiento del acompañante y busqué en mi cerebro un ejercicio que practico desde niña para ahuyentar los malos espíritus. Palabras que empiezan por «F»: fábrica, felicidad, falso, fetuchini, fortaleza… Me lancé por la sinuosa carreterita que une la finca con la autovía, con urgencia por llegar a la civilización y al olvido.

Desde las diez de la mañana, no había parado de ir y venir por el jardín engalanando sillas y colocando centros de flores, para que cuando llegaran los novios todo estuviera perfecto. Ante la feliz pareja, atendí demandas peregrinas, caminé arriba y abajo dando órdenes a las camareras, supervisando las bandejas que salían de la cocina y pidiendo a Jaime, el DJ, que no se resistiera a las peticiones de boleros de los invitados. La pandemia nos cerró las puertas a nuestro trabajo y ahora, con las medidas obligatorias, organizar una boda era un horror.

Instalamos nuestra empresa de eventos Plato de Postre en el viejo caserío Mendiri. Maite encontró el sitio perfecto para el negocio a unos kilómetros de Bilbao, en el municipio de Lejona. Se caía a pedazos cuando lo compramos. Lo habían construido cien años atrás en la falda de un monte rodeado de árboles centenarios y de inmediato sentimos que era el lugar. Venía con la promesa de un acceso que el Ayuntamiento sigue prometiendo. Lo restauramos conservando el tejado a dos aguas, las vigas, el entramado de madera en la parte alta y el pórtico profundo y grande en la entrada, que da a un prado verde y aterciopelado.

Allí organizamos celebraciones, desayunos para empresas y, fundamentalmente, bautizos, comuniones, bodas y cualquier recepción que desee el cliente. Yo me ocupo de la parte gastronómica: compongo los menús, cocino y superviso los servicios. Dirigir el baile de las cacerolas, emplatar mis creaciones como si tuviera varias estrellas Michelin y que el aroma de hogar se desparrame por la cocina es casi un vicio. Mi socia, Maite Zubiaur no sabe freír un huevo, pero conoce a todo País Vasco, organiza, presupuesta y acierta. Es sólida y dura como el pedernal, algo rácana, muy digna y con un corazón relleno de gelatina que disimula ante los demás.

No suelo confesar que odio las bodas, tampoco que al final del evento me siento un poco más vulnerable. Me alteran las resignadas madres de los novios y no soporto a las novias que invocan a los dioses de la perfección, persiguiendo detalles insignificantes y únicos para instituirse en modelos de una vida conyugal perfecta. Me escandaliza el dispendio económico de las celebraciones y no puedo evitar intuir la fatalidad flotando en las congas de última hora. Vivir en las nubes durante algunos periodos de la vida te fortalece para la adversidad, pero no hay que exagerar.

Al llegar a casa, fui directamente a la ducha para quitarme el olor a felicidad eterna. Envuelta en el albornoz, me deslicé en la tumbona del balcón a fumar ese único cigarrillo que me permito a diario. Desde las ventanas veo el mar, oigo su rugido y las sirenas que salen a mar abierto desde el puerto del Abra.

Esa madrugada la temperatura era cálida. Las mareas vivas habían

desnudado los acantilados que bordean la playa de Arrigunaga llevándose su arena y el olor a salitre me alcanzaba la nariz. El espectáculo de aquel rincón de mi tierra me ofrecía el refugio del amor acostumbrado, la última tibieza de septiembre, la sensación de que incluso aquel maldito día acabaría por desvanecerse. Permanecí atenta a los rumores del oleaje, a una risa lejana, al motor de una motocicleta que subía la cuesta con esfuerzo. Todo era perfecto salvo mis pensamientos. Ellos me obligaban a pelearme con una ola triste que crecía en la alta mar de mi vida.

De modo inconsciente busqué el tacto de la piedra de mi anillo talismán, un diamante azul montado en oro blanco que en el pasado había pertenecido a la amante de un duque de la familia Delacroix. Me lo regaló mi padre el día que nació Julia, mi hija. Pasé la yema del dedo por las pulidas aristas.

«La palabra "diamante" procede del griego *adamas*, que significa "invencible". Los diamantes son eternos, no como el amor de quien los ofrece; no se destruyen. Este tiene en su interior características que lo hacen único. Los diamantes son mensajes en una botella, una pista de las fuerzas físicas, químicas y tectónicas que operan en las profundidades de nuestro planeta. Quizá esta piedra se originó hace miles de años a cuatrocientos kilómetros por debajo de la superficie de una mina india o africana. Te protegerá».

Cuando Lorenzo Landaluce, mi padre, hablaba de sus diamantes, impostaba la voz, levantaba la barbilla y pronunciaba las palabras con un acento seductor. Deslizaba las eses como si profesara una promesa de amor y atenuaba las erres, que nosotros pronunciamos como si fueran una condena. Tras una vida en Francia, se le habían pegado los restos de su segundo idioma, el francés, y en ocasiones se atascaba buscando un adjetivo exiliado de su memoria. No es que hubiera olvidado el español o que no supiera francés, lo que le sucedía es que no lo tenía «aprehendido». «Aprehender» es apropiarse, agarrar algo de un modo definitivo, aferrarse. El francés era el idioma de su vida prestada.

Como cada aniversario, pensé que no podría huir eternamente de su reclamo, ni tampoco de aquel altavoz que el alma me había instalado

en las entrañas. Los esquimales poseen cincuenta y dos palabras para designar la nieve: una para cuando está cayendo, otra para la que ha caído ya, otra para la que va a derretirse inmediatamente… La pena me ha ayudado a descubrir que hay dos muertes en la vida de una persona: la real, la física, la del día en que dejamos de respirar y el corazón se detiene, y otra más dolorosa si cabe, que llega cuando quienes nos aman extienden el manto de su olvido y este nos cubre por última vez. Yo necesitaría un centenar de palabras para designar mi pena: la que siento por no haber podido amarle como hubiera deseado, por haberlo amado como lo hice o por no poder darle un abrazo, aunque note su presencia cada 30 de septiembre.

Si mi padre hubiera muerto en su cama, de un infarto o a causa de una enfermedad terminal, todo habría sido más fácil. Me habrían bastado las palabras que existen para nombrar los agujeros que hace la pena en el corazón. Pero lo asesinaron, profanaron su casa y no me ha quedado más remedio que cargar con ese horror.

Veo su seductora imagen: los ojos achicándose en una sonrisa, los pies grandes enfundados en elegantes zapatos italianos, los rizos del pelo cano, su olor a ámbar y sándalo. Veo al hombre fascinante que envuelve en una coraza su corazón, al que no se pliega a hacer las cosas «como Dios manda», al que me besa cerrando los ojos… Y luego reaparece la terrible visión de su final: su dedo índice enganchado en el bolsillo del pantalón con la inercia del gesto involuntario, el desgarro de la camisa a la altura del hombro derecho, la mueca de la boca rota, los regueros de sangre que discurren como los afluentes de un río escalofriante.

«Tres años después, sigo anclada a ti, llorándote hasta debajo del agua. Vienes y vas como siempre lo hiciste, con esa manía persistente de abrazarme desde la lejanía. Has vuelto a abandonarme, a dejarme empapada en un anhelo que se parece tanto al de mi niñez que sigue impidiéndome crecer sin ti».

Nadie me responde.

El cuaderno de Lorenzo

El teléfono se ha vuelto un extraño. Lo olvido en cualquier lugar y paso tiempo buscándolo para finalmente comprobar que nadie me ha llamado. Hace unos meses, cuando las amenazas cobraron solidez, mi investigador contrató un servicio de desvío de llamadas. Ahora tengo un nuevo número que mis contactos desconocen pero desde el que puedo comunicarme. Vincent me explicó que un ordenador traspasa a mi teléfono las llamadas procedentes de los números que he elegido y las demás se desvían de forma automática a un buzón cuya clave tengo únicamente yo. Mi terminal debe de estar en París o en algún lugar que controla un experto. A veces lo tengo claro, otras no entiendo bien el trasiego de los mensajes, pero me rindo, pues la finalidad del galimatías es tratar de que quien quiera encontrarme no lo tenga fácil. De cualquier modo, apenas hay cobertura en esta zona de Punta Prima, y los vientos invernales no ayudan precisamente.

He establecido una rutina que me protege de la sensación de estar siendo observado por mis fantasmas. Intento no madrugar. Me quedo en la cama escuchando la radio y, hacia las doce, doy un largo paseo. Después, con la taza de café en la mano, me siento en el porche, como algo, pongo música y tomo la pluma. El leve rumor que hace al rasgar el papel me facilita escuchar mi propia confesión. Escojo las palabras con una prudencia que sé que perderé a medida que el relato avance. No quiero que esta escritura se asemeje a un diario, un aburrido testimonio de mi aventura vital. Tampoco deseo que estas páginas resulten un testamento. En realidad no sé bien lo que pretendo, quizá solo entretenerme contando lo que ha constituido la pasión de mi vida. Deseo que quien jamás haya visto brillar un diamante, un rubí,

una esmeralda, comprenda como su belleza puede arrastrarte a un destino que nunca imaginaste.

Levanto la vista, me ajusto las gafas; una cuadrilla de lagartijas viene a por los restos de comida. Son tímidas y me escondo para ver cómo pelean entre ellas. Me adormezco acunado por el sonido del viento preguntándome cómo me ha resultado tan fácil dejar París y venir a este rincón del mundo. Lo cierto es que no albergaba demasiadas esperanzas. Estaba seguro de que más temprano que tarde buscaría un billete para volver a mis exposiciones, a mis cafés en Tuileries y a revisar mi correspondencia con minuciosidad. Pero aquí estoy, conquistado como la primera vez que llegué a esta isla.

Esta paz no habría sido posible si hubiera dejado mis piedras y joyas en París, como me aconsejó Vincent. Me siento tranquilo al saber que están conmigo. Ellas han sido la verdadera brújula de mi vida. Sus azarosos viajes a través de los siglos han logrado conquistarme más aún que las mujeres, las ciudades o la vida misma. Ahora, tumbado aquí, con ellas bajo mi tutela, no necesito nada más.

He escrito esa frase tan rotunda movido por la emoción; sin embargo, la sensación de certeza apenas ha durado segundos. Sí tengo necesidades. No soporto que alguien amenace mi propiedad, que se crea con derecho a robarme. La maldita ley de la selva, esa de que el fuerte acaba con el débil, no puede seguir aplicándose a los ciudadanos de este siglo. Quizá mis perseguidores estén cerca, quizá en uno de los barcos fondeados en torno al puerto, en un tren de alta velocidad con destino a París o en las calles de Nueva York… No quiero que mis piedras caigan en manos de un chantajista. Deberían estar en el Louvre o en el Prado, donde puedan admirarse, donde se conozca su historia de ambición, vergüenza, locura y belleza.

Mi amiga Clémence, la historiadora del museo del Louvre, sería feliz si sucediera, pero ni imagina que el noble señor Landaluce ha hecho su sueño realidad. Antes que ella, está mi hija, o el lector de este cuaderno, que deberá saber por qué escribo y dónde empezó todo.

Como preámbulo diré que he trabajado para las casas de joyería y salas de subastas más importantes del mundo. He actuado como mediador o perito para clientes, marchantes, coleccionistas y para una

asociación de recuperación del patrimonio expoliado por los nazis. Me he forjado y he aprendido el oficio en casa Cartier, donde tuve la inmensa fortuna de conocer la sabiduría de madame Toussaint. Me enorgullezco al recordar las comidas compartidas con Ronald Winston, el hijo de Harry, uno de los joyeros más relevantes de la historia.

Por mis manos han pasado piezas de joyería que pertenecieron a las casas reales europeas de los siglos en que la monarquía era cosa de dioses… Tiaras, collares, pendientes, dijes, anillos, brazaletes, broches y peinetas. Espejos, botonaduras, anteojos, cajas o vajillas aderezadas con piedras para las reinas, los reyes, los cardenales o las amantes… Las joyas, esos símbolos que deslumbraban a los menesterosos y les restan valentía para desalojar a la sangre azul.

Y, sin embargo, hoy siento que el peso del tiempo aplasta aquello que sostuvo mi existencia. La razón es que no he sabido entregar la parte de mí que correspondía a los que me amaban. Es demasiado tarde para volver atrás, pero he llegado a tiempo para reconocer que la culpa la tuvo uno de aquellos personajes de la historia monárquica de Francia: María Antonia Josefa Juana de Habsburgo-Lorena, conocida como María Antonieta, a quien casaron a los catorce años para estrechar lazos entre dos dinastías enfrentadas y convertirla en la reina consorte de Francia y Navarra.

2

Eva Landaluce

Septiembre de 2020

> Entre en sí mismo. Investigue el fundamento de lo que usted llama escribir; compruebe si está enraizado en lo más profundo de su corazón; confiésese a sí mismo si se moriría en el caso de que se le impidiera escribir.
>
> RAINER MARIA RILKE,
> *Cartas a un joven poeta*

Eran casi las once de la mañana cuando aparecí en la cocina. La tía Fina se acercó para darme los buenos días y me estampó uno de sus besos ruidosos y repetitivos.

—Cariño, ¿has dormido bien?

—Como un bebé —mentí.

—Tómate el zumo, que se le escapan las vitaminas. —Expeditiva, me puso delante un vaso de naranja exprimida—. Voy a vestirme.

Los lunes son míos. No tengo que colocar cien canapés de *foie* con salsa de manzana en bandejas como si estuviera en la cadena de montaje de la Volkswagen. Desayuno sin prisa y aprovecho para sentarme frente a la pantalla a revisar mi sueño literario de escribir un libro de cocina sobre especias y hierbas aromáticas. También los lunes visito a mi madre en la residencia.

—Eva, me voy a la peluquería. Dale un beso a tu madre. No me esperes. Y descansa.

La tía desapareció dando pasitos cortos seguida de un culo redondeado por la faja reductora. Ella ha sido mi ángel de la guarda. Vive a quince kilómetros, en Plencia, un pueblo marinero de la costa de Vizcaya donde fue maestra, pero le gusta venir y entrometerse como la madre que en realidad ha sido. Tiene su propia habitación y mi cariño incondicional.

Después de escribir que «la cayena hacía bailar el ánimo y disuadía la pacatería de algunos postres tradicionales», comprobé si mis ligues virtuales estaban conectados.

Con mis cómodas zapatillas, bajé a paso ligero por la avenida Basagoiti hasta el lugar donde mi madre se empeñaba en seguir viva. La encontré en el jardín con el cuerpo orientado hacia el mar, envuelta en los delirios propios de su deterioro, moviendo las manos en busca de esas mariposas que la visitan únicamente a ella. Quise quererla arreglándole el pelo, besándola, pero hace años que no me reconoce. Recurrí a Gregory Peck, el único hombre de su cerebro que ha sobrevivido al alcoholismo. Nombrarlo era recobrarla.

—Mamá, ¿quieres que te cuente lo que me ha dicho Gregory Peck?

Sonrió y durante unos breves instantes fue mía. Recité de memoria parte del diálogo de Ava Gardner en *Las nieves del Kilimanjaro* y por arte de magia encontró la paz. Al despedirme, le dije adiós con la mano como las reinas desde sus carrozas. Hacía aquel movimiento rítmico cada lunes y cada lunes pensaba que quizá fuera el último.

Una luz frágil y lechosa iluminaba las esquinas del pueblo sin abrasarlas. En la frutería de la plaza vi unos tomates en rama que devolvían la fe. Compré medio kilo y una raíz de jengibre para aliviar un resfriado incipiente. Mientras pagaba, me sonó el teléfono en el interior del bolso.

—Buenos días. ¿A qué hora terminaste? —me preguntó Maite mecánicamente.

—A las tres. Eran formales. He dejado en el despacho un móvil, un zapato y una pamela horrible… Imagino que llamarán.

—Nos han aceptado el presupuesto del concesionario de coches. Acaban de mandar un mail. Por fin empieza a moverse esto… ¿Dónde estás?

—Vengo de la residencia y ahora voy a casa.

—¿Estás bien?

Sin Maite Zubiaur iría por la vida coja, metiendo el pie en los agujeros que la vida o el Ayuntamiento no tapa. Mi casa ha sido su casa, su vida es también mi vida. Juntas elegimos el primer coche, me acompañó al ginecólogo cuando me quedé embarazada de Julia, estuvo en su nacimiento y le dieron la enhorabuena creyendo que era mi pareja.

Nos hemos ocupado de que sus hijos fueran mis sobrinos y los primos de Julia, también de que en Navidad hubiera una mesa muy larga llena de buenos deseos. Más de una vez, he mirado perpleja las fotos de los momentos felices de mi familia y es el árbol genealógico con más injertos que existe. La administración nos denomina «familia monoparental» o, para ser exacta, una madre soltera con una hija que tiene un padre que no quiso ser padre. Tengo una hermana que no es hermana, una amiga que sí lo es, una tía que es en realidad una madre y una madre que no sabe que lo es porque se la llevó el alcohol por delante.

Soy una huérfana emocional acogida a la lotería de los abrazos. Vivo sabiendo que la sangre no es el único vínculo que hace indisoluble el amor y por ese vínculo supe que Maite, cuando me preguntó si estaba bien, era porque estábamos a 30 de septiembre.

Me comí los tomates con un aceite traído de una almazara de Jaén que administraba como si fuera Chanel Nº 5. Devoré algo más de chocolate de lo aconsejable y, casi con prisa, desplegué la manta situada en el brazo del sofá. Me disponía a echarme mi sagrada y deliciosa siesta, pero lo cierto es que no encontraba la postura; un abejorro zumbaba en el aire. Cerré los ojos; deseaba íntima y secretamente que aquel día se acabara para poder pasar la hoja del calendario.

No habrían transcurrido más de un par de minutos cuando el sonido del móvil rompió mi empeño en desaparecer. Maldije no haberlo silenciado. Envuelta en la manta como un capullo de gusano de seda, intentaba dar esquinazo a la tristeza, no quería responder, pero pensé en mi hija, que el día anterior se había ido con su padre y sus

hermanos.

—¿Dígame?

—Eva, soy yo.

El inconfundible acento de mi hermana hizo que me incorporara. Guadalupe, o Lupe, como la llamamos, porque no quiere que su nombre huela a Virgen, es la hija de Carmen, la mujer que vivió con mi padre durante gran parte de su vida. No nos unen lazos de sangre, pero, como he dicho, es mi hermana, y también una de mis preocupaciones constantes.

—¿Qué pasa?

—Me ha llamado… Está en Niza y quiere verme —exclamó con un tono dramático, y añadió—: Hervé.

A pesar del aturdimiento, me tranquilicé. Mi hermana está acostumbrada a pensar únicamente en ella. Comprendí que aquel nombre debía justificar por sí mismo la llamada.

—*Mon amour*… —pronunció como si fuera la mismísima Jane Birkin—. Tienes que venir —musitó con vocecita de niña—, te necesito. No puedo dejar mis asuntos en manos de nadie que no seas tú.

La conocía. Sus pausas tenían la intención de que procesara su explicación no como el chantaje que era, sino como una expresión de amor sublime.

—Entiéndeme… —Al otro lado, Lupe soltó un suspiro de esos que permanecen agazapados en el diafragma durante días, meses y hasta años—, tú siempre me dices que no se puede dejar a la gente tirada, y además te vendrá bien. Ya sabes por qué lo digo. Deberías tomar decisiones de una puñetera vez y ver cómo está El Paraíso.

Al otro lado, allí en Formentera, el deshielo de las nieves perpetuas de mis recuerdos emitió un crujido que mi hermana no podía advertir.

—Me moriré si no voy a verle —insistió.

No quise preguntar de qué estaba hecha aquella desazón inaplazable que viajaba kilómetros por satélite, fibra óptica o por donde quiera que lo hagan las urgencias de las desbordantes pasiones. Lupe babeaba, y yo temblaba al pensar que mi hermana me llamaba, precisamente, el 30 de septiembre.

—¿Sabes qué día es hoy?

—No sé… ¿Lunes?

—Bueno —abandoné la ilusión de que mi hermana se acordara del aniversario de la muerte de su padrastro—, cuéntame, pero hazlo con claridad, te lo suplico —pedí resignada.

Sus palabras sonaban a «*rien ne va plus*», esa frase que dicen los crupieres en los casinos y que significa que, aunque te haya dado un pálpito al mirar el veintidós, ya no se puede apostar más, porque la ruleta ha comenzado a girar. Mi hermana hablaba de aquel francés como si fuera el último hombre que quedara en la tierra.

Por algunas de sus llamadas desesperadas, sabía que él la tomaba y la dejaba como un autobús de línea. Su Hervé se ausentaba durante semanas para volver dulce y solícito. No tenía el placer de conocerle, pero intuía que cuando él le decía a mi hermana «*Tu es mon amour*», ella se volvía gaseosa y que, al salir de su casa, cuando la miraba arrebolado mientras le ordenaba el pelo, los collares y la autoestima, mi hermana se volvía nadie. Con semejante panorama, era evidente que ella saldría volando a Niza, tanto si estaba yo allí como si no.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Lupe quemaba uno de esos cartuchos que lanzan los náufragos desde el bote salvavidas con la esperanza de que lo recoja un barco. Iba a cumplir cuarenta y cuatro años, el sonido de los tambores en la selva de sus hormonas se hacía intenso, la biología reclamaba orden y su francés era el último amor de su vida. Mi hermana quería un compañero, también un hijo que diluyera su propia orfandad, y aquel hombre que se había metido en su casa para pasar la pandemia acompañado era, al parecer, el candidato ideal.

Con un pasado de saltimbanqui, Lupe había encontrado su lugar en el mundo: Formentera. Desde hacía muchos años, se encargaba de satisfacer las urgencias de los turistas de alta gama que poseían casas en la isla o acudían en los barcos a sustituir a los hippies de otros tiempos. Ella los esperaba en el puerto, les prometía relax y felicidad, hacía sus compras, se ocupaba de sus mascotas, suministraba catering, médicos discretos para sus excesos o canguros para sus hijos… Su teléfono corría de mano en mano en Milán, París o Berlín. Sobrevivía

muy bien, gracias a la pereza y los caprichos de sus clientes, que ocupaban su tiempo de mayo a octubre. El resto del año vagabundeaba por el Pacífico, me visitaba o regresaba a México para estar con su madre.

—Soy capaz de dejarlo todo, Eva… —me amenazó, sabiendo de mi temor a que volviera a ser la mexicana errante y a punto de perderse.

—No digas tonterías.

Sabía poca cosa de él. El francés la tenía hipotecada con su *amour*, así que se me pasó por la cabeza la idea de que mi hermana podría muy bien cumplir la velada amenaza que contenían sus palabras: tirar todo por la borda y seguir a su caballero.

—Parece que le hubiera estado esperando toda la vida…

Suspiré. Eso lo había oído antes. Mi Lupe cree en las reencarnaciones, en el Valhalla de los vikingos y hasta en los pasajeros de otros planetas cuando la abrazan. Tiene algo salvaje, indomable y dulce a la vez que atrae a los hombres menos convenientes como moscas a la miel. No es solamente su físico, que parece diseñado por los dioses del Olimpo, es más bien una sombra que atraviesa sus ojos verdes, las maneras pausadas pero agitadas, sus potentes caderas, las piernas de ciclista y la melena rojiza de leona, que mueve con el ímpetu de la bandera de llegada a meta de la Fórmula 1. Dan ganas de quererla de inmediato, pero instantes después tienes deseos de abandonarla porque se vuelve inexplicablemente peligrosa.

Me siento unida a su destino desde que la encontré a la deriva de su madre y mi padre. Ambas somos hijas de esos extraños conjuros a los que estamos sometidos algunos mortales. Marcadas por el amor y mareadas por el desamor, teníamos que querernos. No nos quedó otro remedio que apretarnos la una contra la otra y construir una fraternidad inquebrantable.

—Tienes que venir, Evita… —repitió—. Me dice que me echa mucho de menos. *Tu me manques*… —pronunció con sensualidad—. Vamos a consultar en una clínica de fertilidad que conoce. ¿No es maravilloso? Tengo que contarte tantas cosas… Sé que no te gustan los presentimientos, pero los tengo, y esta vez…

Cuando Lupe ponía sobre la mesa sus fantasmas, todas las

civilizaciones del mundo conocido o por conocer intervenían para liarla parda, así que ignoré la peligrosa mención a los presentimientos y no me detuve cuando dijo que tenía que contarme «cosas».

—Maite dice que por ella no hay problema.

Tragué saliva. Sentía la boca llena de algo espeso. ¿Había hablado antes con mi socia? Las contradicciones, las repentinas ganas de matar a quien quieres o el miedo se materializan en una especie de moco que te atasca la garganta aunque no estés constipada. Tosí. Me tragué el sapo. Lupe había tenido la osadía de llamar a mi socia. Me puse furiosa.

Desde que esparcí las cenizas de mi padre en la playa de Migjorn, sospechaba que tendría que volver a El Paraíso, abrir la puerta de su taller, ver las baldosas de terracota donde lo encontré. Para desorientar aquella certeza, me dije a mí misma que regresaría cuando hubiera una señal inequívoca. Pedía un gesto al destino, una bandera blanca, algo que me obligara a pisar de nuevo Formentera… Y allí estaba mi señal.

Guardé silencio luchando con mis contradicciones apenas unos instantes, luego prometí a mi hermana que viviría su vida durante siete días. Haría su trabajo, conduciría su coche y sonreiría a sus clientes. Ella podría reencontrarse con aquel amor que la traía a maltraer y, con ayuda de los dioses, su príncipe, en su terreno, quizá no fuera tan maravilloso como ella lo veía.

—Lupe… —mi voz sonó decidida—, solo siete días, y quiero que te tatúes la fecha de vuelta, que anotes los nombres y las direcciones de tus clientes —seguí, a sabiendas de que estaría mirándose en un espejo o mordiéndose una uña—, el teléfono, la dirección, la empresa y hasta el número de zapato de tu francés —le supliqué—. Si no me llamas desde Niza, me volveré loca. Y mándame fotos.

—Prometido. Salgo mañana a las seis y diez de la mañana, Vueling, setenta y dos euros ida y vuelta… Cogeré hoy el ferri de las seis y duermo en Ibiza, en casa de Lili.

—¿Tienes el billete ya? —le interrumpí sorprendida.

—Subían de precio —se disculpó—. Eva, lo entenderás. Ten paciencia. ¡Tengo tantas cosas que contarte!

Tras colgar me levanté del sofá y fui hasta la ventana. Mi cabeza me repetía que uno nunca debe volver al lugar donde ha sido feliz. Sospechaba que había cometido un error al aceptar su propuesta, pero ya no había vuelta atrás. Abrí el balcón y observé los tiestos: una formación de macetas aromáticas que me recordaba a la que tenía Carmen en El Paraíso. Arranqué un par de hojas de hierbabuena y me las metí en la boca. La hierbabuena es antibacteriana y antimicrobiana; masticar las hojas puede mantener a raya el mal aliento y no dejar que se alojen bacterias…

De Guecho a Bilbao, de Bilbao a Ibiza, en caso de que hubiera vuelo directo, si no, a Barcelona. En Ibiza un taxi hasta el puerto y luego el ferry hasta Formentera rezando por que no soplara levante y el Mediterráneo no embistiera con su calma engañosa. Mi isla preciosa, ¡qué lejos estaba! Miré al mar Cantábrico, a mi mar oscuro, con su oleaje inequívoco y su horizonte empeñado en adivinarse. Mi mar. Ningún tsunami parecido al que se estaba levantando en el interior de mi alma se había llevado mi playa. Mi vecino hablaba con Rita, la profesora de taichí, en un banco al lado del parque mientras su perra, Bimba, mordisqueaba algo. Jaime ordenaba la terraza del Guaito y mi amigo Agustín hablaba por teléfono apoyado en un árbol. Seguía siendo 30 de septiembre.

El cuaderno de Lorenzo

Tengo un cliente y amigo en París que posee una joyería exquisita cerca de mi casa en la avenue Foch. A veces le visito con el único objetivo de pasar un rato tras el mostrador mirando el embeleso de los clientes cuando descubren la belleza de una joya diseñada para demostrar el amor que sienten. Hay pocas cosas tan espectaculares como contemplar cómo la luz juega y deslumbra enredada entre las facetas de una talla que solo podrá comprar un enamorado al que la economía haya mimado.

Dicen que fueron los mogoles de la India, hace más de dos mil quinientos años, quienes extrajeron de las minas de Golconda unas gemas de gran belleza. Se sabe porque se han hallado referencias en la literatura romana del siglo I d. C. A estas piedras celestiales se les atribuyeron poderes sobrenaturales, milagrosos, y su valor primigenio fue ese: se hallaban dotadas de propiedades mágicas. Es cierto que cuando aparecieron no había medios para medir su dureza, su brillo, su centelleo, su fuego, el índice de refracción o simplemente la composición química. Las piedras que se encontraban en las minas se entregaron a los reyes o a las representaciones de los dioses. Se colocaron en turbantes, espadas o esculturas de adoración, para que los privilegiados pudieran gozar de sus poderes. Las vírgenes veneradas suelen tener lágrimas de diamantes; también los budas recubiertos de oro se adornan con piedras preciosas. Las reinas llevan tiaras, y ahora los futbolistas millonarios lucen diamantes de muchos quilates en las orejas. Las piedras preciosas siguen teniendo poderes: encubren la fragilidad.

Cuando he visitado una mina de diamantes en un país sin

tecnología, lo que me resultaba más inquietante era la espera. Flotaba en el aire algo inaprensible cuando los trabajadores iban y venían cargados de piedras que revisaban hasta la extenuación. De vez en cuando se revolvían al encontrar el fruto de las entrañas de la tierra, esos secretos que arrancaban dejando al aire su sagrada intimidad. Al parecer se han hecho estudios, prospecciones geológicas, que advierten que la tierra guarda en su alma mil millones de quilates, que irán aflorando a medida que el mercado lo permita.

Algunos contenemos la respiración al imaginar que podrían encontrar diamantes semejantes al Hope, el Orloff, la Estrella de África, el Cullinan, el Regente o la Montaña de Luz… He visto a los turistas que visitan la torre de Londres obnubilados por el poderío de las joyas que allí se exhiben, así que no me atrevo a pensar en lo que debieron de sentir los primeros en hallar semejantes maravillas. A veces, cuando examino una piedra interesante, está a punto de estallarme el pecho: pasión, admiración, perplejidad y hasta codicia por lo que veo. Entiendo que fuera la magia la encargada de hacer comprender lo inexplicable de sus misteriosos destellos.

De niño buscaba en la orilla de la playa de Plencia los trozos de vidrio redondeado que las mareas del Cantábrico dejaban en la arena. Corría a enseñárselos a mi padre pensando que eran algo valioso y útil para el escaparate de la joyería. Los pedazos de vidrio de las botellas de gaseosa eran a mis ojos esmeraldas que el mar me regalaba sin coste alguno. Él sonreía, animándome a guardarlas en un frasco y recalcaba la diferencia entre lo hermoso y lo único. Durante aquellos veranos, aprendí de su boca que existía una profesión en el mundo de la joyería, la de tallador, capaz de arrancar a las gemas una luz especial que se llamaba «fulgor» y que dejaba patentes los secretos de esta misteriosa formación de carbono.

Los expertos no se ponen de acuerdo respecto al mecanismo exacto de su creación. Se sabe que, para que el carbono cristalice en una estructura tan hermosa y compleja, se necesitan calor y una presión elevadísima. Hablan de que podrían haberse formado en roca o magma fundido a gran profundidad, bajo la superficie de la tierra, hace billones de años. También se especula, puesto que se han hallado

muestras, que semejantes maravillas cayeron del cielo en forma de meteoritos, como si fueran trocitos de estrellas.

En mi oficio, es preciso mostrarse respetuoso con los secretos que atesora una gema. Con frecuencia me he quedado horas observando las cristalizaciones, las imperfecciones, los cortes que con el tiempo han sufrido las piedras para evitar que se reconocieran y poder venderlas en los canales legales. Cuando hago el seguimiento de una operación que sospecho me conducirá a narcotraficantes o personajes que utilizan su poder económico para hacerse con ellas, encripto mis apuntes con signos que solo yo comprendo. La parte oscura, mezquina y vergonzosa de mi oficio existe. Las piedras son un refugio para el dinero negro, algo fácil de esconder, de transportar y de vender.

Pulo, tallo y dejo que la luz entre en el corazón de la piedra y la despierte. Confieso sin vergüenza que les hablo y me comunico con ellas, quizá mejor que con los seres humanos. Me vuelvo posesivo, celoso, a veces, cuando debo devolverlas a sus dueños después de que hayan pasado un tiempo conmigo. Por ellas soy capaz de cualquier cosa, hasta de olvidarme de cuidar lo que más quiero.

Ya lo he dicho y no me ha costado reconocerlo.

3

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> El fuego invisible le quemaba, pero él no lo sentía porque ni en sus hombros ni en sus brazos quedaba otra sensación que la del peso de ella sobre la espalda y el cielo de bronce sobre su cuello y la húmeda mejilla de ella restregándose continuamente contra su nuca.
>
> WILLIAM FAULKNER,
> *Mosquitos*

Me despedí de la tía mediante una llamada de teléfono, pues suponía que era lo mejor para que no detectara mi inquietud. Le dije que se quedara tranquila, que debía ausentarme una semana para hacer un curso sobre la trufa en la bella tierra del Périgord. Aproveché para dar unos días libres a Maura, la chica que me ayuda con las labores domésticas, e hice la maleta sin pensar.

No podía imaginarme en Sant Ferran o atravesando la placeta de Sant Francesc. Había borrado el mapa y la geografía de la isla de mi mente. Escogí prendas cómodas y sin pretensiones; más que vestirme, necesitaba sentirlas como un escudo. Di vueltas por la casa como si fuera a cerrarla durante un largo periodo de tiempo. Una semana en cualquier parte del mundo pasa enseguida, pero yo volvía a Formentera…

El timbre del portero automático interrumpió mis cavilaciones. Maite ya estaba allí.

—No pierdas la cabeza y trata de que esta semana sea lo más llevadera posible —me recitó al tiempo que me entregaba los billetes —. Haz las paces con la isla. Eva, en eso Lupe tiene razón —se enroscó un dedo en un rizo—, ha pasado mucho tiempo. Debes tomar decisiones. He hecho una lista de lo que deberías revisar en El Paraíso.

La miré implorante.

—Querida, ¿sabes los años que tengo?

—Perfectamente, pero no quiero volver a verte hecha un ovillo y sin ganas de vivir. Vas a donde vas y eso no lo puedes ignorar. Está bien que el pretexto sea ayudar a tu hermana, pero tú y yo sabemos a lo que vas.

—¿Me lo dices en serio?

—No te hagas la tonta.

Me tendió un papel que guardé en el bolso sin mirar y busqué sus ojos, buenos. Ambas somos mujeres de recursos y sabemos discernir entre lo esencial y lo accesorio, pero yo me colapso. Maite, sin embargo, tiene técnicas para no entrar en pánico. Cuenta hasta tres, piensa y encuentra la manera de desbloquear lo que sea que la perturba. Se estiró el jersey desde la cenefa hacia abajo, como hacía cuando estaba inquieta.

—Eva, reconoce que no puedes continuar soñando que te persiguen sus asesinos o creyendo que va a aparecer alguien en mitad de la noche con un pasamontañas y morirte de angustia. —Hablaba con tono neutro, como si yo tuviera que adivinar si lo que me decía iba en serio—. El miedo es un berbiquí que te perfora el alma y lo sabes. Sé que sigues sintiéndole, que no has cerrado la puerta. No es fácil asumir un asesinato, menos aún si se trata de tu padre, pero lo hemos hablado muchas veces, debes dar carpetazo de una vez o esto acabará contigo. Hace tiempo que no tienes vida más allá de tu hija o del trabajo…

—Nadie ha tenido vida estos años, por el maldito virus, por la falta de trabajo o por lo que fuese… Llama a la tía de vez en cuando, por favor —la interrumpí—. No vayas a meter la pata. Recuerda: trufas

del Périgord —repetí—. Dile que no tengo cobertura pero que estoy bien. Si descubre que voy a Formentera, le dará un ataque al corazón.

—Sé que no quieres que te hable de esto, pero deberías aprovechar el viaje para buscar a aquel policía, el pequeñito de Ibiza. ¿Cómo se llamaba? —No la ayudé con el lapsus de memoria—. Tienes que ponerle al corriente de las veces que han entrado en El Paraíso, de lo que has ido descubriendo… Aquello quedó como quedó, sin resolver, porque no quisiste que la investigación se adentrara en la vida de tu padre —prosiguió machacona, volviendo a tirarse del jersey—. Haz lo que tienes que hacer, ya es hora. —Liberó las manos y me dio una palmadita; era todo lo que podía permitirse en materia afectiva.

Maite no acaricia, apenas besa. Quiere hacerlo, pero no puede. Como mucho te pone la mano en el cuerpo y presiona como si tuviera un calambre. En contadas ocasiones da algún abrazo que resulta torpe e inesperado. Sé que su incapacidad para demostrar sus afectos la hace sufrir, pero al menos se salvan sus hijos. Llevé la maleta hasta la puerta. Ella caminaba tras de mí como una sombra, sin dejar de darme consejos.

—Eva, este viaje será como abrir un sótano —prosiguió con un tono de voz casi íntimo.

—Calla de una vez, Maite. Estamos nerviosas y no llegaremos a conclusión alguna.

—¿Sigues sin noticias de Felipe?

Desobedecí sus normas y la abracé. Su verborrea empezaba a desquiciarme, y mi cariño, como preveía, la detuvo en seco. Me monté en el taxi sin poder ignorar aquellos ojos buenos que se empeñaban en mirarme con ternura. El coche se puso en marcha. Dejaba atrás mi hogar, mi refugio, la zona donde me curaba de las heridas imposibles. Cuando reparé en la silueta del edificio del aeropuerto desde la autovía, supe que me dirigía hacia un territorio sembrado de minas.

La bendita casualidad hizo que aquellos días mi hija Julia se encontrara de viaje. Era una suerte, pues me habría resultado imposible ocultar el miedo y la tensión que soportaba. Toqueteé el móvil. Dudaba si llamarla o no, decirle la verdad y contarle mis planes aparentando normalidad o mentirle como había hecho con la tía.

Necesitaba su apoyo emocional, pero la conocía y habíamos sostenido largas conversaciones sobre volver a la isla y abrir El Paraíso. Por nada del mundo deseaba que la incertidumbre se colara en los días que pasaba con Edvard. Compartíamos casi todo lo que puede compartirse entre una madre y una hija, pero la idea de protegerla seguía pesando a la hora de las confidencias, aunque ya fuera una adulta con mucho sentido común. Busqué su nombre en el móvil.

—Cariño…

—*Amatxu*…

Nunca he sabido por qué las voces convocan con tanta intensidad la presencia de la persona a la que escuchas. Las voces tienen una influencia sobre mis emociones superior al olor o a la imagen. Me atraen y me concentran, mucho más la de mi hija, pues nada más escucharla se abre una puerta a la esperanza. Aquel «*amatxu*» me apaciguó momentáneamente los nervios y me hizo tomar la decisión: era mejor mentirle.

Le dije que hacía bueno, esa expresión que tenemos los del norte para decir que ha salido el sol. Escuché su risa cuando le conté que el sábado había rebozado doscientos treinta y cuatro trocitos de merluza y pelado veintisiete pimientos rojos, grandes y muy calientes, para una boda de doscientos invitados y que tenía los dedos como un pescador de atunes. Le describí los efectos de la marea viva: las olas engullían la parte izquierda de la playa y se veía una formación de rocas. Para hacerla regresar a nuestra complicidad, bromeé y añadí que la tía me hacía el desayuno repitiéndome a diario lo de la fuga de las vitaminas, y le confesé que me moría de ganas de verla.

Ella estaba feliz recorriendo la Toscana. Visualicé el Ponte Vecchio de Florencia, la preciosa ciudad de Lucca, San Gimignano y esos días que pasaba con su padre, Edvard.

Tiene veintidós años, los ojos azules de su padre, los pies largos de su madre y el veneno de su belleza mestiza. Le he enseñado a decir «te quiero», a pedir mimos, a robar si es preciso la ternura. También a convertir la fragilidad con que nació en fortaleza. Mi niña sabe que nunca debe doblar una esquina sin sentir un pellizco de curiosidad y que, pese a que deseo con todas mis fuerzas tenerla a mi lado, hay que

volar del nido para poder volver a él. Esa es mi Julia: el perejil de mis salsas, el bombón de licor de mi caja de chocolates surtidos.

—¿Te duele la pierna?

Vino a este mundo equipada con una pequeña malformación en la pierna izquierda. Tras varias operaciones y una tonelada de titanio, le quedó una levísima cojera, y de vez en cuando los aceros y las tuercas se le resienten.

—*Amatxu*, no seas pesada… ¿Sabes que ayer vi a «tu *David*»? —Cambió de tema de conversación—. ¡Una pasada! Papá me ha dicho que te quedaste de piedra cuando lo viste.

—¿A que es impresionante? —Pensé en Edvard hablándole de mí…

—¡Bua…! Impresiona. Es enorme. Esta tarde vamos a la galería de los Uffizi y mañana salimos para Siena. Sven tiene un amigo allí, nos ha invitado a comer en una especie de *palazzo*, ya te contaré.

—¿Estás disfrutando?

—Un montón, *ama*. Hemos hablado de ir en Navidad a Oslo, pero yo no quiero dejarte sola, así que ya veremos. Papá dice que hablará contigo. Es por los abuelos. Son mayores y quieren celebrar una Navidad conmigo.

—Bueno, ya veremos.

Edvard Andersen, su padre, mi viejo y poderoso amor, es un noruego maduro y, pese al nombre de escritor, un científico bastante cuadriculado. Nuestra historia es una enredadera a veces florecida, en ocasiones venenosa. Se cruzó en mi camino en el preciso momento en que tenía la necesidad imperiosa de que me abrazaran. Que lo hiciera un hombre quince años mayor que yo, sabio, poderoso y capaz de hacerme olvidar, fue una casualidad.

Lo que yo sabía de hombres era poco o nada. Mis ojos vieron a un coloso irresistible al que me lancé sin salvavidas. Para entonces tenía en mi currículum algunos escarceos amorosos: un medio novio a quien había querido pertenecer a pesar de que el chico no tenía la mínima idea de por dónde le daba el aire y un par de romances fallidos. Yo quería una familia tradicional en la que encarnar el papel de madre perfecta, con tres o cuatro hijos de un padre que no quisiera ir más allá de sus límites, mientras trabajaba en lo que ya empezaba a

apasionarme, la cocina. Pero me topé con Edvard.

Él reprime sus pasiones, las reconduce mientras te manipula sin que te des cuenta. De manera dulce, educada y muy racional, te lleva a donde quiere. No sé si es porque se dedica a la ingeniería o porque nació en un país casi perfecto, pero llevarle la contraria es harto difícil. Cuando lo conocí vivía cerca de donde vivíamos nosotras, en Algorta. Compartía su vida con su mujer y tres niños preciosos. Al enterarme, decidí seguir mi camino e ignorar que sus ojos me habían dado la vuelta al corazón, pero entonces me dijo que no era feliz.

Si hubiera tenido unos años más y menos necesidad de que me abrazaran, habría sabido que esa frase era una bomba de relojería. El amor fue y seguirá siendo un sentimiento confuso. La biología y la química son implacables, no se andan con rodeos, pero cuando la ternura impregna tu cerebro y crees sentir amor, una niebla te oscurece el pensamiento y tomas decisiones que no deberías tomar. He pasado mucho tiempo hablando de ello con mi terapeuta y he llegado a algunas conclusiones. Estoy enamorada del amor, lo persigo porque es un nutriente del que siempre he carecido, una fuerza que me hace poderosa, pero lo temo más que a una tormenta, porque me hace sufrir.

Edvard, a quien creí amar y en realidad amé, me veía el alma y me leía el pensamiento. No necesitábamos palabras. Poseíamos un interruptor que se accionaba en cuanto entrábamos en contacto; el mundo exterior se apagaba y nosotros nos sumergíamos en el nuestro. Me colmaba de regalos, me decía que era su reina, repasaba cada centímetro de mi cuerpo advirtiendo mi desconocida hermosura… Y yo, que no había sido la reina de nada ni de nadie, pisaba la alfombra roja que deslizaban sus palabras bajo mis pies. Me enamoré de su seguridad, de su aparente sinceridad y de todo su cuerpo, hermoso y sabio. Fui feliz de esa manera en que uno se conforma con ver, aunque solo sea una vez, la cima, sabiendo que caerá al abismo. Él me ató a la vida de la mejor manera en que nos atamos a ella, enamorándonos. No soportaba más ser una isla sin mareas, una guardiana del amor perdido de mi padre, una vigía del horizonte por el que mi madre volaba.

Pero estábamos sometidos a temporales inevitables. A él lo atormentaban tanto su lealtad como plantearse la posibilidad de perderme. Rompíamos y volvíamos a unirnos en una relación dolorosa e imposible. Yo renunciaba a él dispuesta a enfermar hasta olvidarlo, cuando él llamaba a mi puerta y anulaba mi voluntad. En una de aquellas idas y venidas del cielo al infierno, me quedé embarazada.

—Dime que me quieres…

—¡*Ama*, que estoy con estos!

—Dímelo, cariño…

Después de protestar levemente, me aduló diciéndome que era la mejor madre del mundo. Le respondí que ella era mi tesoro y que en la cajita donde guardaba los besos que quería darle ya no cabía ni uno más. Pronuncié en voz alta las zalamerías que le decía todos los días: palabras que acarician, pildoritas para la soledad, vocablos que uno hace suyos y que nunca considera que preceden a algo extraordinario. La unión entre una madre y una hija puede ser maravillosa, aunque hay que tratar de quedar a un lado del abrazo. Julia y yo lo habíamos conseguido. Nos respetábamos, nos admirábamos y sabíamos lo importantes que éramos la una para la otra.

—Me voy unos días, cariño. A un curso que imparte un experto en trufas en el Périgord, en Francia —hice una pausa—, por si me llamas y no contesto. —Pensé en la isla y en su cobertura nefasta—. Vamos a alojarnos en una granja en el campo y me han dicho que las comunicaciones funcionan fatal. Me mandas wasaps y los leeré cuando pueda.

—Vale, *ama*. Pásalo bien. ¿Vas con Maite?

—No. Voy sola.

El 3 de octubre de 2020 me hallaba en el aeropuerto de Lujua, Vizcaya, para volar hacia Ibiza como una turista tardía. Era el primer avión que iba a tomar desde hacía mucho tiempo. Tendí la tarjeta de embarque a la azafata sin sentirme del todo yo. Estaba cabreada con mi hermana, con la vida y conmigo misma por mentir a quien más quería, y porque me dirigía a una tierra que sin duda iba a partirme el

corazón.

El avión se impulsó con los motores rugiendo y mis nervios se apretaron en torno a mi estómago como las trenzas de la princesa Rapunzel alrededor de su cabecita rubia. Cerré los ojos. Haría el trabajo que Lupe necesitaba que hiciera: le regaría los tiestos, atendería a sus clientes y muy probablemente nada impediría que volviera a El Paraíso para abrir sus postigos azules y dejar que entrara la luz, una luz que volvería a iluminar el episodio más horrible de mi existencia.

El cuaderno de Lorenzo

Hace más de veinte años que vengo a esta isla. La he visto cambiar, crecer y transformarse en un lugar codiciado para algunos visitantes y, sin embargo, hay días en que creo que nunca la he conocido.

Mi Paraíso, esta finca algo agreste y apartada, fue concebida como un lugar en el que no entrara nuestra vida cotidiana, de ahí el nombre. La primera casa que construimos y que hoy es la de invitados, o mi taller, sirvió para que Carmen y nuestras hijas vinieran a pasar las vacaciones juntas. Dos habitaciones eran suficientes. Unos años más tarde, cuando la economía fue mejor, construimos la piscina y la casa grande para estar más cómodos y que los amigos tuvieran lugar para venir a disfrutarla. Formentera era un alto en el camino, una tregua, un lugar que no queríamos contaminar con lo que arrastrábamos. Dormíamos a deshoras, comíamos juntos, reíamos y nos bañábamos en estas aguas turquesas que la posidonia cuida celosamente. Nunca pensé que un día sería una isla para esconderme.

A veces encuentro en el camino de acceso a algunas personas cuyos rostros me resultan familiares. Nos saludamos porque intuimos que vivimos cerca o nos hemos encontrado alguna vez en el supermercado o la panadería, pero no sé quiénes son ni de dónde vienen. Nadie elige esta isla para entablar relaciones y, aunque el aire traiga hasta el porche conversaciones en italiano, alemán o risas de niños en el mes agosto, todos en esta zona estamos protegidos por la vegetación.

Mientras camino hacia Punta Prima, pienso en si sería capaz de identificar a mi enemigo. Mi memoria visual es buena y me siento capaz de detectar lo que no es habitual, pero no sé… En El Paraíso estoy solo, exceptuando la compañía de Maria Callas o la de mi amigo

Piero alguna tarde. Paseo bordeando la costa y el viento me deja sordo, abrigado con la chaqueta impermeable que Erika me compró en Berlín la última primavera. Me agoto lo suficiente para desear volver a mi refugio, sin pensar demasiado en ellos, en mis enemigos. Encuentro paz escribiendo en este cuaderno, me tranquiliza dejar constancia de que, más que cualquier otra cosa, me siento un pobre hombre.

Vincent comprueba con sus llamadas si sigo vivo, si no he perdido la cabeza o si esta situación puede conmigo. No me importa que haya reservado a mi nombre para dentro de tres días un vuelo a Melbourne que luego anulará, o que envíe un mensaje desde mi móvil, diciendo a los organizadores de una subasta que acudiré sin falta el miércoles. Desconozco el comportamiento que exhiben los matones, así que no intervengo. Soy un hombre relativamente egoísta y, si he de decir la verdad, no estoy tan apegado a la vida como se supone que debo estar. Gozo de una discreta buena salud. Las arterias me dieron un aviso hace un par de años y tuvieron que ponerme un estent; aparte de eso, me siento capacitado para ignorar los dolores de huesos, el debilitamiento de músculos o mis fantasías de muerte. Sin embargo, soy incapaz de enfrentarme a la pavorosa idea de entregar mis diamantes.

Antes mi cabeza proyectaba posibilidades de negocios, viajes, emprendimientos, incluso relaciones. Sabía que parte de mi éxito profesional se debía a mi conocimiento de la naturaleza humana. Sé quiénes son mis clientes, hasta dónde arriesgarán su fortuna o qué pieza les hará perder la cordura. Pero reconozco que desde hace algún tiempo no quiero iniciar nada. No es que me sienta frustrado por no tener tiempo para llevar a cabo nuevos negocios, se trata más bien de una intuición que me advierte que no podré hacerlo. Por eso no quiero entregar lo que me ha llevado una vida conseguir.

Lo pienso mientras sigo las instrucciones de una receta de bizcocho que Carmen guardaba en la cocina. Hay experiencias y emociones que jamás se comparten. Forman parte de una intimidad que no se entrega y que llamamos «secretos». Los míos levantan un muro inexpugnable, lo que hace la tarea de confesarlos más difícil de lo que imaginaba.

Piero, ese chico amable y servicial, me guardaba cuando llegué una

biografía de Tavernier traducida al español. No sé cómo demonios llegó a sus manos, pero cuando me la trajo se lo agradecí inmensamente. Conozco de memoria la vida de este aventurero, pero cada escritor añade algo a esa existencia que marcó la mía.

A finales del siglo XVI, a bordo de afamados navíos, hombres curiosos viajaron a lugares lejanos e incluyeron, por primera vez, las piedras preciosas entre las mercancías escogidas. La realeza empleaba tiempo y dinero en moda y alhajas. Las perlas y el oro eran los materiales preferidos para adornarse, hasta que llegaron los cegadores destellos desde la India. Jean-Baptiste Tavernier trajo de aquel país un cofre que contenía cien piedras de una belleza inimaginable. Sin duda, sabedor de su pasión irredenta por todo aquello que brillara, no dudó en ofrecérselas a Luis XIV.

Corría el año 1668, el monarca francés era joven y curioso, y se las daba de gran naturalista. Cuando tuvo en sus manos aquel cofre único, quedó deslumbrado. Había sido instruido por el cardenal Mazarino, también amante de las piedras preciosas, que acabaría en posesión de una de las colecciones más importantes de Europa. No pudo resistirse a lo que el comerciante le ofrecía y pagó el equivalente del veinte por ciento del presupuesto anual de Francia. Su elección tuvo a la corte enfrentada. A todas luces, era un disparate que con el tiempo resultó una valiosa inversión. Entre aquellas cien gemas espectaculares, se encontraban veinte excepcionales por su belleza, quilataje, tamaño y brillo.

Luis XIV estaba obsesionado con el brillo y la luz, de hecho fue él quien iluminó las calles de París, lo que provocó que la llamaran «la ciudad de la luz». El rey utilizaba las piedras preciosas en la ropa y los sombreros, y hasta sus armas estaban cubiertas de zafiros, rubíes, esmeraldas y diamantes. Las acumulaba no para engastarlas, sino para admirarlas y, desde luego, para despertar admiración. Su madre, la española Ana de Austria, prefería las perlas. Ella poseía el collar más valioso de Europa, pero su hijo, el Rey Sol, se cubría de diamantes para que su persona irradiara luz.

Los joyeros de la corte de Versalles fueron los mejores del mundo. Algunos prolongaron su oficio durante siglos, hasta llegar a la actual

place Vendôme. Entre los diamantes que trajo Tavernier, algunos se dan por perdidos y otros han sobrevivido milagrosamente. El Estanque, el Bazu, el Gran Mogol, el Espejo de Portugal, el Nizam, el Nassak u Ojo del Ídolo, el Agra o Rosa Hindú, el Darya-I-Nur, el Cullinan, el Regent, el Koh-I-Nour, el Hope o Diamante Azul, el Sancy, el Orloff… Conozco sus nombres, sus características y los lugares donde se perdieron o se hallan en la actualidad. Conozco parte de sus secretos y, como la reina Victoria Eugenia, que durante los meses que precedieron a su muerte pedía que le llevaran a su joyero, también yo encuentro alivio a mis males contemplando los míos. Según los historiadores, a ella le gustaba meter las manos entre los diamantes, palparlos, sentirlos, porque aquel gesto la confortaba. Yo la entiendo y me alegra saber que ha habido quienes han sentido una pasión semejante a la mía.

Al atardecer, cuando se pone el sol y Es Vedrà se recorta en el horizonte, reposo la mirada en las piedras que son la columna vertebral de mi existencia.

4

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> Cuando él estaba presente, ella no tenía ojos para nadie más. Todo lo que él hacía estaba bien. Todo lo que decía era inteligente. Si sus tardes en la finca concluían con partidas de cartas, él se hacía trampas a sí mismo y al resto de los comensales para darle a ella una buena mano.
>
> JANE AUSTEN,
> *Sentido y sensibilidad*

Mi padre fue el tercer hijo de una familia tradicional que regentaba un negocio de joyería en el casco viejo de Bilbao. Le pusieron por nombre Lorenzo, como el santo de aquel 10 de agosto de 1936 en el que una lluvia de estrellas caía sobre la Tierra.

Era niño cuando Francisco Franco, ganador de una contienda fratricida, se convertía en líder de la moral patria, y adolescente cuando la industria apagaba la miseria que deja el resentimiento. Bilbao tenía mineral y empresarios. La vida provinciana se paseaba por la Gran Vía exhibiendo el estúpido orgullo que dejan las guerras en los vencedores. Las mujeres portaban joyas; los señores, alfileres de corbata y gemelos en las camisas planchadas con almidón; había guardapelos y relicarios para los beatos. Se prodigaron las pedidas de mano, las cruces, los rosarios y los nombres grabados en los dorsos de

las medallas de la Virgen de Begoña.

Los buques dejaban el río Nervión como un cordón de chocolate desvaído y sucio. Las navieras llevaban los nombres de las grandes familias, mientras la ciudad se asfixiaba por el monte y el gris irremediable. Aunque en los cafés se apiñaran las rebeldías, los sueños vivían al otro lado de los Pirineos, donde pensar en libertad no era pecado.

El tío Daniel, hermano de mi padre, aceptó el legado de su destino colocándose tras el mostrador del establecimiento familiar en la calle Correo. Con su traje de raya diplomática, tomaba las manos de las mujeres con delicadeza, les probaba los anillos en sus dedos temblorosos, ensalzando la levedad de sus fortalezas, insinuándoles que las joyas prometían países de sueños. Pero mi padre, tras volver de un servicio militar largo como una condena, no encontró lugar en aquella felicidad que parecía tan sencilla.

Las malas lenguas decían que, además de ser un hombre guapo y elegante, era el mejor estudiante de historia, cuando lo llamaron para incorporarse a la mili en Ibiza, una isla perdida en el Mediterráneo, una roca medio olvidada y lejos, muy lejos de todo.

Sin esa isla hacia la que me dirigía, mi vida no habría sido la misma. Tampoco la de él o la de mi madre, y mis recuerdos no tropezarían una y otra vez con su luz.

Vestido de alférez, conoció en el cuartel de Ibiza a Pep Mayans, oriundo de la isla pobre de las Baleares, Formentera. Mayans lo invitó varias veces a cruzar el trozo de mar que lo separaba de los suyos. Enamorado de lo que vio, le ofrecieron comprar un trozo de la tierra, unas hectáreas de pedregal cerca de los acantilados de Punta Prima, y aceptó. Allí, en la primera y decisiva inversión de su vida, levantó años después una casa, plantó un olivo y tres palmeras, y llamó a la finca El Paraíso.

Lo recuerdo contándomelo con los ojos brillantes. Me habló de un fotógrafo holandés que se hospedaba en la fonda de Sant Ferran y trabajaba para la casa Cartier, y de su amigo Pep, a quien años más tarde se tragaría el mar en las costas africanas. Mi padre, a su manera, era un artista. No era pintor como su amigo, no esculpía o se dedicaba

a la literatura, pero ardía de pasión por las piedras preciosas. Por eso se fue a París, con la familia en contra y un equipaje cargado de culpa. Allí buscó al fotógrafo y se empeñó en hacerse hueco en la afamada casa de joyería. Aprendió francés, se dio de bruces con Carmen Linares, una mexicana natural de Acapulco, con ojos de caramelo de menta y poseedora de una ternura de la que le resultaría difícil separarse.

Compartí con mi padre menos momentos de intimidad y confidencias de lo que hubiera deseado, pero la mayoría de ellos se produjeron en el porche que rodea nuestra casa en la isla de Formentera. A él nunca se le dio bien abrir su corazón, dejar que los demás supieran de su fragilidad, quizá por ello las sombras de la noche en la isla, con el calor retenido en nuestra piel y la armonía reinante, lo volvían locuaz. Fue allí, no sé en qué agosto de los que pasamos juntos, donde me contó cómo se había roto la magia de su vida en París junto a su amor.

Carmen era perfecta: pintora, discreta, leal. Compartían sueños y un amor profundo. Ambos querían vivir una vida diferente a la que habían conocido. Alquilaron un pequeño estudio en Montparnasse y se lanzaron a aquella ciudad que renacía. De Gaulle, con su política de *grandeur*, devolvía a Francia su dignidad tras las vergüenzas sufridas durante la Segunda Guerra Mundial, y la vida para ellos era una promesa. Entonces llegó un telegrama firmado por mi abuela. «Vuelve. Tu padre te necesita».

Forjado en los altos hornos de las familias tradicionales, a la antigua usanza, con la sangre imponiéndose y la responsabilidad de los suyos, estaba destinado a heredar los deseos letales de la tradición. Eso fue lo que sucedió, que la lealtad se interpuso en su destino y probablemente en el mío, pues, al fallecer su padre, le pidieron que volviera a Bilbao para ayudar con el negocio familiar.

Se despidió de Cartier y de Carmen tras prometer a ambos que regresaría, pero la vida se le complicó. Su renuncia lo volvió frágil y no tuvo la claridad suficiente para no tomar las decisiones que tomó.

Eso lo digo yo, él jamás me habló de aquello, tampoco de la esperanza que depositó en mi madre o de la decepción que llegó a

medida que la fue conociendo. Nunca se sinceró del todo, ni hizo mención del desgarro que le produjo comprobar que estaba atrapado por mi nacimiento. Eso lo supe muchos años después a través de Felipe, casi el único testigo directo de sus zozobras.

En Bilbao, durante muchos años existió la Casa de la Misericordia, hoy felizmente reconvertida. Era un palacete señorial para la acogida de los niños huérfanos y abandonados. La Misericordia proveía a la ciudad de aprendices educados y dispuestos a emprender un oficio. Así llegó a la joyería Landaluce un muchacho llamado Felipe Irizar. Tenía catorce años, era silencioso y atento, y en poco tiempo se convirtió en la sombra de mi padre.

Las mujeres acudían al establecimiento en busca del consejo de mi padre, le hacían encargos, le consultaban diseños. Los bilbaínos sabían que el pequeño de los Landaluce había trabajado en París para Cartier, un sólido argumento para visitarlos. Los clientes ignoraban que a aquel joven le dolía el amor como duele el frío y que defenderse de la nostalgia sin que se le astillara el corazón le resultaba difícil. Se deslizó por su nueva responsabilidad tomando medida de los dedos que se enlazaban hasta que la muerte los separara, mostrando en bandejas de terciopelo azul esmeraldas para las grandes señoras, diamantes para las mejores amantes, gemelos de oro, cadenas de platino. Las joyas sellaban los brillos que se desencadenaban en el corazón.

Las cartas, primero a París y después a México, iban y venían cargadas de ansiedad y deseo. Tardaban una eternidad, cuando no se perdían. Las llamadas de teléfono costaban una fortuna y eran tan anhelantes que ni Carmen ni mi padre se atrevían a confesar la verdad. Eso me lo contó ella. Me dijo que permaneció un tiempo en París esperándolo, pero al darse cuenta de que no iba a volver decidió regresar a su país. La vida de los amantes se convirtió en un tormento sin horizonte y, apremiados por una dolorosa impotencia, ambos soltaron las cadenas que los ataban, más por generosidad que porque quisieran hacerlo, y se escribieron lo que se escriben los enamorados que no confían en los dioses: trocitos de amor desesperado, ternuras y deseos escondidos en las líneas, mentiras piadosas, verdades a medias,

hasta que Carmen, llena de nostalgia, tomó la decisión. Se dijeron adiós balbuceando que, si los caminos caprichosos de la vida los reunían, volverían y recuperarían el fuego. Ella regresó a Acapulco con el corazón roto. La distancia de varios mares le pareció lo más conveniente para apagar aquel fuego que ambos guardaban en el corazón.

De niña, mi padre se sentaba en mi cama y me contaba cuentos antes de dormir. No eran los tradicionales, sino que estaban trufados de palabras aprendidas en París: «*Le diamant est une pierre incolore scintillant des mille éclats de l'arc-en-ciel*». Puedo recitar de memoria los nombres de algunas maravillas engullidas por la historia que han dejado el rastro de su esplendor. Las conozco porque él las llevaba en la punta de la lengua: la espinela de rubíes Côte-de-Bretagne, de ciento cinco quilates, tallada en forma de dragón, la Esmeralda de San Luis, el zafiro Ruspoli, el Estanque de Felipe II, los pasadores de diamantes de la reina María Antonieta…

Con la misma emoción que si Caperucita estuviera a punto de ser engullida por el lobo, la historia del Hortensia, un diamante de veinte quilates de color melocotón que se llamaba así por su dueña, Hortense de Beauharnais, reina de Holanda e hijastra de Napoleón Bonaparte. La veía en su boda, con aquel diamante y, a su lado, un psicópata que la hizo sufrir durante su vida conyugal. Veía los palacios, las condesas y princesas huyendo por los pasillos reales, arrastrando los vestidos y las enaguas sin poder respirar. Sus historias me dejaban habitar lugares que ninguna niña habitaba. Los bosques donde se perdían Hansel y Gretel no eran los jardines de Versalles, y mi padre no era como los de mis compañeras. Yo he soñado con Richard Burton entregando a Liz Taylor aquella única perla peregrina como símbolo de su amor, o el rescate que pagó con el Ojo de Ídolo un jeque de Cachemira a cambio del amor de su princesa. Sabía de las propiedades del Hope, indispensables para ayudar a la ciencia a descubrir conductibilidades y propiedades que necesitaba el mundo espacial, porque en mi infancia me adormecía con aquellas historias que me conducían al sueño con el inconfundible sonido de su voz. Mi padre era a mis ojos un héroe que vivía entre destellos y, por lo tanto, era

invencible.

Jugaba conmigo. Me pedía que le dijera que un *sautoir* era un largo collar de perlas, un *rivière* lo mismo pero en tamaño descendente, un *sevigné* un broche con forma de lazo, y una *ferroniêre* una diadema colocada sobre la frente. Mi padre me enseñaba los cuadros en los que los pintores reproducían en el cuello de las reinas un *choker*, esa gargantilla ajustada que las obligaba a caminar derechas.

Yo era casi feliz. Quizá algo más cauta que las niñas que no advertían que una tempestad se estaba formando en el horizonte. Por eso era casi feliz, porque tenía un miedo invertebrado al ver cómo mi padre miraba a mi madre sin que ella lo advirtiera y cómo mi madre hacía lo mismo. Un día cayó un rayo, otro un trueno, y creo que llegó ese momento en que mi padre no quiso que la lealtad siguiera estrangulándole la vida. Nos abandonó, o tal vez, para ser más precisa, debería decir que se alejó de mi madre y, de paso, de mí.

Incapaz de comprender una decisión semejante, la candidez infantil me hizo confiar en que tal vez entre mis dones estuviera la habilidad para hacerlo volver. Me sentaba en la cama, cerraba los ojos y trataba de repescarlo entre mis recuerdos. Olfateaba la casa como un sabueso en busca de su aroma a vetiver y trataba de escuchar las pisadas de sus zapatos haciendo crujir la madera del pasillo. Volaba por un mundo desconocido en su busca y casi siempre lo encontraba en la sala de algún museo, archivo o con aquella lupa estereoscópica que se ponía en el índice e incrustaba en el ojo para observar la pureza de una gema.

En los armarios de nuestra casa, su ropa, sus zapatos y hasta el cepillo de dientes permanecieron durante años en el mismo lugar. Crecía sin él, pero el esfuerzo por no morirme de anhelo me fue conformando silenciosa y algo triste. Lo sé porque hubo un momento, no recuerdo la edad que tenía, en que fui consciente de que mi ira terminaría con mi capacidad de hallarlo y decidí simplemente olvidarlo; no dar con él me parecía la peor condena que podía experimentarse.

Ahora siento un miedo yo diría que similar al que sentí de niña. Mi costumbre de volar a buscarlo, el temor a no hallarlo, me hace revivir

episodios que creía enterrados. Me digo a mí misma que mi padre, ya antes de irse, formaba parte del cosmos. Viajaba a esos atascos de tráfico de los planetas allá arriba y comprobaba *in situ* cómo se formaban las piedras preciosas, con sus meteoritos, sus boros y sus carbonos. No hubo nada más importante en su vida que sus jodidos diamantes, esa es la verdad.

Sentada en el avión que me conduce a la isla, pienso que, desde su plataforma celestial, cuando le dé la gana, me mandará una de esas señales tipo *Cuarto milenio* para decirme si lo robaron o guardó los diamantes por los que posiblemente lo mataran y si hice bien en entorpecer la investigación de su asesinato.

El cuaderno de Lorenzo

Termina el mes de marzo. Con cierta rebelión en mi interior, he cuidado mi invisibilidad evitando los lugares que acostumbraba frecuentar. Me he paseado con gafas de sol y una gorra que me ocultaba el pelo desteñido. He dejado que me crezca la barba y ya no me peino para disimular la calvicie. A veces me miro en el espejo y pego un respingo. Soy la viva imagen de un señor jubilado.

Media isla está cerrada y la otra media se ha escapado a ciudades que ofrecen ocio, bullicio y consumo. Lupe está en México, visitando a Carmen, lo cual supone un alivio considerable. Ella, sin duda, me habría reconocido y me habría acosado a preguntas. Solo Piero sabe que estoy aquí, y ni siquiera le confesé a Eva mi decisión de trasladarme. Pero llega abril y todo empezará a desperezarse.

Vincent me ha dicho que a partir de ahora puedo moverme con más libertad. No quería saberlo, pero al parecer sembrar el otro lado del mundo con mis huellas ha tenido su efecto. Él me esconde y confunde a mis perseguidores mientras trata de negociar una salida honrosa para esta desquiciante situación. Probablemente, así me lo ha asegurado, en un mes pueda encontrarse con quien codicia mis «lágrimas de la reina» y negociar. Me ha prometido que si las cosas se ponen mal de verdad me lo dirá. Nadie mejor que yo sabe que tengo una cuenta pendiente con la vida y que tarde o temprano tendré que saldarla.

Cierro los ojos durante un rato y, como en otras ocasiones, aparece la imagen de mi amigo Felipe. Le hablo como si pudiera escucharme, le digo que es la única persona que admitiría con gusto que me acompañara en esta desventura. Lo echo de menos. Es una condena

que nos separáramos cuando seguramente más nos necesitábamos. ¡Si él supiera las veces que he querido ir a buscarlo!

En mi imaginación lo encontraba en una calle de París, nos dábamos de bruces y nos quedábamos paralizados por la sorpresa. Entonces lo agarraba de las manos y le pedía perdón por mi prepotencia, mi falta de tacto y mi desconocimiento de las pasiones humanas. Él me abrazaba y me suplicaba que entregara los diamantes.

Desde que se fue, han ido llegándome rumores inquietantes sobre su vida. Un galerista me informó de que Felipe estaba exhibiendo su obra de una forma excesiva, que había hecho decenas de exposiciones en un año, y aseveró que no era bueno saturar el mercado como lo estaba haciendo. Los expertos apuntaban a que su agente lo estaba llevando por mal camino e iba a hundirlo. Yo me callaba. Al parecer, ha triunfado en el mercado americano, y me alegro enormemente, pero el hecho de que no se relacione con los viejos colegas ni tenga contacto con ellos lo encuentro raro, además de peligroso.

De alguna manera, yo era conocedor de las causas de su aislamiento, pero nunca las dije. A nadie le importaba lo que hubiera habido entre nosotros. Yo tenía esperanzas de que volviera, de que abandonara a Barbara y a su agente, y regresara a París. Adelantándome a lo que pueda suceder, he dejado una carta para él en el despacho de Pierre, mi abogado. Sigue siendo mi amigo, quizá el único, tiene mucha más destreza que yo con los sentimientos y, si pasara algo, sería el pilar que necesitaría mi hija.

El coche de alquiler se ha averiado y he tenido que ir a que me lo cambiaran por otro. Un hombre me miraba desde el exterior del establecimiento. Sin quitarme las gafas y mientras esperaba el nuevo vehículo, he tratado de identificarlo. Sabía que lo conocía, pero no acababa de ubicarlo y mi paranoia se ha activado. Justo cuando me iba, ha levantado la mano en un gesto de saludo y entonces me he dado cuenta de que se trataba de Bartolomé, el dueño de uno de los restaurantes que solía frecuentar. No he respondido al saludo y he hecho lo necesario para que comprendiera que se equivocaba de persona; no quería establecer contacto. He vuelto conduciendo contrariado, pensando que he perdido más de lo que creía. Me he

convertido en una de esas personas que, al entrar en un lugar, controla dónde está la puerta o por dónde podría escapar. Soy igual que un amante al que la habitación se le queda pequeña, un anfitrión al que le sobran los invitados a media noche.

Sant Francesc me entretiene. En la librería, Carme y Joan Mari ordenaban el género. He cogido los periódicos y un par de novelas sin dirigirles la palabra. Habría querido detenerme a conversar con ellos como cada año… «¿Cómo está la familia?… Ya están aquí… No hace mucho calor… Este año no se ha visto una medusa… Salude a su hija de mi parte…». No lo he hecho. Me he encaminado a una peluquería que no conocía. He hablado en francés y, prácticamente mediante mímica, he explicado que quería un corte drástico. Tenía restos del viejo tinte que Francine me aplicaba con tanto cuidado para mantener mi porte de señor de mediana edad. Al mirarme en el espejo, la chica buscaba mi aprobación. Tenía un aire a un viejo organizador de festivales que conozco en Ibiza y estaba irreconocible. He levantado el pulgar y le he dejado una buena propina. A Erika le habría divertido mi transformación.

Seguía irritado. Lo mejor para mi acritud es sentarme en uno de los locales de Es Pujols y tomarme un café mientras leo la prensa. Estaba en ello cuando me he llevado una sorpresa. En la tercera página del diario, me ha llamado la atención una crónica sobre la tiara que la reina de España había lucido en su reciente estancia en Londres. La conozco bien. Mi memoria ha viajado al día en que visité la cámara acorazada del Palacio Real. Me emocioné al averiguar que Hermès me recomendaba para realizar la tasación de unas piezas del joyero de la Corona española.

La mayoría de las joyas de este país proceden de los reinados de los Austrias y los Borbones, si bien José Bonaparte expolió el patrimonio español como nadie, y desde entonces hay joyas de gran valor que solo existen en la documentación precedente.

La familia real posee una colección notable, que perteneció en gran parte a la reina Victoria Eugenia. Esta, casada con Alfonso XIII, creía en los poderes protectores y curativos de las joyas. El rey le regaló por su boda la tiara de las flores de lis, un valioso trabajo del joyero

García-Ansorena al que siguieron otras piezas preciosas para esconder infidelidades o hijos ilegítimos, pero nada o muy poco se sabe de esas jugosas historias que conforman los joyeros reales.

Me bebí el café mirando a mi alrededor. Aquí y ahora, mis conocimientos sobre diamantes no sirven de nada. No creo que a los parroquianos de este lugar les interese saber que Liz Taylor, cuando era propietaria de la perla Peregrina, quiso usarla durante el rodaje de *Ana de los mil días*, o que su diamante Krupp, que le regaló su quinto marido, Richard Burton, tenía treinta y tres quilates y estaba cortado en talla Asscher, que no es redonda, sino escalonada, lo que lo hace único. ¿A quién iba a interesar que corren rumores de que, cuando la actriz se enteró de que el maravilloso diamante había pertenecido a una familia alemana que se dedicaba a la fabricación de armas, dijo «Qué perfecto sería que una linda chica judía como yo tuviera ese anillo»? Reprimo las ganas de hablar de las fastuosas joyas de esta mujer, a la que un día conocí en Bulgari. Estoy en la isla de Formentera, con el pelo rapado y blanco, escondido tras las gafas de sol.

5

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> Valencia era una ciudad obsequiada por su huerta y vivía solo dentro de sí misma, autosatisfecha, muy alejada en espíritu del resto de una tierra que no tuviera en el horizonte la torre de Miguelete.
>
> MANUEL VICENT,
> *Retrato de una mujer moderna*

La azafata, una chica sonriente, avanzó por el pasillo con paso firme cerciorándose de que todos lleváramos puesto el cinturón. El piloto anunciaba las maniobras de aproximación a la isla de Ibiza. Se me aceleró el corazón. Por la ventanilla, vi el mar sembrado de islas iluminadas por el sol balear. Busqué la mía. Su grácil y alargada geografía tenía el color del azafrán. Susurré en voz baja los nombres de sus recodos: Migjorn, Ses Illetes, el Cap de Barbaria, y allí, cerca de los acantilados, el pueblo de Sant Ferran y Punta Prima, a pocos metros de mi añorado y perdido Paraíso.

El policía con el que Maite me recomendaba que hablara se materializó en mis pensamientos de maneras inquietas, musculado, con la cabeza rapada y unos ojillos inteligentes. Se llamaba Pau Bonell. Era un hombre de unos cuarenta años, no demasiado alto, que miraba fijamente y contraía la mandíbula en un gesto involuntario. Desde que se presentó, educado y sutil, intuí que no estaba dispuesta a

levantar el asfalto para descubrir la vida oscura de mi padre. En el epicentro de mi pesadilla, sentí una lucidez desgarradora, que me advertía de que abrir la boca y poner al corriente a aquel inspector de lo que sabía o barruntaba sobre mi padre iba a sumirme en años de investigaciones que sería incapaz de soportar.

Tras su muerte, yo soñaba con que me dejaran llorar en paz, con que me dieran la oportunidad de zambullirme en un prolongado duelo, pero las circunstancias no eran precisamente favorables. Me causaba un profundo dolor ser consciente de que su desconocida vida se extendía como una mancha de aceite. Los interrogatorios me confrontaban; las explicaciones que me veía obligada a dar me extenuaban. Yo no era el centro de su vida, tan solo participaba de una pequeña parte de su existencia y quería quedarme con ella, que nadie la tocara, para tener mi ración de olvido. Ahora volvía a la isla.

Durante aquellos tres años, el inspector Bonell me había llamado en varias ocasiones. A sus cuidadosas preguntas, respondía con mis también cuidadosas respuestas. Neutralizaba cualquier propuesta que encendiera la mecha de su curiosidad haciéndome la idiota y representando la imagen de una mujer desvalida, fragilizada por la desgracia e incapaz de poner orden en su cabeza. Sé que a la policía le da más miedo una mujer al borde del colapso que un delincuente. Por nada del mundo deseaba que encontrara la punta del hilo de aquella maldita madeja. «Si viene usted por aquí, me gustaría que pudiéramos intercambiar impresiones. Llámeme». Terminó su última llamada dejando una puerta entreabierta.

No pensaba llamarlo, pero por si acaso busqué su nombre en mi móvil. Allí estaba: «Sargento Ibiza. Pau Bonell». No sabía si el caso de mi padre estaba abierto o cerrado y no tenía intención de averiguarlo.

Estaba en las Baleares. En unas horas llegaría a Formentera. El efecto inquietante de los recuerdos se extendía por mi sistema nervioso. Tenía en mi torrente sanguíneo misteriosas células que, de forma inmediata, reconocían que me acercaba a una zona peligrosa. Maldije a Lupe y a mí misma, respiré hondo y dejé que mis pensamientos vagaran hacia aquel maldito día.

La mañana del asesinato me levanté temprano. Me sentía feliz,

ligera, optimista. Mi padre me había regalado casi cinco horas de sorprendentes confidencias. Sabía algo más de su búsqueda y por lo visto del hallazgo de sus diamantes, aunque todavía no los hubiera visto. Durante la cena se mostró especialmente cariñoso e incluso verbalizó sentimientos sobre su pasado que nos afectaban a Lupe y a mí.

Vi salir el sol. Lo admiré levantándose poderoso sobre el horizonte. Tenía el corazón lleno de agradecimiento. Rodeé la casa contemplando la luz que se colaba entre las columnas del porche. Era un día espectacular, más propio para festejar algo que para acabar con la vida.

Me di una ducha, me vestí y anoté lo que debía comprar en la tienda. Teníamos previsto cenar los tres juntos, Lupe, mi padre y yo. Necesitaba dejar todo en orden antes de irme, que la noche fuera especial y perfecta. Estábamos hartas de sus demandas continuas e incomprensibles y necesitábamos reparar la fragilidad cotidiana que él nos imponía. Aún me quedaban cosas por hacer: hablar con Dolors para que limpiara la nevera y cerrara la casa, cancelar lo de la caldera y recoger un pantalón en la tiendecita de Jenny.

Vi a mi padre un segundo antes de marcharme. Regaba el jardín de atrás, que a esas horas tenía una sombra deliciosa. Recuerdo que le di un beso tras buscar sitio bajo su sombrero, le pedí que recogiera un poco de albahaca y le advertí con cierta ironía que nuestra conversación no había terminado.

—Mientras esté cocinando, antes de que llegue Lupe, tienes que contármelo todo. Me dejaste en lo mejor. Aún no he visto tus diamantes y no dejo de pensar en ellos.

Sonrió sin mirarme y me indicó que el olivo estaba dando las primeras aceitunas, como si no pensara cumplir su promesa. Luego me puso la mano en el hombro y me palmeó de la misma manera en que se tranquiliza un animal doméstico. Lo abracé, perdonándolo, como siempre hacía. Y lo último que recuerdo de él es su silueta, el gesto de despedida de la mano. Eso recuerdo: su mano agitándose, el sonido de los pájaros y mi felicidad.

Fui andando al centro del pueblo. Compré el pan y me concedí el

capricho de beberme un café leyendo el periódico en el hostal de Les Illes. Elegí una mesa bañada por ese sol cálido de primera hora. Me tomé con parsimonia el café y unas tostadas con mantequilla. De vez en cuando cerraba los ojos y dejaba escapar un suspiro. Aproveché la cobertura para hablar con Julia y con Maite, porque en El Paraíso uno parece estar a miles de kilómetros de sus costumbres. Me demoré deliberadamente. Era mi último día. Rescataba las formas, el aire, eso que se ama de un lugar y que no puede meterse en la maleta.

Nadie puede prever que un abismo está a punto de abrirse a sus pies, menos aún cuando trata de guardar los instantes para hacerlos eternos. Lo que sentía era algo compacto, ese tipo de felicidad que hace que te sientas indestructible durante un ratito. No vi a nadie en el camino de vuelta y tampoco recuerdo que pasara ningún coche ni que hubiera un ruido distinto a los sonidos habituales de la mañana. Yo no oí el primer disparo.

Estaba llegando a El Paraíso y el sol calentaba un poco más. Empecé a acusar cierta inquietud, pero lo atribuí a que las bolsas pesaban. La impaciencia me hizo acelerar el paso y la felicidad se desvaneció. Eso sí lo recuerdo, y también que pensaba en que quería preparar la tarta de manzana que tanto le gustaba a Lupe. No sé el tiempo que invertí en acercarme a la casa, pero el aire olía a tomillo, a ruda, se oían los pájaros y mis zapatillas emitían un pequeño crujido cuando se adaptaban a la irregularidad del camino. Aquel silencio es mi Formentera.

Como he dicho, no oí los disparos ni percibí nada fuera de lugar. Se lo dije al investigador de Ibiza, que insistía en que debía haberlos oído, porque el ruido se propaga de no sé qué manera. Nada. Pero, cuando empecé a subir el repecho que conduce al camino de entrada y miré hacia la casa, sentí algo imposible de precisar, una energía extraña que rompió la magia.

La puerta de la casita de invitados estaba abierta y del interior salía una suave música. Quise imaginar a mi padre enredando entre sus papeles, pero ya aceleraba el paso. Lo llamé. Repetí su nombre casi a gritos para que saliera a por la prensa. Le gustaba sentarse a leer el periódico en el porche. Me dirigí a la puerta trasera, la que da a la

cocina, para dejar lo que llevaba.

Apenas en la entrada, una intuición tenebrosa se apoderó de mí. Apreté el paso de forma instintiva. Al llegar a la cocina, vi en el suelo el primer trozo de una taza rota y los armarios abiertos de par en par, parte de la vajilla que guardaban se hallaba por el suelo, hecha añicos. Los cajones estaban volcados y había un par de tiestos rotos, con la tierra desparramada por el suelo. No me paré a evaluar el estropicio, que se extendía más allá de donde me alcanzaba la vista. Solté las bolsas y, con el corazón desbocado, corrí hacia la puerta que daba al jardín gritando: «¡Papá, papá!».

Los instantes que tardé en alcanzar el taller me parecieron eternos. El miedo me hizo vivirlos a cámara lenta. Mi cuerpo se volvió un peso pesado incapaz de llegar a mi objetivo a la velocidad que deseaba.

La vida nos advierte, nos envía mensajes de alerta, nos previene, pero solo los percibimos si estamos atentos. El aire se espesó de pronto y tuve dificultad para respirar. Mi padre estaba tirado en el suelo en medio de un charco de sangre, con el cuerpo en una postura extraña, y sus ojos, ¡ay, sus ojos!, miraban vacíos hacia ninguna parte.

Aunque me arrodillé llamándolo, mi corazón ya me susurraba que era inútil, que estaba muerto. Lo único que pude hacer fue ponerle la mano en la mejilla, aún tibia, cerrarle los ojos, despedirme silenciosa y desesperadamente, diciéndole que le quería, para después gritar como un animal que necesitara la música de su dolor para sentirse real.

Le habían disparado.

Mis gritos, según supe después, se oyeron incluso en Sant Ferran, pero por suerte llegaron hasta Marietta, la mujer de la casa situada a un kilómetro de El Paraíso. La pareja, en ese momento, se disponía a dar un paseo hacia los acantilados y, siguiendo mis gritos, llegó a nuestra casa. Con esa diligencia que yo no poseía, me separaron del cuerpo, lo examinaron y me hablaron. Sé que hablaron, pero no podría decir qué me dijeron.

A partir de ese momento, me confieso incapaz de recordar lo ocurrido, tan solo tengo el relato posterior que me hizo Marietta. Fueron ellos quienes buscaron las llaves del coche para llevarlo al hospital, porque les pareció que aún tenía pulso y yo no podía

moverme; quienes me empujaron dentro del coche con mi padre apoyado en mí como un muñeco roto; quienes dieron los datos y quienes se sentaron a esperar una noticia que no tardó en llegar. Mi padre estaba muerto.

Lo que cuento es una versión reconstruida. En realidad, mi mente se apagó durante unas horas y apenas poseo unas imágenes deshilvanadas y aterradoras que se imponen en mis pensamientos cuando les da la gana. Son rastros de lo que vieron mis ojos, jirones de realidad que me impiden ver con nitidez los recuerdos. Sé que temblaba, que intentaba articular unas palabras que se resistían a salir de mi boca, que escuchaba a quienes me hablaban y que sus voces llegaban desde una distancia infinita, como si me hallara bajo el mar.

Marco y Marietta me llevaron de vuelta a casa. Ellos llamaron a la policía y a Lupe. Vagamente, y con aquel zumbido al fondo de mi vida, evoco la mano de mi hermana apretando la mía, a un policía local que decía que no podíamos tocar nada, y más tarde un bullicio impreciso y desagradable a mi alrededor.

En Formentera nada es definitivo. Es una isla que no acaba de ser destino. Trasladaron el cadáver en helicóptero a Ibiza para dejarlo en manos de los forenses. Algunos pronunciaron la palabra «asesinato» mientras yo me tapaba los oídos. Demasiado bien lo sabía. Estaba muerto y coincidía con sus advertencias de la noche anterior. Su voz aún resonaba en mis oídos, sus ojos todavía eran capaces de mirarme, de aconsejarme que no dijera nada, que permaneciera muda en el mundo de pena que nadie osaría disturbar.

Lupe, la mejor anfitriona de aquel despropósito, me daba agua, se levantaba cuando yo miraba al infinito y suspiraba con angustia. A su manera, sentía que había perdido la guerra con aquel hombre decisivo en su vida. Sin embargo, yo la necesitaba y eso la volvía poderosa. Organizó el caos, fue a buscar a Maite y a Julia, que venían juntas desde Bilbao. Me vestía y me ponía una taza de café en la mano, y yo no paraba de advertirle que no hablara de mi padre. Y los días comenzaron a pasar lentos, devastadores, como si tuviéramos que llenar una botella gota a gota.

Una sabe que los protocolos que rodean un asesinato son

irreversibles, pero esperar el cuerpo fue una tortura. Sirvió para que Nadine viajara desde París y los teléfonos no dejaran de sonar. El harén de mi padre al completo, salvo Carmen, estuvo presente en la incineración. Todas sus mujeres le lloramos envueltas en una nube de perplejidad preguntándonos cómo era posible que Lorenzo Landaluce, el hombre más poderoso de nuestras vidas, hubiera sido asesinado en una isla donde nunca pasaba nada salvo la felicidad. Toni, el pescador amigo de mi padre, nos llevaba y traía a Ibiza como si fuera un taxi que surcara el Mediterráneo a demanda de su amigo. Piero cerró la tienda para ayudarnos con los tediosos e interminables trámites, y la isla guardó silencio.

Un asesinato lo contamina todo. El lugar donde se produce pasa a ser el escenario de un crimen. La casa de invitados se convirtió en un zafarrancho de combate. Las diligencias policiales se prolongaron durante días, con funcionarios que marcaban, medían, buscaban huellas y preguntaban, sobre todo preguntaban. Precintaron el espacio ya profanado y yo casi lo agradecí. Era incapaz de acercarme a unos metros de la puerta del taller. Me juré a mí misma que no volvería a pisarlo.

Pese a mis propósitos y a mi hija Julia, que no se separaba de mí, la casita, durante la noche, parecía reclamarme. La muerte despertaba culpas, empujaba intuiciones y desbarataba mi cordura. Asustada, pedía a mis dioses, les rogaba y suplicaba, que el asesinato de mi padre formara parte de un mal sueño, porque, aunque diera manotazos a mi memoria, las últimas imágenes regresaban a mi cabeza en cuanto cerraba los ojos.

Nos entregaron sus cenizas convenientemente repartidas en tres recipientes. Lupe consideró que su madre necesitaba despedirse de él. Ella no tuvo fuerzas para volar desde Acapulco a la isla, así que su hija prometió que le llevaría a México la urna que contenía al amor de su vida. Otra parte volaría a París. En alguna ocasión, mi padre había manifestado su deseo de que esparciéramos sus cenizas en la place Vendôme, frente al Ritz. La tercera fue, como no podía ser de otro modo, a su Mediterráneo adorado, a su acantilado favorito, a unos cientos de metros de El Paraíso, adonde iba casi cada día.

Viajamos a París. Nos instalamos en su casa, un piso magnífico en un distrito parisino habitado por burgueses y nuevos ricos de prestigio. Desde los balcones se ven el Arco del Triunfo, la torre Eiffel y los Campos Elíseos. A unos metros está la casa donde vivió la Callas y en el barrio puedes encontrarte a la familia Grimaldi o a los herederos de Obiang. París no era París sin Felipe, y yo lo necesitaba, pero nadie tenía noticias suyas. Fuimos a la place Vendôme disfrazadas de turistas. A pesar de los cientos de cámaras que vigilan cada centímetro, tiramos las cenizas en una noche de calor seco y sin brisa. Cuando Maite y mi hija regresaron a Bilbao, me enfrenté a los trámites administrativos. Llamé a Jean-Luc, uno de mis viejos amores, un chef que para entonces tenía su propio restaurante, y le pedí ayuda. Me deslizaba por las calles anónima, con el certificado de defunción en el bolso y sin una pizca de voluntad, para acabar en la cocina de Jean-Luc, llorando entre pucheros.

Me puse en contacto con los bancos, cancelé cuentas y firmé papeles. En las cajas de seguridad encontré algunas joyas en estudio que tuve que devolver a sus propietarios además de documentos de transacciones e informes que no entendía. Agotada, fui cerrando puertas sin hacer demasiado ruido. Representaba mi papel de hija al tiempo que alejaba el dolor que ocupaba mi corazón. Por la noche, me refugiaba en el piso. Un portero amable me entregaba el correo, me abría la puerta del ascensor y me deseaba dulces sueños, como si el lujo del edificio evitara el insomnio. Dormía en su cama, me fijaba en lo que él veía desde allí, en las piezas de decoración escogidas para que lo acompañaran. Observaba los objetos como si fueran a despertar para contarme sus secretos. Lo buscaba y hacía esas listas con preguntas y anotaciones que normalmente me ayudan a resolver los enigmas. Cuando el sueño no acudía, volvía a mis palabras con «P»: paciencia, pesar, pulir, pesadilla, paliar, perdonar…

Durante días recibimos ramos de flores y tarjetones de pésame. Nadine, que regentaba una galería de arte puntera, se empeñó en que había que celebrar una ceremonia en la iglesia de Saint-Étienne. Consideraba que no podíamos permitir que los rumores se convirtieran en leyendas. La dejé prepararlo a su manera, pues yo

tenía suficiente con visitar el Louvre y pasearme llorando por la Galería de Apolo mientras admiraba los diamantes de la República francesa.

Y llegó la ceremonia. Debo decir que me impresionaron el lujo, el glamour y el respeto que se concentraron en la iglesia. Los hombres y las mujeres acudieron con sus trajes oscuros de marca y sus camisas blancas impecables. Rubias y morenas con moños italianos escondidas tras enormes gafas oscuras, la plana mayor de las joyerías más afamadas, manos de huesos artríticos con enormes diamantes en dedos que tendían tarjetas de *curator*, directores de museos y fundaciones… Nietos de familias judías a las que había asesorado me daban el pésame con verdadera aflicción. El hijo de monsieur Fresnoye, ejecutivos de Boucheron, Cartier, Buccellati, Ronald Winston, Tiffany's o Van Cleef…, era el mundo de Lorenzo Landaluce, que acudía a despedirlo. Todos estuvieron allí, expandiendo sus perfumes caros, su liturgia amortiguada y sus susurros melancólicos. Nada de cortejos meridionales como en Formentera, con mocos colgando, abanicos bulliciosos y vestidos de colores de amigos con los turistas sacando fotos al sepelio, que representaba los restos de una costumbre ancestral.

Vigilé la iglesia, revisé los últimos bancos, esos donde se refugian los que no quieren ser vistos, y me fijé en los que salían presurosos. Felipe no estaba.

—Tú lo conoces bien, Nadine. ¿Cómo justificas su ausencia?

—*Chérie*, tu padre y él tuvieron un profundo desencuentro. Lo más probable es que esté eligiendo la mejor manera de acercarse a ti. He dejado mensajes en los sitios en los que puede estar. No responde a mis llamadas y me preocupa mucho su silencio. La última vez que lo vi no estaba bien.

—No creo que pueda perdonárselo.

—Lo perdonarás en cuanto aparezca. Hay personas a las que no se puede renunciar sin morir un poco.

Nadine era París. Eran ellos tres. Se había quedado sola. Sus esfuerzos por mantenerse a mi lado sin romperse eran evidentes. Tenerla me sostenía. Era una de las primeras amigas que Carmen y él

hicieron al llegar a la capital francesa y conocía bien a Felipe, puesto que vivieron un pequeño romance. Desde su galería en Le Marais, le buscaba y lo sabía.

—Se equivocó. Tomó decisiones poco acertadas y perdió lo que más quería. Estaba en Nueva York la última vez que hablé con él. Lo conozco. Si no está localizable, es que no se siente bien.

Tras los fastos, volví a mi vida acompañada de un nudo perpetuo que bailaba sin permiso en mi garganta. La noticia se había propagado por el mundo de la joyería. Los periódicos de Nueva York, París y Londres publicaron un pequeño recuadro en la sección de sucesos. Los artículos de opinión de los periódicos franceses hablaron de él, de su trabajo en Cartier, de su insustituible conocimiento de los diamantes. Nadine me envió revistas en las que se mencionaba la valiosa aportación de mi padre a la recuperación de joyas procedentes del expolio nazi. Su nombre no solo conectaba con la historia de la joyería, también lo hacía con la codicia y especulación. Semanas después seguía enviándome condolencias procedentes de todas las partes del mundo; clientes, joyerías, asociaciones, embajadores… Sotheby's, Christie's, Bonhams, Dorotheum. Ni siquiera las abrí. Solo me interesaba un remitente, Felipe, y no estaba allí. Fui depositándolas en la misma caja que albergaba las demás, una que duerme el sueño de los justos en el desván del caserío.

Luché como una jabata por formar parte de su existencia y hasta creí haberlo conseguido, pero descubrí que solo era un espejismo. Desde hacía tres años, me acompañaba una estela de impotencia.

Los motores rugieron y el avión se deslizó por la pista de aterrizaje. A mi lado, una pareja muy joven se daba la mano mientras se susurraba confidencias melosas. Habíamos llegado a Ibiza.

Mi padre me dijo que tenía los diamantes.

Lo mataron y pusieron la casa patas arriba.

Volvieron al año siguiente.

Y al otro… ¿Debo contarlo?

El cuaderno de Lorenzo

Esta mañana, las gaviotas parecían celebrar su propio festival. Ha dejado de llover y un tibio sol calienta desde primera hora hasta al atardecer. Voy desprendiéndome del temor con el que vine. Como si fuera una coraza que me envuelve, se va secando. Pierdo pedazos de ella mientras paseo, me doy un baño o leo. El sufrimiento es un sentimiento inútil.

En la punta de Merivell, he cogido el viejo camino que termina en Sant Ferran. Iba a darme la vuelta, pero me sentía fuerte y he seguido hasta el puerto. Toni estaba en la cubierta de su barco. Le he dado un abrazo. Ya puedo hacerlo. Le he encargado que me traiga raons, ese pescado tan especial de carne sabrosa y fina que tanto se aprecia en las Baleares. Hemos hablado con la cautela de los oriundos de esta isla. No ha preguntado por mi presencia fuera de temporada.

Mientras me sumerjo en esta vida medio rural, subsiste la idea del peligro. El silencio de los alrededores hace que proyecte mis fantasmas. Sigo preguntándome si me avisarán de su presencia, si uno de los lacayos del coleccionista se presentará como en las películas a pedirme delicadamente que le entregue los diamantes. Imagino cómo me recita con voz amenazadora las órdenes de su jefe o la manera en que me neutraliza para que confiese dónde están. Fabulo con ese momento, pienso en si tendré tiempo de negociar con su codicia, si le entregaré parte de mis sagradas piezas o aceptará la maravillosa réplica del collar.

Nadie sabe dónde duermen mis tesoros hasta que yo los despierto. Ellos, los malos, no me creerán tan apasionado o tan loco para pensar que están aquí, al alcance de la mano, lo bastante cerca como para

que los rescate cuando lo deseo. Supongo que imaginarán que los deposité en una caja fuerte, en un banco o en una de las casas de joyas con las que he trabajado y que poseen excelentes medidas de seguridad.

Pero no pienso separarme de ellas; el placer que me producen es algo a lo que no puedo renunciar. Paso las yemas de los dedos por encima de mis codiciadas piedras. Recorro el contorno imaginándomelas engarzadas como parte del collar que María Antonieta se negó a poseer. En mi imaginación, visualizo el protocolo del momento en que le presentaron la singular y única pieza. La veo arrugando la nariz en un gesto de repulsión o dando órdenes para que apartaran de su vista el precioso estuche en que reposaba el collar más caro de Europa.

Las políticas fiscales de su esposo, el rey Luis XVI, y sus gastos desorbitados le otorgaron una fama de la que no podrá desprenderse. Quizá esa fue una de las pocas ocasiones en que la caprichosa austriaca tuvo el suficiente sentido común para olvidar sus deseos, aunque me temo que en realidad aquel derroche de lazos y diamantes no le gustó, sin más. Si lo hubiera aceptado yo no estaría aquí, y es posible que mi vida hubiese sido radicalmente distinta.

Todo sucedió en la corte de Versalles.

La residencia de los reyes de Francia se hallaba en el palacio del Louvre, en París, pero desde 1682 hasta 1789, fecha de la Revolución, estuvo ubicada en el municipio de Versalles, a unos kilómetros de París, en la región de la Isla de Francia. Luis XIV, el Rey Sol, fue el verdadero artífice de este grandioso complejo arquitectónico que ahora visitan los turistas del mundo entero y donde llegaron a vivir las más de cuatro mil almas (según dicen los historiadores) que componían la corte francesa más dorada, luminosa y lujosa de la historia.

Al menos dos veces al año, vuelvo a Versalles. No se recorre con tanta facilidad como esta isla porque prácticamente nunca ha dejado de estar en obras. Desde el corazón, un pabellón de caza que utilizó Luis XIII hasta la revolución, se le fueron añadiendo el patio delantero, «la envoltura» de Le Vau, los pabellones de los secretarios

de Estado, el ala sur, el Grand Commun ya en 1681, el ala norte, la capilla real y aun palacete que remodeló y regaló a María Antonieta en 1774.

Paseando por sus estancias absorbo lo que ha quedado atrapado allí y pienso en el rey Luis XIV hablando fluidamente castellano por los salones gracias a su herencia materna.

Todo se entrelaza. La historia se parece a las búsquedas que hacemos en las páginas web. Saltamos de una fecha a otra, caminamos de puntillas para descubrir que ese palacio sigue ahí, a merced de los turistas, porque Rockefeller, el filantrópico millonario, donó ingentes sumas de dinero para su reconstrucción y mantenimiento.

Pero en 1770 conviven entre sus paredes tres reyes borbones: Luis XIV, el Rey Sol, verdadero creador de la corte versallesca y del despotismo, al que le hereda su biznieto Luis XV, y el joven Luis XVI, aún delfín de Francia. Tampoco podemos olvidar a las innumerables amantes de estos reyes y a sus hijos bastardos, aunque nombremos a las de más relevancia: madame de Maintenon, madame de Pompadour y la condesa du Barry.

Me fascina estudiar el mundo de esas mujeres que aceptan joyas de valor incalculable de sus poderosos amantes y que evitan choques frontales con las reinas porque saben que saldrán perdiendo. Esas mujeres que tejen intrigas, influyen y avanzan por caminos transversales, determinando la vida de la corte y a menudo la del continente europeo.

Entre ellas está la mujer para quien se creó el collar de diamantes que ha marcado mi vida, madame du Barry, la última amante de Luis XV, que, como mi María Antonieta, acabó en la guillotina.

6

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> Para protegerse del canto de las sirenas, Ulises se tapó los oídos con cera y se hizo encadenar al mástil de la nave… Sin embargo, las sirenas poseen un arma mucho más terrible que el canto, su silencio.
>
> FRANZ KAFKA,
> *El silencio de las sirenas*

Hubo muchos días durante mi infancia en que hubiera pagado por ser la hija de una madre pesada, absorbente, y de un padre empleado de banco que no entendiera mi mundo. Uno de esos matrimonios que se mueren de un cáncer, de un infarto, de una infección contraída en el quirófano cuando se operan la cadera, y que han dejado un listado con sus posesiones y deseos en una carpeta junto con las escrituras del piso donde han vivido cincuenta años. Podría haberme enfrentado a un final tradicional y, sin embargo, tenía que lidiar con un asesinato y una madre que no me reconocía, internada en una residencia con vistas al mar.

En París, una de las primeras gestiones que hice fue visitar a su abogado, monsieur Pierre Valencourt. Desde hacía veinte años, cuando el patrimonio de mi padre comenzó a incrementarse, le llevaba los asuntos económicos, financieros y legales. En cuanto tuvo conocimiento del suceso, se puso en contacto conmigo y luego acudió

al funeral, ofreciéndose genuinamente para cuanto necesitara. Solo nos habíamos visto una vez, pero su aspecto, su voz, su cercanía y una inconfundible honestidad en su mirada me empujaban a confiar en él. «Hay cosas de las que será preciso hablar».

Ánimo, lo que se dice ánimo, no tenía el día que me dirigí a su despacho. Estaba de cuerpo presente en mi vida, como siempre que he tenido que responsabilizarme de algo. Tocaba reunirme con él, afrontar la lectura del testamento y lo que tenía que contarme.

Me recibió con inequívocas muestras de cariño. Nos sentamos en su elegante despacho junto a una mesa de diseño ocupada por torres de papeles que ignoró para centrarse en mí. Después de que nos sirvieran un café, puso el teléfono en silencio e inició las maniobras de aproximación. Primero surgieron las anécdotas, el modo en que se conocieron, y luego, con gran delicadeza, fue acercándose al terreno que le preocupaba, la lectura del testamento.

—Desde el día que supe de su muerte, no he dejado de pensar en nuestros últimos encuentros. —Sentí que el abogado escogía minuciosamente sus palabras—. Los desenlaces violentos dejan una estela difícil de olvidar. Tu padre era, además de mi cliente, un hombre al que apreciaba. Era metódico, o digamos que lo fue gran parte de su vida, y le gustaban las cosas bien hechas, lo que hacía que nuestra relación fluyera sin problemas. Era un cliente amable que buscaba asesoramiento y orden en sus asuntos cuando lo necesitaba. El mundo en el que él se desenvolvía era complejo y, a veces, debía protegerse de malas influencias, por eso la documentación y la ley eran una obsesión para él. Sin embargo, desde hace… —pareció buscar la fecha en su memoria— unos tres, no, perdón, unos cinco años, aprecié un cambio sustancial en su actitud. Como sabes, en el despacho y para nuestros clientes, hay un departamento financiero. Me visitó para consultarme acerca de la posibilidad de hacer un contrato de confidencialidad. No era el primero que me encargaba, pero aquel tenía una característica que me llamó la atención: el destinatario tenía como domicilio un centro penitenciario. El dato no se me pasó por alto. Se lo entregué sin preguntar, aunque no pude callarme algunos consejos legales. Sin embargo, unas semanas

después, su asesor me comentó que Lorenzo había retirado parte de sus fondos. Que yo supiera, no tenía prevista inversión alguna, y eso me inquietó. Pero era su abogado, no quien tomaba sus decisiones…

—¿Era una suma importante?

—Digamos que sí.

Mi padre no compartía conmigo datos específicos de sus negocios. Era más que evidente que tenía una buena vida. Además de su trabajo, hacía inversiones en piedras que él mismo mandaba tallar y que colocaba entre algunos joyeros de su confianza. Viajó durante mucho tiempo, con los encargados de compras de Cartier, y conocía el oficio. Poseía un gran piso en París y el apartamento en Acapulco en el que vivía Carmen, y tenía un estudio en Ginebra y alguna otra propiedad. Por supuesto, se ocupaba de los gastos de mi madre, además del mantenimiento de nuestra casa y de los estudios de su nieta. Era generoso, siempre lo había sido.

—Tu padre no trabajaba fuera de las rutas legales. Era extremadamente concienzudo, y su prestigio en el círculo profesional era su verdadero patrimonio. Escrupuloso, sus intervenciones y exhaustivos informes frustraron más de una operación fraudulenta. Tenía un ojo excepcional para identificar retallados en piedras robadas o perdidas, y jamás se puso en entredicho su proceder. Los clientes confiaban en él, por eso sus colaboraciones con las asociaciones judías para recuperación del patrimonio y las casas de subastas lo colocaron en un lugar preferente dentro de su profesión.

—¿Pero?

Intuía que el repaso a su reconocida integridad escondía algo. El abogado se levantó y fue hacia una ventana desde la que se contemplaban los Campos Elíseos.

—Encontrar los diamantes del collar de María Antonieta era el colofón profesional de su vida y, por ello, la única vía de agua en su barco, la grieta de su integridad, su pasión cegadora. Intuí que el desembolso podía estar relacionado con ello, así que lo llamé con el pretexto de firmar unos papeles. Se sentó donde estás tú ahora y le pregunté directamente si sucedía algo extraordinario en su vida o si tenía algún problema conmigo, pues tomaba decisiones sobre su

patrimonio sin comunicármelas. Le costó, pero me dijo que estaba tras la operación de su vida. No era un hombre que confesara sus secretos con facilidad, pero su discurso tenía cierta incoherencia. Me dio a entender que estaba a punto de comprar sus famosos diamantes en unas negociaciones fuera de los círculos legales.

—¿El dinero que retiró era para eso?

—No podría afirmarlo, pero intuyo que sí. Cuando tu padre levantaba barreras en torno a su vida… —Hizo un gesto significativo y volvió a sentarse a mi lado—. Naturalmente, en mi mente permanecía el contrato de confidencialidad cuyo titular era un preso y uní ambas cosas. Dos más dos… El nombre de la otra parte, me informé, correspondía a un ladrón de joyas.

Abrí los ojos de forma desmesurada. No sabía adonde iría a parar y tampoco deseaba intervenir para no desorientar al abogado, pero las hipótesis y preguntas se agolpaban en mi cabeza.

—En junio de 2017 vino al despacho. Quería modificar el testamento. Me confesó que había recibido amenazas. Le aconsejé que las pusiera en conocimiento de la policía. Sonrió y me hizo saber que existían zonas de delito a las que la policía no podía llegar. También me habló de que lo asesoraba un investigador y me pidió que me tranquilizara. Quería contártelo. Todo este asunto me ha estado quitando el sueño. No sé hasta qué punto tiene importancia lo que te estoy diciendo y si deberías informar a la policía.

—Te lo agradezco. Probablemente debería hacerlo, pero no lo haré. Meterme en años de investigaciones, en levantar las faldas a sus negocios, en convertirme en el epicentro de sabe Dios qué no es mi objetivo. Está muerto, nada va a cambiar. A pesar de que teníamos una relación compleja, lo era todo para mí, y no sé qué me espera después de que cierre los asuntos legales. No tendría sentido seguir sufriendo por lo que precisamente me alejó de él, sus diamantes. —No quise que la conversación siguiera por aquel camino—. Dime algo: ¿hay diferencias sustanciales entre el testamento antiguo y el actual?

—No en el grueso, pero sí en algunos detalles. En el primero la casa de París y la de Formentera quedaban en usufructo para Carmen Linares de Leza, aunque tú fueras su heredera universal. Era un

documento que se remontaba a años atrás, cuando aún estaban juntos. Un par de años antes, Lorenzo cedió a Carmen su viejo apartamento aquí en París, muy revalorizado hoy, pero como sabes se vendió. Creo que quería dejar las cosas arregladas, porque hay una lista pormenorizada de algunas joyas adquiridas en subastas y documentadas que voy a entregarte. También creó un fondo a nombre de tu hija, además de dejar un sobre para Felipe Irizar, que solo puede entregarse en mano.

—¿Lo habéis localizado?

—Todavía no. Sabemos, por la galería donde exponía regularmente, que estuvo viviendo en Nueva York y que se hallaba en Europa cuando se enteró de la muerte de tu padre.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí, lo estoy. También que no trabaja con su agente y que se divorció de su esposa. Los rumores apuntan a que tenía serios problemas con el alcohol. No vende cuadros, eso puedo asegurarlo. Hoy en día es muy difícil no dejar rastro. Aparecerá.

—Es tan extraño que no haya venido… Que nadie sepa nada de él…

—Sí que lo es. Lo conocí. Era la única persona en quien tu padre confiaba y hubiera sido de gran utilidad, pero, Eva, quería decirte algo más —prosiguió el abogado—. Un año antes de su muerte, Lorenzo me llamó para pedirme que alquilara una caja en un banco a nombre de un testaferro. Me extrañó. No la petición, sino que necesitara ocultarlo. Él sabía que la transparencia en las operaciones es una característica de mi trabajo, y para ser honesto, en los últimos tiempos no era precisamente eso lo que indicaba su actitud. No me gustan los asuntos turbios, por eso le pedí sinceridad.

Para entonces, las alarmas en torno a la vida de mi padre estaban encendidas y emitían destellos de luz roja. A mi mente volvían una y otra vez imágenes y retazos de la conversación que habíamos mantenido la noche anterior a su muerte. A pesar de que intenté rememorarla, el dolor, la pena y la angustia actuaban en mí como un filtro opaco que se interponía en mi recuerdo.

—¿Y?

—Me dijo que había adquirido un material muy sensible y que no

quería que lo asociaran a él. A pesar de que no veía del todo claro el asunto, tramité el alquiler de la caja de seguridad, que nunca llegó a usar. A su muerte rompí el contrato.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Lo recuerdo bien porque estaba de vacaciones cuando me llamó. Fue en los primeros días de enero.

Estuviera donde estuviese, mi padre nunca se desprendía de un bolso de cuero donde guardaba unos saquitos de terciopelo con joyas y piedras. Las conocía. Imbuido de la liturgia con la que las trataba —los guantes de algodón, la manera de sujetar las gemas con las pinzas para exponerlas a la luz, los delicados giros para que el facetado emitiera destellos—, me las enseñaba con frecuencia. Eran diamantes en bruto, pedruscos similares a los que se recogen a orillas del mar y a los que él arrancaba su refulgente vida secreta. Poseía diamantes recortados o tallados de manera peculiar, ágatas extrañas o rubíes de un color excepcional, un brazalete de rubíes y diamantes que habían pertenecido a su adorada Maria Callas y, desde luego, la réplica de aquel maldito collar con el que se había obsesionado.

Quise preguntarle al abogado si tenía noción del paradero de aquella fortuna, pero no lo hice. Era demasiado pronto para bucear en sus secretos, aún veía su cuerpo desmadejado e inerte cuando cerraba los ojos.

—Tenía dos cajas alquiladas en sendos bancos de París y Suiza. La finalidad de las mismas era depositar el material con el que trabajaba —prosiguió monsieur Valencourt—. Te daré la documentación para que puedas acceder a ellas.

—La que tenemos en la casa de la isla estaba abierta deliberadamente, quiero decir que él la dejaba así. Solo contenía papeles, los… ladrones no los tocaron. En París no encontré nada de excepcional importancia. Ese listado de sus propiedades me vendrá bien. No he encontrado sus joyas.

—Probablemente se las llevaron.

—Eso pienso yo —dije sin convicción.

Salí del despacho tratando de asimilar la ingente información recibida. Me alivió no haber colaborado con la policía. Estaba de

acuerdo con el abogado: los pasos que había dado mi padre eran cuando menos extraños. Volví a pensar en Felipe y, esta vez consternada, me resultaba inimaginable que tuviera problemas con el alcohol. Él no. En mi fuero interno, una súplica voló hacia aquel hombre por el que sentía un amor desigual. A mis veintidós años había vivido en París casi un año. Hacía un curso de cocina con un prestigioso chef y Felipe fue mi compañía, mi amigo y mi cicerone. Quizá cayera en el espejismo de creer que tenía con aquel hombre un vínculo muy especial, que era el cordón que me unía a mi padre.

Caminé sin rumbo por París. Mis pies me llevaron hasta la calle donde vivía Felipe. Llamé al timbre repetidas veces y, como cuando era niña y volaba por encima de la realidad buscando a mi padre, caminé virtualmente por su apartamento gritando su nombre. Una mujer abrió el portal y entré. Busqué en los buzones. Allí estaba. Arranqué una hoja de mi libreta y garabateé una nota que introduje en su buzón:

> Llámame, por favor. Te necesito.
> Eva

En cuanto volviera encontraría mis rastros. Aunque supiera de antemano que las fantasías no se cumplen, como en el cuento, estaba dispuesta a dejar mi huella en su camino.

De Formentera a París, de París a Londres, de Londres a casa otra vez… No me quedó más remedio que recorrer las viviendas de mi padre, buscar entre sus cosas, rescindir sus contratos de arrendamiento o de servicios y abrir sus cajas fuertes.

Mi primera sorpresa fue descubrir que el apartamento que mi padre alquilaba en Londres ya hacía años que no estaba a su nombre. Casi me muero del susto cuando entré con sus llaves y encontré a unos pintores que se ocupaban de remozarlo. La dueña se presentó en pocos minutos. Vivía en el piso de arriba y la asombró verme. Abrumada, me contó que dos meses atrás mi padre había rescindido el contrato. Todo

se llevó a cabo telefónicamente.

—Quedó en enviarme las llaves, pero aún no lo ha hecho.

Le dije que mi padre estaba muerto, aunque evité darle detalles. Me invitó a un té. Tenía un par de cajas que guardaba en el sótano y que contenían todos los objetos personales que había encontrado en el apartamento. Le pedí que me las enviara al caserío. Luego volé a Ginebra, donde tenía un estudio en el que hice noche. Me impresionó enormemente la soledad que rezumaba. No era un hogar, ni siquiera alcanzaba el cuidado de una habitación de hotel. El conserje tenía llaves y le recogía el correo, que dejaba sobre una mesa en la sala. Tampoco encontré lo que buscaba.

Gracias a las artes de un amigo de Lupe, rescatamos de un portátil que había encontrado en París la lista de sus contactos electrónicos. Redacté un escueto escrito en el que les comunicaba su muerte con palabras escogidas para que la noticia resultara neutral. Decía que mi padre había abandonado esta vida después de que le fallara el corazón. Adjunté a la noticia un pequeño poema de Cavafis y añadí mi dirección de correo por si querían responder. También encontramos algunas búsquedas en su historial y otros documentos que, aunque parecían importantes, fuimos incapaces de interpretar.

Revolver en su vida resultó agotador y estéril. La policía seguía llamándome. Yo seguí fiel a mi versión inicial. No sabía nada de la vida profesional de mi padre. Lo sentía y agradecía su interés, y desde luego les trasladaría cualquier novedad que surgiera.

—Entre sus cosas tiene que haber anotaciones, datos, testimonios de amigos que supieran de sus controversias… Era un hombre de negocios. Si los encuentra, remítanoslos. Sería de gran ayuda —insistía el inspector Bonell.

Lupe, que acostumbra huir cuando hay borrasca, dice que la vida, como el mar, devuelve lo que se lleva. Me aconsejaba que me sentara hasta que alguien viniera a desvelar los misterios y confiaba en ese bendito azar al que rinde culto. Yo prefería decirle que las hadas y los duendes se habían llevado sus preciadas piedras y apoyar cabeza en su hombro para llorar en silencio y reconfortar mi alma.

La echadora de cartas a la que mi esotérica hermana recurre

intermitentemente, «Una visionaria, esta mujer…», le aconsejó que abriera un hotel de lujo en la propiedad. La susodicha opinaba que era preciso deshacerse de aquella casa atiborrada de presencias y sustituirla por un albergue para buscadores. Aunque lo deseara, me veía incapaz de desprenderme del lugar donde había mirado a mi padre a los ojos por última vez. Necesitaba un milagro, una señal, hasta tal punto que añoraba sentir las presencias que tanto atemorizaban a Lupe, aunque fuera incapaz de acercarme a El Paraíso.

—Eva, han vuelto a entrar. Me da muy mal rollo. Alquílala, una vez habitada esto no pasará.

—Lo pensaré.

Vivía con una bola en el alma, algo trabado que me impedía hablar de mi tragedia. Anegué los caminos que conducían a su recuerdo ayudada por mi extraña familia, de la mano de Julia, mi luz, de la tía Fina, mi memoria, y de Maite, mi norte. No conseguí el olvido, ni siquiera cuando nos encerraron en casa durante la pandemia, regalándome tanto tiempo para pensar, si acaso una especie de lejanía voluntariosa en la que no tenía fe alguna. Yo no iba a olvidar a mi padre, de eso estaba segura, pero no podía ir por la vida en aquel estado. Me quebré como una rama seca y necesité la ayuda de una psiquiatra, que me orientó por las puertas cerradas de mi vida. Tenía una hija adolescente, una socia, un negocio y una madre sin neuronas ni recuerdos. Me he pasado la vida poniendo remiendos a mi destino y, aunque no quería que me doblegara su muerte, desconocía cómo salir de aquel abismo. La vida no es el momento que vives, sino el conjunto de intentos que hacemos de disfrutarla, así que a eso me dediqué.

Ahora volaba hacia la isla y mi piel recuperaba el escalofrío del tiempo pasado.

«No pretendas entenderlo todo, princesa, acostúmbrate a vivir con tus secretos».

El cuaderno de Lorenzo

Mi padre, después de atender a un cliente, venía a la trastienda y comentaba la transacción. Le gustaba especialmente contar que quien acababa de comprar unos pendientes para su nieta había adquirido en su juventud un topacio de extraordinaria belleza que tuvo que empeñar durante la guerra. Dejaba esos datos en el aire y yo completaba con mi imaginación el destino de aquel topacio. Él también creía, como yo, que las piedras preciosas podían contar la historia de las civilizaciones como lo hacen los edificios emblemáticos de las ciudades o los cuadros que han sobrevivido a sus mecenas.

Hace muchos años, cayó en mis manos un lote de joyas que habían pertenecido a María Antonieta. Era la primera vez que me encontraba tan cerca de algo que le hubiera pertenecido. Tocar las perlas que adornaron el cuerpo de mi reina resultó definitivo para que me convirtiera en buscador.

La leyenda del famoso collar y la vida de la reina ha copado documentos, libros, ensayos, exposiciones y hasta películas. De Alejandro Dumas a Benedetta Craveri, Maurice Leblanc y su Lupin, Stefan Zweig, Benjamin Lacombe, Catalina de Habsburgo, Jean Chalon… Su triste y decisiva historia explica, en parte, uno de los hechos más relevantes de la historia política de Europa. Yo me uní a esta tropa de admiradores para buscar cinco diamantes que alguna leyenda contaba que andaban por el mundo. Las bibliotecas poseen multitud de volúmenes que narran la vida de María Antonieta, su infancia, su madurez, su final. La Revolución la eligió reina para llevarla a la guillotina en representación de la depravación de un régimen, pero también por su condición de mujer.

Para imaginarla iré al momento en que la Austriaca, pues así es como la llamaban, se dirige a Francia para casarse con Luis XVI. La codicia de la realeza, su aislamiento del hambre y la precariedad del pueblo francés, las intrigas, las guerras y los matrimonios de los príncipes están a la orden del día, pero quien viaja en esa comitiva a bordo de una preciosa carroza es una cría de catorce años que no sabe lo que le depara el futuro.

Es una niña superficial, irreflexiva e inconsciente, cuyo matrimonio no se consumará hasta siete años después de la boda. Su esposo tiene un problema conocido por toda Francia que lo convierte en hazmerreír de la corte. La joven princesa jamás ha leído un libro hasta el final, no sabe lo suficiente de música o de pintura, pero tiene un gusto natural y obedece las tendencias de la moda.

El pueblo francés deposita sus esperanzas en los nuevos monarcas, ¿qué otra cosa puede hacer? Muy pronto verán que el rey viene a ocupar un puesto predestinado, y que su timidez y su miopía no le adornarán con las virtudes de un Dios. Ella, sin embargo, quiere triunfar como mujer. Se convierte en la reina del rococó y dilapida caprichosamente el dinero. Alborota la corte con su ansiedad y le interesa muy poco lo que desconoce y debiera conocer.

Cuatro mil sirvientes por los pasillos y estancias del palacio, más de dos mil caballos en las caballerizas, oro brillando en los salones y la Galería de los Espejos para reflejar los adornos de la corte. El esplendor de Luis XIV, la decadencia de Luis XV y el final de Luis XVI, la dinastía Borbón en Francia. Todos bailan, juegan e intrigan, ignorando que tan solo faltan cuatro años para que se produzca uno de los hechos más importantes de la historia: la Revolución francesa.

Pero reyes y princesas ni lo sospechan. No pueden imaginar que el pueblo atente contra ellos, quienes se sienten casi divinos, y aunque los libelos, pasquines y periódicos de París hablan de la reina como la causa de los males de Francia, siguen adelante, argumentando que el pueblo necesita poner los ojos sobre un enemigo concreto. En eso tuvieron razón.

Como caído del cielo, surge un escándalo que sentenciará a la reina: el asunto del collar. Muchos historiadores coinciden en que esa joya

será el detonante que la empuje a la guillotina. Yo mismo quedé fascinado al conocer los entresijos de aquella pieza de la que todos hablaban. Averiguar lo que había sido de los diamantes que la integraban me pareció un reto tentador.

Lupe, la hija de Carmen, tan dada a especular con las misteriosas razones de lo que acontece, no cesa de decir que nada sucede por azar, sino que encierra un propósito que ignoramos. Pocas veces escucho sus fabulaciones, pero quizá, como a mi reina, esos diamantes me lleven al final de mi vida.

7

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> Todas las familias felices se parecen unas a otras, pero cada familia infeliz lo es a su manera.
>
> León Tolstói,
> *Ana Karenina*

Acordamos que Lupe dejaría su coche en el aparcamiento del puerto de La Savina para que yo pudiera hacer uso de él a mi llegada. Antes de coger su maldito vuelo a Niza, entregaría las llaves a una amiga que trabajaba en una de las empresas de alquiler de vehículos dentro del aeropuerto.

Esperé mi turno frente al mostrador tras una pareja de vikingos tan altos que me impedían ver el horizonte. Me gustan los nórdicos, no solo porque el padre de mi hija lo sea, sino porque carecen de esas triquiñuelas tan propias de nuestra astucia. Su aparente calma mientras esperan y el saber que su prioridad no es tratar de conseguir algo a lo que no tienen derecho me relaja. Cada treinta segundos se volvían para mirarme con una sonrisa.

Por el pequeño aeropuerto iban viajeros bronceados, guapos, vestidos como en los reportajes de televisión que se rodaban en islas exóticas: con sombreros de paja, cestos enormes, camisetas raídas, vestidos blancos, encajes; pastorcitas, adolescentes medio desnudas,

maduros a lo Indiana Jones con novias neumáticas. Me dio por pensar que todos intentaban eludir la muerte, pero unos instantes después de aquel pensamiento lúgubre fui capaz de apreciar su disfrute. Los envidié. También yo, algunos veranos, volvía a casa con un aspecto similar.

Mientras los hijos de Odín recibían su vehículo, pensé que, en cuanto llegara a casa de mi hermana, le robaría uno de esos vestidos que se deslizan por los hombros sin querer para acceder a la sensualidad mediterránea que olvidamos en el norte. Pensar en tonterías me hacía bien. Nadie tenía por qué saber que tenía una legión de hormigas concentradas en mitad del pecho dispuestas a devorarme el corazón. Resulta complicado compartir las penas hondas, el miedo o los presagios con los que una se come la cabeza cuando se dirige a un destino envenenado.

Por fin los nórdicos se despidieron inclinándose como japoneses victoriosos, llaves en mano; parecía que hubiéramos sido compañeros de un crucero a las islas Vírgenes.

—Buenos días. Busco a Silvia. Soy la hermana de Lupe Linares… —me aventuré a decir a la única chica que vi tras el mostrador.

—¡Hola!

La jovencita se levantó como si hubiera accionado un resorte. Tosió convulsivamente y gesticuló con las manos al tiempo que sonreía con ojos llorosos. Sin poder hablar, se agachó y rebuscó en un cajón.

—Me dijo que vendrías. Dejó esto para ti —consiguió pronunciar con voz entrecortada y me tendió un paquetito hecho con una bolsita de Mercadona—. No os parecéis nada. —Se sentó moviendo el trasero en el aire como si tuviera un GPS que le hiciera encontrar la silla rotatoria.

—No… —Sonreí bobaliconamente—. Si me lo permites, te iría bien tomar una infusión de orégano —le aconsejé—. Es estupendo para la tos. Muchas gracias, Silvia.

Me alejé saludándola. Silvia me miraba con curiosidad.

Lupe es voluptuosa, los vaqueros le quedan en el sitio adecuado, las faldas se le apoyan en las caderas, los escotes muestran la tentación suficiente. Ella posa sus ojos de gata como si no pensara en nada más

que en encolarte a ella. Sisea cuando habla. Mece las palabras comiéndose alguna letra cuando está tranquila y muchas al enfadarse. Cuando me dijo «Te necesito», pronunció «Tnesiito» con el apuro que imprimía su desesperación. Mi Lupe lleva en la garganta esos cristalitos que guardan los acentos: los soles de Acapulco, su ciudad de origen, los años de internados, las calas de Formentera, sus amantes extranjeros, sus canutos y sus carajillos. Toda su historia le ha conformado una voz cueva, ronca y áspera pero profundamente sensual. Hay algo en ella que invita a una intimidad propia de un alma despedazada por el infortunio. Pero la gente la quiere, le facilita sus peregrinos deseos, y la constipada Silvia era una las personas que ayudaban a mi hermana.

Mi estudio de las especias me hace tenerlas siempre presentes. Poca gente sabe que el orégano, además de usarlo en las pizzas, es un antitusivo maravilloso. También podría haberle hablado del jengibre o del tomillo, pero la cola era larga, ella no tenía resuello y yo no estaba para clases magistrales.

Cogí un taxi y rogué a los cielos para que aquel chico que conducía silbando no me dirigiera la palabra. Superada la primera etapa del trayecto, saqué la bolsita de Mercadona que me había entregado Silvia. En el interior encontré un manojo de llaves y un folio escrito a mano.

Eva, aquí tienes todo lo que necesitas, llaves para abrir las puertas de mi vida.

1) El coche. Está en el aparcamiento que hay a la derecha, en el puerto. Lo he dejado frente al muro de carga de Balearia, en la plaza 28. Es un Peugeot color plata, matrícula 2045 BDW. Está un poco abollado, pero va bien.

2) A veces cuesta abrir la puerta. Tengo que cambiar la cerradura. Si te diera problemas, Piero te lo soluciona. En la mesa de mi habitación he dejado varios llaveros. De los Farinelli, los Falcone y los Chandler, sus direcciones y las instrucciones de lo que necesito que hagas. Saben que mi hermana va a ocuparse de ellos durante unos días. También he dejado otras que probablemente necesitarás, las de El Paraíso. Aunque te cueste, date una vuelta por allí. Volveré el martes en el vuelo 534 de Alitalia que llega a Ibiza a las cinco de la tarde. Espérame cerca de la oficina de Silvia. Te lo contaré todo.

No te enfades conmigo encuentres lo que encuentres (que lo encontrarás). No

merece la pena y además tú sabes que hay un momento para cada cosa. Nada es casual. Tómatelo como una sorpresa.

Que los diamantes te protejan.

Soy feliz como hace mucho tiempo que no lo era.

Mucho.

Todo.

TU LUPE

P.D.: El coche es diésel. ¿Te he dicho que tengo un regalo para ti? No. El teléfono de tu sorpresa es el 654389002. Seguro que te lo contará todo mejor de lo que lo hubiera hecho yo. Te llamo en cuanto llegue.

El llavero de mi hermana era un gran diamante de plástico. Los diamantes protegían de las serpientes, de determinadas enfermedades, robos y otras fuerzas malignas, pero eran inútiles frente a las dudas que me asaltaban ante los mensajes cifrados de mi hermanastra enamorada. Toqué mi talismán, mi diamante azul. ¿Por qué demonios me había dejado convencer? La respuesta no tardó en llegar. Por el amor, por el jodido amor eterno, por eso me metía en charcos insalvables, por el puñetero e indispensable amor.

Miré la pantalla del móvil. Estaba segura de que no tenía llamadas suyas. Solo vi un mensaje de Maite: «Tu madre está bien».

Mi madre, la mujer a la que he mencionado hasta ahora como si se tratara de una presencia fantasmal, se llama Amelia Barañano. De joven fue repostera. Trabajaba en la pastelería Arrese, un establecimiento de la Gran Vía bilbaína, famoso por sus delicadas trufas. El local estaba prácticamente delante de la joyería de los Landaluce. Ella era guapa, joven, olía a vainilla, a cacao, a azúcar, y nadie podía igualarla en la cocina. Soñadora, sus príncipes y caballeros se parecían a su adorado Gregory Peck. Decía que mi padre se daba un aire al artista y, al pronunciar su nombre, ponía la mirada en el horizonte y se le volvían almíbar los ojos, como a las divas de la Metro.

No ha tenido demasiados propósitos en la vida, pero su hermana, mi tía Fina, me contó que se empeñó en que el joyero más guapo de Bilbao, y de quien decían que conocía a Gina Lollobrigida, María Félix

y a otras mujeres famosas, se prendara de ella. Lo hizo. Insistió con mohínes, gestos, miradas, hechizos misteriosos y de paso le ocultó sus inexplicables miedos y el frágil mundo que la habitaba. Sin una salida para sus sueños, mi padre debió de pensar que en la tenaz dulzura de aquella mujer podría encontrar alivio y quizá la felicidad provinciana y sin sueños le hiciera olvidar las tristezas que arrastraba.

No creo que se enamoraran de la misma manera, ni que tuvieran objetivos semejantes. La soledad, a veces, es una cabrona que engaña, que guiña el ojo y parece honesta cuando te envía al cadalso. Consiguieron algo parecido al amor, se empeñaron en ello, cada uno a su modo, aunque sus corazones latieran desacompasados. El tiempo, que no es capaz de negar la evidencia, los descuadró unos años después y los pilares de sus promesas no se sostuvieron.

Mi madre se casó de blanco y tul ilusión, dejó la pastelería y se dedicó a hornear en casa: carolinas, jesuitas, pastel de arroz, suspiros y rusos. Inventaba recetas, se atrevía con especias y productos desconocidos en un intento de contarle a su amado que ella podía llegar allí donde crecía su silencio. Cuidó su estómago como hacían muchas mujeres de aquel tiempo; no podían ser libres salvo en la cocina, allí, en su territorio, no tenían miedo a deslizarse por el placer y caer en abismos gastronómicos. Él le llenó de joyas los dedos, el cuello, los lóbulos de las orejas, y ella sirvió sus manjares en manteles de inmaculado hilo con iniciales bordadas en tardes de lluvia. «LB» para sellar la eternidad.

Yo no tardé en llegar. En aquel entonces se creía que la espera era un proceso divino, pero imagino que la química hormonal tendría algo que ver en la felicidad de su embarazo. Ella siempre necesitó una dosis extra de endorfinas para vivir, para espantar sus miedos, para poder cuidarme, pero por aquel entonces la psiquiatría no tenía las herramientas farmacológicas que tiene hoy. No creo que mi padre fuera consciente de que estaba enferma, no al menos hasta que su abandono y el alcohol desencadenaron los delirios.

La recuerdo antes de que se deteriorara. El pelo castaño y ondulado, guapa, algo distraída, olía a jazmín, encendía los cigarrillos a mi padre como si fuera una *geisha*, copiaba los modelos que llevaban las

estrellas de cine y se paseaba por el escenario infinito de sus sueños. Casi puedo verla esperándolo, conmigo pegada a sus vestidos de fiesta, las miradas inquietas a su reloj Omega de pulsera y algunos reproches indescifrables en la punta de la lengua.

«¡Ay, tu padre! ¡Se habrá quedado hablando con uno de esos clientes que viajan! ¡Cómo le gusta oír las cosas que cuentan!».

Al fondo del túnel de mi memoria, reside maravillosa y cálida. La guardo como era antes de que visitara su infierno para residir en él. A su infierno se refería llamándolo «ahí fuera», como si ella habitara en un castillo amurallado y fuera necesario traspasar una frontera donde la acechaban las sombras. Jamás cogió un tren o un avión. Dentro de su mundo estaban su pan de Viena, su concierto en el Filarmónica, el escaparate de Los Encajeros, el bollo de Zuricalday y las salchichas de Thate. Un recorrido por el Bilbao tradicional en el que ella confiaba. «¿Qué me pasa? —preguntaba con la mirada perdida—. ¿Qué me pasa?».

A él, a mi padre, le obsesionaba tener el pasaporte en regla; su camino comenzaba en la punta de sus zapatos. No pensaba en otra cosa que no fuera volar lejos con una primera parada en la ciudad de sus sueños, París, donde pronunciaba aquel «*je t'aime*» que resultaba más verdad que su «te quiero».

A veces me quedaba observándolos, como si al hacerlo pudiera llegar a descifrar el enigma de su prisión. Actuaba como un adulto que necesita seguir unas normas que desconoce. La observación me llevó a descubrir que nunca se miraban a los ojos. Sufrían una eterna falta de sincronía en su amor. Solo eso. Se quedaban en el límite de sus sentimientos, en mala postura. Él sin palabras, ella con demasiadas, él con una tristeza que bailaba en el fondo de su alegría, ella con una semilla de decepción a punto de germinar. Estaban tan concentrados en evitarse, en no descubrirse, que no se percataron de que abandonaban a su pequeña Eva, a mí, mucho antes de alejarse físicamente.

Mi madre le soñaba con una adoración desmedida y asfixiante. Daba igual que le cosiera un botón de la camisa, colocara su chaqueta sobre el galán de noche o le cepillara los zapatos hasta dejarlos

relucientes como el charol. Sus gestos eran como una oración íntima y enajenada. A veces descendía unos instantes de aquella secreta consciencia para ojear con descuido a su alrededor y toparse con mi anhelante mirada infantil, que pedía a gritos la caricia de su madre. Entonces me sonreía igual que si la casualidad me hubiera situado a su lado.

No me atreví a odiarla. Al contrario. Amé sus trozos útiles desesperadamente aceptando que existía en mi madre una estela de desconcierto veraz. La tía Fina se encargó de explicarme su comportamiento utilizando metáforas que hablaban de ingredientes que se olvidaban y tornillos que faltaban en la maquinaria de su cabeza. Ser consciente de aquella imperfección tan natural en ella, tan aleatoria, no me permitió generar ira, solo generosidad y la intuición de que debía tutelarla. Yo era su radar, la niña que cerraba el balcón, recogía sus olvidos y la avisaba de la adversidad. Poseer una madre frágil era pescar con una red agujereada.

Aprendí a amar la cocina cuando advertí que en aquel territorio ella era un poco más feliz. Allí, entre los ingredientes y las medidas, me veía, contaba conmigo, me ataba el lazo del delantal y me sonreía cómplice. La cocina era mi paraíso particular. Mientras elaborábamos un plato, hablábamos, construíamos el futuro de una gozosa cena, de una festiva comida, siempre para él. El amor volaba entre pucheros y moldes, poniendo nuestras manos juntas sobre la cuchara de palo con la que se revolvía el guiso de homenaje, la sopa de ternura o el pastel con pasión escondida entre las láminas de hojaldre.

Y allí estaba su cuaderno, un recetario caótico donde anotaba ingredientes y cantidades por si un día se los llevaba su olvido. Me explicó lo que querían decir «una pizca», «un puñadito», «un chorrito», «un sí es no es», «una cucharadita», «un toque» o «una nube». «La canela, cariño mío, va en pizcas, y los piñones, en puñaditos. A la salsa, añádele un sí es no es de azúcar, y el coñac, en chorritos que no duren más de un “amén, Jesús”».

Yo entendía aquel sistema de medida tan de madre, tan de ella, tan condenadamente inolvidable. En mi cocina aún dosifico mis nubes, mis toques, mis pizcas y mis chorritos de amén, Jesús.

Me besaba cuando se tropezaba conmigo o cuando mi lengua se escapaba por la comisura de mi boca para acentuar la concentración ante el milagro de batir las claras de los huevos hasta ponerlas a punto de nieve, subir al Kilimanjaro en el invierno de aquella espuma tenaz que se sujetaba sola en el tenedor. Eran besos inesperados, secretos de nuestra cruel historia de amor, tan inocentemente imprescindibles que me sostuvieron y dieron fuerzas para aguantar el calvario que vendría después.

Todavía siento algo mullido y perfecto cuando cocino para las personas a las que amo. Lo mejor de mí va en una cucharada de arroz con leche, una croqueta, un marinado. Me siento afortunada cuando el viento de los aromas empuja mis velas. Empaño mis declaraciones de amor, las cuezo a fuego lento, las rebozo y las empano. Sé decir «te quiero» sin miedo cuando espolvoreo azúcar glas. Me salen las palabras adecuadas de la manga pastelera y les pongo esa pizca de canela que acaricia el paladar al pronunciarlas. Escribo palabras de amor al manejar el chocolate, como mi madre lo hacía antes de que claudicara del todo, el día que mi padre le confesó que nunca encontraría lo que ella escondía en sus platos.

Lorenzo Landaluce, mi guapo y adorado padre, no tenía hambre de ella, solo la leve tentación del apetito, y eso una cocinera lo siente. El aire fétido conquistó, poco a poco, la vivienda de la calle Licenciado Pozas, donde vivíamos, y una nostalgia densa fue apagando sus miradas.

Una de aquellas primaveras lo llamaron de Cartier para ofrecerle trabajar en un encargo para María Félix, la renombrada actriz de cine mexicano. Se quedó unos meses mirando cómo se movían unos cocodrilos que se convertirían en un collar reconocido con más de mil esmeraldas engastadas. Visitó a diario sus diamantes en el Louvre y abrazó a mujeres que tenían terminaciones nerviosas en la piel aunque no supieran cocinar. Llamaba a Acapulco un día sí y otro también para pedir a Carmen que volviera, y algo cambió en él. Iba y venía de París a Bilbao, de Bilbao a Suiza, peritando piezas singulares sin atreverse a medir el abismo que se abría a sus pies. Entre tanta ida y venida, mi madre se dedicó a buscar refugio en algún lugar donde no apestara a

fracaso. No lo había, así que llegó el alcohol a la mesa del comedor, donde estaba permitido, hasta la cocina por aquel chorrito de jerez seco para el guisado, olvidando el tiempo que duraba el amén, Jesús. Se deslizó hacia la sala de estar para entretener con un oporto una tarde de lluvia y finalizar ocupando los rincones de la casa que solo ella controlaba y donde podían ocultarse las botellas de ginebra.

Al principio de aquella frenética carrera, la vi luchar. Para evitar sumergirse en sus mares de pena, se sentaba a leer, tejía o me acariciaba la cabeza. Yo la situaba justo debajo de su mano para que me cayera su ternura, los restos de su amor prisionero. Poco a poco fue perdiendo la medida del tiempo, se desconcentraba y a mí se me empezó a escapar la niñez observándola.

Aprendí a vigilarla como un científico supervisa el comportamiento de una célula a punto de mutar. Si veía que su estabilidad estaba comprometida e iba a golpearse con los muebles, acudía a sujetar los objetos que caían a su paso. Me aterraba el ruido que hacían al estrellarse y la manera en que mi madre argumentaba cualquier cosa para justificar el estropicio. Hablaba sola, caía en llantinas irrefrenables y contestaba a voces que solo ella escuchaba. Empecé a despertarme de madrugada, a atender los ruidos imprevistos, a prestar atención a reproches al otro lado del tabique. Creo que enseñé a mi cuerpo a mantener una vigilia que se volvió insomnio y que aún perdura.

Mi padre aparecía con intermitencia y, a pesar de mis súplicas, no tenía verdadera consciencia de lo que pasaba en casa. Ella calculaba bastante bien los días que él estaba con nosotras y se controlaba. Hacía esfuerzos titánicos por vestirse, arreglarse o acudir a buscarlo a la hora en que cerraban la joyería. Él fue acostumbrándose a no mirar las evidentes señales de lo que era, cada vez menos, su hogar. Perfectamente consciente del teatro, abrigaba la esperanza de que se produjera un milagro.

Mi fe en los peces de colores, en los príncipes azules y en los milagros era similar a la de un filósofo existencialista. No es de extrañar que no me gusten las bodas. Sabía que los cuentos no decían la verdad, que las oraciones no evitaban las adversidades y que por

muchas velas que pusieras a las vírgenes el corazón no iba a dejar de astillarse. Supe que era una rehén y creció en mí una orfandad renegrida y sin nombre que todavía siento cuando pienso en él o cuando camino los lunes hacia la residencia.

La verdad del amor no es la de Cenicienta o Blanca Nieves y mucho menos la de María Antonieta o Eugenia de Montijo. Ellas, las de los cuentos con los que crecimos, no llevaban diamantes en tiaras resplandecientes como lady Astor. Una no puede ahogarse tragándose a sorbitos la amargura, así que imitaba a las madres de mis compañeras de colegio y encendía velas a una Virgen Dolorosa en una capilla de camino a casa. La imagen tenía cara de entender de penas y llevaba pegada en la mejilla una lágrima perpetua en forma de diamante. Ella fue mi primer terapeuta, la única a la que podía contarle la verdad del relicario. Yo deseaba la magia que los adultos aceptaban para entender a su Dios, el que estaba en todas partes menos en mi casa. Soñé con ir de rodillas hasta la mismísima gruta de Lourdes para pedir que me cambiaran de familia. Aún visito a aquella Virgen de mi infancia. Me reconforta su compañía a pesar de que sé que solo es una imagen bendecida por la desesperación.

Un día, mi padre, que ya se iba a menudo, se fue del todo. Más atildado que de costumbre, con sus cuarenta y tantos espléndidos años, entró en mi habitación para despertarme, me acarició el pelo y se arrodilló hasta que sus ojos estuvieron a la altura de los míos. Juro que recuerdo aquel momento. El miedo a imaginarme creciendo sin él era tan grande que la sombra de su cobardía le llenó los ojos de lágrimas. Una espada como Tizona, la del Cid, fue partiéndome por la mitad. Olía a su colonia, Acqua di Selva. Olía a padre.

Los niños saben lo que sucede. Quizá no puedan contarlo como lo hacemos los adultos, pero a cambio tartamudean, se hacen pis en la cama o encierran con siete candados una impotencia que les asegurará el fracaso en el amor adulto. Decidió bajarse del barco, olvidar lo que ya no lo retenía, me abandonaba. Le faltaba el aire, pero lo que deseaba era tan fuerte que no pensó que yo estaba ahí, en medio del

tufo de su vida, sangre de su sangre, fruto de sus deseos, y que, aunque tuviera diez años, tampoco podría respirar en el nido construido con ellos.

—Eva, cariño, tengo que irme —pronunció las palabras despacio, con voz grave—. No voy a volver esta noche, tesoro mío, y mañana tampoco. Me voy. ¿Sabes lo que significa?

—¿Puedo ir contigo? —Me atreví a expresar el deseo.

—No, princesa. Tienes que ir al colegio, cuidar de mamá, quererla mucho. En cuanto tenga una casa nueva, vendré a buscarte. Te lo prometo —añadió—. Quiero que llames al tío Daniel cuando necesites algo, y también cuidará de ti Felipe.

—¿Para siempre? —lo interrumpí, confesando mis temores—. ¿Para siempre? —insistí.

—Me ha prometido velar por ti hasta que vuelva a buscarte. ¿Comprendes?

—¿Para siempre?

¿Cómo iba a comprender que mi padre me abandonaba? Él no se moría, como el de una niña de mi colegio al que lo había atropellado un taxi. No. Mi padre se iba y yo no podía hablar de su entierro ni guardar una flor, lo mismo que la niña huérfana de la que todas estábamos pendientes. Yo no podía escapar como él, a pesar de que en algún lugar remoto de mi vida emocional lo deseara. Él se iba y me pedía que cuidara a mi madre. ¿No era eso algo que los adultos hacían con los niños?

—Dime algo, princesa… —suplicó.

—¿Para siempre?

No le hablé más. Ni en ese momento ni en años. A pesar de saber que esperaba una palabra que lo salvara, no le hablé. Si yo llevaba mi Tizona clavada en el corazón, él debía llevar la suya. Mi silencio y aquel «para siempre». Mastiqué el sabor de aquella amargura que con el tiempo fermentaría en mi interior y no le dije adiós.

Soy hija de ese silencio. Cuando alguien me hace sufrir, enmudezco, busco una cueva y espero a que deje de dolerme el corazón. Me detengo hasta que se me va del paladar ese sabor metálico y desagradable que poseen la ira, la frustración, la impotencia y el

dolor.

Los mundos redondos de los niños nada tienen que ver con el enjambre de aristas de sus padres. Él me atrapó con sus cuentos a la hora de dormir, con los besos de mariposa y los cuidados a espaldas de mi madre. Ya conocía la magia de su mundo, pues me construía refugios donde residir cuando nada era como debía, las estrellas de las que hablaba y los planetas escondidos en la profundidad de la tierra, piedras preciosas, tesoros para la vida. Si se iba para siempre…

Ese día fui al colegio, pero parte de mí se quedó esperando su vuelta. Esperé a la manera en que se espera a los diez años, despreciando el tiempo, deseando que el suelo que pisaba se convirtiera en chocolate o que al doblar una esquina saliera un hada para contarme que la extrañeza que me envolvía era producto de un sueño.

El amor por mi padre era tan poderoso que me alcanzaba para creer que podía caer una lluvia de estrellas que detuviera aquel tren, avión o cualquier transporte que mi padre hubiera elegido para irse «para siempre». Esperaba que el poder de la fantasía obrara el milagro y que, al terminar la clase, él estuviera en la puerta del colegio, arrepentido, después de averiguar que era el hombre más importante de mi existencia y que lo necesitaba para crecer. Pero eso no ocurrió. Mi padre, a pesar de que lo intuyera escondido en el recorrido hacia mi casa, ya no estaba allí. No llovieron estrellas ni encontré a mis hadas, aunque ese día conociera a Maite.

Me senté a comerme un bocadillo en uno de los barecitos del muelle. No quería pensar en el Mediterráneo, en los vientos del este o del oeste y en la marejada que un chico, en una mesa cercana, comentaba que se estaba levantando. Un presagio de otoño cálido traía rastros de vientos africanos, pero el paso de las nubes inocentes desestabilizaba la temperatura. A lo lejos, un barco enorme se alejaba para devolver a sus destinos a los turistas. En unos días se vestirían con chaqueta, viajarían en metro mirando la pantalla del móvil y entrarían en sus lugares de trabajo con una sonrisa amplia dispuestos a recuperar el

estrés, la comida rápida y las noticias de las ocho en la televisión. Aquel mar azul se convertiría en un recuerdo olvidadizo y la isla volvería por fin a quedarse silenciosamente suya.

Miré mi teléfono de nuevo. Ni rastro de mi hermana. Su promesa de ponerse en contacto conmigo en cuanto llegara se esfumaba. Según mis cálculos, llevaba casi cuarenta y ocho horas en Niza. En la pantalla, Julia y yo nos mirábamos abrazadas y felices, en uno de esos selfis obsesivos a los que me sometía. Imaginé la alegría de mi hija, la seriedad con la que se fija en lo que le interesa y esa manera peculiar que tiene de abrir los ojos desmesuradamente cuando alguien la sorprende.

Ella y yo hemos construido nuestro pequeño mundo, un territorio en el que nadie entra sin permiso, un círculo de apoyo y cobijo perfecto que se cerrará cuando ella forme su propia familia. Estar allí sentada, a punto de embarcar con destino a Formentera sin decírselo, era una pequeña traición.

Mordí el último trozo del bocadillo diciéndome a mí misma que una hija de veintidós años sabe que está abonada al paquete de mentiras piadosas de su madre. Por muy buena relación que tuviéramos, aquello me pertenecía solamente a mí. Para ella, como para la tía Fina, estaba camino del curso sobre las trufas en el Périgord.

El cuaderno de Lorenzo

He escuchado en la vieja radio portátil que hace siglos llevábamos a la playa que se acerca un temporal. Media hora después, cuando he ido a vigilar el nivel del agua del pozo, ya estaba aquí. Soplan rachas de viento de oeste a poniente de más de ochenta kilómetros por hora y hay alerta amarilla. No salen ni entran ferris por el momento. Hay mar gruesa. Amenazan con tormentas y aguaceros. La isla se halla envuelta en una media luz y el cielo está cuajado de nubarrones grises. Paz para mí. Un día en el que estoy seguro de que nadie se acercará a mi Paraíso.

Vagabundeo por la finca, me enfrento a trabajos de jardinería que nunca he hecho. Ya no tengo necesidad de mantener las manos delicadas. No creo que vuelva a los mercados de diamantes o a las salas de subastas, y mis piedras no se quejarán porque las abrace con dedos ásperos de campesino.

Me vi obligado a decirle a Eva que estaba en la isla. Desde que lo hice, no cesa de preguntarme por la razón que me ha hecho adelantar mi estancia. Sospecha, y es lógico que lo haga, yo no debería estar aquí. Hoy llamará para saber si se me ha llevado el viento… Reprimo la tentación de ponerla al corriente y me prometo a mí mismo alargar su ignorancia cuanto me sea posible.

Las razones que le he dado son difusas. Le he explicado que durante los últimos meses he viajado algo más de lo aconsejable y que necesitaba descansar. He añadido que contemplo la posibilidad de retirarme definitivamente y que pronto regresaré a París para volver, como en los últimos años, a primeros de junio. «¿Te jubilas, papá?». Ella pregunta y yo respondo sin concretar. «Quizá sea el momento». Le

he informado de que, aunque lo dude, he aprendido a cocinar algunas cosas. No creo que me haya tomado en serio.

Dejo la vida doméstica, releo unas páginas y vuelvo al momento en que estalló la Revolución.

Las calles de París se llenaron de ciudadanos que gritaban reclamando el final de la monarquía y reivindicando sus propios derechos. En esa ciudad que es imposible no amar, se produjo una de las conspiraciones palaciegas más turbias de la historia. Según algunos especialistas, la torpeza de sus personajes, los antecedentes históricos y el encarnizado odio del pueblo francés a la reina María Antonieta hicieron que, como ya he dicho antes, un simple objeto precipitara la Revolución.

Seiscientos ochenta diamantes, rubíes y esmeraldas engarzados por los dioses de la joyería real, un collar que era más un pectoral deslumbrante formado por una vuelta de diecisiete diamantes de un tamaño considerable de la que salían en el centro tres festones de pendentifs en forma de lágrima. Estos iban enmarcados en cuatro tiras, también de diamantes, que se prolongaban hasta la cintura. Entre las tiras cruzadas en torno al pecho, un diamante enorme refulgía, y en los extremos centelleaban cinco bolas.

Lo crearon los joyeros reales Charles-Auguste Böhmer y su socio Paul Bassenge por encargo de Luis XV. El viejo rey quería ofrecer a su última amante, madame du Barry, una pieza única. Ella, que era una coleccionista compulsiva de joyas, valoraría la declaración de amor. Pero el rey murió antes de que la operación se finiquitase. Los joyeros, prácticamente en quiebra a causa de la inmensa inversión, desesperados, se lo ofrecieron a Carlos III, rey de España. Le pidieron dos millones de libras por la fabulosa pieza, pero este la rechazó. Los joyeros volvieron a Francia y se lo ofrecieron a María Antonieta, rebajándolo a un millón ochocientas mil libras, pero esta también lo declinó.

En la corte, los chismes y las habladurías entre los cortesanos eran el alimento de aquella ociosa población, así que la historia del fastuoso collar y de la desesperación de los joyeros llegó hasta una peculiar cortesana. Lista, sin escrúpulos y con muchas ganas de

situarse socialmente entre los elegidos, Jeanne de Valois, la condesa de La Motte, tiene el sueño de que la reina la convierta en una de sus favoritas.

Los guionistas necesitarían poner sus profesionales miradas en los hechos que se desencadenaron a partir de que esta mujer, aduciendo amistad con la reina, se acercara a los joyeros y consiguiera que le mostrasen su extraordinaria creación. Los diamantes relucían y sus ojos vieron en ellos la posibilidad de abrirse paso definitivamente en la corte.

Versalles era el centro de poder de Francia. La influencia de los miles de cortesanos se medía por su cercanía con el rey. Cualquier actividad que uno pueda imaginar era un pedacito de influencia que conquistar. El rey se levantaba, hacía sus abluciones, comía e iba al retrete. Todo lo hacía en presencia de los cortesanos elegidos, que muchas veces pagaban por ocupar puestos cercanos. Lo mismo sucedía con la reina, aunque ella, por ser mujer, se libraba del ejército de mirones que tenía su esposo. Los rumores, las mentiras, las caídas en desgracia o los que se alzaban favoritos estaban inscritos en una auténtica agenda de ocio y placeres infinitos que corrían por las dependencias reales. Legiones de criados, sastres, cocineros, constructores, cantantes y jardineros servían a una muchedumbre de nobles que, a su vez, rendía culto al rey.

El palacio se construyó sobre unos pantanos. El hedor que entraba por los cientos de ventanas algunos días era insoportable. Dicen que fue el origen de la fama de falta de higiene y del amor por los perfumes de los franceses. En realidad, los historiadores han recogido las costumbres de sus moradores y una de ellas era aliviarse en las escaleras, tras los cortinones o simplemente caminando. El trajín de orinales no alcanzaba para todos. Las veinte mil ventanas no evitaron que Versalles apestara. Los vestidos no podían lavarse y las pelucas se espolvoreaban con harina para quitar la grasa y la suciedad. Muchos médicos desaconsejaban bañarse, así que el éxito de la industria de la perfumería francesa estaba servido.

En tiempos de María Antonieta, los cortesanos eran de todo tipo: de baja estirpe, de alta alcurnia, caídos en desgracia o protegidos. Los

intrigantes eran tan numerosos que resultaba difícil no caer en manos de algún estafador. Escalar, vivir en los apartamentos más cercanos a los monarcas o influir en la moda, el maquillaje y las intrigas eran parte de su sentido existencial.

Yo adoro la historia, pero hay quien siente cansancio ante el relato de lo acontecido. La historia no difiere demasiado de una de esas series a las que nos enganchamos con facilidad. Maurice Leblanc, el escritor francés que creó el personaje de Arsène Lupin, el famoso ladrón de guante blanco, fue devorado por su personaje, hasta tal punto que a veces firmaba con el nombre de este. A mí me sucede un poco lo mismo. Camino por la historia para contar la vida de los cinco diamantes que sobrevivieron a aquel collar que fue un ingrediente más de la Revolución francesa.

8

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> Qué vas tú a exhumar, como si la luz viviente no tuviera bastante con las heridas de los vivos.
>
> LOUIS ARAGON

El barco salió en el horario previsto. Una luz suave hacía palidecer la tarde y, más que navegar, el ferry cabalgó sobre las crestas de las pequeñas olas del mar. Me agarré a la butaca concentrada en el runrún del motor y miré las gotas que salpicaban los cristales. Hacía tres años que trataba de recordar la canción que sonaba cuando llegué a El Paraíso el día de la muerte de mi padre, y en ese momento supe que la melodía que salía de la casa de invitados aquella mañana era una que susurraba Patsy Cline. Me sobrecogí al cobrar consciencia de que, quizá al pisar la isla, reviviría detalles olvidados.

Contemplé el mar, su color incierto, los remolinos de espuma, el sonido de las aguas dejando paso al barco… En cuanto avistáramos la isla de Espalmador, la bahía nos protegería del levante. Los mares se parecen por su piel líquida, pero albergan caracteres distintos. Yo no controlo el Mediterráneo. Parece suave e inofensivo, pero alguna vez lo he visto embravecerse de repente y arrasar con lo que encuentra a su paso. Mi mar, el Cantábrico, va con la verdad por delante y normalmente avisa de sus temporales.

Quince minutos después, los motores bajaron revoluciones. El buque fue tomando postura para entrar en el pequeño puerto de La Savina. Los turistas que quedaban en la isla se disponían a abandonarla haciendo cola en el muelle. Regresaban a sus vidas sin sorpresas con aquel color dorado en la piel y el recuerdo de haber nadado en un mar turquesa y limpio. No pude evitar pensar en la basura que habrían dejado o en el agua que habrían gastado. Arrastraban la maleta sin perder de vista el barco que iba a devolverlos a su hogar. Constituían una tribu conocida, cuando Julia y yo llegábamos a la isla cada verano y le señalaba a su abuelo esperándonos, vestido como un caballero y tocado con el sombrero. Él levantaba el brazo y nosotras corríamos a la salida porque nos esperaba el abrazo más acogedor del año.

Si cerraba los ojos, podía verlo: sonrisa de medio lado, metro ochenta, el pelo abundante peinado hacia atrás y el viejo Panamá para detener el viento. Era difícil olvidarlo, mi padre tenía la costumbre de mirarte a los ojos depositando en tus pupilas el peso de su curiosidad. «Espero que me ayudes desde donde estés», musité.

Recorrí el aparcamiento un par de veces hasta que encontré el coche de Lupe. El viejo Peugeot de mi hermana estaba aparcado desde hacía dos días en una zona de descarga. Misteriosamente ningún urbano le había dejado un papelito en el parabrisas. El cierre centralizado no funcionaba, así que abrí la puerta con la llave, puse la maleta en el asiento trasero e instintivamente aspiré el aire encerrado, por si podía olfatear sus perfumes florales. Flotaba en el aire una mezcla de mar, gasolina, algas, restos del olor del Estany Pudent y un rastro de tomillo, esa planta que mi hermana adoraba.

Me dirigí a Sant Francesc por la única carretera que conocía. Avanzaba a la manera a la que los adolescentes juegan a la Play. Sumergida en una hipotética carrera para conquistar objetivos. «Si no hay viento en el aeropuerto de Bilbao —me dije—, la vida me concede cien puntos; si Lupe no ha olvidado dejarme las llaves, son mil puntos más, y si arranca este coche y no me estalla alguna vena por el estrés que sufro al regresar a mi isla paradisiaca, tendré un *bonus*…».

Soy una saltadora de vallas, una atleta que maneja los «más o menos», los «menos mal» y los «por si acaso» con la maestría de un

prestidigitador. Me han tocado malas cartas, pero he aprendido que no es posible desvanecerse si no cuentas con alguien que te recoja. Como casi siempre en la vida, volvía a pisar Formentera yo sola y no pensaba rendirme.

«Mi isla. Mi silencio y tu abrazo, papá».

A veces mis secretas rebeldías me hacen creer que Julio Verne no escribió ficción, que existen mundos desdoblados y submarinos por encontrar. Me doy treguas inútiles para mis desesperaciones y especulo con que la física cuántica pueda hacerme encontrar a mi padre ensimismado mirando su lupa. Sé que no es posible, pero he sobrevivido de una pieza, entregándome a plegarias inservibles. Si de niña pedía a los dioses que mi padre regresara, de adulta desafiaba a la ciencia y atravesaba la frontera del tiempo, teletransportándome o empecinándome en pensar que no todo estaba perdido.

La luz roja de la reserva de gasolina se encendió y me devolvió al mundo real. Paré a repostar y de paso llamé de nuevo a mi hermana. A pesar de que el teléfono estaba operativo, nadie descolgó. Se lo había dicho tantas veces… Que el amor obnubilaba la razón y que a ella no le funcionaba del todo el cerebro cuando pensaba en su francés. Mientras intentaba establecer contacto, visualicé el fondo del enorme bolso del que no se desprendía y vi la pantallita del móvil iluminándose tenazmente mientras, muy cerca de aquel bolso, ella, con el cuerpo eternamente dorado y el pelo rojo alborotado, cabalgaba sobre su amado. No tenía por qué preocuparme. Lupe estaría saboreando aquel «*Tu es mon amour*» que él pronunciaba, según ella, como Patrick Bruel y pasaba de mis llamadas. Lupe me conocía. Sabía que yo haría todo lo que estuviera en mi mano para que nadie la echara de menos. Guardé el móvil y conduje por aquella conocida carretera que me llevaba a Sant Francesc como si fuera el mismísimo Alonso.

Mi padre, hacía algunos años, había comprado una casita cerca de la plaza, al lado de la iglesia y del café Central, en la calle de Sa Ferreria. Era una construcción blanca, pequeña y caprichosa, de muros gruesos y escaleras estrechas. Una vez reformada, quedó preciosa, con sus vigas a la vista y su balcón. Normalmente la ocupaban invitados,

pero cuando mi hermana decidió instalarse en la isla y dejar la puñetera vida ibicenca mi padre se la regaló. No tuve problemas con la cerradura, como me temía, pero al echar una primera ojeada a la estancia que hacía las veces de salón comedor se me cayó el alma a los pies.

Lupe es desordenada. Ella lo atribuye a su mezcla genética. Su padre era un eslavo al que Carmen conoció en Acapulco. Ella era morena de ojos verdes, pequeña y bien formada, y él, un rubio grande con ojos de mar. Para cuando Carmen se dio cuenta de que estaba embarazada, el padre, del que solo sabía el nombre, había desaparecido. Carmen valoró el regalo y esperó a su hija mientras mi padre le escribía cartas de amor. Para cuando volvieron a encontrarse, Lupe y yo ya éramos parte de sus vidas.

Mi hermana vivió en Acapulco con su abuela, en internados franceses en París, en Isquia, en Madrid y en todas las Pitiusas. Desde que dejó los internados a los diecisiete años, todos los lugares donde el sol y el mar se juntan al terminar el día eran su hogar. Pero mi Lupe llevaba su horizonte herido allá donde fuere y eso le pesaba tanto que se equivocaba cada vez que alguien le juraba amor eterno. Iba y volvía herida, y yo, su única referencia estable, le daba consejos que aceptaba en un primer momento y olvidaba con rapidez.

Invirtió demasiado tiempo en abusar de los tranquilizantes, los canutos, los reservas y los crianzas, aunque ahora se cuidaba como una estrella de cine. Lupe hacía sitio con generosidad extrema a los príncipes azules y se dejaba acompañar por amigos sin oficio ni beneficio enfundando su magnífico cuerpo en un vestido ceñido confeccionado con una fortaleza prestada. Yo temía que su francés fuera uno de aquellos príncipes.

Con el tiempo se tranquilizó, maduró, dejó de dormir en playas, se aficionó al yoga y aceptó responsabilidades. Su pequeña infraestructura de cuidado de apartamentos y servicios funcionaba de maravilla, dándole jugosos beneficios. Poseía remedios para cualquier desastre que pudiera acontecer a un turista que desconociera el idioma o el territorio que pisaba. Se manejaba muy bien entre las dos islas, conocía a las tripulaciones de los ferris, a los pescadores, a los

cocineros de los restaurantes y a la policía local. Poseía esa parcela de poder que desecha el poderoso porque puede pagarla para que su felicidad no tenga fisuras. Resistía bien, hasta que, en la pandemia, llegó a su vida el mago del amor: su francés, el tal Hervé.

Su hogar era una especie de almoneda graciosa con muebles que parecían venir de todos los rincones del mundo. Cuando llegué, un par de tazas con restos de café parecían olvidadas en el fregadero. La nevera estaba casi vacía y no olía bien; todo indicaba que Lupe había salido con prisa de casa. Abrí las ventanas con la esperanza de que la Centrale Perfumería de Formentera, una tienda de perfumes artesanos situada en la esquina, me prestara sus fragancias. En el piso de arriba las habitaciones parecían esperarme. Elegí la de ella. La minúscula terraza ofrecía un espectáculo prodigioso. Me asomé y recordé una de las últimas veces que había estado allí con ella.

—Eva, desde aquí casi se ve El Paraíso.

—No se ve —le respondí escéptica.

—Imaginarlo ya es bastante. Estar cerca de ellos es una tortura que no puedes imaginar. No te enteras de nada, Eva. Vives allí en Guecho, en tu propio Paraíso, donde todo está en su sitio. Te abrazas a Julia y esperas tu verano en esta isla, pero tu padre y mi madre viven en una galaxia en la que las tormentas son ya frecuentes. Me alcanzan los rayos. Estoy harta de ellos. Vivo mirando esta iglesia y escuchando las campanas, que se han convertido en mi conciencia.

—Lupe, no imagines que las vidas de los demás son idílicas. Todos los que nos rodean están librando alguna batalla.

La finca El Paraíso se hallaba enclavada en el término municipal de Sant Ferran. Estaba formada por dos edificios, el que se construyó al inicio y que ahora constituía el taller de mi padre o la casa de invitados, y la casa grande, erigida estratégicamente para dejar la otra oculta. Había unas cuantas hectáreas de terreno en torno a ambas edificaciones. La casa principal estaba pintada de un color ocre, escogido para que quedara integrada en el terreno. De una sola planta, la rodeaba un porche sujeto de columnas en el que mi hija ensayaba ballet. Construida a finales de los años setenta, se parecía a las casas de los payeses de la isla, con los postigos de madera en las ventanas y

el tejado formando una terraza para tender la ropa. Yo la amaba, me fascinaban su jardín selvático, las higueras, los pinos y las sabinas donde tantos atardeceres dábamos de comer a las lagartijas y paseábamos hasta los acantilados. El Paraíso hacía honor a su nombre.

El armarito de las especias estaba medio vacío, pero encontré lo que buscaba. Los clavos de olor machacados y mezclados con un poco de agua eliminan los olores de humedad. Quizá a mis hipotéticos lectores les importaría un pimiento saber que los chinos utilizaban esta especia hace dos mil años para quitar la halitosis cuando iban a hablar con el emperador; el dato estaba incluido en mi proyecto literario e incluso lo amplié añadiendo que era un desodorante natural magnífico que no dejaba que se acercaran los insectos.

Puse sábanas limpias en la cama y adecenté el baño. La casa necesitaba una buena sesión de limpieza. Me preparé un té que me tomé mordisqueando una galleta, tan integral que parecía encofrado de cemento. En la pared, al lado de un altarcito de budas y vírgenes de toda clase y pelaje, vi unos clavos. De cada uno de ellos colgaba un llavero con etiqueta. Un cuaderno abierto y un plano de la isla completaban lo que me pareció era de mi interés. Advertí unas cruces marcadas con rotulador que aparecían repartidas por el territorio formenterano. El bolígrafo marcaba la página donde había escrito minuciosamente mis deberes…

> Todas las tardes, sobre las ocho, alimentar al gato de los Chandler. Se cambia el serrín dos veces a la semana. Ya sé que no te gustan, que este es gordo y parece un tigre que araña, pero a él tampoco le gustan los desconocidos. No conectes la alarma. No hace falta. Su comida está en un armario blanco que hay en la cocina, el primero a la derecha después de la puerta que da al jardín. Revisa también el agua. Ashes, que así se llama el gato, es un borde. Pasa de él y no te asustes.
>
> Los viernes se reúnen a jugar al dominó mexicano cuatro damas italianas que pasan septiembre y octubre en la casa del magnate Farinelli. Una de ellas es su tía. Son geniales, octogenarias a pesar de su aspecto. ¡Tienen operada hasta la voluntad! ¡Mis clientas preferidas! Prepárales la merienda. Saca las mejores galas, hermana, y no te preocupes por el presupuesto. Un bufet. Tienen servicio, pero les divierten las novedades. Mucho adorno y mucho dulce. Hablan como sacamuelas, les sale el dinero por las orejas y dan propinas. Están avisadas. Te

esperan. No se te ocurra ponerte digna…Te gustarán.

Las instrucciones seguían.

El domingo tendrás que cuidar de Gianni. Te he hablado de él, es el hijo de los Falcone, los conoces. Van a Ibiza sobre las once y vuelven en torno a las seis. Gianni está al tanto y creo que te recordará. Eres la mamá de Julia.

Lupe odiaba los detalles. Detestaba los pormenores que rodeaban los actos, las liturgias a las que rara vez se sometía, pero lo cierto es que se había esforzado en darme explicaciones, probablemente porque le esperaba el premio de abrazar a su Hervé. Un sentimiento de culpabilidad me oprimió el corazón. Hacía casi un año que no la veía y me arrepentí de no haberla abrazado un poco más.

Mi hermana posee un máster en encubrimiento. Se ha especializado en salir por peteneras cuando no desea enfrentarse a algo. De cuando en cuando hacíamos un FaceTime, para rastrear su mirada, sus gestos, con el fin de averiguar si se deslizaba hacia alguno de sus precipicios, pero obviamente eso no era suficiente. La última vez que la vi fue en el cumpleaños de Julia, el 22 de octubre. Después de las tremendas restricciones que sufrimos estábamos deseando vernos físicamente. Celebramos una pequeña fiesta en el caserío. Allí, entre el bullicio reinante, me habló por primera vez de Hervé. Me lo presentó como un superhombre: hablaba cinco idiomas, era divertido, le gustaba Formentera y se adaptaba a su vida. Resultaba evidente que se sentía fascinada por su nuevo amor, pero cuando le pregunté a qué se dedicaba le cambió el rostro.

Mi papel con ella nunca ha sido fácil. Me toca pincharle los globos, hacer que mire a donde debe y, quizá por ello, me dijo que en ese momento estaba de año sabático. No insistí, pero tuve la certeza de que acababa de inventárselo. Los años sabáticos de los jóvenes embriagadores me dan que pensar. Hablamos de las cosas perdidas durante la pandemia y de lo ingenuos que habíamos sido al creer que estaban garantizadas. A última hora, cuando la llevé al aeropuerto, se puso seria y me pidió que la liberara de las responsabilidades de la

finca.

—No soporto ir a El Paraíso, Eva, y, francamente, hay que ocuparse del mantenimiento… Es preciso darse una vuelta por allí, meter las llaves en las cerraduras y esperar a que la casa te murmure lo que guarda… Un día de estos tendrás okupas. ¿Has pensado qué vas a hacer?

—Dame hasta el verano, te lo suplico. Haz con ella lo que consideres. Luego buscaré a alguien o tomaré decisiones. Hasta el verano. ¿Vale?

Hizo un gesto de impotencia.

—Vale. Hasta finales de agosto. Pero yo podría conseguirte un buen comprador. Ahora las leyes para construir exigen muchos metros y El Paraíso los tiene. Hervé podría ocuparse. Sabe convencer a la gente.

—Déjalo al margen.

Suelo pensar que ella no sufre, que su caos la protege. Instalamos un reloj con temporizador para que hubiera luz en el jardín cuando anochecía, y Dolors se pasaba de vez en cuando por allí para supervisar.

—Hay veces en que me llega una energía negativa tan grande que me tambalea —prosiguió.

Me quedé callada. Estábamos entrando en el aparcamiento del aeropuerto y no quería seguir hablando de El Paraíso. Nos abrazamos. Prometimos que nos llamaríamos y se fue.

Volví a marcar su número de teléfono. Odiaba no saber dónde encontrarla. Me ponía enferma que la gente a la que amaba no me dijera que estaba en su destino y bien. Siempre necesité que me informase de que volvería. No me importaba en absoluto lo que hiciera, ni con quién, pero escuchar su voz me ayudaba a no pensar en los lobos hambrientos que podrían devorarla. «Escuchar tu voz, saber que estás ahí, aunque no me pertenezcas, aunque tengas una vida en la que yo no tenga sitio… No quiero tener que olvidarte porque eso, el olvido, es condenadamente difícil y te lleva media vida, por no decir una entera. Dime dónde estás…», le escribí una vez a Edvard.

Años más tarde, copié y pegué las mismas palabras. A mi padre, a Lupe… Cuando hablé con ella, le pedí encarecidamente que me dejara los datos de dónde iba a estar, la dirección del hotel, el teléfono del francés, pero, después de rebuscar por su casa, no encontré anotación alguna que hiciera referencia a Niza o al tal Hervé, con acento en la «e».

Sentí el estómago revuelto. Lo atribuí a la galleta espantosa que me había comido, al madrugón y a la travesía en ferry. Iba a colgar el teléfono cuando me pareció oír la melodía de «Imagine» en el piso de abajo. Salí de la habitación siguiendo el presagioso sonido. Bajé a la sala. Lennon recitaba una de mis canciones favoritas, invitándome a imaginar un mundo maravilloso… Pero yo me temía lo peor, porque la canción era el sonido del móvil de mi hermana. Al llegar a la cocina, no tuve dudas. El teléfono de Lupe estaba bajo un trapo, cerca del fregadero. «No me jorobes, dime que esto no está pasando», musité aterrorizada.

La batería estaba a punto de acabarse. Si se apagaba, se esfumaría el único maldito cordón umbilical que tenía con ella. Corrí a conectarlo. Ya sabía que dependía de su frágil y apasionada voluntad para que se pusiera en contacto conmigo. Iba a morirme de ansiedad hasta el puñetero martes, cuando fuera a buscarla al aeropuerto de Ibiza. Me recosté en el sofá derrotada y el sueño me atrapó. Fue el sonido de un teléfono y la voz de mi hermana hablando en español y luego en ingles lo que me despertó; al parecer conservaba su viejo contestador: «Che, pibita, ya sé que te fuiste, pero ando llamándote al celular para que me digas si Maurice me dejaría el atraque unos días. Linda, llamame cuando podás. Soy Sergio, por las dudas».

Me lancé al aparatito medio camuflado en la estantería. Era un modelo antiguo, de los que funcionaban con una cinta de casete. Una luz roja parpadeaba insistentemente. Me llevó unos minutos recordar el manejo de aquel artefacto antediluviano, pero conseguí encontrar la manera de escuchar las grabaciones.

Para mi sorpresa, Lupe no borraba los mensajes o, al menos, no todos. No tenía nada mejor que hacer que averiguar si ella contaba con que aquel medio era perfecto para dejarme un recado. Como si

fuera una espía de la CIA, escuché las voces de sus clientes. Cuando llevaba unos minutos, quise pararla, di a rebobinar y, para enmendar el error, volví a apretar otro botón hasta que la cinta se atoró.

En Sant Francesc hay una tienda a la que son remitidos los turistas que desean volver más ligeros de lo que han llegado. Lo que no podía transportarse recalaba en manos de Piero, un romano de unos sesenta años que regentaba una almoneda donde lo mismo encontrabas unas gafas de buceo, perlas Majorica o tocadiscos. Piero era mi amigo, o al menos así lo recordaba, aunque no me atreviera a llamar a su puerta. Él lo arreglaba todo. Era un divertido maestro del reciclaje que había trabajado como ingeniero en Milán hasta que decidió reinventarse. Ya tenía previsto visitarlo. Era mi único aliciente en la isla y un cómplice de mi padre, además solo él podía ayudarme.

Con el aparato en las manos, me acerqué hasta su establecimiento, a apenas unos cientos de metros de la casa, rezando para que no se hubiera ido de la isla. Me alivió comprobar que el local, aunque cerrado, seguía en el mismo lugar. Un papel colgado en la puerta decía que volvería en un rato. Fui hasta Es Glop para ver si estaba allí y de paso comprar algo para cenar.

Eran casi las ocho cuando por fin entré en aquel templo de reliquias y olvidos. Entre sillas desportilladas y muebles de jardín, mi amigo ni siquiera levantó los ojos de las tripas de una vieja radio, aunque el murmullo de campanillas lo hubiera avisado de mi presencia.

—Hola, Piero.

Con las gafas apoyadas en la punta de la nariz, se giró hacia mí. Sus ojos chispearon unos instantes buscando en su extrañeza una conexión con los míos.

—*Mia mamma!, il tempo è stato generoso con te; sei bella.* —Salió de detrás de la mesa, me abrazó y me retuvo entre sus brazos. Olía a la isla.

—Piero, qué bien abrazas —murmuré mientras me mantenía pegada a su cuerpo.

—Mucho tiempo, Eva… —Se desprendió de mí y me observó unos segundos—. Estás muy bella. ¿Qué haces en la isla?

—Una historia muy larga, que te contaré… Mañana o pasado

comemos juntos y te pongo al corriente. Ahora acabo de llegar. Lupe está en Francia, necesito tu ayuda.

Piero bajó la vista al contestador y asintió cabeceando.

—¿Atascado?

—Exactamente. Me alojo en su casa. Necesito escuchar unos mensajes y…

Se dio la vuelta sin esperar a que terminara la frase, moviendo las manos y farfullando algo, lo seguí con la vista y entendí que el problema no era nuevo para él. Se paró delante de un armario sin puertas repleto de pequeños y viejos electrodomésticos.

—Le he dicho a Lupe mil veces que cambie de contestador, pero adora lo *vintage*. —Puso los ojos en blanco gesticulando como un actor de teatro—. Le ha pasado antes. No te preocupes. Aquí está.

Volvió junto a mí sujetando un artefacto muy parecido al de Lupe y lo depositó en el mostrador.

—Mira. *Eject* para que se abra el compartimento donde colocas la cinta y *play* para escucharla. Lo único que es imprescindible que des al *stop* para cada acción. Acuérdate de parar para rebobinar y parar para escuchar. Este cacharro se inventó antes de que la prisa nos hubiera ganado la partida. La escucharás bien.

—Gracias, Piero.

Sus dedos eran ágiles y sabía lo que hacía. Colocó con cuidado la cinta magnética en el nuevo aparato y probó, mientras me explicaba otra vez su manejo.

—Me has salvado.

—¿Te gustaría comer mañana conmigo en Cala Saona, como en los viejos tiempos?

—Voy a estar unos días ocupándome de los asuntos de Lupe. Necesito tomar contacto con la isla. Mañana tengo que hacer compras, pero te llamo y te digo algo. Me vendrá bien un amigo. ¿Has cambiado de número?

—Oh, no, siempre el mismo. No quiero que mis viejos amores me pierdan. ¿Cómo está la pequeña Julia? —preguntó.

—Precisamente está en Italia con su padre. Ya no es pequeña, tiene veintidós años. Sabes que a esa edad se teme más a la muerte que a la

vida, no está quieta ni un momento, por eso se la bebe. Tengo que irme, me han mandado que dé de comer a un gato, que cocine para unas señoras y, además, que olvide que estoy aquí.

—Eso ni lo intentes, *bella*… —Dejó el móvil y me abrazó largamente —. Te llamaré si tú no lo haces.

Volví a casa de Lupe y me puse su quimono. El aire fresco del anochecer entraba por el balcón. La música del restaurante junto a la iglesia, Can Pepa, trepaba, regalándome un saxo perezoso y evocador. Abrí una botella de vino; si estaba en la isla tenía que volverme isleña.

El aparato reproductor prestado era de la marca Phillips, y su manejo, como me había mostrado Piero, muy sencillo. Era paradójico que mi hermana facilitara la vida a sus clientes y que a su alrededor fuera todo complicado. Cualquier empresa de telefonía te proporcionaba un servicio de mensajería, pero allí estaba yo, buscando un enchufe para conectar aquel aparato antiquísimo.

Cuando protestaba por su actitud, Maite solía advertirme de que las personas que no han sido bien amadas son una bomba de relojería y guardan sutiles venganzas que no pueden evitar llevar a cabo en el momento menos esperado. Lo más lógico habría sido que al darse cuenta de su olvido me hubiera dejado un recado en el contestador para tranquilizarme y facilitarme el de Hervé, pero su cabeza no suele pensar con lógica. Di un par de sorbos a la copa y agradecí el efecto balsámico del alcohol. Después de servirme la segunda, guardé la botella. Ser hija de una alcohólica me protege; nunca paso el límite.

Puse a mi lado el cuaderno y el boli por si me daba por tomar notas y apreté el botón del *play*; estaba decidida a escucharla de principio a fin. No quería arriesgarme a sufrir otro contratiempo.

El cuaderno de Lorenzo

Dolors, la mujer que se ocupa de las labores de la casa, domina la economía sumergida y no admite pagos que puedan dejar rastro. Fui a la sucursal del banco, en Sant Ferran, para reponer mi dinero en metálico. Obedeciendo a mi instinto, me interesé por la cuenta que Carmen y yo habíamos abierto hacía años. Como suponía, seguía operativa y con fondos.

Llamé a Vincent, y le pareció bien que la utilizara. Todo lo que fuera enredar le parecía adecuado, aun cuando me recordó que tarde o temprano acabarán localizándome. Me regalaron un calendario con fotos de la isla. Esta mañana lo he colgado en la pared preguntándome si debería anotar mis rutinas, con el fin de que si desaparezco alguien lo vea.

Evito la casa grande. Me siento más recogido aquí, en el taller, donde todo está a mano y no me asaltan los ruidos de las viejas maderas reclamando mi presencia. Soy un hombre poco independiente y no me gustan los trabajos domésticos. Las mujeres de mi vida me han mantenido a salvo y, si no han sido ellas, han sido personas como Dolors las que se ocupaban de la vida doméstica. Ahora aprendo a hacerme una sopa de verduras con mi amiga de YouTube y reconozco que los hombres de mi generación somos unos completos inútiles. No sé cómo llegamos a creer que lo esencial era cosa de mujeres. Dolors, cada quince días, pasa la mañana sacando brillo a la casa, mientras yo me voy a la otra punta de la isla. Cuando se marcha me deja encima de la mesa algo cocinado por ella. Confío en su discreción, tiene demasiados años para traicionarme y poco interés en complicarse la existencia.

Llevo una vida tranquila, si exceptuamos los momentos en que la angustia me impide respirar. No son demasiados, pero existen. Me he negado a ceder al chantaje, a entregar unos diamantes que adquirí valiéndome de malas artes, así que me corresponde una ración de culpabilidad. Vincent dice que soy un viejo obstinado y prepotente. No le falta razón. La vejez te hace construir fortalezas a tu alrededor para que no te arrebaten lo que te ha pertenecido. Asusta entender que cuesta conservar la libertad cuando empiezas a depender de los demás. Por eso me cuido, camino, trato de comer poco y saludable y de dormir sin sobresaltos. Esto último es lo más difícil. En la cama, pienso en qué parte de la historia me he detenido. Visualizo el cuaderno y me programo para seguir donde lo dejé.

En el año 2008, en los salones del Grand Palais de París se celebró una exposición sobre la vida de mi pobre reina. Allí estaba su última carta, y también la réplica del collar que luego se expondría de forma permanente en el castillo de Breteuil. Me fascinaba su exagerada composición, la forma en que estaban colocados los diamantes, la fidelidad de los engarces. Ni siquiera era bello, era condenadamente atractivo.

Contacté con el joyero artesano autor de la reproducción. Tras unas largas y extenuantes negociaciones, en las que tuve que conseguirle unas piedras a menor valor de mercado, accedió a realizar, para mí, una réplica igual a la que se exponía. Naturalmente opté por materiales modestos, cristales de buena calidad, pero vidrios al fin y al cabo, que pudieran reproducir la tosquedad de la talla, su antigua opacidad, la artesanía de los engarces desiguales.

La tecnología tiene en la actualidad capacidad para fabricar reproducciones muy acertadas. El joyero artesano que lo confeccionó sabía casi más que yo de aquella pieza. Me desveló algunas peculiaridades de las piedras que yo desconocía. Poseía reproducciones del grabado que se conserva en Versalles y que muestra el collar que realizaron los joyeros Böehmer y Bassenge. El joyero había estudiado con detenimiento la pieza, había comprobado los engarces y había llegado a algunas conclusiones respecto al tamaño de los diamantes. El trabajo era inmenso. Era preciso

conseguir cientos de piedras del mismo tamaño. Le garanticé que se las proporcionaría. Llegamos a un acuerdo.

Viajé a San Petersburgo, donde mantenía amistad con un gemólogo con el que trabajé en los talleres de casa Cartier. Se dedicaba a la producción y selección de diamantes sintéticos y me recibió dispuesto a facilitarme lo que necesitaba. Como el artesano me advirtió, no fue un trabajo fácil y tampoco barato. Allí realizaron parte de los casi setecientos que necesitaba, y Solomon Bremen, mi colega, me indicó cuatro factorías donde podían elaborar el resto. Tardé meses en recopilar el material necesario, pero estaba tan entusiasmado con el proyecto que me parecieron días.

Cuando le entregué las piedras al joyero, no daba crédito. Eran de una calidad extraordinaria y, a ojos de alguien que no fuera un gemólogo profesional, podrían haber pasado por auténticos diamantes. Paul Mosnieur, que así se llamaba el artesano, empleó bastante más tiempo del que había calculado en su confección. Al entregármelo, casi un año y medio después, lo dispuso en un estuche con forro de raso y moldeado para que encajara a la perfección. Era fastuoso. Me aconsejó que guardara el secreto de aquella transacción. Imaginé que quizá podía haber firmado un contrato de confidencialidad o que simplemente el mercado quiere saber las réplicas existentes. Para hacerlas es preciso poseer documentación sensible, fidedigna y exclusiva. Mosnieur murió el año pasado y se llevó sus secretos.

Mi idea no era que se supiera que poseía aquella pieza. Hablar de mi maravilla era tentador pero poco aconsejable. Nadie supo que lo tenía salvo mi amigo Felipe. Ni siquiera lo comenté con Carmen. Había invertido una fortuna, ella no habría entendido lo que me arrastraba a hacerlo. Pero la réplica me aplacó la ansiedad, aunque estuvo a punto de disuadirme de seguir buscando aquellos cinco diamantes.

Al trasladarme a la isla, tuve que dejar el precioso estuche en París; era demasiado grande y llamaba la atención. Opté por depositar el collar en uno de los estuches flexibles de terciopelo que conservo de la casa Cartier. Lo guardé junto a las piedras y joyas que he ido adquiriendo y de las que no quiero separarme y partí esperando que

no me atracaran por el camino. Me viene a la cabeza lo que decían los salteadores de caminos en las películas de mi infancia: «La bolsa o la vida». Así será.

Hace un año, Eva y mi nieta vinieron para acudir conmigo a la última exposición de Cartier. Mi papel de asesor no era desdeñable, así que, con cierto orgullo, les mostré el collar. Necesitaba hacerlo, pues ya en aquel momento toda mi existencia comenzaba a precipitarse. Les aclaré con rapidez que se trataba de una réplica. Ambas enmudecieron al verlo. Mi hija se llevó las manos a la cabeza y, con la boca abierta de asombro, murmuró unas palabras que no llegué a comprender. Julia quería saberlo todo, aunque mi hija y también yo le habíamos hablado de la locura en la que estaba sumido por aquellos hipotéticos diamantes perdidos. Le conté cuanto podía contarle sin rozar lo que Eva desconocía. No hablé de lo que guardaba, ella sabía de sobra la historia de mis obsesiones.

No pude decirles, como hubiera querido, que la espectacular pieza que contemplaban pensaba donarla al museo del Louvre. No lo hice porque desconocía si podría utilizar aquel collar para salvar el pellejo.

Aún lo pienso.

9

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada; caminábamos en derechura al cielo y nos extraviábamos por el camino opuesto.
>
> CHARLES DICKENS,
> *Historia de dos ciudades*

Mi padre no volvió a buscarme como había prometido el día que se fue llevándose sus besos con olor a perfume Acqua di Selva. La casa, tras su partida, se llenó de resentimiento y soledad y, a fuerza de echarlo de menos, nos alcanzó ese sentimiento miserable que es el rencor.

Durante el primer año, llamaba cada semana. Desde París, Suiza o Madrid. Mi madre corría al teléfono, se sentaba en una butaca y dejaba que sonara tres o cuatro veces. Yo sabía que se trataba de él porque cuando decía «dígame» en su tono de voz aparecían alfileres. El reproche y la desesperación se paladeaban en las preguntas inútiles que ella le hacía o los dimes y diretes que mi madre pensaba ingenuamente que lo devolverían al hogar. «¿Cuándo vuelves?

¿Estarás aquí para la boda de Pili y Manu? ¿Sabes que el hijo de los Suarez ha muerto?». Yo escuchaba invisible para ella aunque estuviera a su lado o escondida en un recodo de la librería. Permanecía inmóvil, atenta a cada suspiro, a cada modulación de su voz.

Hacía falta que pasaran unos minutos incómodos, afilados, para que mi madre, visiblemente enfadada, me tendiera el auricular sin soltarlo.

—Tu padre quiere hablar contigo.

Yo me ponía en pie, salía de mi escondite y, frente a ella, negaba repetidamente con la cabeza con la sutil esperanza de que él intuyera lo que hacía. No podía acceder a su voz sin que mi madre se emborrachara esa misma noche. Fruncía la boca para que no saliera el llanto, la súplica o el dolor traducido en un sonoro suspiro.

—La niña no quiere hablar contigo —pronunciaba ella satisfecha.

Me daba la vuelta y me iba a la habitación a rumiar mi cólera, aferrándome a la promesa de mi silencio. Él dijo que se iba para siempre. En el salón, mi madre levantaba la voz, lo amenazaba con que jamás firmaría el divorcio ni me vería crecer y colgaba ruidosamente mientras los insultos cobraban intensidad. Después se oía el ruido del cristal de un vaso o una botella.

La tía Fina estuvo a punto de formar un hogar con un marino que no acababa de tocar puerto. Nos acogió bajo su manto protector cuando los días se volvieron imposibles. Su capitán Garfio permitió que se le pasara el arroz, pero ella llevaba una madre dentro y, gracias a eso, el gineceo herido que conformábamos las tres tiró para adelante cojeando de malos modos. Una tarde de cine, un platito de quisquillas en el bar del puerto de Plencia, unos pasteles de Zuricalday a la salida de misa y aquella cháchara infinita que borraba con ternura nuestros secretos.

Ella se ocupó de la intendencia, contrató a una señora que, según su criterio, tenía sentido común para llevar una casa: sabía cocinar, coser descosidos, dar Blanco España a los azulejos, echar amoniaco en el inodoro de vez en cuando y callarse la boca. Con el sentido común de Adelita, que así se llamaba la sargento a la que le sobraba el diminutivo y las idas y venidas de la tía, la casa recobró algo de

orden, pero como se suele decir, el polvo se acumulaba bajo las alfombras de nuestra soledad.

Entre los deberes y responsabilidades que generosamente aceptó la tía, estaba el de mantener informado a mi padre y ejercer de cartero de mi rey perdido. Ella me entregaba cartas y postales que «el innombrable» o «el cabrón», como lo llamaba mi madre cuando se le soltaba la lengua, me enviaba a través de ella. Desde su mundo viajero y deslumbrante, me llegaba su culpa envuelta en sobres ligeros rematados con rayitas rojas y azules. Yo las leía y releía. Extraía las esencias y los olvidos suspendidos entre sus letras. «Eres la luz de mi vida —decía—. Pienso en ti aquí y en todas partes. No te olvides nunca de lo mucho que te quiero…». Yo partía en juliana aquellas palabras, las sazonaba, marinaba, caramelizaba, sofreía hasta lograr un sustento para mi corazón; eran lo más parecido a la eternidad.

Muchos años después, sentada frente a mi psiquiatra, me pregunté de qué material indestructible estaba hecha. No entendía cómo había sido posible sobrevivir a aquella niñez sin que se me hubiera caído un brazo, perdido una pierna o desaparecido el habla… Sé que me escapé de la realidad a lomos de la fantasía. Aprendí a volar por el mundo en su busca. Me hacía invisible parándome delante del escaparate de la joyería para ver si había vuelto o si Felipe me hacía una seña cómplice. Sobrevolaba los Campos Elíseos o la place Vendôme, que conocía por las postales que me enviaba, hasta que daba con él, que, sentado en un banco, me recogía del aire en un abrazo en el que descansaba por fin.

Puse mis dolores en departamentos estancos para que no se comunicaran entre sí: un padre que abandona el barco, una madre frágil y alcohólica, y una niña que tenía que ser adulta. El día que cumplí doce años y, después de celebrarlo en la pastelería New York, mi madre, quizá ya harta de subir y bajar a sus infiernos, se lanzó a su destrucción con una prisa inesperada.

Mi madre, un día cualquiera, rompió los últimos límites que se había impuesto. Dejó de disimular y ya no le importó que la viéramos. La bebida ya no tuvo intermitencia. Los días se deslizaron sin paradas para comer, vestirse o salir a la calle. Bebía desde la mañana hasta la

noche, a la que, naturalmente, no llegaba consciente. De nada sirvieron los apoyos, las terapias, mi vigilancia permanente, la cara de mármol de Adelita o los sermones de la tía Fina. Estaba dispuesta a tirarse al vacío desde su pesadilla.

No sé por qué, quizá lo hiciera para certificar mi desesperanza, pero hasta ese momento me tranquilizaba anotar en un calendario los días y las horas en los que conseguía que se mantuviera sobria. Eran tan pocos que comprendí que tenía aprendido de memoria el camino del olvido.

Acompañé a la tía a pedir ayuda a médicos, centros, domésticas generosas que se encogían de hombros. Algunos nos entregaban formularios, nos recomendaban lugares que ya conocíamos y nos daban consejos, y los más nos escrutaban con una mirada opaca, resistente a la piedad. Yo sabía que estos últimos conocían que el camino del alcoholismo es muy pero que muy duro.

A los catorce, el peso de aquella condena me estrangulaba. Yo era una adolescente que intentaba, en vano, ser feliz. Mi madre era un castigo, una penitencia desgastadora, una rasqueta en el corazón, unas alas que recortaban mi destino cada madrugada, cuando la ira me hacía desear su muerte, y mi deseo de que muriera me mataba a mí.

Necesitar a mi padre se convirtió en una obsesión. Los meses y los años fueron pasando y ya no supe cómo abandonar mi silencio para suplicarle que me rescatara. La tía se encontró con él apostado frente a mi colegio para verme a la salida de clase. Por ella me enteré de que rondó nuestra casa, de que se interesó por los tratamientos a los que se sometía mi madre, de que preguntaba por mis estudios, mis cuidados dentales, mis aficiones. Ella me recordó su escondida presencia: «Es su manera de estar contigo. No sabe cómo hacerlo».

Mi padre me hizo llegar las crónicas de sus viajes, además de objetos codiciados como unas botas de moda, un perfume, un pisapapeles con piedras de colores atrapadas en el interior, un discman de última generación y una pequeña grabadora que escuchaba en secreto antes de dormirme. El artefacto me regalaba su voz. Acunada por su acento, me dormía escuchándolo, con la misma paz que cuando de niña se sentaba en mi cama a contarme historias de

diamantes perdidos.

Pero el tamaño de su afrenta era tan inmenso que sus esfuerzos no me parecieron suficientes para olvidar los años perdidos o mi pena negra como el carbón. Necesité ser terca. Aunque me muriese de ganas de saber de la existencia que construía lejos de mí, tenía que venir a buscarme. Él era el padre, el adulto, el que había levantado el vuelo, y eso creo que nunca se lo perdoné. Pero, cuando mi madre dejó de luchar, yo también tuve que hacerlo.

Los mensajes que ahora escuchaba en el contestador Phillips iban desfilando de la misma manera en que me hablaba mi padre. Me esforcé por prestar atención.

La mayoría pedían a mi hermana que se pusiera en contacto porque necesitaban un fontanero de confianza, una reserva en un restaurante que siempre estaba lleno o para preguntarle si podía recoger a una persona en el aeropuerto. Me di cuenta de que mi hermana no borraba las cintas y que, con toda probabilidad, los mensajes se superponían. Estaba a punto de detenerla cuando una voz inesperada e inconfundible llenó la estancia.

«… Ya estoy instalado. Como te dije, volví a París. He regresado hoy. Te he llamado un par de veces. Afortunadamente la chica de la tienda de la carretera te conoce y me ha proporcionado este número. Lupe, quería saber si podíamos encontrarnos. Hay algunas cosas que debo consultarte. Volveré a intentar dar contigo».

Sonaron dos pitidos y oí la voz de otro de sus clientes pidiendo información sobre un apartamento. Detuve la cinta. Como estaba distraída, me había perdido el principio del mensaje de Felipe, pero no era importante. Lo decisivo era que reconocía los matices de su voz, la forma de arrastrar la última silaba para evitar el fantasma de su tartamudez, su prudencia natural… Las lenguas que hablaba sin haberlas estudiado le habían conferido una modulación peculiar. Era Felipe Irizar, mi Felipe. La emoción me obligó a sentarme. Casi cuatro años sin noticias, con todos los amigos buscándolo, y allí estaba, en el contestador de mi jodida hermana. Sentí una alegría inmensa; al fin

tenía algo de lo que tirar.

Con el temor de que el artefacto pudiera atascarse, rebobiné para volver a escucharlo. La mención que hacía Felipe de la chica del supermercado era definitiva. Estaba o había estado en Formentera y me dolía pensar que Lupe hubiera sido capaz de ocultarme semejante información. No soportaba que me obligara a dudar de su lealtad.

Resultaba imposible averiguar la fecha del mensaje. Lo más probable era que se hubiese recibido antes de que mi hermana se fuera a Niza. ¿Qué hacía Felipe en el contestador de Lupe? De no estar en la isla, no se habría expresado con aquella cercanía. ¿Dónde podría alojarse? Felipe era un hombre sencillo, no necesitaba lujos, pero le gustaba poder tomarse un café. De estar en la isla, habría escogido los alrededores de Sant Francesc o quizá Sant Ferran. Pensé durante un instante en El Paraíso, pero no tenía mucho sentido que estuviera allí. La casa estaría en malas condiciones, cerrada, húmeda y abandonada. Era muy respetuoso, jamás se habría instalado allí sin decírmelo. De pronto recordé que Carla, la encargada de la tienda, se ocupaba del alquiler de unos apartamentos. Un escalofrío me recorrió la espalda. Apreté el botón del *play*. Me tragué otra tanda de mensajes profesionales que duraron más o menos diez minutos hasta que su voz llegó de nuevo.

«Buenas noches, Lupe. Ayer te esperé toda la mañana. Si no me equivoco, teníamos una cita para resolver el asunto del pozo. No puedo esperar, así que he pedido un camión para llenarlo hasta que me digas algo. He guardado, como te sugerí, las cajas en el garaje. Están numeradas y tengo una lista de lo que contiene cada una. Ya sabes que, si no quieres venir por aquí, me puedes encontrar los viernes en el barecito donde estuvimos. Espero que hayas hablado con Eva como me prometiste. Y, por favor, no me ignores cuando te llamo».

No respiré durante el tiempo que su voz flotó sobre la sala. Me trasladé, sin ser consciente, a la joyería de la calle Astarloa, al rostro amable de Felipe mirándome a los ojos, a su mano cálida y a los susurros que decían que mi padre me quería más que a nada en el mundo. Su voz me devolvió un tiempo y una cercanía deseada, la de

cuando recorría París cogida de su brazo visitando galerías. Murmuré su nombre. Lo repetí con los ojos cerrados, navegando por la melodía de su voz. Felipe estaba en la isla, ayudaba a Lupe a vaciar el taller… Lo que no comprendía era por qué lo ignoraba mi hermana. Se me pasó por la cabeza la idea de que con su actitud pretendía castigarme por haberla dejado a cargo de una casa a la que no quería acercarse.

Por el balcón trepaba el murmullo nocturno de la plaza. Las guitarras de los hippies arrancaban lentos blues que únicamente enmudecían cuando se detenían a dar un sorbo al mojito. A sus pies, una funda de guitarra con cuatro monedas y un perro dormitando. La vida era obstinada, cuando alguien caminaba hacia el abismo y muy cerca, otro se apuntaba a la aventura de existir; yo estaba muy inquieta y el trovador, a unos metros de mi ventana, estaba feliz.

Las emociones eran malas consejeras, así que cerré el balcón y me concentré en lo que decía el mensaje. El pozo se llenaba después del verano o a principios de año. Quizá hubiera hecho la llamada en el mes de enero o febrero, como mucho en marzo. Pero ¿qué hacía Felipe ocupándose de aquella contingencia?

Estábamos a primeros de octubre. Que yo supiera nadie utilizaba El Paraíso. Lo más probable era que necesitara una limpieza profunda, tratar el agua, los restos… Intenté hacer memoria. Estaba segura de no haber hablado con Lupe del pozo. Suspiré tres o cuatro veces y volví a apretar el botón del *play*. Siete mensajes después, su voz sonó de nuevo.

«Lupe, llámame, por favor. Es importante. Me voy mañana a París. He arreglado la ventana… De cualquier modo, me pasaré por tu casa para despedirme. Quiero ponerte al corriente de lo suce…».

El mensaje se cortaba en medio de una palabra que de manera automática completé en voz alta: «sucedido». Me invadió un alivio incomprensible. Podía estar tranquila. No me encontraría a Felipe. Por lo visto había regresado a París…

Busqué las llaves de la finca. Estaba dispuesta a irrumpir allí para cerciorarme de que no iba a encontrarme invitados en El Paraíso, sin embargo, mientras bajaba las escaleras, mi arrojo y valentía se diluyeron como un terrón de azúcar en un vaso de agua. No podía ir,

en medio de la oscuridad, quizá ni a pleno sol. Nada era tan poderoso como el temor de darme de bruces con la imagen que guardaba en mi cabeza. No estaba preparada. Volví sobre mis pasos y durante unos minutos dejé que la impotencia de sentir la magnitud de mi herida se transformara en llanto. Era mejor llorar que lanzarme a una aventura para la que no tenía fuerzas.

Lupe sobrepasaba los límites. Aún estaba en vigor el pacto que habíamos hecho al conocernos. Conscientes de que nuestros padres no nos contaban precisamente la verdad, una noche, con la solemnidad que impone la consciencia de dos adolescentes, juramos que jamás nos mentiríamos. Fue complicado no intervenir en las historias que nos involucraban, pero habíamos cumplido. Perpleja, trataba de encontrar una razón para justificarla. Lupe sabía lo que significaba Felipe para mí, los esfuerzos que había hecho por dar con él. Es verdad que desconocía mi conversación con el abogado de mi padre o mi peregrinar por sus alojamientos en busca de las joyas. Aquello, en realidad, no pude compartirlo con nadie. Pero me conocía bien y sabía de mi sufrimiento y mi renuncia. No era posible que el tal Hervé le hubiera hecho olvidar nuestro vínculo.

Me fui serenando. Concluí que Felipe quizá no estuviera ya en El Paraíso, aunque de lo que no había la menor duda era de que había estado. Mi hermana podía ser un desastre, pero estaba firmemente convencida de que tenía que ocurrir algo que desconocía para que me hubiera traicionado de aquella manera.

Abrí de nuevo el balcón y me encendí el cigarrillo. La plaza estaba vacía, el trovador se había ido y el silencio lo ocupaba todo. El cielo conservaba un azul casi marino cuajado de estrellas, y una luna, semejante a una bola de Navidad, imprimía una belleza espectacular. Había sido muy feliz en aquella isla. Allí experimenté lo más parecido a la vida en familia y aprendí a aceptar el azar, pero esa noche me pareció que me faltaba alguna asignatura. Si no quería que me sobrepasara la realidad, debía mirar hacia los preciosos instantes que guardaba en mi memoria. Apagué el cigarrillo, cerré la ventana y me fui a la cama.

Algo me oprimía el corazón.

El cuaderno de Lorenzo

He hablado con Carmen. Su voz me traslada al tiempo en que vivíamos al abrigo de la rutina. Eran esos años, inevitables en las relaciones en las que ha habido una gran pasión, que el tiempo vuelve costumbre. Después de haber compartido tantas cosas, hemos aprendido a vivir separados y a querernos con los restos del amor inicial. Que esté en el otro lado del mundo, en el Pacífico, y que no haga preguntas me lo pone fácil.

No le he dicho que estoy en Formentera, y mucho menos lo que me empujó a venir aquí, aunque a estas alturas, sea un secreto a voces. Con Lupe en México, habrán hablado de mí y ella lo habrá puesto al corriente de lo que sabe, que es casi nada.

Me habría gustado mantener una relación mejor con su hija, pero lo cierto es que tampoco Carmen pudo amar a esa niña como quiso. Lupe nunca tuvo estabilidad y desde que aparecí en la vida de su madre me vio como su enemigo. Quisimos formar un hogar con ella, pero no hubo manera. La echaban de los colegios, se escapaba y tenía rabietas infinitas. Fuimos a decenas de psicólogos y seguimos sus consejos, pero algo llevaba Lupe dentro, ajeno a nosotros, que la hacía destruirse. Carmen había tenido una relación con su padre durante un par de semanas y con mucho alcohol de por medio. Nada sabía de sus antecedentes familiares.

Nos reencontramos después de que tuviéramos que abandonarnos y cuando más nos amábamos. Cosas de la vida… Habíamos vivido años deseándonos, yo desde mi hogar en Bilbao, con Amelia, mi mujer y mi hija, Eva; y ella desde Acapulco con su hija Lupe. Cuando nos reencontramos en París, necesitábamos estar solos, amarnos, y lo

cierto es que Lupe nos lo impedía. Su madre decidió que un internado era lo mejor.

No quiero mirar atrás, detenerme en las páginas menos luminosas de mi existencia. No quiero culpas ni penitencias. Dejé a Eva a cargo de su madre y debo confesar que sabía que no era la mejor de las compañías. Pero me fui. Hay veces en las que hay que tomar decisiones y si uno empieza a considerarlas acaba por no tomarlas. Los dos tuvimos que decidir con respecto a nuestras hijas y cometimos errores.

Carmen es una mujer profundamente discreta. Le he contado que adquirí hace unos meses otra de las joyas de la Callas. Sin que ella me dijera nada, le expliqué que me dolía que, veintisiete años después de su muerte, las piezas que le había regalado Giovanni Battista Meneghini se expusieran en el Sotheby's de Ginebra. No dijo nada. Solo emitió aquel sonido afirmativo que indicaba a su interlocutor que lo había entendido. A Carmen nunca le importó lo que yo hiciera con mi patrimonio y, además, no le gustan las joyas. Es la mujer más desprendida del mundo. Podría decirle que estoy aquí, que conseguí los diamantes y que un mafioso coleccionista los desea. Probablemente olvidaría la mitad de lo que le hubiera dicho media hora después, pero no podía correr riesgos.

Por la noche, la nostalgia no me dejaba dormir, así que me he levantado y he abierto el cuaderno para volver al momento en el que dejé el collar en manos de Jeanne de Valois, condesa de La Motte, una advenediza cuya historia está plagada de esfuerzos para medrar en la corte versallesca. Ella, después de haber visto la fastuosidad de la pieza, urdió junto con su marido una estratagema para hacerse con el collar.

El limosnero mayor de Francia, el cardenal de Rohan, era uno de los cortesanos a los que la reina no soportaba. Lo evitaba y detestaba sin disimulo, y sus desdenes trajeron de cabeza al cardenal, que solo deseaba que la reina le dedicara una palabra, una mirada o una atención. En la correspondencia que la reina mantenía con su madre, se habla de ello.

La condesa, como toda la corte, estaba al corriente del anhelo

infatigable del cardenal por agradar a María Antonieta, así que se acercó a él para decirle que ella conocía la manera de obtener el favor de la reina. Le habló del collar y también de cuánto le agradaría lucirlo. Le explicó que la reina no se atrevía a comprarlo. Su fama de manirrota y la vigilancia infatigable de sus enemigos se lo impedían. Era por tanto él el indicado para comprarlo.

Rohan se mostró receptivo, pero el coste era tan importante que dudó. La condesa le hizo creer que, si lo adquiría y se lo ofrecía a María Antonieta, podría encontrarse a solas con su reina. La tentación acabó con la voluntad del cardenal y la condesa contrató a una actriz a quien vistió como la reina y la situó en la oscuridad para que se encontrara con Rohan.

La propuesta de la cortesana, presentada como la única oportunidad de que la reina le dedicara por fin su atención le hizo aceptar, aunque el coste fuera tan elevado. La condesa de La Motte no escatimó promesas. Por nada del mundo iba a poner la operación en peligro, así que recurrió a un falsificador de documentos y redactó un contrato en nombre de la reina para mediar con los joyeros. Rohan aceptó el pago a plazos del costoso collar.

Naturalmente el propósito de la condesa era hacerse con la joya, y lo hizo tan bien que todos los participantes de la intriga aceptaron las condiciones sin que la reina tuviera información alguna de lo que se tramaba a sus espaldas. Jeanne de Valois y su marido obtuvieron su preciado botín. Conscientes del valor de los numerosos diamantes, procedieron a desmontarlo con rapidez y a vender las piedras a un precio menor del que señalaba el mercado.

Los joyeros de París, ya por aquel entonces, controlaban el flujo y el precio de la exquisita mercancía, y percibieron que circulaban demasiadas piedras valiosas cuya procedencia se desconocía. Esto desestabilizaba el mercado, así que contrataron a unos investigadores para averiguar quién era el comerciante que ofrecía la mercancía. Sus averiguaciones los condujeron a Versalles. Temiendo un robo, acudieron a la policía para informar de que un hombre llamado Rétaux de Villete, ligado a la corte, había puesto a la venta un gran número de diamantes a bajo precio. El joven fue localizado y

requerido ante la autoridad, a quien llegó a explicar que los diamantes pertenecían a la condesa de La Motte y que él tan solo era un intermediario.

La condesa, alertada por el imprevisto, movió sus influencias, que eran importantes, hasta conseguir que no se investigara el caso. Sin embargo, la intervención de la policía hizo que tomara precauciones. Envió a su marido a Londres con el resto de los diamantes, para que los vendiera allí, donde la venta quedaría disimulada.

Según se comprobaría más tarde, en el juicio que tuvo lugar, la pareja vivió lujosamente en su rica residencia de Bar-sur-Aube sin levantar sospechas hasta que todo salió a la luz. Los estafadores no calcularon que los joyeros reales Charles Böehmer y Marc Bassenge, temerosos de no cobrar, acudieron a la corte con los recibos entregados por la condesa y firmados por la reina. Al escuchar su argumentación, María Antonieta se indignó enormemente, ella no había encargado joya alguna y mucho menos comprado el collar. Además, se sentía orgullosa de haberlo rechazado tiempo atrás.

Pero allí estaban los recibos con su firma. Era evidente que los habían falsificado, y falsificar la firma de la reina era de suma gravedad. María Antonieta pidió amparo a su esposo ante semejante escarnio.

La noticia corrió primero por la corte y luego, como un reguero de pólvora, atravesó la distancia que separaba a los nobles de las calles de París. La reina estaba enfadada, pero su agravio resultó mucho más perjudicial que si se hubiera llevado el asunto con discreción.

El 15 de agosto de 1785, el cardenal fue llamado a las habitaciones del rey cuando estaba a punto de comenzar la misa de la Asunción. Allí se le puso al corriente de lo sucedido. El cardenal de Rohan, perplejo y avergonzado, no acertó a dar una explicación que arrojara luz en el asunto. Se defendió como pudo, comprendiendo que había sido víctima de una estafa. Pero eso no lo libró de que lo humillaran ante la corte y lo condujeran a la Bastilla. El rey remitió el caso al Parlamento bajo la acusación de estafa y falsificación. La reina necesitaba una rectificación pública.

Todo parecía a favor de María Antonieta, que se sintió satisfecha de

poder aclarar el molesto incidente. Pero la aristocracia y el pueblo hicieron causa común contra los monarcas y, en pocos días, se emitieron publicaciones por todo París acusándolos de dilapidar el dinero de los impuestos mientras el pueblo moría de hambre. Las revueltas fueron muy grandes y, a pesar de que se celebró el juicio, el pueblo no aceptó el resultado. El cardenal fue liberado, y Jeanne de Valois, condenada a reclusión perpetua y a ser marcada a hierro candente con la «V» de *voleuse* (ladrona). En realidad, a quien se juzgaba era a la monarquía.

En el juicio se demostró que el cardenal había sido estafado y lo exoneraron de toda culpa. Estaba claro que la condesa había sobrepasado los límites.

Creo que a mi reina le bastó el espectáculo, sin embargo, su satisfacción no duraría. No podía prever lo que estaba por llegar.

El 16 de octubre de 1793 moriría guillotinada.

10

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> El que ha superado los miedos será verdaderamente libre.
>
> ARISTÓTELES

Un año después de que asesinaran a mi padre, Lupe me llamó para decirme que habían forzado la cerradura de la casa principal y habían entrado en ella. Me envió algunas fotos que me encogieron el corazón. La casa aparecía revuelta, los armarios abiertos, los colchones por el suelo. No echó nada de menos. En la habitación principal, seguían en su sitio un grabado de gran valor, un dibujo de Antonio López y dos cuadros de Javier Velilla. Si hubieran sido ladrones al uso se los habrían llevado, y también la colección de budas de jade o algunas máscaras africanas, los ceniceros de plata artesanal… Como cuando en una película el director quiere mostrar que los ladrones han buscado concienzudamente, así estaba la casa. El destrozo era bastante mayor que el que se había producido el día del asesinato.

—Trata de venir, Eva. Conseguirás encontrar la manera a pesar de la situación. La casa es tuya. Eres tú quien debe poner la denuncia. No soporto entrar en esta finca, de verdad, me costaba antes de la muerte de Lorenzo, pero ahora…

—No puedo ir. Vamos a hacer una cosa. Tú en este momento no tienes trabajo, así que te vendrá bien un extra. Necesitaría que dejaras

la casa como si nadie hubiera vivido allí, vacíala de nuestra presencia, deja los muebles, los sofás, las camas y mete los cuadros y todo lo que te parezca personal en cajas. Puedes guardarlas en el garaje hasta que decida qué hacer. Lupe, cariño, hazlo por mí…

—Por ti.

—¿Tienes quien te ayude?

—¿Tú sabes lo que buscan? ¿Hay algo en El Paraíso que yo desconozca? Es que no tiene sentido. Conozco casas en esta isla que guardan verdaderos tesoros… No se han llevado nada de valor. Hervé está convencido de que tiene que haber algún escondrijo que desconocemos.

—No lo hay, yo lo sabría…

—Vale, recogeré la casa, pero no me pidas que entre en el taller.

—Si necesitas ayuda…

—Hervé me ayudará.

Llamé al seguro para informar del siniestro. Contraté la instalación de un alumbrado automático y una alarma que incluía un sensor de movimiento a tres metros de la vivienda principal. En teoría, yo contaba con una aplicación en el móvil para controlarlo, pero lo cierto es que nunca la puse en funcionamiento. No tenía sentido estar contemplando una casa deshabitada. Pensé que después del asesinato nadie volvería por allí, pero mientras tramitaba las denuncias no dejaba de pensar en que quienes habían violentado la entrada podían ser los mismos que habían sorprendido a mi padre.

Lupe se ocupó de reparar las cerraduras y aceptó las mejoras. Sin embargo, al año siguiente y en torno a la misma fecha, los ladrones volvieron a visitar El Paraíso. Sabían de seguridad, porque desconectaron e inutilizaron no solo la alarma y el sensor de movimiento, sino también el sistema de iluminación automático. Las cerraduras no fueron forzadas y la empresa de seguridad me advirtió de que era muy posible que quien entrara tuviera conocimiento de los dispositivos instalados. Les insistí en que no era posible. Solo Lupe y yo conocíamos las contraseñas.

Mis sospechas se confirmaban. Porque, al cabo de un tiempo, llegó la segunda incursión. Los intrusos se concentraron en el porche y el

jardín. Hicieron añicos las cerámicas que había traído Carmen de México y que adornaban el exterior de la casa. Milagrosamente las tinajas de la entrada permanecieron intactas.

Lupe juró y perjuró que no volvería a pisar la finca. Estaba especialmente furiosa conmigo y me recriminaba el abandono de El Paraíso.

—No basta con que pongas seguridad. Alguien tiene que cuidar la casa, alguien a quien no le importen las malas vibraciones o el karma que encierra. Tú nunca has sabido de eso, pero te juro que un día me entenderás.

Tras recordar las palabras de Lupe, me convencí de que si Felipe había estado allí tenía que haber sido con la complicidad de mi hermana y, naturalmente, con sus llaves. Todo lo relacionado con mi padre tenía que ver con el karma, así que no era de extrañar que lo hubiera mandado allí para gestionar lo que ella no quería.

Espanté las malas ideas que empezaban a rondarme la cabeza. Tomé un café y le envié un correo conciso para asustarla. Le pedí que se pusiera urgentemente en contacto conmigo. La razón que le di era un imprevisto con uno de sus clientes. Escogí con cuidado palabras disuasorias e incluí mi número de teléfono, haciéndole saber su imperdonable olvido. Me mostré enfadada y con la paciencia al límite. En el último momento, agregué una nota en la que le recordaba que podía dejarme un recado en su obsoleto contestador.

Más tranquila, abrí cajones, revisé bolsillos y miré entre las hojas de sus libros. Como no encontré nada, revisé la parte posterior de los cuadros, los dorsos de las fotos y los lugares donde cabía que se escondiese cualquier cosa que me facilitara un dato de Hervé. Todos dejamos huellas de aquello que nos importa. Era imposible que mi hermana no guardara una foto de su francés, una servilleta, su número de visa, unos calcetines… Yo aún tenía en mi poder pequeños objetos, convertidos en talismanes y que me recordaban a mis escapadas con Edvard. Quería desprenderme de ellos, pero acababa devolviéndolos a su lugar porque conservaban la esencia de lo que había vivido con él.

Me pareció increíble no encontrar el rastro de su amor. Lupe es muy dada a dotar a los objetos de poderes extraordinarios. Su casa estaba llena de ellos. El tal Hervé, según confesó ella, vivió en su casa durante la pandemia y, sin embargo, no había señales de esa convivencia.

Durante mi búsqueda, no dejé de pensar en Lupe. Me arrepentía de no haber mostrado más interés en aquel hombre a quien ella veneraba. Si le hubiera pedido detalles, me los habría dado. A todos nos gusta pregonar las virtudes de aquellos a quienes amamos, pero, en mi defensa, diré que yo estaba demasiado pendiente de si volvía la angustia, de dosificar las mermadas fuerzas de mi orfandad y, sobre todo, de olvidar la aterradora escena con la que me había encontrado. Nunca la interrogué acerca de aquel hombre que era su «alma gemela». Los innumerables fracasos amorosos que arrastraba, los entusiasmos que no duraban, las promesas que no se cumplían pesaban demasiado. Creo que de forma inconsciente pensé que el francés no se quedaría a su lado; sería uno más de su larga lista de decepciones.

A pesar de mis contradicciones, la rabia de no dar con nada me impidió exculparla. Si hubiera podido, le habría enviado un sicario que la trajera arrastrándola de ese pelo rojo. Envuelta en el quimono y farfullando una letanía de palabras gruesas, reanudé la escucha en el punto en que la había dejado.

No era capaz de imaginar los años de Felipe Irizar como aprendiz en la joyería de mi padre. Cuentan que Bilbao era una ciudad oscura y triste. De niña sentí cierta fascinación por aquel joven huérfano a quien mi padre tuteló, no sé si como a un hijo, pero sí como a un amigo. El infortunio hace compañeros inimaginables, y ellos lo fueron. Consiguió reunirse en París con mi padre y convertirse en un buen pintor. En un rincón de mi corazón, él era la única persona a la que no tenía que explicarle nada sobre mi infancia. Él era el puente entre mi padre y yo. Compartíamos complicidad y cariño, algo insuficiente, por lo visto, pues cuando se alejó de mi padre también lo hizo de mí. Habría bastado una postal en Navidad, una llamada, un mensaje en el que prometiera que volveríamos a encontrarnos, una mentira piadosa

y que yo habría aceptado. Busqué en mi bolso la nota que había encontrado junto al llavero de mi querida Lupe… «No te enfades conmigo encuentres lo que encuentres». «El teléfono de tu sorpresa es 654389002».

Era jueves. Tenía que ir a cambiar el serrín de un gato llamado Ashes que, para más señas, era un borde. Al día siguiente, debía llevar un catering a unas señoras italianas que jugaban al dominó mexicano. El plan era perfecto para mantenerme distraída hasta el sábado, cuando aprovecharía para ir a Es Caló a darme un baño y cenar con Piero. Cuidaría de Gianni, el chico de los Falcone, el domingo, luego me haría la sueca hasta el martes, que era cuando tenía que recoger a Lupe en el aeropuerto de Ibiza para llevarla a rastras hasta El Paraíso.

Organicé mi agenda bajo la ansiedad de aquel número de teléfono al que deseaba llamar y temía hacerlo. Me dije que Felipe no tenía por qué seguir en la isla. No era muy lógico que un hombre como él se hubiera enterrado en Formentera, por hermosa que fuera la isla. Un pintor necesita suministros especializados. Obtener materiales era todo un reto. Por otra parte, pensé en que Felipe estaba casado y quizá ella no tuviera las mismas necesidades. Mi sorpresa no tenía por qué ser él.

Hice una lista de lo que necesitaba comprar para preparar el catering. Me duché, me vestí y dejé la casa ordenada, como lo hacía en la mía. Salí a la plaza y me encaminé a una tienda donde podía encontrar productos para gourmets. Estaba decidida a retomar la normalidad, pero aquel maldito número de teléfono se interponía como un nubarrón. Me detuve y marqué el número misterioso que tenía memorizado. Solo tuve que esperar tres tonos.

—¡Hola!

A lo lejos y entrecortadamente, como si proviniera de Marte, escuché el saludo. Tras él, oí unas palabras ininteligibles.

—Mi nombre es Eva Landaluce, soy la hermana de Lupe Linares …

—No dije «cambio y corto», pero esperé alguna expresión de reconocimiento—. ¿Me oye? —insistí, carente de esa fe que poseen los científicos. Gritaba arropada por los milagros que la tía Fina pedía sin rubor—. ¿Hay alguien ahí?

Se oyó el ruido clásico de cuando se corta una comunicación y después silencio. Levanté la voz. No me oían y noté que colgaban. ¡La maldita cobertura! Los vientos. La isla, que me dejaba a solas con las palabras amontonándoseme en la boca.

Entré en la tienda y me hice con un par de productos interesantes. Volví hacia la casa de Lupe para dejarlos, pensando que era algo absurdo buscar un lugar con el viento favorable, como algunos aconsejaban. Nunca conseguía orientarme, ni saber si me encontraba al sur o al norte y, aunque los residentes de la isla hablaran permanentemente de si el aire venía del norte o del oeste, nunca iba a saberlo. Olvidé que, cuando le daba la gana al destino en aquel rincón del planeta, el satélite se iba de parranda. Olvidaría el número, me pesaban aquellas cifras.

Tomé los mapas y las llaves de los Chandler pensando en el gato que arañaba, porque soy responsable hasta en la desesperación, y volví sobre mis pasos.

—Y dice que me esperan… —murmuré en voz alta con rabia—. No quiero sufrir más, hermanita. Con tenerle presente de vez en cuando es suficiente. Prepárate, Lupe, cuando te tenga delante no sé de lo que voy a ser capaz.

Tenía la firme intención de empezar por lo que siempre empiezo: ir a un supermercado, llenar la nevera y ponerme a cocinar con el mismo entusiasmo que si tuviera un duelo con el mismísimo Aduriz. Me tranquilizan los pucheros, los olores que se desparraman trasladándote a esas islas de recuerdos que guardan los aromas. Cuando cocino mis penas se quedan fuera. Pero tenía que quitarme cuanto antes el tema del gato, así que fui al coche y miré el mapa que mi hermana había salpicado de crucecitas. Naturalmente el vehículo no tenía GPS y a mí no me gusta conectarme desde el móvil. Parecía sencillo llegar, pero a pesar de las indicaciones me perdí.

La isla de Formentera tiene dos vidas: la que discurre por la carretera o en las calles de sus pueblos y la de sus laberínticos caminos rematados de piedras. Es fácil perderse cuando todo parece igual. No me importó pasar dos o tres veces por el mismo lugar o perder el tiempo conduciendo. El sol se replegaba tiñendo el cielo de añiles y

rosas.

Entré en la casa de los Chandler con cautela y hablando en voz alta. Por si acaso, fui contando a quien pudiera oírme la razón de mi presencia allí y mi parentesco con Lupe. Aparte de silencio, no encontré rastro del felino. No estaba dispuesta a buscarlo por las habitaciones, los gatos se mimetizan con el ambiente y no me siento a gusto con ellos. Le cambié la arena, rellené el comedero y me despedí diciendo al aire que otro día lo conocería. ¿Y si estaba perdido o se había escapado? Eso no era cosa mía.

Enfilé hacia el Eroski memorizando la lista de mis ingredientes cuando me sonó el teléfono. Salí de la carretera y busqué la sombra de una higuera.

—¿Quién es? —contesté, con miedo a que me lo dijeran.

—¿Qué te pasa? —La voz de Maite me relajó los músculos—. ¿Te pillo mal?

—Quiero matar a Lupe, quiero hacerla picadillo… ¿Te dijo exactamente adónde iba?

—A Niza, me dijo que iba a encontrarse con su amor. Eva, me estás asustando.

—¿Puedes creer que se le olvidó el móvil? Imposible conectar con ella, y por supuesto no le preocupa lo más mínimo, porque ni siquiera me ha mandado un correo.

—No me sorprende. Pero ¿por qué estas tan nerviosa?

—Creo que Felipe está en Formentera, y mucho me temo que reside o ha residido en El Paraíso…

—Pero eso no es posible, Lupe te lo habría dicho.

—Todo es posible tratándose de mi hermana enamorada y aplicando el karma.

—¿Qué karma?

Maite escuchó mis pródigas explicaciones añadiendo algún suspiro, varias exclamaciones de estupor y un par de onomatopeyas intraducibles cuyo significado conocía muy bien. Trató de tranquilizarme, pero yo ya iba subida a un coche sin frenos y la boicoteaba a pesar sus sugerencias.

—Dedícate a cumplir la agenda de tu puñetera hermana y el martes,

cuando llegue, te enfrentas a lo que sea pero con ella. Eva, si escribió eso de que te preparaba una sorpresa, que te acompañe. Ya sé que no es fácil para ti, pero ¿qué tal si haces lo imprescindible y el resto del tiempo te quedas mirando las puestas de sol?

—Tienes razón, eso haré. ¿Te las arreglas bien?

—No te preocupes. Aquí está todo bajo control. Es importante que te centres. Este viaje será benefactor. Pero te llamaba porque he ido a ver a tu madre y ha estado encantadora, como una abuelita feliz…

—¡Ay, gracias! Necesitaba oír algo tranquilizador.

Contuve el deseo de llorar a moco tendido. Cada vez que me alejaba de mi madre, pensaba que no volvería a verla. Escuché las recomendaciones de mi amiga sin retener nada de lo que decía.

Iba a cumplir dieciséis años cuando mi madre amaneció un día con la cabeza ensangrentada, apenas consciente y muy perdida. La tía Fina, menos aterrada que yo, intentó explicarme que posiblemente había querido asomarse al balcón, sin darse cuenta de que la puerta de la terraza estaba cerrada. Esa fue su versión, la que se empeñaba en dar a quien quisiera oírla, sin embargo, mi corazón tenía otra que callé porque era demasiado cruel para aceptarla.

—Se acabó, tía. No lo soporto más. Voy a llamarle y a pedirle que se ocupe de ella o me volveré loca.

—Me parece bien, cariño. Habla con tu padre, dile la verdad; ya es hora de que vivas como una chica normal. Ni tú ni yo podemos llevar en silencio esta agonía. Tu voz le hará entender lo que ya no somos capaces de explicar.

Después de darme un montón de besos ruidosos, me alargó un papel con su número de móvil. Para que hablara sin testigos, se llevó a mi madre a la plaza, con el pretexto de que le diera el aire. Las vi alejarse cogidas del brazo con aquella docilidad que daba la fraternidad, una con la cabeza vendada y la otra con un turbante azul que distraía la desgracia.

Fue la primera vez que escuché, al otro lado del teléfono, la voz gruesa de Carmen, su sorprendido silencio y su «Ahorita mismo te

platica tu padre».

—Eva… Eva, mi niña, mi hada… ¿Eres tú? ¿Qué sucede?

—Sí, papá, soy yo. Tienes que venir.

Hablé con él hasta que se me quedó la boca seca, sin poder detener el torrente insano que me envenenaba. La magia se evaporaba con los años, así que abrí mi corazón con tantas ganas que no recuerdo con exactitud mis palabras. Sé que describí los efectos de su abandono, que le rompí intencionadamente el corazón y puse las cartas boca arriba sin voluntad de desdecirme de una sola de mis palabras.

Lo oí tomar aire y le dejé pronunciar aquel «Cariño, mi niña…», pero seguí vaciándome hasta que sentí que el plomo que llevaba en las alas se iba aligerando. Lloré mientras él me contaba una historia de renuncia y miedo que desconocía, que me acercaba a un ser humano que no se parecía al gigante que guardaba bajo siete llaves. Quise creerle, a esas alturas, no me cabía un gramo más de derrota.

El hombre que llegó al día siguiente acompañado de Felipe era distinto del de mis recuerdos: atractivo, elegante, preocupado, mundano, algo frágil. Me abrazó en silencio. Mi padre, aquel ser todopoderoso al que amaba cuando era niña, el mismo que asomaba de vez en cuando, seguía allí en sus gestos y, sobre todo, en la manera de mirarme. Pensé que volvía para que yo regresara al momento en que lo había perdido.

Sus viajes, los países visitados, las lenguas que escuchaba le otorgaban matices, ángulos y acentos. Estaba diferente pero seguía siendo mi padre. Tenía unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos y el pelo, negro, salpicado de canas. Pero sonreía de la misma manera: un poco de medio lado, sin querer caer en ese océano fresco que es la carcajada. Seguía teniendo la mirada intensa e imperdonable y, sin embargo, uno de sus poderes permanecía; a su lado aún sentía que el mundo era un lugar cálido y protegido.

—No hueles igual.

—He cambiado de perfume, pero en honor a ti volveré al antiguo.

Mi madre no pareció reconocerlo. El mundo de su raciocinio estaba

hecho trizas y el tejido de su memoria se deshilachaba día a día. Más por deseo que por consciencia, atesoraba los destellos de reconocimiento que me regalaba de vez en cuando, pero lo cierto era que apenas quedaba rastro de ella. Encogida en una silla, parecía querer huir cuando mi padre se acercó y se agachó para emparejar su mirada. Cuando le cogió la mano, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Congelé aquel momento en mi memoria como hago con la tarta de tres chocolates, primero el negro, luego el de leche y después el blanco. Pongo unas hojas de menta caramelizadas entre las capas para paliar la intensidad del cacao y hacer del bocado algo inolvidable. Mi madre miró a su marido. Él le acarició la cara, aún amoratada, y le cogió las manos, dóciles, entre las suyas. Ella volvió la cabeza buscándome, ignorando al amor de su vida. Le temblaba el mentón y, aunque sus manos siguieran inertes entre las de mi padre, sus ojos eran solo para mí.

—Amelia, soy yo, Lorenzo.

No creo que exista nada más cruel para un ser humano que que desaparezcan sus recuerdos. Son las huellas de la vida y, aunque duelan o proporcionen alegría, son el único equipaje que transportamos hasta el final del camino. Una lágrima se deslizó por la mejilla de mi padre. La mano de ella llegó hasta su rostro para enjugarla.

—No llores. Te haré arroz con leche.

No sabemos cómo se disponen las neuronas para activarse cuando el cerebro ha cerrado sus autopistas, pero los médicos coinciden en que es esa amígdala que recoge las emociones la última en apagarse. No he conseguido desconectarme de mi madre, incluso cuando me mira con esos ojos vacíos. Me resisto a cortar el cordón umbilical que un día nos unió a pesar del misterioso exilio que nos separa.

Tras someterla a una batería de pruebas en las que aparecieron daños cerebrales irreparables, la internamos en una residencia. Desde entonces ha vivido en distintas instituciones a las que hemos ido a verla rogando a los dioses para que volviera con nosotros o para que se fuera del todo. Me dijeron, hace unos años, que no viviría mucho tiempo, pero ahí está, dándome la levedad de pajarillo de su

existencia. Su sistema arterial, macerado en alcohol y pastillas, resiste. Es una viajera impenitente de sus galaxias afortunadamente acompañada de su amor por Gregory Peck.

Él jamás se divorció. Durante aquellos días, Felipe se mantuvo muy cerca. Reservado, discreto y protector, fue una especie de centurión silencioso que con su presencia aplacaba la tensión del encuentro.

Antes de llegar a Sant Francesc, me metí por el camino que iba a la cala En Baster, pedregoso y sin asfaltar, y me adentré por aquel lado de la isla que conocía como la palma de mi mano; la compra podía esperar. Una imperiosa necesidad de acercarme a El Paraíso se extendía por mi pecho mientras conducía. Solo deseaba verlo desde el camino, reconocer su silueta, sin traspasar el portón.

Las propiedades que lindan con la carretera están cercadas por muretes de una piedra denominada «marés». Son caminos que desorientan a quien no los frecuenta. No hay señales de tráfico, apenas cabe un coche y el terreno es seco, polvoriento y marcadamente rural. Una hora antes, me había perdido buscando el domicilio de los Chandler, pero, sin saber cómo, logré orientarme contenta de recordar el siguiente recodo y reconociendo que me sabía de memoria la ruta hacia el abrazo de mi padre, los lugares en los que se debía girar, los árboles donde las cabritas buscaban sombra y hasta habría podido silbar la melodía intermitente de las chicharras. La isla estaba cambiada, se poblaba, se iba volviendo ciudad, pero aquel rincón permanecía intacto.

Mi padre, Lorenzo Landaluce o el hombre de los diamantes, como lo llamaban en el bar Matinal, llegó a la isla en los años sesenta. Mi pedrusco mediterráneo conocía entonces a extraños visitantes, extranjeros que se paseaban desmelenados, medio desnudos y venían en son de paz. Desertaban de las ciudades, del alistamiento para combatir en la guerra del Vietnam, del mundo global que intuían caería sin piedad sobre sus ilusiones. Los primeros hippies la eligieron para vivir en el anonimato. Los payeses, tranquilos, tolerantes y reservados, les hicieron sitio. A pesar de no haber salido de la isla,

comprendían que era preciso contar con un lugar donde detener la prisa y revestir el hogar de esos sueños que el alma tiene cuando aún no se ha rendido a la rutina.

El Mediterráneo, con su luz blanca y reveladora, comenzó a emitir señales de libertad. En la pensión Casa Pepe, en Sant Ferran, mi padre dejó un cepillo de dientes y una muda para no perder aquel peculiar alojamiento donde gentes de países apenas nombrados recalaban como si el mundo hubiera sido tejido con un hilo que enlazaba a los buscadores.

Me acercaba a mi casa. A lo lejos, sobre el único promontorio de la zona, estaba la casa de Dolors, con sus columnas mirando al camino y sus higueras frondosas y redondas. El corazón me dio un vuelco. Tomé una de las sendas, pasé por delante de una construcción de diseño vanguardista que no conocía y de otra que tampoco recordaba, y el coche empezó a trotar.

Me tranquilicé al ver al señor Manel a la entrada de su humilde morada. Miraba desde sus velados ojos cómo crecían los frutos de su huerta. Estaba muy mayor, más enjuto, sentado en aquella vieja sillita de enea, con las manos entrelazadas apoyadas en el bastón. Parecía posar para un cuadro costumbrista de los tiempos en los que mi padre llegó a la isla. Aminoré la velocidad para mirarlo. Al oír el motor del coche, levantó la mano con esa resignación y costumbre que se tiene en la isla, la de saludar a quien se cruce contigo. Le devolví el gesto con tristeza. No creo que me viera. Volvió a su estática postura. El labrador, al contrario que yo, olvidaba las historias que guardaba su memoria.

Tras el ingreso definitivo de mi madre, comencé a pasar los veranos en la isla. Hasta aquel momento no era capaz de averiguar quiénes eran realmente las mujeres que acompañaban al hombre más anhelado de mi vida. Los reproches, que mi madre recitaba a modo de letanía cuando sus desatinos alcohólicos alcanzaban su resentimiento, no me permitían definirlas. Pronunciaba «ramera» o «bastarda», vomitando las palabras repescadas en el pozo de agua podrida que tenía en el corazón. Arrastraba las erres de tal manera que me daba dentera escucharla. Lo hacía deteniéndose en aquella consonante, que

alargaba con la intención de que sus adjetivos resultaran definitivos y arrolladores. Al terminar el rosario de ofensas, parecía agotada, como si hubiera mantenido un combate con sus fantasmas, pero, tras unos sonoros suspiros, recobraba la ira y llegaba lo peor…

«Y el hijo de puta de tu padre… —murmuraba, enfatizando la jota y dejando caer el peso en la erre—. Tu padre…».

Y me miraba, esta vez sazonando la paternidad de esa sagrada palabra con una entonación que daba náuseas. Era mi madre y tenía que salvarla. Eso lo entendí muy pronto. Me lo grabé a fuego entre ceja y ceja. Y, mientras tanto, me empeñé en aprender a escapar a lomos de los corceles de mis ficciones. Inventaba ángeles custodios que me acompañaran «al país de nunca jamás odiaré a mi madre». A veces conseguía volar lejos; otras, me impregnaba de los vapores venenosos que emanaban de la ciénaga de aquellas escenas. Lo necesitaba a él, pero a ella, aunque anegada en alcohol, también.

En mi primera visita a El Paraíso, cada uno pudo por fin adquirir un nombre sin mácula, un calificativo sin erre, una identidad que envolví en necesitado perdón. El aire de la isla estaba limpio, mi cabeza no tenía necesidad de escapar, era el territorio soñado para renacer. Carmen amaba a mi padre y Lupe me amaba a mí. Ellas se hicieron reales y El Paraíso, ese oasis terrenal, se tornó mi salvación, sin imaginar que tiempo después sería mi derrota.

Cuando, verano tras verano, volvía a mi casa blanca, sentía que un Dios, secreta e intermitentemente, se ocupaba por fin de mí. Me decía que mi casero misterioso cuidaba que los temporales, los vientos o las mareas no hicieran daño a aquel rincón del planeta donde yo era tan feliz. En el puerto, mi padre me esperaba, sonriente, pertrechado tras sus gafas de sol, exhibiendo sus piernas largas y separadas que ofrecían una estabilidad de la que solo él era dueño. Ya en la casa, Carmen venía a mi encuentro y me daba la bienvenida abriendo los brazos en un gesto generoso, con los pendientes de colores bailando entre su pelo rojizo. ¡Qué hermosa me pareció la primera vez que la vi! También recuerdo a Lupe con diez o doce años corriendo entre las sabinas, desarrapada, haciendo gestos y gritando mi nombre.

Ahora estaba a escasos metros, paralizada.

Dicen que no hay que volver al lugar donde uno fue feliz; la frase acudió a mi memoria por esos misteriosos canales que tienen los pensamientos. Desde mi interior llegó la respuesta; los encuentros inevitables tampoco podían aplazarse eternamente.

Conduje, dándome la oportunidad de olvidar la mala cabeza de Lupe, apartando los presagios, saboreando la luz que te regalan las Baleares. El cielo lucía jirones de blancos inciertos. Embaucaba con la promesa de un horizonte de colores cuando el sol abandonara su horario. Una voz, la de esa mujer que nunca aprenderá del todo a ser cauta, se empeñaba en repetirme que diera la vuelta, que estaba a tiempo, que aún no estaba preparada, que las heridas que no han cerrado bien se abren con un inesperado esfuerzo, pero otra, la de mi corazón, a la que siempre acabo escuchando, me empujaba a rendirme y reconocer que me moría por pisar de nuevo el porche de la casa.

El camino interrumpió mis pensamientos. Unas maderas que querían ser un portón me obligaron a detenerme. Con letras pintadas en blanco se leía: «Prohibido el paso. Finca particular».

El cuaderno de Lorenzo

Curiosamente, María Antonieta nunca se interesó por la política. Mostró lealtad a su esposo, pero no se implicó en lo que sucedía en Francia e ignoró el descontento del pueblo. Sin embargo, los acontecimientos de los años previos a la Revolución eran cualquier cosa menos tranquilizadores.

Los dispendios de la reina, los gastos que ocasionaba saciar su eterna insatisfacción estaban en boca del pueblo, pero el asunto de aquel collar desató la ira de los ciudadanos de una manera insospechada. Quizá fuera porque la cobertura mediática llegó a ser determinante y desconocida hasta entonces en el reino de Francia.

En los nueve meses que mediaron entre la detención de Rohan y el fallo de la causa, unos cien mil lectores en toda Europa siguieron la historia. La cifra es enorme si tenemos en cuenta el gran porcentaje de analfabetos existentes en 1786.

Se emitieron gacetillas, libelos y diarios de noticias. En cada mercado y cada plaza se opinaba sobre las declaraciones de los implicados, que se habían publicado en forma de libros de gran tirada. El propio cardenal encargó tres ediciones y se empeñó en repartirlas por todas las diócesis del país. Finalmente, poco después del juicio, el pueblo comenzó a pensar que la intrigante condesa era tan solo una víctima de los desvaríos de la reina, igual que el mismo pueblo.

María Antonieta estaba en manos de las habladurías. Las puertas de la historia se abrían para vilipendiarla, ultrajarla y dejarla absolutamente denostada. Ella fue sin duda el chivo expiatorio, y sobre ella cayó toda la culpa de los errores de Francia durante el absolutismo. Los graneros estaban vacíos y escaseaba el pan. Las

guerras estaban a punto de acabar con la monarquía más poderosa y el absolutismo se enfrentaba a su espejo.

Rousseau y Voltaire abrían los ojos a la burguesía y por primera vez el pueblo tenía conocimiento de que Francia poseía una deuda inasumible. El lema de «El Estado soy yo» pronto se vería sustituido por «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo», y el inicio de la edad contemporánea se fue perfilando entre conflictos y luchas sociales.

Tras el juicio, la primera vez que María Antonieta se dejó ver en su palco del teatro, fue abucheada e insultada. Ella se sorprendió, se sintió inocente y no entendía lo que sucedía. Sus allegados le aconsejaban que no volviera a París, pero en Versalles la situación no era muy distinta.

Salvo la comprensión y el amor de su amante, no encontraba en su mundo sino miradas hoscas que demostraban que había perdido la partida. Los acontecimientos se desarrollaron con rapidez. Fuera o no fuera un desencadenante el asunto del collar, la caída de la monarquía francesa fue rápida e imparable. Entre el pueblo y el rey se había abierto un abismo insalvable.

Estamos en 1788. En Versalles el ambiente se ha enrarecido. Todas las noches salen carruajes a hurtadillas y sin antorchas para no ser descubiertos. Van repletos de nobles que huyen con sus bienes a ocupar casas de campo que no frecuentaban o ciudades donde sean anónimos; saben que lo que viene no será bueno para ellos, que han vivido en la corte.

Los consejeros reales insisten en que debe tomar decisiones, quizá el exilio no sea una mala idea. La reina se siente abrumada. Ha tenido cuatro hijos, ha perdido a uno y está a punto de perder al segundo, que está muy enfermo; no puede huir. Su voluntad está quebrantada debido a que muchos de los que ella creía amigos huyen dejándola sola.

El 14 de julio de 1789, veinte mil hombres marchan hacia la fortaleza de la Bastilla para tomarla. Se saquean los arsenales, y con las armas en su poder la violencia y la sangre se propagan como el fuego.

El 5 de octubre marcharán hacia Versalles y, en medio de la noche,

irán en busca de la reina, que se refugia con sus hijos en las dependencias del rey. Los revolucionarios rompen ventanas, arrojan documentos a la lluvia, y los oficiales se mezclan con el pueblo, se abrazan unos a otros. Las promesas del rey no servirán para detenerlos. La noche se ocupa en preparativos silenciosos. Los pocos leales que quedan, encabezados por Hans Axel de Fersen, el amante de la reina, preparan la partida. Por la mañana, una carreta tirada por seis caballos se lleva al rey, a la reina y a sus dos hijos a París. Un acuerdo digno se lo permite. Mil años de autocracia en Francia han terminado.

Son conducidos a las Tullerías, un palacio cerrado desde que lo abandonara Luis XIV. Allí habitan un pequeño espacio del majestuoso edificio, donde se les asignan las habitaciones suficientes para llevar una nueva vida en medio de un París alborotado. Su destino no está claro. La Asamblea aún no ha tomado decisiones respecto a la monarquía. Hay demasiado caos y la República tiene mucho trabajo para echar a andar. Aunque la guardia no les permite salir sin un pase, reciben visitas y la reina puede reunirse con Hans Axel de Fersen, su único apoyo en la desgracia.

Fersen, leal a la mujer que le ha conquistado el corazón, prepara la fuga de su reina y su familia minuciosamente. Encarga una carroza a su nombre, se hace con documentos falsos, dinero y vestidos que no levanten sospechas. Establece a soldados fieles en las paradas de postas para que no los detengan. Estudia el equipaje necesario durante semanas, meses… Por fin, la noche del 20 de junio de 1791, todo está preparado. Consiguen salir de París y llegar con muchas dificultades a Varennes. En el camino, la reina ha tenido que despedirse de él y le ha entregado sus joyas para que, en caso de que suceda algo, lleguen a su familia.

Pero son detenidos.

El retorno a París en medio de una Francia llena de ira es una pesadilla. María Antonieta escribe sin cesar a la diplomacia europea para que sepan de su penosa situación. También escribe a su amante. Le preocupa su destino, más que el suyo propio. Desgraciadamente toda la correspondencia entre Fersen y María Antonieta será destruida

por este para que la historia no tenga pruebas de su amor. Sin embargo, la relación ha ido dejando las huellas suficientes para que los historiadores la conozcamos.

En septiembre el rey firma su capitulación. En las Tullerías todo son humillaciones, asaltos, tormentos. Cuando la reina oye una campana, no sabe si es una señal de un nuevo ataque o es simplemente que da las horas de su sueño inquieto. Se espera un levantamiento, y los reyes saben que su vida está perdida. Por fin, el pueblo asalta el palacio. La familia real es trasladada en una marcha por todo París al Temple, el viejo castillo de los templarios, donde permanecerán en una angustiosa espera mientras en la place du Carrousel se erige la guillotina.

No podemos imaginar la tortura de esta mujer durante el tiempo que le queda. El 1 de julio, se le arrebata lo que más quiere, a su hijo. Las tres mujeres, madame Elizabeth, María Antonieta y su hija, quedan encerradas en el torreón. Unas semanas después, la reina, de treinta y siete años, es trasladada a la Conciergerie, donde permanecerá setenta días antes de comparecer ante el Tribunal Revolucionario, que impone la guillotina.

Madame Campan, la primera doncella de cámara de la reina, relató en sus memorias la noche que la reina y ella, en las Tullerías, embalaron las joyas en paños de algodón para depositarlas en un cofre de madera. Las joyas se enviaron a Bruselas, donde reinaba su hermana María Cristina. Cuando María Teresa de Francia, su única hija superviviente, fue liberada y llegó a Viena, el emperador le entregó las joyas de su madre.

Para que yo viera lo que quedaba de aquel cofre de madera, tuvieron que pasar muchos acontecimientos. Por eso no me canso de repetir que las piedras y las joyas tienen una historia que contar.

SEGUNDA PARTE

El cuaderno de Lorenzo

La historia levanta acta de los hechos, registra las fechas y los lugares, pero no puede documentar las emociones de los que viven los acontecimientos. He descrito apenas una migaja de las penurias de la reina antes de morir. La biografía que escribió Stefan Zweig sobre María Antonieta incluye una mirada emocional de la joven muy acertada. El fascinante escritor crea una obra intuitiva basándose en los métodos del profesor Freud. El mismo psiquiatra le escribió para felicitarle por el excelente análisis de la infortunada reina. La intuición, la interpretación de su silencio, los hechos ocultos, como su calvicie o la manera en que se entregó a su último amante, nos dan una visión de ella sin prejuicios.

Pero volvamos al tiempo que transcurre tras la Revolución y la toma de la Bastilla.

La Asamblea Constituyente tomó muchas decisiones importantes: la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, la apropiación de los bienes de la Iglesia y la Constitución de 1791, aceptada por Luis XVI, que aún no había sido decapitado. Desmantelar la monarquía centenaria era complejo. Quedaba por resolver todo aquello relacionado con las posesiones o disfrute del patrimonio nacional por parte de la realeza. Los asaltos a palacios estaban a la orden del día. Los saqueos eran incontenibles, pues el pueblo se sentía con derecho a ello. Se imponía la necesidad de poner a salvo parte del inmenso tesoro acumulado por la monarquía.

El barón Thierry de Ville-d'Avray, antiguo ayuda de cámara del rey, fue el responsable del traslado de las joyas al guardamuebles. Probablemente para hacerlo más sencillo, fue nombrado intendente

del guardamuebles. Él conocía las joyas de las que la Corona hizo buen uso, así que también podía encargarse de su seguridad. Poco tiempo después, llegó a oídos de la Asamblea que el barón no estaba cumpliendo su cometido con honestidad. Existían alarmantes sospechas y algunos datos sobre la desaparición de algunas piezas relevantes. Se encargó un inventario para comprobar la lealtad de la gerencia.

El resultado de la investigación arrojó un total de 9.547 diamantes, 230 rubíes, 71 topacios, 150 esmeraldas, 506 perlas y 35 zafiros, entre otros. El valor se estimó en casi veinticuatro millones de libras, destacando entre aquel tesoro los diamantes conocidos como el Regente, el Bleau de France y el Sancy. También se comprobó que el barón se había apropiado de nueve cofres con otras gemas y alhajas. Tras un juicio rápido se lo condenó a muerte, sin que apareciera el botín.

Según el registro de los hechos, una noche de septiembre de 1792 varios convictos liberados durante las revueltas treparon por las paredes del guardamuebles real y accedieron a la primera planta mediante un boquete. Las crónicas de la época hablan de que los disturbios eran tan numerosos en París que nadie advirtió la presencia en el edificio de estos saqueadores, que se quedaron varios días en las habitaciones del tesoro. Finalmente los apresaron. Algunos llevaban los bolsillos repletos de joyas y piedras que jamás se recuperarían.

Se juzgó a diecisiete personas. Ejecutaron a cinco y liberaron a varias, entre las que se encontraba el cabecilla. Gracias a la policía y a la poca profesionalidad de aquellos ladrones, se recuperaron las dos terceras partes de lo robado, incluidos los diamantes Regente y Sancy, y la mayoría de las piezas de la colección del cardenal Mazarino. Pero el más codiciado, el Tavernier o Bleau de France, no se halló en aquel momento.

A menudo he visto a los turistas atravesar la place de la Concorde, donde se encuentra el Hôtel de la Marine, un edificio que fue desde su construcción, en 1774, el Hôtel du Garde-Meuble de la Casa Real, y me pregunto si saben lo que sucedió.

Conocemos que en marzo de 1791, pocos meses antes de su arresto,

la reina María Antonieta colocó una selección de sus diamantes, rubíes y perlas en manos de Florimond Claude, conde de Mercy-Argenteau, un diplomático leal que se dirigió a Viena a través de Bruselas para entregárselo a la hermana de la reina, la archiduquesa María Cristina. También Fersen, su amante, recibió joyas de la reina, para que fueran a manos de su familia. Todas las piezas llegaron a la única heredera que sobrevivió a la Revolución, María Teresa de Borbón, liberada tras tres años de reclusión en París y enviada a Austria.

María Teresa, madame Royal o la huérfana del Temple, como se la llamó, detenida a los once años y rodeada de la muerte de sus padres y hermano, obtuvo la libertad gracias a que el emperador de Austria consiguió canjearla por un elevado número de prisioneros franceses.

Se casó con el conde de Artois, heredero de Francia, y tuvo una vida azarosa que dedicó a perseguir el trono francés. Lo ostentó apenas media hora, pero eso solo le importa a la historia. A mí lo que me interesaba de ella es que era la hija de la reina María Antonieta y que no tuvo descendencia, por lo que las joyas de la reina pasarían a su sobrina e hija adoptiva, Luisa de Artois, que a su vez dejó su legado a su hijo Roberto I de Parma, infante de España y causante de que muchas de las joyas de María Antonieta estuvieran y estén en manos de la nobleza española.

Por increíble que parezca, y en medio de la Revolución, merece la pena saber que la estafadora condesa de La Motte logró salir de la Bastilla y escapar a Londres. Tuvo una gran ayuda en aquel pueblo exaltado que la creía inocente. Pero la dura experiencia vivida la dejó sumida en un rencor infinito. Durante algún tiempo, no tuvo otro objetivo que volcar su odio a la reina en numerosas cartas que enviaba a miembros de la corte. En una de esas cartas, dirigida a la condesa de Lurrien, La Motte confesaba que el histórico collar ya estaba despiezado y vendido, pero que ella conservaba cinco diamantes, los más hermosos.

Cómo llegué a esa carta, a esos cinco diamantes, es lo que me dispongo a seguir contando. Ahora me voy a regar el jardín.

1

Felipe Irizar

Octubre de 2020

Detrás de toda gran fortuna hay un crimen escondido.

HONORÉ DE BALZAC

Se puso en cuclillas para comprobar que sus rodillas seguían siendo elásticas. Un balanceo involuntario comprometió su equilibrio y cayó al suelo como un pesado fardo.

Al levantarse, sintió una punzada en el pecho. Agotado, dolorido y febril, se recostó sobre el muro de piedra, que a esas horas permanecía fresco. La isla, una semana atrás, se había visto asolada por fuertes tormentas. Además de algunas tejas y ramas rotas, la humedad le había dejado muy mal cuerpo y un resfriado que derivó en un catarro pertinaz. Intentó combatirlo tomando un par de aspirinas y tisanas de jengibre y miel al atardecer, pero sus prescripciones no obtuvieron el resultado deseado.

Aspiró el aire procedente de Punta Prima. Unas nubecillas algodonosas se alejaban con prisa hacia el sur. Las gaviotas chillaban en arriesgados vuelos y aterrizaban en las paredes de los acantilados. Felipe entró en la casa y se rellenó la taza de café para volver a sentarse en el exterior. Dio un par de sorbos y el amargor de la bebida le quemó el estómago. Cerró los ojos y se dejó arrastrar por la pereza de manejar un cuerpo que sentía enfermo.

—Aquí estamos, querido amigo —musitó en dirección a la casa grande—. Te echo de menos, cabrón.

Desde el primer día, casi a la misma hora y en el mismo lugar, repetía aquel gesto. Ponía uno de los CD de Maria Callas y miraba hacia la casa tratando de arrancarle algún secreto. Sin embargo, los muros se mantenían silenciosos mientras Felipe trataba de imaginar dónde se habrían posado los ojos de Lorenzo.

Acababa de consultar el calendario, el suyo, no el que había encontrado al llegar y que correspondía a 2017. Levantó con curiosidad la hoja correspondiente al mes de septiembre, dejando atrás una reproducción del faro de La Mola.

«Octubre». Emitió un sonido parecido a un resoplido que intentaba liberar el aire estancado en su pecho. Seguía sin noticias de Lupe.

El verano terminaba, y su contrato, aunque verbal, expiraba. Se sentía enfadado consigo mismo por no haber sido más expeditivo. Lupe le mentía, era escurridiza, imprevisible y lo ignoraba por completo. No soportaba que Eva, allá donde estuviera, desconociera que se alojaba en El Paraíso, que pensaba en ella y que carecía de valor para enfrentarse a su mirada. Un pellizco de culpa le hizo chasquear la lengua; si para el lunes no tenía noticias de Lupe, llamaría a Eva y le contaría toda la verdad.

Volvió al viejo calendario. Lo acarició mirando por enésima vez las anotaciones que Lorenzo había hecho en él. Comenzaban en el mes de abril, tres años atrás. Había conseguido averiguar que, en aquel galimatías, únicamente figuraban notas los días pares. No era mucho, pero era algo a lo que agarrarse. Felipe tenía un pensamiento obsesivo que volcaba en todo cuanto hacía. No dejaba nada al azar y, por mucho que alguien le advirtiera de su posible error, no abandonaba hasta que lo comprobaba por sí mismo. Aquello era un mensaje escondido.

Lo había encontrado en un armario, a su llegada a Formentera. Ver las pulcras anotaciones de su amigo le produjo un gran dolor y no fue capaz de tirarlo. Lo dejó en su sitio, después de haberle echado una ojeada, pero a medida que pasaron los días sintió que aquel olvidado calendario lo llamaba. Más tarde, al comenzar a hacer cambios, a

pintar las paredes, a recoger lo que pertenecía a Lorenzo y meterlo en cajas, lo sacó y lo colgó en la pared junto a otro parecido que le había regalado el banco. La letra de Lorenzo hacía que aquel papel amarillento le pareciera sagrado.

Se puso en pie, levantó la mano para comprobar de dónde venía el viento y se acercó hasta el pozo para cerciorarse de que el agua era suficiente para regar la huerta trasera. Al pasar por delante de la casa grande, acarició, como lo hacía su amigo, las tinajas que escoltaban la entrada. Eran unas piezas preciosas, de gran tamaño, que parecían guardar la entrada. El Paraíso estaba lleno de pobladores que el tiempo retenía en el quicio de una puerta o asomados a las ventanas.

El sol se filtraba a través los cactus. Juntó los dedos para formar un cuadrado y ajustó la mirada buscando el ángulo perfecto en el que cupiera la magia de la estampa. Sabía que el tiempo acabaría venciendo su contienda con la pintura. Volvería a coger un lienzo, a emborracharse de luz y a olvidar el tiempo, pero todavía no se sentía del todo curado de su *mal de vie*. Por ello, se conformaba con buscar momentos como aquel, imaginando que trazaba las líneas y buscaba el equilibrio en la tela. Si pudiera pedir un deseo, además de trasladarse en el tiempo, al día en que se enfadó con Lorenzo, pediría poder pintar, desaparecer en la representación de la realidad, poder hacer lo que le salvaba la vida.

Eso le había dicho Carmen cuando meses atrás, recién retornado a París, la llamó a su retiro de Acapulco para decirle que había decidido afrontar lo sucedido en su ausencia.

—Felipe, Felipe…

Con la voz entrecortada por la emoción, Carmen había pronunciado su nombre repetidamente con aquel acento suave y musical. Luego, rodeando los escollos de los recuerdos, con su característica y bondadosa ausencia de reproches, quiso saber si se encontraba bien. No le preguntó por su paradero, tampoco por lo sucedido.

Felipe estaba decidido a hablarle de su infierno, pero algo lo detuvo. Le faltaban las palabras precisas y no quería caer en aquellas que apestaban a fracaso, de modo que se limitó a decirle que estaba en vías de recuperación, algo que por otra parte era verdad. Tampoco

ella fue capaz de hablar de su pena. Le contó que pintaba las riberas del Sena de memoria y que, desde la muerte de su madre, vivía sola en la casa de la playa de su infancia. Para sentirse en paz, le bastaba con mirar el Pacífico; no quería volver a Europa, era una etapa terminada para ella.

Su voz sonaba pausada, pero vibró cuando le confesó que a veces soñaba que todo era igual que antaño y que en sus fantasías seguía viviendo feliz entre París y la isla.

—¿Recuerdas el pequeño ático de la rue Jacob? ¿El jardín del Hôtel d'Angleterre? ¿Has visto a Françoise?

—Querida, hace mucho que no veo a los viejos amigos. He estado viviendo lejos y no sé qué habrá sido de Françoise, porque hace años que no pinto. Me entenderás bien si te digo cuánto echo de menos pintar. Ser consciente de esa pérdida me mata, pero supongo que un día de estos volveré.

—Lo harás.

—Carmen, necesito volver a Formentera. —Al otro lado se prolongó el silencio—. Tengo que ir. Debo despedirme.

—Volver a la isla… Si crees que tienes que hacerlo, no seré yo quien te lo impida, pero voy a decirte que, contigo o sin ti, si hubiera querido protegerse lo habría hecho.

—Necesito saber de sus últimos días, de qué hablaba, saber quién deseaba su muerte.

—Llama a Eva.

—Me siento avergonzado.

Ella guardó silencio y él supo que Carmen no iba a hablarle de lo ocurrido. Un muro se levantaba en torno a Lorenzo, no le facilitaría el mapa del camino que deseaba recorrer.

Felipe le pidió el teléfono de Lupe, y ella se lo proporcionó advirtiéndole de que Eva y su hija lo esperaban e incluso habían retrasado el funeral de París porque no comprendían que pudiera faltar.

—Creo que antes de hacer cualquier movimiento deberías llamar a Eva —prosiguió—. Le ha costado mucho recuperarse, pero ahora está mejor.

La escuchó, aunque no añadió palabra alguna. La pintora mexicana recurrió su fe católica y se despidió diciéndole que lo tendría presente en sus oraciones. Felipe se sintió desarmado ante los extraños recursos que la pena producía en las personas, aunque admitió que los bálsamos hechos tan solo de glicerina perfumada no podían cauterizar heridas de aquella clase.

Tembloroso y con el corazón a punto de escapar bajo la camisa, llamó a Eva. La escuchó al otro lado preguntando quién llamaba. Guardó silencio, paralizado e incapaz de saltar el abismo que abría su voz. Repitió la operación varias veces ocultando su número, pero no se atrevió a articular una sola palabra.

El doctor Bonnin, su psiquiatra, al darle el alta, le aconsejó que retomara su vida y aceptara el alta definitiva. Era un exalcohólico, un excocainómano, un exmarido, un expintor y un exdesesperado. Huyó de su propia vida y, salvo su abogado, nadie conocía su paradero. Del infierno vivido, obtuvo una deseada consciencia, por eso sabía que, en cuanto volviera a firmar un cuadro o paseara por las galerías, su antigua vida se pondría en pie, el mundo de la pintura caería sobre él, pidiéndole explicaciones, y sus amigos exigirían algo con que borrar su largo silencio.

Finalmente consiguió quedar con Lupe. Reservó un billete y tres noches en el hotel Es Marès y, con una pequeña bolsa de viaje, desembarcó unas semanas más tarde en Formentera. Volvía empujado por el instinto y la culpa.

La isla en el mes de febrero era una desconocida que hibernaba bajo sus vientos. La mayor parte de los locales que daban identidad estaban cerrados, y los lugareños parecían entretenidos en una laboriosidad oculta tras las ventanas. Quedó con Lupe en el café Central, pero antes de acudir a la cita le asaltó la idea de que quizá ella no lo reconociera. En el hotel, situado en una de las cuatro calles más importantes de Sant Francesc, la capital, se quedó unos minutos mirándose en el espejo. Con poca benevolencia, admitió que estaba mucho más delgado, tenía bastantes arrugas y el pelo completamente blanco, y ya no llevaba lentillas. Sus gafas eran sencillas, de aquellas que elegían los intelectuales, pero tenía la piel tan apagada como la mirada. Ya no

quedaba rastro del pintor cosmopolita que acudía a la isla con su amigo, nada del hombre maduro capaz de franquear cualquier puerta y algún corazón. Suspiró y salió a la calle evitando mirar de frente a quien se cruzara con él.

Lupe era una mujer vistosa e inconfundible. La vio de pie, apoyada en la fachada del bar Central, con los ojos cerrados y la cara inclinada hacia el tibio sol de febrero. Su pelo rojo brillaba como el fuego, y sus caderas, erguidas, apuntaban al horizonte; estaba perfecta para pintarla. Se acercó, interponiéndose entre el rayo de sol y ella. Lupe abrió los ojos, se enderezó y se puso la mano a modo de visera.

—No me reconoces…

—¡Cómo no voy a reconocerte! —Lupe reaccionó con alegría fingida.

En el interior del local, ya sentados, intercambiaron unas frases de cortesía. Comentaron el estado del tiempo, del mar, de los negocios… Lupe se mostraba condescendiente pero no amable. Tras un par de minutos, su sonrisa se diluyó y se revistió de seriedad mientras lo ametrallaba a reproches.

—Tengo que decírtelo porque, si no, reviento. He aceptado este encuentro por deseo de mi madre. Si por mí fuera…

El pintor guardó silencio y aguantó la embestida tratando de averiguar si podía ser sincero con ella… Si le contaba la verdad, se encontraría desarmado. Buscó en su cabeza las mismas vaguedades que repetía otras veces.

—Comprendo bien tu indignación, pero hubo una concatenación de hechos que acabaron conmigo. Mi divorcio fue un tsunami. La mujer que creí que era el amor de mi vida se fue con mi agente, y además se llevaron mi dinero. Tuve problemas con el alcohol y… No quiero que me localicen, por eso te pedí que guardaras el secreto de este encuentro.

—¿Todo eso pasó antes o después de que te enfadaras con Lorenzo?

—Después. Pero si me lo permites, Lupe, preferiría no entrar en detalles. Solo te diré que no estaba en condiciones para acompañaros.

—Desconocía que te hubieras casado, pero, igualmente, hay móviles, satélites, aplicaciones… ¿No pudiste venir a uno de los tres

funerales que le hicimos a Lorenzo? Eva te esperó. Miraba hacia los caminos, se sobresaltaba cuando sonaba el teléfono. A pesar de que estaba claro que no querías que te localizaran, ella te esperaba. Quiero que lo sepas.

—Créeme. No pude.

—Sé —Lupe lo interrumpió con el rostro pétreo— que eras uno de los pocos amigos que él tenía. Por eso me cuesta entenderlo.

—No me fustigues, Lupe. Ya lo hago yo cada día al levantarme. No fui capaz de ponerme en contacto con vosotras por causas que requeriría tiempo explicar y he pagado cara mi deuda.

La mirada de la joven parecía administrar un secreto por el que muchos artistas hubieran dado cuanto poseían. Era muy bella. La genética y el tiempo la trataban muy bien. Aquella chica escondía en su interior una nostalgia cautiva que la hacía deseable a pesar de que estaba enfadada. Recordó las zozobras de su madre cuando Lupe se perdía durante semanas… La vida no conseguía apaciguarla.

Lupe se giró hacia la barra e indicó a un muchacho que le pusiera un té de arándanos, luego, en un gesto algo teatral, se soltó la goma que le sujetaba el precioso cabello rojo y retomó la conversación con aire de desdicha.

—Necesito que sepas que nunca hablo de lo que sucedió. No quiero saber nada más de lo que sé. Todo fue tan condenadamente traumático que no soporto la sensación de que nunca terminaremos de enterrarlo. Es desesperante. Como sabes, marcaba a fuego a quien amaba, en especial a las mujeres. Nos dosificaba su amor para que le deseáramos eternamente. —Lupe miró al horizonte y subió el tono—. Tenías que haber visto los titulares de los periódicos… «Famoso tasador y coleccionista de diamantes asesinado en la isla de Formentera». La versión oficial la conoces, supongo. Alguien pensaba que guardaba joyas en la casa.

—¿Eva y tú estabais aquí?

Un pitido sonó en algún lugar cercano a ellos. Lupe metió la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta, sacó el móvil y miró la pantalla. Volvió a guardarlo y prosiguió.

—Eva había estado con Julia hacía relativamente poco. Lorenzo

estaba encerrado en sí mismo y bastante insoportable. No paró de llamarla hasta que la hizo volver con el pretexto de que quería que se ocupara de la instalación de calefacción. —La pelirroja reprimió una emoción que pugnaba por aflorar a la superficie—. Eva repetía que no estaba bien, que algo lo preocupaba, hasta el punto de que olvidaba las cosas y temía estar solo. Yo, la verdad, es que pensaba que Lorenzo era un hombre egoísta e indestructible. Su sagrada independencia, su pasar de todo, eso es lo que veía. Aquella mañana Lorenzo estaba solo; Eva se fue caminando al pueblo para desayunar en una terraza.

»Cuando regresó con los periódicos, lo encontró muerto en el taller. —Lupe se movió inquieta en la silla—. Nadie vio ni oyó nada. La familia italiana de la casa que hay sobre el camino oyó los gritos de mi hermana y corrieron hacia allí. Lo llevaron al hospital. Llegó muerto. Fin de la historia.

Sacó un paquete de cigarrillos y lo dejó encima de la mesa. Felipe mantenía la vista baja, los ojos ocultos a la inquisitoria mirada de Lupe.

—Unos nueve mil habitantes en invierno y alrededor de cuarenta mil en verano. ¿Quién controla ese flujo permanente de barcos yendo y viniendo cada media hora? ¿Quién sabe quién desembarca en una cala y va nadando hasta la orilla para volver una hora después? Aquí se viene a descansar, a quedarse medio bobo colgado del horizonte, a pasarse de vueltas y, como sabes, también a esconderse. Vinieron policías de Ibiza y de la península. —Un destello de ira bailaba en sus ojos—. La casa estaba adornada con obras de mucho valor que no tocaron. Estoy convencida de que buscaban sus agendas, en las que anotaba metódicamente nombres, direcciones, referencias… y naturalmente iban en busca de sus diamantes, o del puñetero collar de María Antonieta, las reliquias de la Callas…, a saber. Mil veces dijo, con su habitual ironía, que en aquella casa existía una cueva de Alí Babá. Fuera lo que fuera lo que ocultaba, se lo llevó consigo.

Se encogió de hombros como si hubiera concluido el relato, pero prosiguió:

—Trabajaba solo desde hacía años. Viajaba durante dos o tres días a Nueva York, a Londres, para ver una pieza que iba a salir a subasta

por millones de euros. Investigaba si provenía del tesoro de una reina, una actriz o de un judío desaparecido en Auschwitz. Era él quien ratificaba o firmaba los certificados de autenticidad. Mi madre, como sabes, renunció a su carrera de pintora por él, pero creo que no te sorprendo. Poco después de que te fueras a Nueva York, apareció una mujer con noticias de los diamantes que buscaba y su vida cambió por completo. No sabría decirte si esa mujer se convirtió en su amante…, el caso es que debió de enamorarse de otra, creo que se llamaba Erika, y mi madre y él pusieron fin a su amor eterno. Ella, como sabes, aprovechando la propuesta de una galería de México y que mi abuela estaba muy mayor, se fue. Él nunca fue mi inspiración. Lo veía cuando Eva estaba aquí. Pero, si mal no recuerdo, lo conocías bien. ¿Cómo te llamaba él?

—Lolo, me llamaba Lolo.

Lupe asintió repetidamente. Guardó silencio unos instantes y clavó sus ojos en Felipe. Como si no pudiera seguir reteniendo las palabras, retomó la conversación.

—Desde que te he visto he tenido ganas de decirte que eres un cabrón y que vuelvas por donde has venido.

—Te habría entendido…

—Lo digo por Eva. Ella no deja de echarte de menos. ¿Dónde coño estabas? —dijo con rabia—. Hicimos una lista de amigos que pudieran consolarnos, darnos algo de luz, decirnos si debíamos dejar sobre la mesa los temores que poseíamos… Por ella he sufrido y por ella pienso que has sido un canalla.

Bebió un sorbo del té. Tenía la vista puesta en algún objeto lejano, como si necesitara mantener el equilibrio de la ira de su narración.

—No es que quiera que te sientas culpable. O quizá sí. Tendrías que haber visto el cortejo que acompañaba a tu amigo camino de ese recodo que crea el mar a la altura del bar de los italianos. ¡Su harén al completo! Media docena de mujeres desgarradas porque nunca tuvieron la ración necesaria de él y otra media docena de hombres extraños que nos miraban sospechando de aquella corte. También estaban Piero, Joan, sus compañeros de Es Glop y un par de policías de cabeza rapada, uno de los cuales quería llevarme a la cama.

Respiró hondo, cerró los ojos y se calló. El aire de sus gestos, su boca herida, las inflexiones de su voz rezumaban una ira profunda. Volvió a la realidad. Lupe doblaba y desdoblaba el envoltorio del azúcar, estudiaba el preciso plegado y lo manipulaba de nuevo, hasta que el sobre emergía cada vez más deforme.

—¿Sabes? —lo miró a los ojos—, no sé quién dijo que estabas en Italia, en un barco, y que era imposible localizarte. La gente habla sin saber. Quiere tapar la pena con una explicación simple, pero no acudir a despedir a la persona que te ha protegido toda la vida, eso…

—Estaba en Nueva York.

—¿Crees de verdad que alguien va a convencerse de que no podías dar señales de vida en esos momentos? Hasta las mentiras resultan adecuadas, pero no el jodido silencio… De alguna manera, ella te ha enterrado, que lo sepas. —Desechó con rabia el sobre—. Lo mataron unos profesionales —prosiguió, ignorándolo—. Mi conocimiento del mundo de sus negocios me alcanza para saber que cuando hay mercenarios de por medio significa que alguien les ha encargado el trabajo. Se mata con un objetivo.

—Me enteré de la muerte de Lorenzo semanas después de que sucediera. Además, tampoco estaba en condiciones de afrontarla.

—¿Se te aparece en sueños? Mi madre dice que se despidió de ella el día anterior a su muerte, que acudió a visitarla cuando dormía para decirle que iba a partir y que era su único amor. Cosas de la vida. Eva no quiere ni ver, ni oír, ni venir, y menos decidir qué hacer con El Paraíso. —Una sombra pasó por sus ojos—. Mi hermana no tiene suerte. En teoría, yo debería cuidar El Paraíso, pero me da yuyu. —Hizo un gesto como si espantara una abeja—. Me pone los pelos de punta.

—¿Y Eva? ¿Cómo está?

—Ella ha estado viviendo en una nebulosa. Estuvo muy mal, como si su vida se hubiera quedado sin cimientos. Yo debo de ser una imbécil, pero quiero ser madre, a pesar de saber que los padres nos marcan a fuego y nunca desaparecen. Es una mierda, se lo dije a Eva, que éramos como un hámster en una ruedita, pedaleando incansablemente para llegar a ningún sitio. Nos jodieron. Ellos,

nuestros padres, nos jodieron. —Cogió el tabaco—. Voy a fumar. ¿Vienes?

Tomaron asiento en una de las mesas de la terraza y permanecieron en silencio mirando la iglesia.

—¿Tienes pareja? ¿Estás casada?

—No me he casado ni tengo hijos, si te refieres a eso. Tengo mis abrazos, y mi trabajo marcha bien. No me puedo quejar. En realidad, hay alguien importante…

—Me alegro por ti, Lupe.

—El amor ayuda…

—Lupe, quiero preguntarte algo… ¿Crees que podría alquilar El Paraíso? —Las palabras le vinieron a la boca sin previo aviso y tuvo que soltarlas. Deseaba con todas sus fuerzas volver al último lugar donde había estado Lorenzo, aunque no sabía exactamente por qué.

La pelirroja lo miró incrédula y aturdida, y apuró el cigarrillo como si buscara una respuesta a su osadía. Por fin suspiró y, cabeceando, volvió un rostro inexpresivo hacia Felipe.

—La casa es de Eva. Yo no puedo tomar semejante decisión, y tampoco la llamaré para decirle que has aparecido y que quieres hacer lo que no hiciste en su momento… Deberías ir a Bilbao, hablar con ella personalmente, pedirle perdón, contarle las razones que te impidieron estar a su lado y, si me lo permites, aparecer con un ramo de varias docenas de rosas… Es muy probable que te perdone, que vuelva a hacerte sitio en su vida y que te invite a quedarte en El Paraíso. Ella no quiere volver aquí y es la persona más generosa del mundo. —Apagó la colilla aplastándola en un cenicero—. Necesito terminar con el maldito karma de esa casa, así que me viene de perlas que quieras ir allí.

—Tienes razón. Debo ser yo quien se siente a contarle las razones de mi ausencia y pedirle perdón, pero antes quiero averiguar algunas cosas por mi cuenta. He empezado a hacerlo en París y, si todo marcha como intuyo, podré ofrecerle algo consistente. Llevarle respuestas sería una manera de hacerme perdonar.

Sin previo aviso, Lupe se levantó, cruzó la plaza y desapareció en el interior de la iglesia. Felipe no se alarmó. La conocía. En los últimos

meses había aprendido mucho sobre el comportamiento humano, entendía que necesitara tiempo para encajar su presencia. Una iglesia era el mejor recinto para ordenar las ideas. Cuando quiso darse cuenta, la joven volvía a atravesar la plaza en su dirección.

—Sé que necesitas hacer las paces contigo mismo. —Hablaba sin mirarlo a la cara—. No dudo que tendrás argumentos para justificar tu comportamiento. Por lo que a mí respecta y pensando en ella, he decidido que no le hablaré de tu presencia aquí. Puedes quedarte en la casita de invitados, en el taller de Lorenzo, para ser más exactos. Ponla en orden, borra lo horrible que puedas encontrar y guarda en el garaje todo lo que le pertenecía. Eva te lo agradecerá. Suprime el rastro que yo no he podido borrar y vigila la propiedad para que ella pueda volver. Cuida la finca los días que quieras; hasta el verano no vendrá nadie. Pero cuídala. Hay luz y agua. Sé que cuando se entere de que he estado contigo y te he dado las llaves querrá matarme, pero a cambio de mi silencio tienes que prometerme que le contarás todo lo que sabes de su padre y lo que hayas averiguado hasta la fecha, que la ayudarás en los próximos años en lo que necesite. —Lupe alzó la vista al horizonte—. Yo tengo que seguir con mi vida. Tienes hasta el mes de septiembre para dejar El Paraíso limpio de malos rollos. Cuando esté todo preparado, llamaremos a Eva.

Felipe escuchó una vocecita que le decía que podía confiar en Lupe y otra que le alertaba para que no lo hiciera. Las cosas nunca eran fáciles con la hija de Carmen. Lorenzo le comentaba sus reacciones, le hablaba de la desconfianza que mostraba ante cualquier cosa que se relacionara con él. Ella tenía su propia guerra con su amigo y podría ser que la extendiera a él.

—Prometido.

—Te sentarás con ella y hablarás hasta que te duela la lengua. Yo no tutelo tan generosamente como ella, pero quiero a mi hermana y necesita encontrar la paz. Me ha prometido que vendrá a Formentera este verano. Estamos en marzo, tienes tiempo más que suficiente para lo que sea que hayas pensado hacer allí.

—De acuerdo. Iré a París, pues tengo que ordenar algunas cosas, y volveré el mes que viene. Te llamaré en cuanto esté aquí.

—Si no haces las cosas bien, te aseguro que me ocuparé de castigarte y juro que tengo ganas de hacerlo.

El cuaderno de Lorenzo

Estudié Historia, aun cuando en mi fuero interno ya amaba las piedras preciosas de una manera intensa. Mis compañeros estaban llamados a dar clases, quizá a hacerse con una cátedra o la dirección de una biblioteca. Yo me tomé mis estudios como si fuera el decorado que envolvía las grandes piezas de joyería.

Bilbao era una ciudad que apuntaba maneras hacia la industria pesada, la tornillería y el empresariado en general. Tras una serie de circunstancias y después de conocer aquí, en Formentera, a un fotógrafo que trabajaba para Cartier, me fui a París. Viajé a esa maravillosa ciudad conducido por la osadía que posee la juventud y, por qué no decirlo, he seguido mi instinto. No me costó demasiado aprender francés, y menos aún enamorarme de Carmen. Cogí el paso a esa capital fascinante que por aquel entonces los turistas tenían cuidado de no molestar. Era el año 1962, tenía veintiséis años y me urgía experimentar la libertad que no encontraba en mi país.

En el taller, los jóvenes artesanos amaban la historia. Comparaban los bocetos con las pinturas de la monarquía que colgaban en las salas del Louvre, pero al terminar la jornada salían a bailar al ritmo de Johnny Hallyday y Françoise Hardy. París era una auténtica aventura, los franceses olvidaban la guerra de Argel y el cine triunfaba hablando del amor con Alain Delon al borde la piscina.

Por mis manos pasaban documentos que acreditaban que el fabuloso collar del marajá de Tapiala había sido confeccionado en 1925, cuando llegó a París, con varios cofres de piedras que albergaban más de mil quilates.

Cartier estaba cuajado de historias de amor, deseos y heridas del

alma. Era la joyería elegida por los artistas de teatro y las estrellas de cine. Allí se sustituían las palabras por piedras preciosas, se sellaban alianzas para la eternidad o se despedía a las amantes con collares inolvidables. Todo aquel que era alguien en el mundo acababa en aquel templo buscando pasar a la historia.

Según creo recordar, fue en aquella época cuando vi una exposición en el museo del Louvre que me marcó, «Dix siècles de joaillerie française», se llamaba. En el taller escuchaba historias y veía fotos de la alta joyería francesa, pero allí me convencí del camino que iba a seguir en la vida.

Empecé como chico para todo y pasé a ser ayudante de tallador mientras estudiaba gemología. Me hice especialista en tasaciones, redactor de informes de graduación… Trabajé y estudié todo lo que tocaba la línea completa de la joyería: desde la mina hasta el dedo de una diosa. Antes de conocer millonarias que poseían joyas capaces de financiar el Gobierno de un país o acudir a las salas de subastas en nombre de la firma, antes de que mi lealtad me obligara a volver a Bilbao, ya sabía que las piedras preciosas y la historia serían las columnas que me sostendrían.

Pero mi padre había muerto, y era obligación de los hijos apoyar a la familia y, en mi caso, ocuparme del negocio familiar. Después de muchos años anhelando esa ciudad, regresé a mediados de 1973.

La nostalgia de mi vida perdida me hizo cometer muchos errores. Me casé con Amelia y nació Eva, una niña que sentía adoración por mí y a la que, de algún modo, abandoné sabiendo que su madre no podría criarla como era debido. Me esperaban el abrazo de Carmen y un trabajo en casa Cartier.

Una mañana, allí, en el taller de la rue de la Paix, Peter Lemarchand y Jeanne Toussaint se detuvieron delante de mi mesa de trabajo. En realidad, yo no era un profesional de la joyería al uso, ni siquiera encajaba en el departamento de diseño, pero mi interés sobrepasaba el de otros y mis tareas iban desde la elección de una piedra para un diseño determinado hasta la tasación de la pieza. Me contrataron por mi experiencia y por mi condición de historiador. Tuve quien me avaló y quien me ayudó. En una carrera profesional interviene desde

luego la voluntad, pero también el azar. Cartier fue mi vida y me esforcé por estar a la altura. Mi sexto sentido me decía que no podía apartarme de aquella empresa donde se creaba con medios y libertad. Madame Toussaint estaba tratando de formar un departamento referencial de la historia de la casa de joyería y volví a tener suerte: dio conmigo.

Louis Cartier la había nombrado directora creativa de la firma en 1933. Su elegancia y su determinación la hacían única y, a pesar de que en aquellos tiempos poner a una mujer en semejante puesto era inimaginable, su valentía calló a sus enemigos. Era tan libre y creativa que unió esmeraldas con coral y amatistas con turquesas, y trajo los diseños de serpientes, también su pantera, sello de la casa de joyería durante los años cuarenta.

Durante la ocupación alemana de París, el escaparate de la famosa casa Cartier lució una jaula de oro con un pájaro de piedras preciosas encerrado; fue su alegoría, su protesta, que solo cesó el día de la Liberación, en que apareció la jaula abierta y vacía. El diseñador que la acompañaba el día que cambió mi suerte era el creador del broche que representaba un flamenco de rubíes, esmeraldas, zafiros y diamantes diseñado para la señora Wallis Simpson por encargo del duque de Windsor. Jeanne se dirigió a mí para interesarse por el trabajo que realizaba. Intercambiamos unas frases y entonces me preguntó por la joya de la historia que más había influido en mí.

—Por su valentía y belleza, las que usted ha diseñado; por el misterio que lo rodea, el collar que nunca lució María Antonieta.

Más tarde supe que le había complacido conocerme. Unos meses después tuvimos una reunión formal y acepté el traslado a un nuevo departamento. Mi trabajo consistía en recuperar las joyas de factura única que se creaban para clientes u ocasiones relevantes para la historia. Con las fluctuaciones de la vida, los propietarios o herederos de piezas singulares se deshacían de ellas y salían a subasta. La casa quería recobrar su propio patrimonio, y ahí entraba yo.

Estaba en el lugar en el que siempre había querido estar: cerca de la historia y de las piedras. Al principio acompañado de Marcel Carrère y más tarde solo, me enviaron a distintos países. Sotheby's, la casa de

subastas más antigua del mundo, creada en 1774, y Christie's, fundada en 1766, tenían sucursales en las capitales importantes. Londres, Nueva York y Ginebra. Era el encargado de saber de cualquier joya histórica creada en Cartier que saliera a subasta. Me convertí en un buen perista y tasador y, sobre todo, tuve acceso prioritario a todo el mercado.

En ocasiones acompañaba a los compradores a las minas y era testigo de la manera en que se elegían las piezas: a veces por su tamaño, pero otras por características únicas o incluso, como decían los técnicos, porque las piedras les hablaban.

Muchos años después, cuando decidí ser independiente, aquella experiencia se tornó decisiva. Mi especialidad eran las joyas históricas, pero también los diamantes de gran quilataje, que por únicos y costosos requerían una atención personalizada. Los profesionales de mi perfil escaseaban en el sector, así que no me faltó trabajo con las grandes joyerías, las casas de subastas o los coleccionistas. Fui consciente de que tenía la oportunidad de protagonizar operaciones muy significativas además de rentables, y a mí me gustaba manejarme en el riesgo controlado.

Adquirí mi primera piedra en un viaje a la mina Mariinski, en los Urales rusos. Invitaron a Cartier a la explotación y tuve la suerte de formar parte del grupo. Allí compré una esmeralda de gran tamaño en bruto y un par de berilos. Busqué a un viejo tallador jubilado cuyos trabajos realizados para Chaumet eran espléndidos. Mi elección no falló. Extrajo de aquella piedra la luz profunda de un jardín paradisiaco.

Prácticamente tripliqué mis beneficios dos años después. Luego las cosas resultaron sencillas. Podía invertir y adquirir piedras a la medida de mi cartera de clientes. Me hice con un número reducido y escogido, y rechacé a aquellos que no me ofrecían garantías; la confianza en este negocio es esencial.

Sin que me diera cuenta, comenzó a germinar la tentación de poseer gemas extraordinarias. Y entonces un colega me habló del collar de María Antonieta, pieza por la que ya sentía fascinación. Circulaba el rumor de que cinco de los cientos de diamantes que componían la

pieza, los más importantes, seguían rodando por el mundo. Todo eran especulaciones, pero un buscador siempre se topa con los retos que lo transformarán, y aquel era uno de ellos.

Al parecer, los cinco diamantes se habían engarzado en un collar magnífico que una familia judía llevaba en el momento en que fueron ingresados en un campo de concentración. Un veneno se alojó en alguna parte de mi cerebro al escuchar aquellas fabulaciones y corrió por mi riego sanguíneo hasta hacerme rehén.

2

Eva Landaluce

Octubre de 2020

El amor es la poesía de los sentidos.

HONORÉ DE BALZAC

Me detuve delante del cartel de «prohibido el paso» y salí del coche. Me resultaba imposible despegar los ojos del rótulo que me echaba del único Paraíso que me pertenecía. Los graznidos de las gaviotas en los acantilados cercanos cobraron intensidad. El aire olía a una nostalgia macerada en ruda y tomillo. Apenas cien metros me separaban del recodo desde donde se accedía a la casa, pero mis dioses protectores, aquellos que imaginaba que se encargaban de la finca, parecían desear evitarme la visión del abandono y la vieja herida de muerte.

«No sigas adelante, Eva —me susurró una voz interior—. Debes venir acompañada. Espera a Piero».

En segundos, un miedo conocido me empapó el cuerpo. La tentación de darme la vuelta tiraba de mí como una goma elástica. Respiré hondo, escuchando la levedad del ruido que hacían las lagartijas al reptar de una mata a otra y la calma fue llegando lentamente. Saqué el móvil y levanté el brazo girando a mi alrededor para buscar cobertura. La pantalla me indicaba que solo podía realizar llamadas de emergencia. Sonreí para mis adentros; la tecnología me leía el pensamiento. Me hallaba en una situación de emergencia y necesitaba

hacer una llamada para decir, a quien respondiera, que estaba en un lugar donde escuchaba mi propia voz, que pedía ayuda, el día que encontré a mi padre tendido sobre las baldosas del taller con un par de balas en la cabeza.

Me tenía prohibido a mí misma sufrir un ataque de ansiedad. La experiencia de padecerlos no era precisamente confortable. Mi terapeuta me había enseñado a manejarla controlando la respiración. Mi cuerpo emitía señales de estar a punto de rendirse. Bebí un poco de agua de la botella que llevaba en el coche, me apoyé en la carrocería medio desfallecida y puse los cinco sentidos en la respiración. «No podrás evitar sentir angustia, pero la controlarás». Me invadió una aplastante sensación de ahogo. El temor de que el mundo volvía a sepultarme se cernía a mi alrededor.

Palabras que empiecen por «A»: ansiedad, aire, aroma, arma… Volví a coger aire, a expulsarlo poco a poco, a pensar en la risa de mi hija y en la última receta de espárragos salvajes con alcachofas, cortesía de Jean-Luc. Pensé en Felipe y en que quizá se hallara a cien metros de mí. Podía gritar su nombre para salir de dudas, pero no iba a hacerlo, mi propia voz me habría recordado el momento en que pedí ayuda.

A pesar de lo mal que me sentía, fui recuperándome y recobré la compostura. No procedía quedarme mirando el cartel de «Prohibido el paso» como si estuviera esperando a que apareciera el portero del Ritz para levantarme la cancela e invitarme a pasar. Que yo supiera, por aquellos caminos se permitía el tránsito libre hasta los acantilados. Mas allá de la finca, no existían más que un par de casas construidas hacía décadas, por eso las leyes de la costumbre exigían paso libre. Nadie tenía autorización para cerrarlo salvo que el Ayuntamiento lo hubiera dispuesto, cosa que Lupe debería haberme comunicado.

Mi hermana acostumbraba ignorar las advertencias de las instituciones, más aún cuando su corazón bebía los vientos por alguien. Por eso olvidó su móvil, a mí y todo lo que no tuviera relación con el maldito Hervé. El Paraíso era mío. Ella ya se pronunció en su momento. «No quiero ni acercarme». Lancé al aire unos cuantos juramentos. Visualicé el correo que me reexpedía Lupe y que yacía abandonado en uno de los cajones de mi escritorio. Enfadada conmigo

misma y, en parte, abandonando, decidí volver sobre mis pasos y hacer lo que debía: las compras, cumplir con mis obligaciones como estaba previsto y olvidarme de aquel territorio hasta que la jodida Lupe regresara.

Conduje despacio, con las ventanas abiertas y una tremenda necesidad de hacer mía la tierra que me rodeaba. Pasé por la residencia de los italianos. La nostalgia me llevó a dejar que el coche se deslizara sin pisar el acelerador.

Durante los últimos años, he recibido varias ofertas de compra. Los agentes inmobiliarios son avispados rastreadores que cuando dan con una vivienda vacía que posee terreno buscan al propietario para tentarlo con cifras irresistibles. Yo no necesitaba dinero, lo que verdaderamente necesitaba era volver a mirar aquella casa con los ojos con los que la miraba desde el primer verano que me acogió.

De camino me desvié hacia las playas de Migjorn. Iba a sentarme bien meterme en el mar, pisar la arena fina, saltar entre las rocas, sentir el sol en la piel. Fui serpenteando por los pinares hasta que tuve que dejar el coche. Caminé entre los pinos hacia una de mis calas favoritas. Era un rincón intocable. En mi cabeza aparecía ajeno a la contaminación de los acontecimientos que profanaban mi amor por la isla.

Apenas cuatro nudistas dormitaban con pereza entre las piedras. Me quité la ropa y me metí en el agua. El mar me abrazó con su azul transparente y nadé hasta el trozo en que el color inicial se convertía en turquesa. El bálsamo que, de manera indefectible, me ofrecía aquel precioso trozo de Mediterráneo estaba especialmente prescrito para la ansiedad. Suspiré, me puse boca arriba e hice el muerto, con los oídos escuchando el sonido del agua que me rodeaba, el sol calentando mi cuerpo y mis fantasmas disolviéndose en la simple felicidad.

El último y fatídico verano no había resultado como los demás. Julia había llegado a Formentera a finales del mes de junio acompañada de su amiga Rocío y la primera llamada de mi hija fue para decirme que el abuelo estaba cambiado. Me mandó una foto en la que mi padre sonreía con el pelo muy corto y blanco. Estaba bronceado y con barba de tres días. Como los demás, confundí su

transformación con coquetería. Le pedí a mi hija que vigilaran si aparecía por allí una mujer pelirroja llamada Helene Winker o cualquier otra que despertara su seducción. También le aconsejé que lo zarandearan, que no lo dejaran aislarse. Las chicas se lo tomaron al pie de la letra y consiguieron que las llevara a sus rincones favoritos, que fuera a buscarlas, que hiciera de chófer… Él estuvo feliz de hacerlo aun cuando los horarios de las jóvenes incluían la madrugada. Les dio todos los caprichos, incluyendo lo que él odiaba: los mercadillos y las compras. Era la primera vez que mi padre mostraba semejante dedicación a unas adolescentes. Lupe, en su línea, me atormentaba diciéndome que estaba sumamente raro y esquivo, que no salía de El Paraíso y que cada día se mostraba más huraño. La versión de su nieta fue distinta: el abuelo estaba dándole el mejor verano de su vida.

Intrigada por la incertidumbre que lo rodeaba, volé la segunda semana de agosto para reunirme con ellos. Lo encontré diferente pero feliz, especialmente cariñoso y solícito, y su aspecto no me disgustó. Yo odiaba que se tiñera el pelo… A los tres días ya estábamos dispuestos a disfrutar.

—*Amatxu*, ¿tú sabías que el abuelo lleva viviendo aquí desde febrero?

Sentí que Julia quería hacerme entender que no todo había sido perfecto.

—No. Que yo sepa, llegó a primeros de abril. Iba y venía a París, eso es lo que me dijo.

—Le he prometido que le guardaría el secreto, así que no me delates. Cuando llegamos no estaba muy bien, parecía que le diera miedo vivir solo… Está un poco paranoico. No quise contártelo porque no le duró mucho.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, daba la sensación de tener miedo de algo.

—¿Y la pelirroja?

—El abuelo no tiene novia. Creo que ya pasa. *Ama*, es mayor.

Hice como si nada tuviera importancia, pero no eché en saco roto las apreciaciones de mi hija, ella siempre ha tenido intuición. Esperé

la oportunidad de estar a solas con él, de que las chicas se fueran y volvieran los dulces momentos del final del día, cuando nos sentábamos en el porche.

Mi padre no se separó de nosotras durante aquel precioso verano. Recuperamos la costumbre de ir a las calas que nos gustaban temprano, con bocadillos y agua helada en la nevera portátil, recorrimos la isla en bicicleta y pusimos orden en la casa. Más de un día buscamos leña y encendimos la barbacoa para cocinar deliciosos pescados que comíamos con los dedos. Por las tardes jugábamos a las cartas, íbamos a cenar a algún lugar bonito con Lupe o nos tomábamos un helado en la plaza de Sant Francesc hasta que nos entraba el sueño.

Una de aquellas noches, mientras nos envolvía un manto de estrellas, le dije que allí me daba por echar de menos a algunas personas.

—¿A quién? —quiso saber.

—Echo de menos a Felipe. Estaría feliz aquí. ¿Sigue siendo imposible una reconciliación?

—«Una reconciliación» —repitió, paladeando la palabra—. Felipe no tiene a nadie. Lo más parecido a su familia somos nosotros. Hizo una mala elección cuando escogió a Barbara para casarse. No es una mujer en la que pueda apoyarse. Está llamada a destruirlo tarde o temprano, pero… No hice las cosas bien. Lo echo de menos cada día. Me gustaría encontrarlo, pero lo cierto es que nadie sabe de él.

—Tú no debías meterte en sus decisiones.

—Tienes razón. Me dio por pensar que tenía una responsabilidad. He oído cosas sobre ella y, ya sabes, el último en enterarse es el afectado.

—¿Y Nadine sabe algo de cómo le va?

—Nadie en París sabe nada de él y, como pronostiqué, su mujer lo ha aislado. A Felipe el amor le ha jugado malas pasadas. Un día de estos volverá. Vendrás aquí y lo encontrarás mirando un cactus como si nada hubiera pasado.

No conocí a Barbara, pero, por la manera en que Felipe me la describió, deduje que mi buen amigo tenía la certeza de haber encontrado ese amor con el que todos soñamos. A mi padre Barbara no le gustaba, y el sentimiento me temo que era mutuo. En las ácidas críticas que le hizo a Felipe, detecté algo parecido a los celos. También yo percibí el poderoso influjo que ejercía Barbara en él.

Fue mi padre, al principio con vacilación y luego recriminándoselo, quien me reconoció que el día del enfrentamiento traspasaron esa línea roja que unos amigos nunca deben cruzar. Con descarnada sinceridad, me confesó que se habían hecho daño y que comprendía su ausencia. A ambos les pedí que intentaran arreglar sus diferencias, pero no lo conseguí. A Felipe le deseé buena suerte y no volví a saber de él.

Supe por Nadine que su huida había sido drástica. Cerró la casa de París y vivía en Nueva York, y el silencio entre mi padre y él perduró. Presente en todos los acontecimientos de nuestra vida, era imposible olvidarlo. Lorenzo impuso las reglas y, como cabía esperar, las decisiones me alcanzaron.

Cuando mi hija y su amiga, bronceadas y felices, volvieron a Bilbao, me quedé por fin a solas con él. Deseaba mirarlo a la cara, entender por mí misma las quejas y advertencias de los demás. Fue entonces cuando sentí que mi padre no estaba raro, pero tenía miedo. Miraba a su alrededor continuamente, insistía en mantener las luces del jardín encendidas aunque yo protestara porque me picaban los mosquitos, y se alteraba si dejaba el portón abierto.

No hubo manera de averiguar la causa. Mis preguntas resultaban inútiles y lo único que conseguía era que se cerrara aún más, así que, después de que Maite me dijera que en ocasiones la vejez altera la personalidad, admití que se mostraba maniático o imponía nuevas rutinas que no quería que nadie rompiera.

Cuando se acercaba la fecha de mi partida, noté algunos cambios. Se volvió más silencioso y menos voluntarioso. Mis intentos de sociabilizar, de traer amigos a casa, resultaron vanos. Salvo Piero, nadie venía a El Paraíso.

—¿No quieres que hagamos una cena de despedida en el jardín?

—Es un lío.

—Pero, papá, me dedico a la restauración, para mí no es problema. ¿Cuándo vuelves a París?

Me confesó que tenía intención de quedarse en la isla hasta diciembre.

Traté de disuadirlo. Mi padre era un hombre urbano. Su vida transcurría en grandes ciudades, viajando y sumergido en su particular mundo social y profesional. El invierno en la isla resultaba duro y me pareció un disparate. Lupe y Carla, que vivían todo el año en la isla, decían que en invierno se tenía una consciencia más profunda del aislamiento. A veces el mar impedía trasladarse a Ibiza, y casi todo estaba cerrado. El Paraíso estaba dotado de aire acondicionado, un viejo aparato que ofrecía la posibilidad de calefacción, pero que nunca se probó. Cuando se acercaba la fecha de nuestra llegada, Dolors se tiraba más de una semana aireando la casa para arrancar al ambiente la humedad y el salitre.

—Ya sé. Quieres quedarte para acompañar a la guapa viuda italiana que regenta el hostal de Camí Mayor —bromeé.

—Eso es una tontería.

—No sé, quizá fue esa la razón por la que viniste en febrero… —proseguí.

Me miró como si mi ironía estuviera fuera de lugar, casi enfadado.

—Eso fue otra cosa. Tenía curiosidad por ver la isla en invierno. Quería adelantarme por si lo decidía para este. Y estaba muy cansado.

—¿Y qué te pareció?

—Me gustó.

Evitó mirarme cuando hizo aquella afirmación. Luego se levantó y se encaminó al taller.

Eran demasiados años observándolo, escudriñando su rostro, leyendo entre líneas sus mensajes, traduciendo sus palabras… Tuve la certeza de que algo ocultaba pero que no era capaz de decírmelo, como si se avergonzara. Apenas quedaban unos días para mi vuelta, y eso aumentó mi inquietud. Refractario a mis preguntas, sus pobres argumentos no me convencían en absoluto, pero, aun sabiendo que

sus secretos lo agobiaban, decidí que debía respetarlo. Me pareció posible que sintiera la ausencia de Carmen, que se arrepintiera de las decisiones tomadas, o que comenzaba a sentirse mayor y la soledad de aquel invierno de anacoreta le afectaba. Me dije a mí misma que le daría tiempo. Supuse que las adaptaciones que un hombre mayor se ve obligado a hacer le afectaban.

Llegó el momento de mi partida. Me llevó al puerto y allí nos despedimos. Me prometió que a primeros de diciembre vendría a casa para pasar la Navidad con nosotras. Quise creerle e hice el cálculo mental de los días que estaría solo. En noviembre tenía trabajo en París y pasaría quince días en la ciudad. No era mucho, el tiempo pasaba rápido…

Pero mi padre hacía promesas que no cumplía, y el tono de su voz no reflejó convicción. Me abrazó prolongadamente, reteniéndome, acariciándome la cabeza como cuando era niña, dándome todo su amor. Sus gestos me intranquilizaron aún más. Me subí al barco presa de una extraña inquietud. Después, en Ibiza, busqué un taxi al aeropuerto y durante todo aquel periplo no dejé de pensar en él. Maite me esperaba en Bilbao con un torrente de noticias sobre el negocio; la vida volvía a apoderarse de mí.

Apenas llevaba una semana en Guecho cuando se incrementaron sus llamadas. Normalmente hablábamos cada tres días, o una vez a la semana, si no teníamos nada importante que contarnos. Recibía dos llamadas diarias como mínimo para decirme que me echaba de menos, que me quería. Su voz sonaba cada vez más frágil. Sus palabras destilaban una pegajosa desesperanza que me agujereaba el corazón. La idea de tener que supervisarlo era algo que no contemplaba, pero la sombra empezaba a proyectarse. Veía a compañeros y amigos organizándose para visitar a sus padres, llevarlos a la cita con el médico, con el oculista, el podólogo, el urólogo… Asumían la decrepitud de la vejez, pero él aún no daba muestras de deterioro. Tenía un fuerte empeño en mostrarse como un pilar sólido, esquivo, desde luego, pero sin fisuras en su independencia.

—No me llores, papá, a menos que me cuentes qué demonios te pasa. Acabo de reincorporarme al trabajo y Julia está sumergida en

sus estudios. Invita a algún amigo, a alguna de tus novias —lo insté— o vuelve a París. En cuanto se vayan los turistas, la isla te parecerá triste, aunque creas que le has cogido gusto a la soledad. Te noto deprimido. ¿Duermes bien?

—Sí. No duermo mal. Si vienes prometo explicarte lo que te he ocultado. No te lo pediría si no necesitara que vinieras. Me equivoqué. Tenía que haber hablado cuando viniste.

Me duele reconocerlo, pero mi padre tenía mermado su crédito de veracidad. Me pesaban todas las oportunidades que le había dado a lo largo de mi vida para que rompiera su caparazón y me hablara de sus sentimientos. No le creí, aunque tampoco le dije que no iría.

Llamé a Dolors. Me contó que el señor Landaluce se mostraba maleducado. Yo lo llamaba diariamente, interrumpía mi trabajo para ver si tenía mensajes suyos y le ponía la cabeza a Maite como un bombo. Cuando hablábamos lo hacíamos de bobadas, le daba recetas, intentaba omitir consejos y le recomendaba series que estaba segura de que no vería.

Una noche, ya de madrugada, me mandó un mensaje lleno de presagios en el que insistía en que fuera a Formentera: «Quiero verte, Eva, lo necesito». Tenía el teléfono en silencio, pero me desperté. Resultaba complicado plantearme la vuelta a la isla cuando prácticamente acababa de llegar. Teníamos mucho trabajo y no podía pensar en que Maite me sustituyera. Pero era una verdadera tortura ignorar aquellas señales de socorro, que se volvían ineludibles. Resultaba duro sentir que mi gigante perdía su fuerza, se mostraba frágil y no se sostenía.

Lo llamé al día siguiente.

—¿No tendrás anemia? Si estás bajo de alguna cosa esencial, a veces uno se deprime un poco.

—Tengo que hablarte de los diamantes.

De nuevo sus obsesiones…

—Papá, te llamo esta tarde. Ahora estoy ocupada.

Y lo hice. Hablé con él, escogiendo las palabras con exquisito cuidado. No quería herirle, pero tampoco acceder sin condiciones. Aún siento el regusto amargo que me dejó aquella conversación.

Recuerdo que ese día preparábamos el aperitivo para un enlace de cuatrocientas personas. En Plato de Postre todo eran prisas y órdenes, pero mi cabeza estaba en esa isla del Mediterráneo a la que me pedían que volviera.

No me quedó más remedio que hablar con Maite. Le expliqué mis zozobras y las peticiones tan inusuales de mi padre. Como siempre, encontramos la manera de que me fuera durante cuatro días, sin que supusiera un descalabro para el negocio.

Los cinco diamantes del collar de María Antonieta eran el buque insignia del crucero en el que viajaba mi padre. Eso y su otra Maria, la Callas, por la que sentía verdadera pasión. De eso me habló, de acontecimientos que ignoraba y que lo ponían en una encrucijada, de turbias relaciones con traficantes de piedras, de que tenía que tomar una decisión y yo debía estar presente.

Nada de lo que me dijo tenía sentido. Decidí ir. No por la urgencia que parecía tener, sino porque sospechaba que podía haber algo de delirio en su comportamiento, un principio de alzhéimer, demencia… Pensar en perderle me estremecía.

Tuve que chantajear a Lupe hablándole de pálpitos, intuiciones y corazonadas para que pasara a verlo. Las heridas entre ambos no acababan de curarse. Ella seguía culpándolo de que hubiera pasado su infancia en internados porque tenía el corazón de su madre en su poder. Posiblemente, algo de razón tenía, pero Lupe olvidaba que él siempre se ocupaba de ella cuando lo necesitaba. Su continua queja me resultaba tediosa e insoportable.

Viajé el 28 de septiembre. Iba con un billete de ida y vuelta, pues el 4 de octubre debía estar en Guecho. Fui porque siempre que me requería acudía, porque nunca tenía suficiente padre y porque no podía correr el riesgo de que enfermara o se perdiera entre sus mundos épicos y yo tuviera que cuidar de padre y madre. Estaba segura de que la gravedad de su voz no era impostada. No sabía exactamente lo que le sucedía, pero algo pasaba en su vida que lo mantenía asustado. Poseo un inquietante radar para detectar el miedo.

Suelo percibir los sentimientos de las personas que atraviesan un momento difícil. Detecto sus esfuerzos para que nadie vea el infierno que viven, sus sonrisas forzadas, sus palabras escogidas y esas miradas incapaces de detenerse en nada. Cogí los billetes creyendo que, al aceptar su súplica, podría convencerlo para que volviera conmigo y pasara una temporada en Guecho. No soportaba la idea de que él cayera en otro valle de sombras.

A mi llegada al puerto, me esperaba sonriendo, envuelto en los primeros vientos del otoño y sujetándose el sombrero como si no ocurriera nada extraordinario. Me abrazó largamente y, mientras permanecíamos unidos, oí que me decía:

—Gracias, hija.

Yo era su Eva, su niña, su cariño, pero nunca me llamaba «hija».

—Aquí estoy. Me debes una —bromeé con el índice levantado—. Tenemos que sentarnos a hablar, porque estoy segura de que guardas secretos incómodos.

Su ausencia, entre otras cosas, me ha dejado un Pepito Grillo dentro que me manda mensajes constantemente. No sé si es la maldita culpa de la que no me desprendo, o ese misterioso abismo que deja una conversación sin terminar. Sea lo que sea, sigo repitiéndome que aquel día tendría que haber insistido hasta despojarme del peso de nuestro pasado. Debería haberme dado cuenta, por ejemplo, de que mi padre miraba alrededor cada día más inquieto, de que me preguntó si en el ferry algún extraño se había dirigido a mí o tenía llamadas de algún número desconocido… Las pistas estaban por todas partes, pero yo tenía que controlar mi mundo de agravios y amores.

—¿Y este coche?

Mi padre alquilaba un coche cuando llegaba a la isla y lo entregaba cuando se iba. El que nos esperaba no era el mismo que habíamos utilizado en las vacaciones.

—Ahora que ya no hay turistas he podido elegir uno mejor.

Condujo en silencio, contestando a mis preguntas con monosílabos, casi como si lo hiciera por mera cortesía. Le advertí que esa misma tarde llamaríamos para pedir una consulta al doctor Mercier. Asintió con desgana.

Al llegar a El Paraíso, Dolors me esperaba en la puerta.

—Eva, tu padre me ha echado cada día que he venido. —La mujer se mostraba indignada—. Lo único que he podido hacer es dejarle la comida en la puerta del taller. No está bien. —Se señaló la sien con el índice.

Por ella supe que pasaba muchas horas en el taller, encerrado bajo llave, que desde que me había ido no encendía las luces del jardín y que la casa daba miedo sumergida en la negrura y parecía abandonada. La tranquilicé como pude y le dije que no hacía falta que viniera porque iba a llevarme a mi padre.

—Mejor, mucho mejor. Yo vendré a echar un ojo una vez al mes.

En cuanto dejé el equipaje, comprobé que Dolors no había exagerado. A regañadientes y adoptando el papel de una madre que riñe a su hijo por el desorden, conseguí que volviera a la casa grande para dormir en la habitación de Julia, al lado de la mía. Ese día decidí acompañarlo sin que notara mi ansiedad. Quería observarlo.

Fuimos hasta La Mola para comer al aire libre en un lugar que sabía que le gustaba. Hablamos de París, de las nuevas generaciones de joyeros, del minimalismo, de la pureza de las piedras y de las divas del pop que ahora encargaban en Cartier sus sortijas de compromiso. Ni una referencia a nuestra conversación telefónica, menos aún a sus promesas de abrir su corazón.

Pasamos por el consultorio para que lo viera el doctor Mercier. Allí, con la habilidad que poseía para conseguir sus objetivos, abrazó a Paul, le preguntó por la familia y se comportó como si no fuera un paciente. Me mantuve en segundo plano hasta que tomamos asiento y hablé, sin contemplaciones, del estado de ánimo de mi padre, de sus llamadas de auxilio y de mi temor a que estuviera deprimido. Él cabeceaba avergonzado, sin disimular su disgusto. En un momento dado, el doctor me entregó un papel mirándome fijamente a los ojos. Entendí que quería que los dejara a solas.

—Eva, dale este volante a Susana y que se ponga en contacto con el laboratorio para una cita.

Médico y paciente se reunieron conmigo veinte minutos después.

—No te preocupes por tu padre, tiene buena salud. Ciertamente no

parece estar en su mejor momento…Vamos a esperar los resultados y luego hablamos.

No llegó a ver los resultados de sus análisis porque no hubo una segunda cita. El doctor Mercier fue uno de los primeros en aparecer en Ibiza después de que lo asesinaran. Vino a confortarme, a darme un abrazo, a mostrar su perplejidad. Yo estaba alelada, navegando en las aguas del trauma, pero recuerdo que le pregunté si mi padre le había confiado algún secreto el día que fuimos a verle. «Todos tenemos secretos, Eva, y mucho me temo que el miedo que percibí en sus palabras quizá tuviera que ver con algo que no pudo contarme».

Salimos de la consulta y nos fuimos a El Paraíso. Cenamos y mi padre dijo que se sentía cansado. Al día siguiente nos acercamos a la tienda de electrodomésticos para elegir una caldera. Esperamos a que el técnico viniera a la finca para instalar el artefacto. Hicimos compras. Visitamos la peluquería. Nos dimos el último baño en Ses Illetes, nos tomamos una cerveza contemplando la puesta de sol…; compartimos momentos maravillosos, pero no me abrió su corazón.

Volví a permitirle el silencio. Cuando alguien no te ofrece voluntariamente sus secretos, no conviene forzarlo. Estaba jugando la última mano de un juego que se había prolongado toda una vida y lo sabía. Si mi padre no se sinceraba conmigo, iba a cambiar de actitud. Pero no tuve que esperar demasiado. Al día siguiente, cuando apenas quedaban cuarenta y ocho horas para mi partida, le pedí que volviera a casa conmigo.

—Le he prometido a tu nieta que vendrías unos días. Ya sabes, quiere presumir de abuelo. Papá, al llegar te lo dije, que me debías una.

—Lo recuerdo.

—¿Qué demonios tienes que hacer aquí? ¿Esperas a alguien? —No respondió y proseguí—: Te vendrá bien callejear por Bilbao, visitar la biblioteca de Bidebarrieta, Begoña me pregunta por ti… Todavía no has visto la documentación sobre aquellos barcos de los que me hablaste un día, esos que procedían de Alemania y que iban a Sudamérica llenos de arte robado. Disfrutas de Julia y vas a ver a mamá, el otoño en casa es maravilloso y, además, desde Bilbao hay

vuelo diario a París.

Me urgía apaciguarlo. Quería terminar con su ansiedad para volver a mi vida y no podía dejarlo en aquel estado de inquietud. Una media sonrisa apareció en su rostro, y luego cabeceó a un lado y al otro como si fuera un ave dudando de si acercarse o no.

—He quedado con el doctor Mercier en verle la semana que viene.

—No te preocupes. Si hay algo raro en las pruebas, nos llamará.

Siguió moviendo el cuello, consultando con su vida interior si arrojarse en mis brazos o mantener aquella amenazada independencia. Yo lo vigilé, no me separé de él, esperando una respuesta clara. Si me iba, volveríamos al punto de partida.

El cuaderno de Lorenzo

Dicen que la belleza posee poderes protectores, que genera en quien la aprecia endorfinas de la mejor calidad. La belleza alimenta, almacena para los momentos en los que la vida no te ofrece nada sublime. Quien se acostumbra, como yo, a nutrirse de ella se vuelve un perro perdiguero que olfatea su rastro.

Eso fue justo lo que hice después de saber que cinco de los 647 diamantes que formaban el collar de María Antonieta estaban por el mundo: buscarlos. Y no era precisamente una tarea sencilla, sin embargo, contaba con algunas ventajas: mi posición profesional, mis viajes, mi capacidad para analizar documentos y mi tenacidad.

Los diamantes ya no tenían secretos para mí, o al menos eso creía. Desde el día en que aquel viejo marchante, Abraham Cohen, desplegara ante mis ojos aquella manta de terciopelo donde refulgía un universo inimaginable, el tiempo se deslizaba de manera inexorable.

Sabía de la importancia del peso, el color o el tallado; sabía que la talla brillante posee cincuenta y siete facetas entre la corona y la culata; y que está matemáticamente estudiada para que expanda la luz que lo atraviesa; que hay esmeraldas con talla brillante, rubíes o topacios, pero no hay diamantes y brillantes, sino diamantes de talla brillante, esmeralda, princesa, marquesa, baguette, oval, cojín o aquellos en los que soy especialista, los de talla antigua, donde lo importante era el peso y no el brillo.

Esos eran los que yo buscaba. La talla antigua tiene menos facetas, más irregulares y de simetría inferior; los rayos de luz no rebotan correctamente, así que resultan opacos. Nadie los quiere a menos que,

por el tamaño, puedan retallarse o tengan una historia que los haga únicos, pero estas joyas antiguas, estas piedras casi feas, son las reinas de las subastas.

He tenido clientes mitómanos que buscaban joyas de las *cocottes* de la *belle époque*, aquellas cantantes, actrices y prostitutas, extravagantes y libres, que aceptaban con gusto los regalos de joyería de sus amantes cuando París era la capital del mundo y del placer. Sus renombradas Cléo de Mérode, Bella Otero y Mata Hari impulsaron la industria de la joyería desde el lecho. Fue precisamente en esa época cuando el primer joyero, Boucheron, se estableció en la place Vendôme. Lo seguirían Van Cleef & Arpels, Chaumet, Mauboussin y Cartier.

Boucheron, a quien se atribuye un gran conocimiento de la clientela, creó un departamento privado en sus instalaciones para que la discreción amparara la compra. Fue el primero al que acudí para averiguar qué había de cierto en aquel rumor que empezaba a obsesionarme. Maurice Durand conocía a uno de los expertos más reputados en diamantes desaparecidos, con el que llegó a unirme una complicidad extraordinaria. Así se llamaba, murió unos meses después de decirme que también él había oído hablar de aquellos diamantes.

Él creía que era uno de los numerosos cuentos que los especuladores lanzaban al aire para reactivar el mercado. Las joyas que las monarquías europeas lucen en los cuadros de los museos han impulsado la búsqueda de considerables piezas de joyería y hay auténticos profesionales especializados en ello. Dar con una de ellas supone el respaldo definitivo para un joyero. «De cualquier modo, si alguien sabe algo al respecto, será Clémence Laurent, la nueva supervisora del departamento de joyería del Louvre».

En el reproductor de música, mi bella Callas es Carmen y canta «L'amour est un oiseau rebelle». Tengo en el regazo la pequeña manta de terciopelo donde extiendo mis tesoros. Cierro los ojos y dejo reposar a mis diamantes.

Las piedras preciosas tienen unas vidas excitantes, y a los hombres que rondan los ochenta años que se refugian en islas del Mediterráneo les producen un deseo demoledor.

3

Felipe Irizar

Septiembre de 2020

> Seréis mi sol, sin que otra luz alguna respete en mis tinieblas mi fortuna.
>
> LOPE DE VEGA,
> *La Circe*

Anotó en el calendario, sobre el espacio en blanco que rodeaba la cuadrícula del 30 de septiembre: «Plazo expirado. Sin noticias de Lupe». Lo hizo imitando a su amigo y con la secreta intención de que Eva lo leyera si volvía. Nunca había pretendido esconderse.

La isla era pequeña. Tarde o temprano te topabas con sus moradores. Lupe iba acompañada por un hombre de rostro inexpugnable y, en una ocasión, se encontraron en la oficina de correos. Ella no tenía escapatoria, así que saludó a Felipe y le presentó al joven como su inquilino. Se llamaba Hervé, y no hacía falta una intuición desmedida para saber que ella estaba bajo su poderoso influjo. Era uno de esos hombres que escoltan a las mujeres como un perro guardián. Desde la primera mirada que intercambiaron, no se gustaron. «Tenemos que hablar, Lupe. No me respondes a las llamadas…». Ella, como otras veces, le prometió hacerlo, se disculpó, pero siguió esquivándolo, sin acudir a las citas, lo que le desesperaba.

A menudo había escuchado las quejas de Lorenzo respecto a Lupe.

Lo había oído protestar por sus cambios de humor, su irresponsabilidad y el efecto narcótico que le producían sus amores. Felipe no se lo había tomado en serio, pero ahora lo comprendía. Lupe acababa encontrando la manera de castigarlo. No quiso enfrentarse a ella, y lo que hizo fue continuar dejándole mensajes en el contestador en los que trataba de ponerla al corriente de lo que hacía en El Paraíso: recoger las pertenencias de Lorenzo, guardarlas en cajas y dejarlas en el garaje. Como habían comentado en su primera conversación, ya no existían evidencias de lo sucedido. Eva sufriría algo menos cuando volviera.

Una vez al mes, iba a París. Pasaba dos o tres días allí. Se reunía con su terapeuta, con su abogado, visitaba alguna exposición, compraba cruasanes de mantequilla y volvía a la isla con una urgencia sorprendente. No llamaba a nadie, aunque la tentación de contactar con Nadine era acuciante. El alcoholismo, como la drogadicción, era una enfermedad eterna que modificaba la conducta y cambiaba al que la padecía. Él ya no era él. Era otro al que la vida en la ciudad empezaba a disgustarle, no soportaba el ruido del tráfico, la amplitud de las avenidas y las prisas. Finalmente dejó de ir. Le costaba enormemente respirar allí.

Con más voluntad que ganas, se encaminó hacia la azotea sin olvidar meterse en el bolsillo el paquete de cigarrillos.

—Por si acaso —pretextó en voz alta.

El jardín, algo selvático, lo formaban las higueras, obligadas a crecer en círculo, como si fuera un emparrado. Numerosos pinos, sabinas, arbustos y un precioso olivo que empezaba a alcanzar su madurez le daban un aspecto frondoso. Desde su llegada, trataba de reestablecer un cierto orden. Ya tenía despejado el camino hacia la piscina y había limpiado el terreno que rodeaba la casa, con lo que daba la impresión de que alguien se interesaba por ella. El esfuerzo físico le recompensaba con un sueño reparador.

Con una planta de unos cien metros, el taller poseía un tejado con pretensiones de mirador. A aquella superficie, donde en otro tiempo se

tendiera la colada, se llegaba por una precaria escalera que trepaba por el exterior. Le faltaban los dos últimos peldaños y el tercero estaba casi suelto. Subir y salvar el hueco requería un movimiento atlético que esos días le costaba hacer.

Adoraba sentarse en la solana al atardecer. Disfrutaba observando cómo los cielos se deshacían ante sus ojos en infinitos matices de colores. Le satisfacía enormemente comprobar que la naturaleza tenía la última palabra y que ella, a pesar del empeño del ser humano en martirizarla, ganaría la batalla a los descerebrados que la ignoraban. Allí también efectuaba sus trabajos de carpintería con la parsimonia de quien no posee prisa en terminarlos. Tenía cincuenta y nueve años. Era alto y conservaba un cuerpo esbelto. Sus ojos estaban acostumbrados a entreabrirse para enfocar y controlar la perspectiva de la pintura. El gesto lo hacía parecer desorientado. Una mandíbula ancha acogía su sonrisa franca, de dientes restaurados.

Se concentró en colocar los goznes en un cajón, pero al agacharse sintió un escalofrío. Buscó el viejo jersey de Lorenzo. Cuando le daba el sol tenía frío, transpiraba a la sombra y en ambas ocasiones llevaba instalado en el pecho un viejo motor. Miró alrededor y aspiró la paz de aquel lugar recordando sus primeros días allí.

Después de la primera conversación con Lupe, se había dirigido al hotel. Tenía veinticuatro horas antes de volver a París. Se disponía a entrar en su habitación cuando le asaltó una irrefrenable tentación de visitar la finca. Las llaves le quemaban en el bolsillo del chaquetón, así que, evitando sus pensamientos, volvió sobre sus pasos, entró en la ferretería y se hizo con una linterna potente.

Desde Sant Francesc condujo el coche alquilado como un autómata. Recorrió el camino que tantas veces había compartido con Lorenzo, cuando lo llamaba para invitarlo a que saliera del bochorno de la ciudad. Del puerto a El Paraíso para recoger a Carmen e ir a cenar a Can Rafalet con la brisa de la isla devolviéndole la felicidad.

No percibió cambios extraordinarios. Cada curva, cada señal, cada pino del trayecto recobraba su significado y le hacía recordar un

retazo de conversación, una imagen, una mirada. Dejó la carretera principal y se desvió hacia Punta Prima, dejando a un lado las luces de Sant Ferran. Avanzó sin cruzarse con un solo coche, hasta que, con el corazón acelerado, recorrió los últimos metros del camino sin asfaltar; le urgía ver de nuevo el lugar donde Lorenzo había respirado por última vez.

Al bajar del coche, oyó el silencio interrumpido por algún grillo, ruidos cotidianos que el viento propagaba, el ladrido de un perro, unas risas, un chapoteo… Ayudado por la linterna, recorrió el perímetro del edificio principal acompañado únicamente del sonido de sus pasos sobre la arenisca y los guijarros. Quedaban en el cielo restos de una luz fría, pero el campo iba convirtiéndose con rapidez en una masa oscura e inquietante. Un viento racheado y húmedo procedente de los acantilados invitaba a refugiarse. No sabía cómo era la isla en invierno.

—Quizá, después de tanto tiempo, haya algo que no funcione —había comentado Lupe cuando le entregó el abultado llavero—. Las casas cerradas se deterioran… Correrá de tu cuenta arreglar lo que se haya estropeado, pero no sé si sabrás que, dos años antes del asesinato, reformaron el baño de la casita y la cocina. Puedes elegir dónde quedarte.

Él respondió sin vacilar: prefería alojarse en la casa de invitados, a pesar de que era el lugar donde habían encontrado a Lorenzo. Lupe le hizo algunas advertencias.

—Puede que la escena del crimen todavía sea visible… No sé. Quizá hayan forzado la puerta. Lo que trato de decirte es que no quiero que tu estancia aquí sea una fuente de problemas para mí… Tú solucionas lo que tengas que solucionar. El Paraíso no está en mi agenda.

Lupe no dejó de expresar su desagrado hacia la finca. Le producía hastío hablar de ella y solventaba con un par de frases cualquier cosa al respecto. Felipe trató de arrancarle un compromiso de colaboración, le parecía normal que ella participara en sus decisiones. Pero desde que había expresado sus deseos de residir allí, Lupe le dejó muy claro que la propiedad era de Eva, que ella la tutelaba mientras su hermana se reponía. No iba a decirle nada hasta encontrar el momento

oportuno…

—Si necesitas sábanas o algún edredón, cógelos de la casa principal. La verdad es que no recuerdo qué hay… Después de que volvieran los ladrones, Eva me pidió que recogiera lo que era de valor o personal. No me acuerdo de lo que se embaló. —Lupe lo trataba como a uno de sus clientes—. Te pasaré por mail los contactos del jardinero, el fontanero, el electricista y los de una señora que limpia las casas de mis clientes.

—Intenta contarle a Eva lo antes posible que estoy aquí y, cuando lo sepa, avísame y la llamo.

—Sí, sí. Se lo diré cuando crea que debe saberlo.

Un primer vistazo lo convenció del abandono que reinaba. La hojarasca reseca formaba una superficie alfombrada bajo el mandato del viento. El viejo jardín, con su caprichoso desorden natural, prácticamente no existía. Los árboles se mantenían en pie, deshojados y raquíticos, sin que nadie hubiera curado las heridas que les hacían los vientos y temporales. El maravilloso porche, donde la familia pasaba largas jornadas sesteando en las hamacas bajo el hechizo de la pereza estival, estaba vacío y recubierto de polvo. Trató de imaginarlos: a Lorenzo, Carmen, Eva, la pequeña Julia y las chicharras, con su incesante sonido de timbales.

Tampoco estaban las lámparas de hierro perforadas en forma de pequeños planetas que su amigo había traído de uno de sus viajes a África y que dotaban a aquel espacio de una magia espectacular. Ni rastro de las telas mexicanas que bailaban multicolores con la brisa o de la colección de máscaras en las paredes.

La zona, relativamente aislada, estaba poco transitada. Las pocas edificaciones existentes eran casas de verano cerradas casi todo el año y semiescondidas por la vegetación y los arquitectos vanguardistas. La isla crecía, pero lo hacía tratando de respetar el hábitat. Formentera era un paraíso y los isleños querían mantenerlo así, aun soportando el turismo de verano. Ibiza estallaba y los barcos preferían esconderse en las calas y desembarcar en las playas de arena fina para acercarse a

Sant Francesc al atardecer. Quien elegía Formentera lo hacía porque se enamoraba de aquel trozo de tierra tal y como estaba, futbolistas, actores, modelos o gente que simplemente buscaba esconderse durante unos días, sin ruido y con pocas discotecas. Escaseaban el agua, la prisa, el transporte público…

Pero los paraísos siempre acaban padeciendo ese día en que alguien les mira el trasero y decide alterar la armonía. Los italianos la descubrieron, decían que a causa de haber sido elegida por su selección nacional de fútbol, hacía seis o siete años. A partir del momento en que las estrellas aparecieron en las revistas, más anónimos que en Ibiza, sus conciudadanos quisieron verla, tocarla y finalmente poseerla. Adquirieron trozos de tierra de labranza, de bosque bajo y pinares donde se construían villas que ocupaban en verano con piscinas que se llenaban de una preciada y escasa agua. Es Pujols se llenó de pizzerías y *trattorias*. Los ciclomotores y los desfiles de moda con botas camperas en agosto y biquinis de lentejuelas como traje de noche no extrañaban. Por el paseo marítimo, de junio a septiembre, la isla se convertía en un barrio romano con vistas al Mediterráneo mientras los viejos hippies, ya abuelos, se sentaban a tomar un gin-tonic en la fonda Pepe, vestidos de lino y con unos kilos de más. Y subían los precios, mucho, demasiado para la clase media.

Se alzó el cuello del chaquetón y volvió sobre sus pasos iluminando los rincones con la linterna. El viejo pozo permanecía en pie como un vigía inútil. Ni rastro del recoleto huerto de hierbas aromáticas o la caprichosa colección de cactus que Carmen mimaba para fabricar sus pomadas y remedios. La memoria le devolvió la textura del ungüento de aloe y ortiga para las picaduras de medusa, las bolas perfumadas de tomillo que ella depositaba en los armarios, los clavos de olor, las cataplasmas de tierra…

Alguien había dejado olvidados una pala y un azadón. La herrumbre carcomía el metal. Se encaminó hacia la piscina. La naturaleza estrechaba y borraba el camino. Un par de sabinas, vencidas por el peso y con el tronco medio astillado, se combaban creando un

pasadizo de jungla. Desde allí, levantó por fin la vista hacia el lugar al que tanto temía mirar. En la casa de invitados, la escalera de acceso a la solana y las ventanas en las paredes eran solo manchas oscuras. Sintió un estremecimiento. Por un momento temió no poder enfrentarse a su proyecto, al fin y al cabo, él se asemejaba a un viejo combatiente que visita el campo donde lo habían herido en su juventud.

Dejó atrás el edificio principal y se dirigió a la casa de invitados. Introdujo la llave en la cerradura y empujó la puerta, algo atascada. Sin mirar hacia el interior, buscó el interruptor. Si nadie había entrado, era probable que no hubieran desconectado la luz. La estancia principal se iluminó débilmente. El olor a humedad y a algo podrido le golpeó la nariz. Inmóvil, expectante y con el corazón desbocado, recorrió la estancia con la mirada sin atreverse a dar un paso. Desde la puerta de entrada, se abría diáfano a un salón comedor espacioso. Un arco separaba una minúscula cocina junto a la despensa, y era de allí de donde procedía el mal olor. Un distribuidor llevaba a las dos únicas habitaciones de la casa y al baño.

Se adentró unos pasos. En las losetas de tierra cocida todavía se apreciaba el trazo de la silueta desdibujada. Felipe contuvo la respiración; la crueldad de aquel momento estaba prisionera, como si lo esperara. Se sentó vencido y aceptó con docilidad el sollozo que subió imparable a su garganta. Por su cabeza pasaron encadenados los recuerdos de su niñez. Se vio entrando en la joyería Landaluce, adonde iba a trabajar como aprendiz. Vio a Lorenzo, por aquel entonces un hombre joven y amable que le había dado la mano, aceptándolo. «Bienvenido, chaval». Vio su ciudad natal, la Diputación en la Gran Vía, la pastelería Arrese, el colmado frente al establecimiento… y después sus pensamientos volaron a París, a sus primeros pasos en la galería de la rue des Sources…

El llanto fue apaciguándose y, más sereno, Felipe terminó su recorrido anotando mentalmente lo que le haría falta para sobrevivir en invierno en el taller de Lorenzo. Sin mirar atrás, cerró la puerta y se montó en el coche de alquiler. Noqueado, llegó hasta el hotel sin haber sido consciente del camino. Se metió en la cama sabiendo que

iba a ser difícil conciliar el sueño. Tenía que coger un ferry a Ibiza antes de las diez; su avión a París salía a las trece horas.

Volvieron los escalofríos justo cuando el sol se ocultaba. Bajó las escaleras con el cuidado que le exigía la flojera de los músculos. Se sentía realmente mal.

Entró en la casa y agradeció de forma momentánea el frescor que guardaban sus muros. Luego tuvo frío y buscó el cobijo de la cama.

El cuaderno de Lorenzo

Dos días lloviendo. Una cortina pertinaz murmura su melodía machacona de la mañana a la noche. El color plomizo del cielo levanta en mí una vieja y dolorosa nostalgia. Mirar a través de los cristales de las ventanas me ha llevado a aquellos días en que vivía en Bilbao. Tenía un hogar. Me había casado con Amelia y mi pequeña Eva buscaba mis ojos y mi protección. Sin embargo, era infeliz de una manera insoportable.

El anhelo de lo perdido me impedía ser quien era. Malquería y mal trabajaba. Atendía a los clientes, reponía el material, pero parte del día lo pasaba recreándome en mis pensamientos sobre París, añorando la casa Cartier y a Carmen. En realidad, creo que a quien echaba verdaderamente de menos era al hombre valiente que un día había sido. Por eso odiaba levantarme cada mañana dócil, para hacer día tras día lo mismo: aceptar mi responsabilidad con la familia y comprometerme a lo que no podía cumplir. También hoy me siento dócil, aceptando las consecuencias de no renunciar a lo que poseo, escondiéndome en esta isla.

Vuelvo a mis diamantes. Creo haber escrito sobre madame Clémence Laurent, la historiadora del Louvre, y su grado de experiencia en María Antonieta. La llamé. Aceptó que la invitara a cenar en Chez Albert, el bistrot de la rue de Rivoli. Yo no era un desconocido para aquella mujer inquieta, sumamente culta, que manejaba con soltura los datos relevantes de la historia de Francia.

La complicidad intelectual y cultural es un estímulo al que sucumbo. El conocimiento que poseía sobre el joyero de la reina era espectacular. Hablamos de ella, de la reina, y de cómo las joyas han

apuntalado la fragilidad de muchas mujeres que no lo eran en absoluto. Le hablé de Maria Callas y de cómo utilizaba sus joyas en el escenario, de cómo la fortalecían a pesar de que en el fondo le importaban muy poco. Su visión femenina me enriqueció.

La escuché hablar de que nuestra reina y su amante se habían encontrado por primera vez en un baile de máscaras, en Versalles, en 1774. Hans Axel de Fersen era un conde sueco que acabaría de teniente general del ejército real de Suecia. Nacido en Estocolmo, realizó sus estudios en la Sorbona. Hablaba varios idiomas y tuvo mucha relación con Versalles. Al parecer se amaron desde esa fecha hasta su último encuentro, en las Tullerías en febrero de 1792. Sin embargo, los documentos comprometedores desaparecieron. María Antonieta encargó a su secretaria que quemara sus cartas, y él, por su parte, mandó a su sobrino que hiciera lo mismo.

Pero Fersen llevaba unos diarios. Nunca nombraba a la reina, simplemente se refería a «ella». Debió de amarla intensamente y ser un caballero, pues no tuvo la tentación de hacer público su amor. Los rumores de que los tres últimos hijos de los reyes de Francia podían ser de Fersen sobrevolaron su historia, pero nadie quiso ahondar en quizá la única pasión auténtica de mi reina. Ella eligió su silencio, su despedida y la manera en que aquel hombre debía ser recordado. Fersen, por su parte, confesaría a uno de sus amigos tras la muerte de su amada: «He perdido todo aquello que tenía en el mundo. Ella, a la que tanto quería y por la que habría dado mi vida mil veces, ya no existe…». En el museo del Prado hay una colección de miniaturas entre las que se encuentra su retrato; un hombre de grandes y perdidos ojos azules.

Clémence también me contó que las primeras joyas que sobrevivieron a los terribles acontecimientos fueron entregadas a una de sus damas de confianza y otras al propio Fersen. Ambos tenían el encargo de que se llevaran a la corte de Austria. Yo, aunque conocía perfectamente su trayectoria, la dejé hablar. No quería ir directamente a lo que me ocupaba, pero, viendo que no tenía alternativa, le pregunté por los cinco diamantes del famoso collar de la reina. Tengo en mi cabeza la imagen de Clémence levantando las cejas, sonriendo y

mirándome con picardía.

Debería llamarla, invitarla a cenar de nuevo, mentirle con suavidad, hacerla cómplice. De momento, por si en el futuro pudiera necesitarla, le he enviado un correo más formal de lo que habría querido. Podría ir preparándola, haberle dicho que estoy sobre una pista fiable, pero seré discreto hasta que tenga resultados… Creo que lo dejaré para septiembre.

Ayer dediqué casi toda la jornada a solucionar problemas. Estaba mi ánimo poco dispuesto para revelar la ruta de mis diamantes. Mi casera londinense me envió un mensaje diciéndome que la llamara, por un «little problem», un pequeño problema, dijo. Los ingleses son impredecibles cuando utilizan matizaciones adverbiales. Miss Dorothy me puso en antecedentes sin levantar la voz. Por lo visto había una ventana rota y los indicios de ocupación estaban en el jardín trasero. Necesitaba mi autorización para comprobar lo sucedido. Naturalmente se la di. Una hora después volvió a llamarme para comunicarme que el apartamento estaba revuelto, como si hubieran entrado buscando algo. Me mandó fotos. No faltaba nada. Llevaba tiempo sin ir a Londres y, además, aquel apartamento no me traía buenos recuerdos. Aproveché para decirle que quería cancelar el contrato y la puse en contacto con mi abogado. «Algo menos en lo que pensar». Allí no hay nada que quiera conservar.

Uno de los gerentes de Christie's en Ginebra me envía un correo para decirme que finalmente se ha cerrado la futura subasta de parte del joyero de Heidi Horten, una de las mujeres más ricas de Austria, coleccionista y filántropa. Su marido perteneció al partido nazi y amasó una gran fortuna en la Segunda Guerra Mundial. Durante años coleccionó las perlas más extraordinarias del mundo y es una firme candidata para comprar la perla de María Antonieta que se subastará el próximo año en Sotheby's.

Allí nos veremos si el destino me lo permite.

4

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> Cuando el puente se hizo visible, tuvo la extraña, inquietante y a la vez liberadora sensación de que estaba a punto de tomar del todo las riendas de su vida, por primera vez a la edad de cincuenta y siete años.
>
> PASCAL MERCIER,
> *Tren nocturno a Lisboa*

Atardecía en El Paraíso. El día se apagaba en una explosión de tonos violetas y anaranjados. Durante la mañana hice recados, cociné y dejé en el congelador cosas preparadas. No tenía claro que mi padre fuera a cumplir su palabra. De algún modo se la había arrancado a traición, haciéndole prometer que vendría a Bilbao, pero casi podría haber apostado que no lo haría. Me dejé acunar por la belleza de la puesta de sol. Siempre quería llevármelas conmigo, pero mi cerebro se negaba a conservar aquellos instantes de eternidad.

En ese momento, se escondía de mí en el taller. Su amada Callas lo acompañaba. Recordé los consejos que me daba mi madre, antes de que su cabeza se negara a unir una frase: «A tu padre se le gana desde el corazón, le desarman los sentimientos, pero con las órdenes se le pierde. Se vuelve invencible y terco». Detestaba que me lo dijera a pesar de que sabía que estaba en lo cierto. Sus palabras nacían de la psicología de la sumisión que ella encarnaba. Él pertenecía a una

generación de hombres educados para no mostrar nada que les hiciera parecer frágiles, nada que amenazara su supremacía. No existían cambios radicales en su manera de proceder, pero a veces se avergonzaba. Era más cauteloso, no hacía exhibiciones de poder, aunque en el fondo siempre hacía lo que le daba la gana.

El sol se ocultó del todo y un manto de oscuridad envolvió el jardín. Regresé a la cocina. Olía maravillosamente. Seguía el mismo método que mi madre: prepararle sus platos favoritos y crear la atmosfera idónea para que me abriera el corazón. Era mi último intento, al día siguiente haría la maleta, ultimaría recados y cenaríamos con Lupe. Iba a ser difícil que se diera un momento de intimidad.

Llamé varias veces con los nudillos a la puerta del taller. Le dije que la cena estaba preparada y que eligiera una buena botella de su bodega.

—Esperemos que el vino te suelte finalmente la lengua —le dije mientras volvíamos a la casa.

Intercambiamos una de nuestras sonrisas francas. El coste de nuestra complicidad era infinito.

Con el primer plato empezó a mostrarse confiado. Le hablé de mí, de las rutinas que teníamos, de mi soledad y de la falta que a veces me hacía su presencia. Preparaba el terreno, le hacía pequeñas concesiones. Poco a poco fue disminuyendo su alerta.

Estábamos con el postre, una espuma de naranja con chocolate, cuando abordé la cuestión que me había empujado a regresar a Formentera: quería hablar conmigo y no podía posponerlo.

—Papá, mañana vendrá Lupe. Haremos la cena de despedida. Como supongo que no querrás hacer ninguna confidencia en su presencia, este es el único momento que nos queda. —Puse mi mano sobre la suya—. Sé que te pasa algo y que cuando me llamaste a Bilbao estabas casi desesperado y te urgía que viniera… He venido. Hemos ido al médico y no parece que tengas nada físico, cuéntame lo que te pasa. Querías hablar conmigo… Aquí me tienes.

Soltó un par de suspiros profundos antes de desembarazarse de mi mano. Movía la cabeza afirmando, se frotaba la cara, enarcaba las cejas, como si algo le impidiera hablar y solamente le quedara la

gestualidad para expresarse. Contuve la respiración. Estaba a punto de sincerarse, lo intuía. Se debatía, pero por suerte no tenía interés en eludir mi curiosidad.

—Sí. Tienes razón. Tengo una conversación pendiente contigo, quizá cientos… Lo que ocurre es que debo remontarme a muchos años atrás y me cuesta encontrar el principio. Todo está encadenado.

—No hace falta que vayas al principio, sé cómo te sientes y te he perdonado.

—No me refería exactamente a eso. Tú estás siempre presente. Tus heridas han cicatrizado por tu inmenso y generoso amor. Siempre te estaré agradecido, Eva.

—Vas a hacerme llorar…

—No es mi intención. —Carraspeó de forma sonora, como si se dispusiera a dar una conferencia—. Llevo meses escribiendo un cuaderno. No es exactamente un diario, pero a mi pesar se le parece. Está centrado en mi vida profesional, en mis experiencias, en lo que me ha unido a los diamantes. Es un poco mi historia y desde luego, en ella, está mi obsesión por el collar atribuido a María Antonieta.

—Tu reina —intervine.

—Sí. Mi reina… En realidad, mi escrito es como una madeja enredada, una de aquellas con las que tejía Carmen. A veces me pedía ayuda para encontrar la punta… Empecé a hacerlo con el rigor de un libro de historia, pero de pronto me di cuenta de que mi vida personal salía a relucir constantemente. Escribiendo uno es consciente de su introversión, de las pocas ganas que he tenido y tengo de contar lo que me atañe. Eso tú lo sabes mejor que nadie. Dicho esto… —Mi padre cogió aire—. No he hecho las cosas como debería y por ello tengo pendiente pedir perdón a media docena de personas, entre las que te encuentras. El fracaso en mi vida personal ha sido el éxito en mi vida profesional… —guardó silencio unos segundos—, pero volvamos a lo sustancial: mis diamantes y la manera en que los he conseguido.

—¿«Conseguido»?

Abrí los ojos de manera desmedida ante su provocadora confesión. Me sorprendió que llevara un diario, que escribiera y que reconociera

que su vida profesional se había llevado por delante a los suyos. Por nada del mundo quería interrumpirlo o imponer mis emociones en el relato. Me observaba de tal modo que comprendí que imaginaba mis pensamientos.

Se inclinó hacia delante cubriéndose la cara con las suyas hasta que volvió a mirarme.

—Eva, tengo mis diamantes, los que he comprado en los últimos cuarenta años y los de la reina, los que llevo buscando toda la vida. Soy el dueño de los cinco diamantes que madame La Motte nunca vendió. Poseo las pruebas y sé del camino que tuvieron que recorrer desde antes de la Revolución hasta nuestros días. Tenía que contártelo.

Aquellos ojos brillantes me trasladaron a mi niñez. Estaba convencida de que la causa de nuestra infelicidad, al menos en gran parte, tenía relación con la búsqueda de los malditos diamantes. Ellos habían ocupado su voluntad y trastocado mi vida, la de Lupe y, desde luego, la de Carmen.

—Por eso estabas tan extraño… ¿Desde cuándo los tienes?

—Por eso exactamente no, pero tiene que ver con ellos. Están en mi poder desde hace más de un año.

—¡No me lo puedo creer!

Me levanté como impulsada por un resorte.

—Espera, Eva, déjame que te cuente. —Me tiró de la mano para que volviera a sentarme—. A lo largo de mi vida, además de la búsqueda de estos diamantes, tan insignificantes para todos y tan importantes para mí, he vivido en un mundo que desconoces. Me he relacionado con marchantes, empresas de alta reputación, ladrones e individuos que trafican, ocultan, extorsionan y estafan. Y lo cierto es que no he contado con ellos aunque ellos contaran conmigo. La protección de la que he gozado, mi escudo, ha sido poseer una ética intachable, al menos hasta que di, por fin, con el paradero de las lágrimas de la reina. En ese momento, cegado por mi deseo de poseerlas, olvidé lo que me sostenía. Recibí amenazas, sin identidad al principio y algo más consistentes después. Otro las codiciaba, pero yo cogí atajos para llegar primero… —Mi padre buscó la aprobación en mi mirada, pero

estaba tan perpleja que ni pestañeé—. Es bastante probable que no hayan perdonado mis malas artes y traten de castigarme. Quieren mis diamantes y tengo la obligación de ponérselo difícil. He tomado mis propias precauciones. No quería alarmarte.

—Por eso viniste aquí en febrero…

—Sí. Esa fue la razón.

—¿Por qué no te refugiaste en Bilbao, con Julia y conmigo?

—Porque no quiero comprometeros.

—¡A estas alturas!

No me lo esperaba. Enmudecí para que prosiguiera.

—Las páginas de las casas de subastas no siempre están tan limpias como parece. Ahí está el periodo de la Segunda Guerra Mundial, el expolio judío, la pérdida de obras… Tampoco el comportamiento de algunos compañeros ha sido ejemplar al legitimar propiedades de obras de arte o joyas con informes y peritajes ambiguos, cuando no falsos. Mientras buscaba estas piedras, fui destapando cloacas y no espero que ahora me apoyen. Estoy solo en esto y debe ser así.

—Papá, sé mejor que nadie lo que han significado esas piedras para ti, pero no creo que merezca la pena estar temiendo que puedan venir a robarte. Es el mejor momento de tu vida para descansar, dedicarte a tu nieta, a tus amigos. No te equivoques diciendo que la ambición está del otro lado, también tú eres rehén de ella. Escúchame, te lo ruego. Yo ya no sé si tengo fuerzas para pensar que alguien va tras de ti para hacerte daño. Creo que entiendo que quien codicia tu tesoro no es precisamente lo mejor del gremio. ¿De verdad vas a ser capaz de mantener un pulso con esa gente?

—Es mi vida, Eva…

—Comprenderás que me resulta difícil compartir tu entusiasmo, y menos aprobar esta especie de cruzada. Te estoy pidiendo que te alejes y vivas de forma anónima como un padre y un abuelo. Basta, papá.

—Tienes razón —me pasó el dorso de la mano por la mejilla—, pero si dices que me entiendes, ¿no comprendes que no puedo entregarlos? Son mi vida.

—¿Están aquí? Quiero verlos.

Sentí que en sus ojos temblaba una pizca de duda. Vacilaba. Chasqueé la lengua para mostrarle mi decepción. Estaba a punto de cerrar el círculo y mi padre dudaba. Palabras que empiecen por «P»: polvo, pasión, paciencia… Volví a preguntárselo, pero esta vez mostré toda mi determinación.

—Quiero verlos.

Entonces se levantó y se dirigió al taller. No me moví. Palacio, pingüino, postal… Lo vi acercarse con un libro en las manos. Era el catálogo de una conocida casa de subastas.

—Mi mundo está lleno de tiburones en los que no puedo confiar. Quiero que entiendas y que me entiendas, no es ambición, es otra cosa. —Suspiró y me cogió la mano—. A veces sigo pensando que eres mi niña perdida. Nunca he querido hacerte depositaria de mis secretos porque con ello te perjudicaría.

Le brillaban los ojos y creo que jamás había escogido las palabras con tanto cuidado. Un dolor impreciso me atravesaba el pecho. Él se mantenía a duras penas en equilibrio, pero seguía siendo él. Lorenzo Landaluce sujetaba el timón mandando sobre los deseos de los demás, y mi ira trataba de salir a la superficie. Una inquietud me envenenaba, manoseaba mi voluntad, me hacía dudar. Había dicho que los diamantes eran su vida, que no quería comprometernos, pero no me decía con exactitud la verdadera magnitud de la amenaza. Volví a reclamarle que me enseñara las malditas piedras.

—Quiero verlos. ¿Tienes esas piedras? —insistí.

—Aguarda. Ten paciencia. Mira, Eva, yo nunca certifico una joya si no puedo demostrar su autenticidad —prosiguió, ignorándome—. Soy capaz de recitar de memoria las colecciones de las monarquías europeas: cada tiara, cada anillo, cada cetro y cada brazalete. Habsburgo, Romanov, Estuardos, Farnesio, Borbones y tantos propietarios que para seguir manteniendo su patrimonio arrastraban maldiciones, crímenes, incestos. Prometían salud, longevidad, arruinaban un país, pero se rendían al disparate de una piedra única. —Dio un trago largo a su gin-tonic—. Tienes que saber que, en la primavera de 2003, Felipe exponía en la Alte Kunst Fine Art Gallery, en la calle Spiegelgasse, y me sugirió que lo acompañara. Viena es una

ciudad que me gusta visitar siempre, y además el MAK me invitaba a una exposición de arte robado y restitución en la que había intervenido como asesor. —Calló durante unos segundos—. Fue allí donde conocí Helene Winker, esa pelirroja con la que tú y Lupe pensabais que tenía un *affaire*.

—Siempre he querido saber si fue ella la razón de que Carmen volviera a México.

—No, no lo fue, aunque sí hubo otra mujer que hizo que la relación entre Carmen y yo dejara de tener sentido. Helene Winker fue una especie de clienta o, mejor, diré que fue una mujer a la que le dediqué tiempo y atención, básicamente porque su destino, y me refiero a su búsqueda, coincidió con el mío. Lo que sí es verdad es que a partir de esa fecha todo pasó a segundo plano, incluida Carmen.

—Has dicho que hubo otra mujer de la que no hemos sabido nada… —interrumpí.

—Carmen era mi memoria, lo sigue siendo. El tiempo cambia nuestra manera de percibir a las personas. Es como si se gastara algo dentro de nosotros y de pronto, sin saber cómo, uno vuelve a estar receptivo cuando un ser maravilloso pasa a su lado. Yo me topé con Erika, una mujer que me hubiera hecho feliz de no ser porque le aguardaba un injusto destino. Murió.

Registré en rojo aquel nombre que mi padre había pronunciado con un dolor conmovedor.

—¿Supo Carmen que existía… Erika?

—Naturalmente. No podía mentirle. No se trataba de una simple aventura. Erika era mucho más. Yo siempre he querido a Carmen, así que no quería perjudicarla. Sin mí, ha retomado su carrera como pintora y empieza a brillar con luz propia. Está en un buen momento profesional, y yo no hacía más que entorpecerla. Quizá, si la vida me lo permite, un día de estos cruzaré el charco para estar a su lado si ella quiere.

—¿Por qué yo, tu única hija, no he sabido de la existencia de Erika?

Volvían la ira, la decepción, la certeza de que siempre ocupaba el último lugar. Sus revelaciones, creo que sinceras, me herían.

—No tuve tiempo, solo eso. Sopeso mucho y reflexiono lo que te

digo porque no puedo herirte más de lo que lo he hecho. Las relaciones entre un hombre y una mujer son complicadas, sobre todo cuando el hombre es incapaz de dejar de perseguir sus deseos.

—En eso estamos de acuerdo. Tú siempre has sido el primero de la lista.

—El amor de Erika me sorprendió. No pude ni procesarlo. ¿Cómo iba a romper de nuevo el hogar construido con Carmen?

Sonrió con un resto de amargura. Aquella noche mi padre no quería entrar en conflictos conmigo. Me necesitaba, así que retomó su historia en el punto en el que le interesaba, haciendo caso omiso de mi interés por la misteriosa Erika.

—Vamos con Helene y con Viena. El *Wiener Zeitung* publicó un artículo en el que me definía como «preciado colaborador de las asociaciones de recuperación del arte judío». Ella llevaba tiempo intentando encontrarme y vivía en Viena. Localizó el hotel en el que me alojaba y me llamó. Nos encontramos en el vestíbulo la tarde antes del evento. Era una mujer muy hermosa, con una neblina de tristeza en los ojos que reconozco con facilidad y que suele atraerme. La he visto en muchos familiares de los desaparecidos en los campos de exterminio. Es la perplejidad que produce aceptar la atrocidad que se cometió y la poca intervención de sus conciudadanos. Ellos buscan el patrimonio, sus raíces y también una explicación imposible. Helene llevaba años investigando la desaparición de su familia en los campos de exterminio y estaba obsesionada con el pasado. Traía una carpeta repleta de documentos. En 1948, cuando hacía tres años que la Segunda Guerra Mundial había terminado, la embajada belga en Alemania envió a las autoridades militares americanas un memorándum en el que daba cuenta de un hecho apenas conocido. Las tropas nazis, en 1940, tomaron el control de mil doscientos talleres de diamantes en Amberes y se apoderaron de millones de dólares en piedras y joyas. La mayor parte del botín fue desviado hacia España y Suiza, donde se realizaban operaciones comerciales para sufragar los gastos bélicos. ¿Me sigues, Eva?

—Te sigo.

—Su bisabuelo, Paul Winker, era el propietario de uno de aquellos

talleres. Me contó que además de poseer el taller principal allí, tenía otro en París que compartía con un socio francés apellidado Krammer.

A pesar del cobijo del porche, caía rocío y comenzaba a destemplarme. Le puse otra copa. El alcohol le soltaba la lengua y por fin la historia parecía discurrir hacia un destino.

—François Krammer, el padre de su socio —prosiguió—, era un reputado joyero. Fue el creador de exquisitas piezas para Eugenia de Montijo y otros miembros de la realeza internacional. En 1853 recibió el encargo de confeccionar una pieza para un empresario americano, Dylan Mellon. El joyero le ofreció un collar de factura impecable con cinco diamantes que según él pertenecieron a María Antonieta. Solo él podía adquirirlo debido a su altísimo precio; pero la talla, algo tosca, de uno de ellos no fue tocada. El trabajo estaba ejecutado con primorosa dedicación y Mellon quedó fascinado.

—¿Me estás diciendo que Helene te habló de tus diamantes?

—Sí, exactamente, así fue. Comprenderás que ella ignoraba la sorpresa que yo estaba experimentando mientras me contaba la relevancia de aquellos diamantes. Era algo comúnmente aceptado, y lo es aún, que el collar que compró el cardenal Rohan y que la condesa de La Motte despiezó y vendió fuera atribuido a la reina. No osé interrumpir ni hacer ningún gesto que revelara mi ansiedad. Helene siguió hablando porque sus palabras tenían un destino determinado al que también yo estaba ansioso por llegar. Me contó que la hija de Mellon, la joven a la que iba destinada aquella maravilla, enfermó y no llegó a casarse. El afligido padre atribuyó a los diamantes de María Antonieta la característica de haber sido portadores de la desgracia y quiso desprenderse de la preciosa pieza. Paul Winker se ofreció a comprarla, su hija esperaba su primer nieto y se lo regalaría a ella. Él no creía en aquellas supercherías y el precio resultaba muy conveniente.

—El bisabuelo de Helene tenía el collar, pero ¿por qué sabes que lo que dijo el joyero era verdad? No puedes tener la certeza de que eran esos diamantes los que buscabas…

—Afortunadamente, la casa de los Winker en París, aunque desvalijada, no fue ocupada por nadie. Y sus herederos pudieron

recuperarla. Helene conservaba los documentos que acreditaban que el collar formaba parte de su patrimonio. Tenía fotografías de su abuela luciendo la exquisita pieza y varias cartas que hacían referencia a su historia. Entre los documentos había un informe, casi un peritaje, en el que se contemplaba la diferencia casi inapreciable de corte en uno de los diamantes. El nombre del último amante de La Motte figuraba como anterior propietario a Mellon en una de las transacciones. Era un milagro que aquellos papeles siguieran en su poder.

—Entonces…

—Cinco diamantes algo toscos y un citrino central de gran tamaño que su familia sostenía procedían del collar fabricado por los joyeros reales Böhmer y Bassenge. Naturalmente, la familia Winker tenía conocimiento de la historia del fabuloso collar. Pero, cuando el ejército alemán detuvo a la familia, lo escondieron en el forro del abrigo que llevaba su abuela. Era la más joven del grupo y milagrosamente sobrevivió, sin el abrigo, claro. Todos los demás fueron deportados al campo de concentración de Breendonk, en Bélgica. Ellos, como muchos otros, pensaron que el collar era una pieza lo bastante valiosa para poder intercambiarla por su libertad, pero no fue así. El rastro del matrimonio Winker se perdió cuando los enviaron a Auschwitz. Los supervivientes informaron de que habían muerto gaseados junto con los dos hijos mayores. La abuela de Helene, superviviente y portadora de esta historia, se la contó a su hija y esta se la relató a Helene.

—Ahora comprendo.

—Las joyas se funden, los diamantes se retallan y se transforman de un anillo a un colgante. Pueden trasladarse en un bolsillo o en el interior del estómago, como hicieron muchos para preservarlos del pillaje. A Helene le aseguraron mi honestidad y experiencia en diamantes antiguos —mi padre cabeceó como si dudara de sus propias palabras—, y aquí llegamos al nudo del por qué me buscaba ella. Traía el catálogo de una subasta que iba a celebrarse en Londres en junio de ese mismo año. El lote 74 incluía un importante collar que ponía a la venta Johan Kuntz, un afamado coleccionista austriaco.

Único y particular, el collar no era otro sino el que pertenecía a su familia, si bien, a juzgar por las fotografías, los diamantes parecían haber sido sustituidos por unos preciosos zafiros, aunque el citrino seguía allí. Mira.

Mi padre me tendió el catálogo que había cogido del taller y me señaló una página en la que se veía una gargantilla preciosa.

—Aunque el collar era el mismo que aparecía en las fotografías de la abuela de Helene, como he dicho, habían sustituido los diamantes. Allí acababa mi esperanza, pero decidí ayudarla. El proceso duró algunos meses. Abreviando, te diré que fuimos a la galería que subastaba la joya y hablamos con el propietario. El hombre se mostró conmovido por la búsqueda de Helene y el origen de aquella pieza. Colaboró en lo que pudo sin proporcionarnos los datos del dueño. Estaba sujeto a un contrato de confidencialidad y no podía darnos el nombre del propietario. A ella le interesaba la pieza, no le importaba demasiado que hubieran sustituido las piedras. Le aconsejé que iniciara los trámites legales para recuperarla. Normalmente es difícil, pero Austria tiene antecedentes en devolución de arte requisado que la respaldarían. ¿Recuerdas el cuadro de Klimt?

—Sí, por la película… Pero ¿los diamantes?

—Fue otro de los muchos momentos en que pensé que debía abandonar la búsqueda de unas piedras que, a todas luces, estaban desaparecidas, pero me conoces. Sabía que todo me dirigía al Tercer Reich y al expolio nazi, un periodo de la historia que nadie quiere nombrar y cuya documentación desapareció, o hicieron desaparecer, porque comprometía a mucha gente, no solo a los nazis. Viajé a Estados Unidos. Allí guardan información de los procesos a los nazis que siguieron cuando entraron en Alemania los aliados. Los americanos eran los únicos que tenían la hoja de ruta limpia y trataron de impartir justicia. Si te fijas, Inglaterra y Francia hicieron poca cosa. Tenían mucho que perder y las manos sucias. Hubo bombardeos nada éticos sobre la población civil, y eso los empujaba al silencio. El final de la guerra fue un caos y nadie ha hablado de la venganza contra el pueblo alemán, pero la hubo. Intervinieron rusos, franceses, ingleses, americanos… Alemania debía ser castigada.

Roosevelt no pudo ser más claro: «Hay que enseñar al pueblo alemán su responsabilidad por la guerra, y durante mucho tiempo deberían tener solo sopa para desayunar, sopa para comer y sopa para cenar». Más de tres millones de alemanes murieron tras el anuncio oficial del final de la guerra. A los aliados no les tembló el pulso a la hora de aplicar los mismos métodos de represión nazis; se sucedieron oleadas de pillaje y expolio de las ciudades ocupadas, violaciones masivas. Habría que preguntar a los rusos qué pasó con la población civil femenina durante su conquista de suelo alemán. Las cifras hablan y se calcula que más de doscientos mil niños nacieron en 1946 en Berlín y fueron producto de violaciones y ultrajes. El miedo y la violencia hicieron que se pasara la página de mala manera. Todas las fuerzas estaban comprometidas. Todas cometieron terribles acciones, y por eso la historia se detuvo en el final de la guerra.

—Por favor, muéstramelos, te lo ruego, llevo toda la vida escuchándote hablar de ellos, déjame verlos…

—Primero la historia. Volvamos al galerista silencioso.

—No serás capaz.

—Unos meses después de hablar con el galerista —prosiguió mi padre, como si yo no le hubiera pedido nada—, recibí por correo ordinario una carta sin remitente que contenía únicamente un nombre escrito en un folio en blanco. «Wilhelm Sonnemann». Supe que era el propietario del collar.

En un correctísimo alemán, mi padre pronunció aquel nombre mirando al infinito. Al verlo erguido, entusiasmado, trasladado a su mundo, sentí la misma fascinación que cuando era niña y venía a sentarse en mi cama para darme las buenas noches. Experimenté la misma magia que esparcía a mi alrededor al contarme como un broche de esmeraldas corrió anónimo, de mano en mano, hasta que cayó en las suyas y averiguó que su manufactura era obra de un joyero para su amante, una cantante de ópera. Mientras él recordaba las fechas en que perseguía la pista de sus piedras de un país a otro, yo me buscaba en el mapa de los recuerdos sin él. Quería comprender su pasión, pero no acababa de hacerlo. Algo maloliente y subterráneo se filtraba desde el pasado.

—Estoy muy cansado. —Se pasó la mano por aquel cabello corto y completamente blanco mientras contenía un bostezo—. Estoy hablando demasiado. ¿Te parece que sigamos mañana? No pienso madrugar, comeremos solos y te mostraré las piedras y una colección de joyas que he ido adquiriendo para Julia y para ti. Llama a Lupe, cenemos temprano. Cocina una de tus maravillosas recetas. —Tomó mis manos entre las suyas—. Soy un hombre afortunado y, por cierto, lo de la caldera y la calefacción me importa un pimiento.

—Me lo imaginaba, pero hay que ver la lata que has dado… Hacerme venir, papá… Y, además, no me has respondido a la pregunta que te he hecho. ¿Tienes los diamantes aquí?

—Los tengo.

—¿Y por qué no eres magnánimo y me los muestras? He hecho un esfuerzo enorme para venir, papá.

Sonrió y me dio un abrazo.

—No están en la caja fuerte, y es complicado sacarlos de su morada y volver a depositarlos allí, donde nadie podrá encontrarlos.

—Te voy a matar.

—Hablando de eso, necesito que me hagas una promesa.

—No sé si mereces mi lealtad.

Mi padre no metabolizó mi ironía. Estaba muy serio. Me puso las manos sobre los hombros y me miró a los ojos.

—Eva, pase lo que pase, mañana, pasado, o dentro de tres meses, yo juraré no haber mantenido esta conversación contigo. Te diré que no quiero a la policía haciendo preguntas si nos roban o nos atracan. Tengo esos diamantes y alguien los quiere. Me han amenazado y estoy casi seguro de que vendrán a buscarlos, pero no quiero pasar a la historia por ser el propietario de mis cinco lágrimas. Mañana te contaré el resto de la historia y te los mostraré.

Pero ese mañana no llegó nunca.

El cuaderno de Lorenzo

Termina el mes de abril. Los días se alargan y la isla empieza a recibir a los que vuelven. El tiempo es más apacible, lo que me permite retomar mis viejas costumbres.

He llamado a Vincent para comunicarle que levanto la cautela y recupero mi vida. «Todo en orden en París. Intento ponerme en contacto con el señor Marlai. Al menos ya sabe que deseo encontrarme con él en tu nombre», me ha dejado caer.

Vincent quería saber si tengo pensado regresar a París, o viajar a cualquier otro lugar. La respuesta ha salido de mi interior sin un atisbo de duda. No tengo nada que hacer en París, salvo pasear por mi casa y reconocer los rincones donde ha transcurrido mi vida. Uno lleva el equipaje consigo. He superado este invierno sobreviviendo entre mis recuerdos como un pez en el agua. Mi subterránea existencia me ha mostrado lugares de mí mismo que desconocía. Del miedo inicial he pasado a arrojar luz sobre mis errores, pero el miedo volverá y prefiero recibirlo aquí.

No falta mucho para que Eva y Julia vengan a la isla. Mis días recuperarán el presente, me aliviará dejar atrás esta pegajosa nostalgia en la que estoy inmerso.

No he nombrado a mi querida Julie. Sé que no lo he hecho porque llevé muy mal su ausencia. Tampoco hablo demasiado de Erika por la misma razón. No soy un hombre que posea armas para enfrentarse a los duelos. Julie Brandon, una mujer eficiente, discreta y con una amabilidad que iba más allá de la bondad, era mi ayudante. La contraté hace más de veinte años, cuando ella, divorciada y con dos hijos, intentaba sobrevivir después de que la empresa de importación

donde trabajaba cerrara sus puertas. Era la hermana de un joyero al que conocía y fue una bendición que me ofreciera sus servicios. Julie trabajaba desde Londres y tan solo nos veíamos cuando yo iba allí. Me informaba puntualmente de todo lo que creía que pudiera interesarme. No existía subasta, herencia o colección por importante o banal que fuera de la que ella no tuviera noticias. Al menos una o dos veces al mes y gracias a Eurostar, ese tren de alta velocidad que me permite salir de París para llegar dos horas y media más tarde a Londres, nos encontrábamos.

Julie llevó toda mi vida administrativa con tal eficacia que prácticamente olvidé su complejidad. Murió hace tres años, y cuando escribo esto me doy cuenta de que muchas cosas trascendentes en mi vida ocurrieron hace tres años… La recuerdo cada vez que abro un ordenador, quizá porque, antes de morir, ella me suscribió a todas esas *newsletters* de las que ella se alimentaba. «Lorenzo, no se olvide de revisar el correo, se lo ruego».

Hoy he ido a por el correo y me he sentado a revisarlo en una mesa de Es Glop. En el móvil tenía varios avisos de subastas, esas únicas tentaciones que me pellizcan el ánimo. Hace meses que derivo a mis clientes hacia Danielle Walewski, una profesional discreta y con un sexto sentido imprescindible en nuestro oficio. En su correo de hoy me pide encarecidamente que le permita acceder a mis archivos. Lleva haciéndolo desde el inicio de nuestra relación, pero me niego. Tendría que borrar muchos datos que no quiero que conozca. Me resisto a ser un jubilado y, como todos los pretenciosos que creemos que tenemos algo que contar, acaricio la posibilidad de escribir un libro sobre la trayectoria de las piedras preciosas.

Mi proyecto no se parecería a esta chapuza, a veces incoherente, sino que sería un tratado sobre los diamantes perdidos o legendarios, en el que haría hincapié en las gemas que lograron sobrevivir y representaron una forma de vida que no volverá. Hablaría de la posibilidad de que duerman en la caja fuerte de un banco de Londres o de Suiza, de que se hayan retallado hasta perder su identidad o de que habiten en el vestidor de una millonaria neoyorquina. Quizá los posea uno de esos magnates traficantes de armas o de cocaína que

buscan la excitación de un negocio prohibido.

La última noticia relevante de mis diamantes, antes de la familia Winker, estaba en aquella carta que La Motte envía a la condesa de Lurrien diciéndole que tiene los cinco diamantes, restos del collar de la reina. Con todo lo sucedido, la vieja cortesana se hallaba sumida en añoranzas y perdía la cabeza. En su correspondencia se ve que vivía rodeada de amantes jóvenes y que estos, al ver que la mujer perdía el juicio, fueron abandonándola.

Antes de suicidarse vivía con un joven llamado Marcel. El mismo día en el que la estafadora se precipita al vacío, este huye llevándose cuanto de valioso posee la condesa: cinco diamantes de gran tamaño que, según ella (él cree que se trata de un delirio), formaban parte del famoso collar de María Antonieta. El chico en cuestión pertenece a una buena familia, se ha criado en un pueblo cercano a Lyon, donde su padre ejerce de notario. Entre las amistades que ha dejado atrás está Jean du Marché, un noble afincado en París con quien mantiene amistad y que está casado con la hija de un antiguo joyero real.

El joven acude a su amigo. Quiere vender los diamantes y necesita que su suegro intermedie en la venta y le consiga un buen beneficio. El joyero, sabedor de que lo que tiene en las manos es exactamente lo que le cuentan, escribe a un colega que trabajó en el taller de Charles Böhmer y Marc Bassenge. Le describe las piezas y le advierte de que uno de los diamantes presenta una rareza en el corte y que es difícil retallarlo sin perder el tamaño. Se intercambian algunas cartas en las que corrobora que puede tratarse de piezas del auténtico collar. Solo los que han intervenido en su elaboración conocen la existencia de esa rareza.

De nuevo, fue el azar lo que me llevó a descubrir los documentos almacenados en el archivo de un aristócrata que iba a subastarse en París. Antes de que el legado saliera a subasta, me permitieron estudiarlos, de modo que pude adquirir los que estaban relacionados con mi búsqueda. En manos de aquellos valiosos datos, creí que el camino se simplificaría.

Era un momento profesional excepcional, y mis pocos y verdaderos amigos me aconsejaban que olvidara la búsqueda y aceptara que la

historia engulló aquellos diamantes, pero no fui capaz de hacerlo.

5

Felipe Irizar

Octubre de 2020

> Dijo que, en realidad, parecía que lo único que hacía falta para una vida próspera y feliz, es decir, feliz en lo más básico e inferior, era carecer de la capacidad de sentir.
>
> ELIZABETH VON ARNIM,
> *Expiación*

Estaba tan concentrado en la tarea que olvidó su persistente malestar hasta que un sonido le hizo alzar la cabeza; un coche se aproximaba por el camino. Dejó las herramientas para acercarse a la esquina sur de su atalaya. Un par de pinos tapaban en parte la visión del camino, pero si alguien franqueaba la curva de acceso a la casa, accedía a un claro perfectamente visible desde allí.

Con cierta ansiedad esperó. El ruido del motor pareció extinguirse y volvió a reinar el silencio. Chasqueó la lengua contrariado. En su fuero interno alimentaba la esperanza de que Lupe lo visitara. Volvió a sus quehaceres.

Ni tan siquiera apelando a la urgencia de algunas decisiones que afectaban a la casa, se dignaba responder a sus mensajes. Encendió un cigarrillo. Un par de caladas fueron suficientes para provocar el colapso de su respiración. Le ardía el pecho, sentía escalofríos y el aire que inhalaba parecía cargado de cristales que le herían la tráquea. Lo

apagó al sentir un leve mareo. Se tambaleó hacia las escaleras. El peldaño que faltaba lo obligaba a dar un salto atlético para salvar el hueco. Cambiar ese acceso era otra de las cosas que había que hacer. Investigó por internet algunas escaleras de fácil colocación y estaba dispuesto a costearlas, pero no quería inmiscuirse; necesitaba la aprobación de Eva.

En su cabeza se coló un pensamiento que empezaba a obsesionarlo: debía ir al hospital. De camino a la cama, cogió el correo, que esa misma mañana se había acercado a buscar. Aún estaba sin abrir. Se deshizo de las sandalias y el pantalón, se tumbó y se tapó con la sábana. Inmóvil y con los ojos cerrados, escuchó los latidos de su corazón, incapaz de hacer movimiento alguno.

Cambió la posición de la cama, compró otro colchón y llevó un par de cuadros de la casa grande. Como no le pareció suficiente para borrar la bruma que flotaba en la casita, pintó las paredes para ocultar el cerco del uso alrededor de los interruptores. El blanco dio luz al abandono, y el polvo suspendido en el aire desapareció. En la sala, arrinconó la mesa donde trabajaba Lorenzo y puso sobre ella una tela de colores étnicos que compró en las tiendas del puerto. Restauró una vieja mesita y la adornó con una jarra con ramas de pino y flores silvestres. También se ocupó de reparar la estantería y colocar los libros que había encontrado desparramados por el suelo. Tardó semanas en conseguir aplacar la inquietud que le producía habitar el mismo lugar que Lorenzo.

A veces se concentraba en él. Lo veía caminar a su lado por una calle de Londres, observar una joya y murmurar el nombre de un artesano al que había seguido la pista rastreando documentos. Lo veía en Viena, en París, en Berlín y en todos los lugares en los que estuvieron juntos buscando el rastro de alguna información. La sensación era tan intensa que, en más de una ocasión, miró a su espalda para cerciorarse de que no estaba allí. Tras un par de meses en El Paraíso, aceptó su presencia. No creía en los espíritus, pero estaba convencido de que Lorenzo se pondría en contacto en el momento en que lo juzgara conveniente. Estaba en la isla para eso, para saber de lo ocurrido durante el tiempo que habían vivido alejados.

Revisó el correo y se deshizo de lo que no le pareció importante. Se sorprendió al encontrarse con la escrupulosa caligrafía de Nina Epstein. Manoseó el sobre, estudiándolo, y lo apartó; las sorpresas merecían su tiempo. La primera carta que abrió era de su abogado, Armand Claudel, un hallazgo extraordinario que le había dado unas pautas para reconstruirse. Le estaba eternamente agradecido.

Tras el enlace con Barbara, una ceremonia íntima y sin apenas invitados, se trasladaron a Nueva York. Su agente, Enzo Camilleri, hacía tiempo que le insistía en la receptividad del mercado americano hacia su manera de pintar. Barbara se mostraba feliz ante la idea de volver a su país de origen, y eso le bastó para abandonar París. Ningún lugar en la tierra era tan excitante como Manhattan, decía ella, y Felipe, entregado por completo, no tuvo elección; los días adquirían un brillo especial cuando la complacía. Le atemorizaba defraudarla, que se rompiera la burbuja en la que vivían. No podía confesarlo, pero intuía una dureza en el fondo del corazón de su amada que no quería conocer. La vida agitada de la voluptuosa ciudad no era precisamente lo que más le atraía, tampoco el ambiente artístico y tenazmente vanguardista que allí se vivía era su meta, pero Barbara no quería hablar de ello y le prometía que en poco tiempo conquistarían el corazón de aquella ciudad sin alma. Él era un hombre tranquilo, educado en la tradición y algo introvertido, y había soñado con vivir en una ciudad pequeña como aquella de la que procedía hasta que ella llegó.

Tumbado en la cama, intentó calmar la respiración. Los recurrentes recuerdos de su pasado le impedían concentrarse. Cerró los ojos, pero ella seguía allí. Lo invadió una mezcla de repulsión y deseo. Se vio en el momento en que su agente le presentó a Barbara. Al verla experimentó una conmoción desconocida y supo que era la persona que había deseado tener a su lado. Borracho de pasión, incrédulo ante la suerte de haber encontrado a alguien perfecto, no miró ni escuchó a nadie. Se enamoró perdidamente y solo tuvo luces para intuir el aire poderoso que rodeaba a aquella misteriosa mujer.

Lorenzo trató de pinchar el globo. En un principio se mostró cauto. «Tomaos vuestro tiempo. Conoceos. No es necesario que os vinculéis

con un matrimonio». Barbara quitó importancia a la prevención de su amigo convenciéndolo de que llevaba muchos años al lado de Lorenzo y dependía en exceso de su aprobación. Ella deseaba casarse y él ansiaba cerrar el círculo. A pesar de la intervención de Carmen, nada pudo rehacerse. Cuando Lorenzo le advirtió sobre la oscuridad que envolvía a su elegida, Felipe montó en cólera. Ambos se agraviaron hasta límites insospechados, cruzando las líneas rojas que nunca deben cruzarse. Su amistad recibió una estocada de muerte.

En Nueva York, ella lo protegía en todo momento y él se lo permitió. Se encargó de buscarle un estudio para que pudiera pintar sin distracciones, un viejo almacén reconstruido cercano a Battery Park. A través de los ventanales, se veía el Hudson bañado en la luz del atardecer. También encontró para ellos un apartamento exclusivo en Manhattan con vistas a Central Park cuyo alquiler era increíblemente caro. Felipe comenzó a trabajar con una energía renovada. La compañía de su mujer era un vicio silencioso que deseaba mantener.

Su primer año en la Gran Manzana resultó trepidante. Una fuerza desconocida, a la que era incapaz de ofrecer resistencia, lo arrastraba de la mañana a la noche. Barbara lo envolvía con su cariño, lo halagaba sin cesar, mostrándole una admiración que hacía volar su ego. A menudo, en público, resaltaba sus infinitas capacidades de forma que le hacía olvidar lo vulnerable que se había sentido antes de que ella llegara a su vida. Eufórico, adoraba cada momento en su compañía. Ella lo visitaba en el estudio, para rescatarlo y llevarlo a comer, a cenar o a la inauguración de la exposición de algún pintor joven recién aterrizado. Para paliar su agotamiento, primero le abasteció de cocaína y luego de otras cosas. Empezó a ser adicto a las madrugadas que se alargaban hasta el alba, a la ebriedad inevitable, a la energía infinita que le proporcionaba la droga. Barbara lo acompañaba, apagaba el ruido del tráfico, borraba la sordidez de alguna calle y callaba la voz que le advertía de que caminaba hacia el abismo.

Todos sus pasos estaban bajo la eterna supervisión de Enzo, a quien Barbara respetaba casi con reverencia. Pronto se multiplicaron las

exposiciones, las visitas de los coleccionistas a su estudio, las invitaciones a Cape Cod o a Los Hamptons. Una galería de Los Ángeles le otorgó un premio que lo puso de moda. Su cotización se alzaba sin límite, y su vida social, también. Mantener aquel tren de vida hizo que cambiara su manera de concebir su arte, pero no le importó. Barbara no perdía la ocasión de hacerle sentir como un rey inmortal, ocupándose de que todo aquel que fuera alguien adquiriera una obra de Felipe Irizar.

De aquel tiempo recordaba el sexo, los hoteles, el trabajo extenuante, el alcohol, la coca, los hipnóticos para dormir, la coca para despertar y las constantes firmas de documentos que jamás leyó. Insaciable, su mujer ejercía un poder cada vez más amplio y más profundo del que no fue consciente. La certeza de que su vida sin ella sería una penitencia le hizo asumir su destrucción como si fuera la única alternativa posible.

Sin que supiera exactamente lo que le sucedía o la razón, hubo un día en que una nostalgia imprecisa pero devastadora se le instaló en el pecho. Ya no era capaz de conciliar el sueño sin barbitúricos, ni de concentrarse en su trabajo sin meterse un par de rayas. Para soportar la vida social, necesitaba el alcohol o los suplementos vitamínicos que ella le daba. Sentía angustia y miedo. Echaba de menos sus viejas costumbres, a sus amigos, los encuentros con Lorenzo al mediodía en el pequeño café de Bretagne, las escapadas a Versalles, y hasta le hacían falta los adoquines por los que le costaba caminar. Los recuerdos se convirtieron en astillas que se clavaban en un lugar secreto del que Barbara no quería hacerse cargo.

Si al principio le pareció perfecta, le bastó una semana sin ella en Los Ángeles para recuperar algo de consciencia. A su vuelta, sin haber probado la coca, se sintió enfermo, envejecido y empezó a ver en su diosa zonas ásperas e inestables que lo empujaron a la desconfianza.

Unos ladrones habían entrado en el apartamento mientras dormían, pocas semanas después de que se instalaran. La policía dijo que era probable que les hubieran administrado un gas narcótico. Se llevaron ordenadores, teléfonos, joyas y una cantidad importante de dinero. Barbara se había encargado de sustituir su móvil por uno nuevo, en el

que misteriosamente desaparecieron gran parte de sus contactos. Uno de sus mejores amigos, el galerista André Steinberg, era uno de aquellos contactos que no encontraba. Un día sintió la imperiosa necesidad de hablar con él, así que, sin pedírselo como de costumbre a su esposa, buscó en internet la dirección de la galería y lo llamó.

El verano aplastaba la voluntad de los neoyorquinos, que se cocían bajo un bochorno húmedo. Barbara tenía una reserva en un precioso bungaló en las Maldivas y habían acordado partir hacia aquel paraíso para descansar de la ciudad. Pero la voz de André actuó en él como un desencadenante y, tras escucharlo, una imprevista lucidez iluminó su situación. Su amigo le confesó sus hasta entonces estériles esfuerzos por encontrarlo. Añadió que todos los amigos que intentaban ponerse en contacto con él se topaban con su agente, que se negaba a facilitar el número o información sobre Felipe. «Enzo Camillieri nos advirtió de que no querías ponerte en contacto con nadie que perteneciera a tu vida en París. Dijo que estabas enfermo y que retomar el pasado no era aconsejable. Ese hombre te ha aislado y conducido a donde quería. Ha inundado el mercado con tu obra, y sabes que eso no es bueno. Tenemos que hablar». Le propuso que volara a París para después ir a Niza y recorrer la costa amalfitana en su barco. Insistió en que tomar distancia de su actividad americana le iría bien. Aceptó.

Por una vez, creyó necesario no compartir con su mujer la conversación que había mantenido con André. Se aplicó aquellas dosis de disciplina que tanto había necesitado en otros tiempos e intentó beber menos, no aceptar la cocaína que le ofrecían y evitar perderse en la noche neoyorquina. Algo se había roto en la carcasa de aquella caja perfecta en la que vivían. Estaba aterrado ante la intuición de que, detrás de aquel decorado, podía existir una verdad que él no era capaz de vislumbrar. Sufría al ver reflejados en el espejo los fantasmas que lo despertaban de madrugada. Pensar en renunciar a Barbara lo devastaba y, sin embargo, apenas le quedaban fuerzas para seguir engañándose.

En la noche, desvelado y agotado, sin encender la luz, caminaba despacio hasta los grandes ventanales desde los que se veía Manhattan. Le atraía el vacío y agradecía secretamente las ventanas

de seguridad. Resistía la tentación de despertarla para informarle acerca de aquella confianza rota que lo mataba. No se encontraba bien, estaba herido y perdido, sin nadie en quien confiar.

Una de aquellas noches, ella lo descubrió ansioso caminando por el apartamento. Felipe juntó fuerzas para decirle que no la acompañaría a las Maldivas, iba a regresar a París.

La decisión provocó en su mujer perfecta un estallido de ira incontrolable que lo dejó boquiabierto. Un resorte abrió la puerta secreta que conducía a las mazmorras en las que tenía encerradas las advertencias de Lorenzo sobre ella. Hubo insultos, violencia, manipulación y la utilización de su confesada intimidad para herirle. Perplejo y desorientado, guardó silencio. La agresividad lo paralizaba y su instinto lo empujaba a huir.

Cogió un avión con destino a París el 20 de julio de 2017. Se alojó en un hotel cercano a su apartamento. Lorenzo en esa época del año se encontraría en Formentera. Lo necesitaba y se sentía obligado a reconocerle que tenía razón, que su matrimonio había sido precipitado, que estaba ciego cuando discutió con él, y que sus sospechas eran reales, pero lo pospuso.

Haciendo un enorme esfuerzo para no beberse el contenido del minibar, salió en busca de Gérard Duplais, el contable que se ocupaba de su vida fiscal en Francia. Gracias a sus contactos, descubrió lo que temía: estaba prácticamente arruinado y debía una gran cantidad de dinero en concepto de impuestos. Por suerte, el concienzudo administrador mantenía alquilados sus dos pequeños apartamentos en el barrio de Le Marais. La renta daba para mantenerse dignamente. Su amigo André lo acompañó en la dura tarea de aterrizaje. Añadió información justificada de algunos comportamientos poco éticos de su agente. Este había vendido cuadros como para que dos generaciones vivieran sin trabajar, pero no quedaba un dólar en sus cuentas americanas, cuentas que naturalmente manejaba Barbara. Le aconsejaron que contratara a un detective, que anulara ante notario sus poderes y se lo comunicara. Iban a ir a los tribunales y un informe

le sería de gran ayuda.

El chillido de las gaviotas lo sacó de sus recuerdos. El sueño y, quizá, el potente antipirético aplacaban su malestar. Estaba empapado en sudor y su cabeza flotaba en una espesura molesta. Se levantó entumecido para darse una ducha, luego se acercó un cuenco con fresas y retomó la lectura del correo empezando por la inesperada carta de Nina.

«… Estaremos unos días en Madrid, y el 10 de octubre llegaremos a París. No nos quedaremos mucho tiempo, pues Tommy tiene compromisos en Nueva York, pero le advertí que quería verte. No tengo tu teléfono. Sabes que soy una mujer del siglo pasado, así que prefiero me localices tú. Nos alojaremos en el Basile…».

Nina iba a hacerle cambiar sus planes de no moverse de la isla. Volvió al resto del correo. Siguiendo sus directrices, el abogado le comunicó que la venta de uno de sus apartamentos le reportaría unos sustanciosos ingresos. El dinero estaba en la cuenta de la sociedad. Adjuntaba unas letras deseándole salud y comunicándole que el proceso de divorcio tocaba a su fin. En pocos días sería un hombre libre y, según lo acordado con el letrado de ella, Barbara no reclamaría pensión alguna.

Gracias a la obra acumulada y a la rapidez en cortar el acceso de su agente, pudo resolver sus deudas fiscales. Los ingresos de los últimos años se habían evaporado, pero la venta de aquel apartamento lo ayudaría a seguir viviendo con cierta comodidad hasta que volviera a pintar. Su otro piso en París estaba alquilado y todas sus cosas dormían en un guardamuebles.

El principio de su fin fue relativamente rápido. El informe preliminar de la investigación sobre la vida de Barbara lo pilló en Niza. El detective fue verdaderamente efectivo recopilando una serie de datos que no dejaban lugar a la fantasía. La idea de que su mujer lo traicionaba era algo que intuía, pero verlo reflejado en el relato del profesional le quitó el aliento. El documento iba acompañado de numerosos archivos de imagen, fotografías explícitas de la

complicidad existente entre Camillieri y Barbara. Al parecer se conocían tanto como para haber vivido bajo el mismo techo. Su encuentro, el matrimonio y otros movimientos podían estar diseñados con fines económicos. Felipe había firmado demasiados contratos sin leer. En ellos lo anulaban o subían aleatoriamente las comisiones de su representante. La supuesta pareja tenía una lujosa villa en La Jolla, California, adquirida por una sociedad cuyos únicos integrantes eran ellos. El informe aconsejaba tomar medidas inmediatas y denunciar por mala praxis a Enzo Camillieri.

Felipe tardó en asimilar la información, y mucho más en encajar su infortunio. El alcohol lo había catapultado a un infierno insoportable en el que encontraba el alivio de la inconsciencia. Pero André no lo abandonó, a pesar de resultar un amigo bochornoso y difícil. El galerista se empeñó en que iniciara los trámites legales para recuperar lo que pudiera y poner fin a su relación contractual. Un abogado parisino con socios en Nueva York era la persona adecuada. Firmó los documentos necesarios para autorizarle los poderes legales y aceptó iniciar el divorcio. «Si no lo hubiera descubierto, es más que posible que hubieran acabado con usted». Felipe no quería hacer daño a Barbara, de alguna manera, si iba contra Camillieri, ella también saldría perjudicada. Su abogado redactó una carta con amenazas veladas, en la que le pedía que facilitara la tarea para no ser acusada. Todo el peso de la ley caería sobre aquel bastardo que había manipulado su vida y su intimidad. La ira y las acciones suavizaron el golpe, pero el veneno ya estaba inoculado.

A mediados de aquel trágico mes de septiembre, Felipe embarcó en el yate del galerista para recorrer la costa amalfitana. Aunque herido, deprimido y profundamente perdido, la compañía de amigos era lo más conveniente para su estado de ánimo. Se pasaba horas mirando el mar, azul y tentador, rumiando malos pensamientos y con la compañía de una botella de ginebra. Solo el alcohol lo ayudaba a flotar en una irrealidad que ya no controlaba. Se bañaban en las aguas turquesas alrededor de la isla de Isquia o en el golfo de Salerno, bajaban a los puertos de pueblos recoletos que crecían besando el mar Tirreno o el Mediterráneo y comían calamares en mesas inestables

junto a la playa de Positano, pero Felipe no estaba del todo allí.

Algunas noches no volvía al barco. Se quedaba semiinconsciente en alguna playa, mientras sus compañeros lo buscaban inquietos, pues temían que se hubiera ahogado. Dormía en las calas bajo las estrellas, buscando en la soledad alguna clave misteriosa que lo condujera a su vieja y rutinaria vida. Felipe se empecinaba en huir y, aunque lo vigilasen preocupados por el temblor de sus manos, el desequilibrio al caminar o su incapacidad para mantener una conversación, ellos no eran capaces de detenerlo.

Al cabo de un tiempo, Felipe decidió abandonar el barco de André en Capri. De allí tomaría un ferry a Nápoles para volar a París. André, siempre generoso, le buscó una buena clínica donde podría desconectar y desintoxicarse. Aunque antes debía volver a Nueva York y solucionar los asuntos pendientes.

Para despedirlo por todo lo alto, el galerista reservó mesa en el restaurante Da Paolino, bajo los limoneros iluminados. Las noches de septiembre empezaban a ser frescas, pero los días eran luminosos y cálidos. Habían llegado al postre. Felipe, haciendo un gran esfuerzo, se mantuvo casi sobrio. Intentaba demostrarles que podía controlarse. No obstante, su frágil resistencia se rompió cuando apareció Domenico Pompillo, un famoso joyero romano al que Lorenzo y él conocían desde hacía años.

—Lo siento muchísimo. —Pompillo se lanzó a ofrecerle un abrazo sentido—. Estoy conmocionado.

Sin conocer la naturaleza de aquel sentido saludo, Felipe lo alejó de manera prudencial y trató de tranquilizarlo.

—Gracias, Domenico, pero todo está en vías de solucionarse —respondió el pintor, tras imaginar que las noticias sobre la estafa de su agente corrían como la pólvora.

—¿«En vías de solucionarse»?

Alrededor de la mesa, los comensales miraban al joyero sin poder disimular la curiosidad. El hombre estaba visiblemente nervioso.

—Creo que no estás al corriente de lo ocurrido… y siento ser yo quien te lo diga.

—¿Lo ocurrido?

—Tu amigo Lorenzo Landaluce fue asesinado hace dos días en la isla de Formentera. Creí que estabas al corriente.

Todavía sentía escalofríos al recordar cómo le impactaron aquellas palabras. Una luz fría discurría por su cerebro recreando imágenes del pasado. Pompillo, torpe y desubicado, salió huyendo, y él volvió a sentarse, pálido y enmudecido.

Felipe piensa que aquel momento fue decisivo. Que hubo un antes y un después de ser consciente que no volvería a ver a su amigo. Luego llegaría su propio infierno, la culpa, y todo lo demás, pero esa certeza, que no estaba, aún perduraba, causándole dolor.

Sus amigos lo arroparon, le dieron consejos y lo escucharon, pero de nada sirvió. Alguien tecleó en el teléfono, buscó y leyó la noticia, que aparecía en *Le Monde* y en el *Diario de Ibiza*. Atribuían la muerte del experto en joyas históricas a unos ladrones, posiblemente expertos, que forzaron la entrada a su finca. Durante un instante, Felipe se planteó que quizá Lorenzo tenía en su poder sus codiciados diamantes, pero desterró la idea. Lorenzo nunca habría guardado las joyas en la isla.

Comió algo de fruta mirando el calendario. Sacó del cajón el cuaderno donde anotaba sus hallazgos. Dos palabras se repetían a lo largo de los meses de aquel viejo calendario: «encurtidos» y «salazones».

Era un enigma. Lorenzo tenía que haber cambiado sus gustos, porque, que él supiera, su amigo detestaba ambas cosas. Ni siquiera ponía vinagre en la ensalada.

El cuaderno de Lorenzo

Desayunar al sol, todavía tibio, en un bar de Sant Francesc constituye mi pequeña ración de sociabilidad. Resulta edificante ver la vida de la plaza: los saludos de los vecinos, los niños, el ajetreo de los pequeños negocios montando los tenderetes y las terrazas sin prisa. Me recuerda la vida simple que puede vivirse.

He mirado hacia la casa de Lupe. El balcón estaba abierto y he tenido un ataque de bonhomía. La he llamado para invitarla a gozar de mi compañía. Acaba de volver de México y quería saber de Carmen, de los planes que tenía, pero, como de costumbre, me ha escatimado información y, naturalmente, ha rechazado la invitación. Sigue castigándome de la misma manera que cuando era niña. He conseguido desviar la conversación, hablar de banalidades, para que no se enganchara en alguna de las palabras que he pronunciado. Nos hemos despedido con un «Nos vemos cuando venga Eva». Me he entristecido.

Entre el correo que he recogido, encuentro una invitación para asistir a la subasta que celebrará Sotheby's en Ginebra en noviembre, además del catálogo. La familia Borbón-Parma se decide por fin a desprenderse de varias piezas que pertenecieron a mi reina: el broche de diamantes con forma de lazo, el colgante con una perla excepcional, y la pasión de María Antonieta, un collar de ciento diecinueve perlas repartidas en tres hileras con un cierre de diamantes. También hay un par de tiaras preciosas y un anillo con sus iniciales que contiene un mechón de pelo.

Yo he tenido en mis manos todas esas preciosas piezas. Se hallaban en poder de Alicia de Borbón, la tía del rey Juan Carlos, y tuve el

placer de visitarla un día. Estoy prácticamente seguro de que las cifras previstas quedarán muy atrás de lo que se obtenga y de que Heidi Horten pujará con decisión por el colgante con la perla. Aceptaré la invitación, aunque es probable que Vincent me desaconseje dejarme ver en una subasta semejante, donde sin duda me esperan, pero, como ya he dicho, empiezo a cansarme de tener que esconderme. Yo llegué primero, me hice con los diamantes y ni siquiera imaginé que Marlai los perseguiría.

En la misma sala donde se celebrará la subasta, pasó algo de lo que quiero dejar constancia en estas notas. En el año 2004, acudí a Suiza. Un cliente necesitaba la autentificación de un valioso brazalete de esmeraldas que presuntamente había pertenecido a una familia judía afincada en Baviera en 1939 y que estaba previsto que se subastara. Mi cliente descubrió en el catálogo que era igual que el que poseía una desaparecida en Auschwitz y esperaba que se retirara de la puja y se iniciaran los trámites legales para devolvérselo a sus legítimos dueños, los herederos de la mujer desaparecida. Un caso que sigue repitiéndose.

Siguiendo su pista, el enigmático destino que rige la vida me condujo hasta un viejo periódico de Baviera de 1943, almacenado en una biblioteca de un pequeño pueblo. Yo buscaba una necrológica que no encontré; a cambio, mis ojos se detuvieron en una foto en la que Emmy Göring, la esposa de uno de los colaboradores más cercanos de Hitler, fue fotografiada a la entrada de la Ópera de Berlín; lucía en su rollizo cuello un espléndido collar con unos diamantes que yo conocía bien. Hacía tan solo un año que conocía a Helene Winter, biznieta de la propietaria del collar que contenía los cinco diamantes de la reina, aunque en aquel caso los diamantes se habían sustituido por cinco zafiros y un citrino, el que vi en la fotografía los tenía y era el mismo collar.

No era la primera vez, en mi vida profesional, que me topaba con Göring. La manera en que ese hombre rapiñó los museos y las galerías de Francia, Suiza y media Europa, en su beneficio o en el de Hitler, resulta escalofriante. Göring poseía asesores y persiguió a los coleccionistas judíos, banqueros o nobles que custodiaban la mayor

cantidad de obras de arte. Sus órdenes fueron destruir los documentos que facilitarían seguir su rastro, sin embargo, existe suficiente documentación para contemplar el desastre que en aquellos años sufrió el arte.

Poseo documentación abundante acerca de sus adquisiciones de obras de arte y joyas procedentes de requisas a familias judías. En el bautizo de su hija llegaron a Carinhall, la residencia del matrimonio en las montañas, camiones repletos de regalos. El Ayuntamiento de Colonia entregó a la lactante la valiosa pintura de Lucas Cranach, *La Virgen con el Niño*… El Rey Sol del Tercer Reich se divertía con su gigantesco tren eléctrico o revolviendo en su «cesta de diamantes» para relajarse, costumbre que, como he recordado, han tenido varios personajes históricos.

La pequeña biblioteca que visité no contaba con fotocopiadora, tampoco con la posibilidad de préstamo para extranjeros, y las normas que a veces imperan en ese país son insuperables. La rubicunda mujer que tutelaba la documentación no me ofrecía solución alguna, así que apelando a mis inolvidables recursos fingí aceptación, pero fotografié a hurtadillas el artículo. Estaba acostumbrado a tirar de un hilo por débil que pareciera.

Obtuve tres fotos similares de otras tantas publicaciones donde la mujer de Göring lucía el bello collar. Lo estudié detenidamente a pesar de la escasa nitidez del material y llegué a la conclusión de que las piedras eran las que buscaba. De los seiscientos ochenta diamantes iniciales de aquel pectoral collar deslumbrante, quedaban los cinco diamantes que en origen ocupaban los extremos de las tiras colgantes. Allí estaban. De nuevo me encontraba ante un cruce de la historia. Con toda probabilidad, el collar de los Winker, deportados a Auschwitz, había llegado a las manos de uno de los mayores criminales del siglo XX. ¿Dónde seguir buscando?

6

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> Lo verdadero es siempre sencillo, pero solemos llegar a ello por el camino más complicado.
>
> GEORGE SAND

Un chupito de gazpacho de fresa con trocitos de melón y jamón ibérico, sándwiches de pan de semillas rellenos de pollo al curry y pimientos del piquillo, pinchos de *mozzarella* con tomate, orégano y una emulsión de ajo blanco, tortilla de patatas, croquetas de setas y una lasaña de berenjenas con salsa al romero. De postre, tarta selva negra y una *mousse* de limón y hierbabuena. Recité el menú como si fuera un mantra mientras conducía de vuelta a mi presente.

Empeñada en volver a ser quien era, controlé mentalmente el tiempo de elaboración de los platos, visualicé el espacio que tenía en la pequeña cocina de mi hermana, su horno de casa de muñecas, las dos sartenes con el teflón levantado que descubrí en un armario y una batidora que, con toda probabilidad, sería una donación de Piero. No era el equipo adecuado para el éxito. Necesitaba menaje, envases de presentación que sustituyeran a una vajilla.

Mi cerebro, ese prodigioso laboratorio robotizado, me llevó a un lugar al que había acompañado a Lupe para adquirir suministros para un barco. Estaba cerca del puerto, en un polígono a unos kilómetros hacia el interior. No sabía si seguiría abierto; de no ser así, tendría que

improvisar y siempre me quedaría la opción de revolver en la trastienda de Piero. Di la vuelta y enfilé hacia el almacén.

Había estado tan cerca de El Paraíso que todavía me palpitaba el corazón. Mi estado de nervios subía y bajaba, me hacía trizas o me tranquilizaba, pero el caos emocional me prestaba una lucidez presurosa. Los pensamientos entrechocaban en mi cabeza como si estuviera concursando en un programa de televisión y corrieran los segundos. Aunque trataba de mantener el control, mi cabeza no dejaba de preguntarse quién podría haber colocado aquel cartel en el camino a El Paraíso. Podía informarme en el ayuntamiento, pero temía preguntar, averiguar si tenía okupas o si la razón era tan simple como no haber pagado algún impuesto.

Aparté a manotazos aquellos pensamientos absurdos y proseguí con la búsqueda del almacén de vajillas. ¿Qué me importaba ahora el puñetero cartel? ¿Acaso no había renunciado durante tres años a aquel territorio? Me dolía no haber sido capaz de cuidar mejor del lugar donde había sido tan feliz, me culpabilizaba haberlo dejado en manos de otros que, sin duda, no lo amaban como yo. Una voz interior me justificaba: «Estabas triste. La herida era reciente y has hecho lo que has podido».

El almacén que recordaba estaba a punto de cerrar por temporada y tenían los productos a mitad de precio. Disfruté eligiendo piezas caprichosas. Le compré a Lupe lo que necesitaba y me dirigí al súper satisfecha. No encontré algunos de los ingredientes que necesitaba, pero mi oficio facilita la improvisación. Como hacía mi madre, pondría pizcas de imaginación, cucharadas de atrevimiento y un chorrito de alegría…

Estaba en la cola de la caja cuando me sonó el teléfono. Vi el nombre de Piero en la pantalla. Había olvidado la cita que teníamos para cenar, pero no podía decírselo.

—Termino en cinco minutos, Piero. Estoy en el Eroski y voy a pedir que me envíen el pedido a casa. Disculpa el retraso.

—Tranquila. Voy a buscarte.

Los isleños como él están acostumbrados a que las noticias de los amigos lleguen de una manera u otra. La isla es pequeña. Nada puede

retrasarte tanto como para amenazar el bienestar que experimentas, todo se relativiza y nada queda lejos. Cuando salí, Piero estaba esperándome delante de su Méhari naranja.

El lugar elegido conservaba el aire de taberna mediterránea: una pequeña construcción blanca, mesas con manteles coloridos bajo un cañizo, velas en tarros de mermelada… Todo precario y encantador. Nos sentamos en unas sillas inestables y desparejadas. Las olas, pequeñas y machaconas, rompían con suavidad a unos metros de nosotros y el aire de mi isla me alborotaba el pelo y las ideas.

Me dejé conquistar por la belleza que me rodeaba. Siempre lo hago. A menudo me encuentro pensando que solamente la naturaleza es capaz de poner remedio a mis penas. No me costó quedarme en aquel lado del bienestar. Me relajé y dejé que Piero me contara lo que quisiera contarme. Miraba la orilla. El pelo de Piero se desordenaba con la brisa. Esa manera de estar en la vida que el verano y las islas ofrecen al urbanita es lo más parecido al olvido servido en bandeja. Una parte de mí escuchaba, y yo asentía de vez en cuando y daba sorbos a una cerveza artesana y fría que sabía a regaliz y a jengibre. En un momento dado, Piero desvió la conversación hacia esos territorios en los que solo dejas entrar a los viejos amigos. Entonces abandoné mi paraíso particular y le pedí que me hablara del invierno que mi padre estuvo solo.

—¿Te pareció que tuviera miedo?

—Me pareció que huía de algo, pero, como soy un soñador irredento, pensé que se trataba de una mujer.

Piero era casi la única persona con la que se había mantenido en contacto, pero cuando lo asesinaron yo estaba demasiado impactada para escucharlo. Se lo dije y le pedí perdón por haberme alejado tan rápido.

—De Formentera nos fuimos a París y luego yo tuve que ir a Londres, a Ginebra… Creo que no te llamé. Lo siento, Piero…

—No, no me llamaste, pero era yo quien debía hacerlo. Me imagino que uno no se recupera tan fácilmente. Aún lo imagino cuando voy a

Punta Prima. No tienes que disculparte… Te confieso que también yo me siento un poco culpable.

—Explícame…

—Desde que llegó, supe que sucedía algo. Días atrás me había llamado para pedirme que recibiera un envío suyo. No quería que nadie supiera que estaba en la isla, en mi opinión se escondía de alguien. Cuando se lo sugerí, empleó un tono de broma y entonces, ya ves, supuse que huía de una mujer…

—Todos pensamos lo mismo, que había una mujer detrás.

—Sí… Lo encontré distinto, no solo porque ya no se teñía el pelo y lo llevaba corto, sino porque me pareció que iba medio camuflado y no quería salir de la finca. Pensé que no era asunto mío, que él era un hombre mayor y que si necesitaba algo lo pediría. Creí sinceramente que esperaba a alguien. Nadie viene sin más a la isla en febrero por mucho que le guste. El año pasado vino un escritor porque aquí nadie lo molestaba. Lo único que me llamó la atención es que estaba demasiado nostálgico. Todo el tiempo hablaba del pasado, de su profesión, sus diamantes, las subastas, los quilates…, me contó anécdotas que desconocía y sé que escribía sobre ello.

—Sí, el famoso cuaderno.

—Hubo un día en que con mucha ceremonia me mostró un brazalete precioso que había pertenecido a Maria Callas. Tu padre estaba enamorado de su voz…

—Estaba al corriente. En 2004 salieron joyas de su adorada Callas a subasta en el Sotheby's de Ginebra. Compró varias piezas, aunque se mantuvo en el anonimato. Yo lo supe años después. Lástima. Eran preciosas.

—¿No han aparecido?

—Suponemos que se las llevaron con las demás cosas de valor que tenía. Lo que a veces me pregunto es por qué estaban en esta isla en lugar de en la caja fuerte de un banco… Debió de traerlas desde París, y eso me extraña. Mi padre cuidaba la seguridad.

Piero, generoso, contestó a todas mis preguntas y hasta añadió detalles. Cuando trajeron el postre, fue él quien se interesó por la razón de que hubiera vuelto.

—Nunca me había llamado para sustituirla. No lo entiendo muy bien. Lupe tiene gente con la que puede contar… Está claro que ha perdido la cabeza por ese hombre.

—Ese tío no me gusta. —Piero contrajo el gesto—. Lo he visto con ella. Mira mal pero no abre la boca, como si quisiera que no lo recordaras. Tiene algo de *play boy* en decadencia. Lupe no sabe escoger a hombres buenos, cada vez que llega a la isla algún sinvergüenza, ella se fija en él. Como me preguntaste por Hervé, llamé a Carmela, la que lleva el hotel donde trabajó. —Piero se metió la mano en el bolsillo y sacó un papel—. Hervé Fajardo, así se llama.

—¿Fajardo?

—Sí. Tenía una dirección de Barcelona, pero lo he comprobado, no vive allí. El teléfono tampoco está operativo. Lo echaron del trabajo porque ni entraba ni salía a la hora. Carmela dice que es un vago. Y no es francés, sino belga.

—Pues Lupe se ha ido a Niza a encontrarse con él y se ha dejado el móvil aquí. No tengo manera de comunicarme con ella, por eso pensé que quizá me hubiera dejado un mensaje en el contestador… —Asentí repetidamente—. Lupe enamorada es una bomba de relojería.

—Tu hermana sabe cuidarse. No la menosprecies. Cuando quiere manipula y consigue su objetivo. Se dará cuenta de que no es oro todo lo que brilla y lo dejará.

—Eso espero.

—¿Y tú? ¿Tienes pareja?

—Pareja en el sentido literal no tengo. Julia es mi pareja —bromeé —. Lo cierto es que me siento bien. Creo que he abandonado la idea de formar una familia tradicional. Nunca la he tenido y no la echo de menos. Se le coge gusto a la independencia y a la soledad. El amor necesita mucha energía, y no sé si la tengo.

—¡Ay, Eva, Eva!

—Naturalmente, si conociera a alguien que me mirara a los ojos y sonaran los clarines y todas las mariposas del mundo revolotean en mi estómago, me lanzaría, no te preocupes. Pero reconoce que a los cincuenta preferimos una película en la cama a salir de caza.

—Lo mejor es un amigo al que no tengamos que explicar cómo nos

hicimos las cicatrices… Eso lo leí en alguna revista y me parece acertado.

—Hablando de amigos…, ¿recuerdas a un pintor que solía venir con mi padre?

—Claro. ¿Felipe?

—Eso es, Felipe. ¿Lo has visto por aquí?

—No soy buen fisonomista… Sabes que no salgo de mi agujero y no me fijo en los hombres —hizo uno de sus incontables gestos—, pero, si está en la isla, es raro que no se haya pasado por la tienda, aunque ha sido un verano tan caluroso… Lo recuerdo. Un tipo afable, tranquilo. ¿Ha estado aquí?

—No lo sé con exactitud. Hace tiempo que perdimos el contacto. Entre la pandemia y mis pocas ganas de socializar he perdido la pista de muchos amigos, y él es uno de ellos, pero podría haber pasado por aquí.

—¿Por Sant Francesc?

—Probablemente.

—Pregunta en los hoteles, aunque, con lo de la protección de datos y eso, no creo que te informen. ¡Espera! Tu padre me habló de él… ¡Joder, Eva! No quiero hablar de Lorenzo para no hacerte daño, pero contigo delante lo tengo en la punta de la lengua. Lo siento.

—No te preocupes. ¿Qué dijo mi padre de Felipe?

—Creo que… —Piero frunció la frente como si quisiera concentrarse — no podía localizarlo. Eso es. Por lo visto sufrieron un desencuentro y quería saber dónde estaba. ¿Quieres que pregunte por él?

—No, déjalo.

Hice como si no me importara demasiado la presencia de Felipe en la isla, pero mientras lo mencionaba se me aceleró el pulso y hasta fantaseé con verlo entrar en la encantadora terraza donde estábamos. Me dio un vuelco el corazón. ¿Cómo iba a reaccionar si sucedía algo semejante?

De vuelta en Sant Francesc, me sentí una mujer totalmente renovada. Las confidencias me refrescaron el ánimo. Se lo agradecí a Piero y le

confesé que durante aquellas horas no había sentido soledad. Me abrazó como él lo hacía, estrujándome, borrando la distancia, susurrándome cosas bonitas al oído.

No era muy tarde cuando llegué a casa de Lupe, así que me dediqué a poner cada cosa en su lugar y a adelantarme con algunos de los preparativos. Cocinar me calma. Me concentro con facilidad y el olvido llega de inmediato.

Mientras aguardaba a que subiera el bizcocho, salí al pequeño balcón y me fumé mi cigarrillo. Un pequeño bullicio crecía en la plaza. Me fijé en los clientes del bar del centro. Piero quería presentarme a hombres solitarios que vivían en la isla con el pelo demasiado largo y un capazo al hombro. Tenían el aire de no querer compartir los motivos por los que habían acabado allí. Mi hermana debería haberse fijado en uno de ellos y no en aquel Hervé que era el desencadenante de todo lo irregular de mi vida actual. Su amor era un hombre oscuro. La oscuridad la atraía como la luz a una polilla, eso decía mi padre cuando Carmen no lo oía.

Miré en dirección a El Paraíso. Imaginé a mi padre habitándolo aquel mes de febrero, intuyendo quizá su muerte, hablando de sus tesoros a Piero… Como si hubiera apretado uno de esos misteriosos botones que poseemos para activar el recuerdo, una melodía que provenía de algún lugar de la plaza se coló en mi cabeza. La amaba y odiaba a partes iguales, porque le pertenecía.

Cuando mi padre llegaba de la joyería, al atardecer, se encerraba en una habitación al fondo del pasillo, hasta que mi madre lo avisaba de que la cena estaba preparada. Antes, nos daba un beso, se quitaba el abrigo y dejaba el periódico en una mesita en la entrada. Yo, que siempre tenía ganas de padre, escuchaba el ruido de la puerta de su santuario al cerrarse. Era su vigía y escrutaba en silencio, temerosa de los movimientos que pudieran hacer los moradores de aquel hogar envenenado. Pasados unos minutos, la voz de Jacques Brel se deshacía en súplicas desde un viejo vinilo.

«Ne me quitte pas» era su obsesión, aunque no sé si su canción favorita. Le pregunté por el significado de la letra. Me lo dijo, no era difícil imaginarlo. El cantante parecía estar llorando, se desgarraba

mientras suplicaba a su amor. Se ofrecía para olvidar el tiempo además de los malentendidos y le prometía llevarla a un reino donde el amor sería el rey y ella la reina.

He escuchado cientos de veces esa canción, que me transporta directamente a la mirada perdida de mi padre. La aprendí en un correcto francés antes de conocer esa lengua. Su melancolía me envuelve en una desdicha abismal.

Algunos días la tempestad que levantaba la melodía se desencadenaba con los primeros acordes del piano. Yo sentía los pasos briosos de mi madre por el pasillo acercándose a la cocina, abriendo la nevera y luego el congelador, del que sacaba una cubitera. Desde donde me encontrara, la alerta me proporcionaba la fidelidad de una escena que veía como si poseyera un periscopio en mi mundo submarino: mi madre golpeando el recipiente contra el fregadero de loza, tratando de hacer el mayor ruido posible, los hielos saliendo disparados en cualquier dirección, resbalándose desde la encimera hacia mis pies; su boca fruncida, los gestos constreñidos, exagerados, y una determinación extraña al depositar los pedazos en un vaso de ginebra.

Yo sabía lo que pretendía; apagar la melodía del «Ne me quitte pas», que a través del pasillo se transportaba por la casa, para que todo el vecindario supiera que allí vivía un hombre que anhelaba desesperadamente lo perdido.

A lomos de su impotencia y con la prisa que mostraba por alejar la realidad, mi madre se topaba con mis ojos, abría un Kas de naranja, se ponía un chorrito y me ofrecía el resto como si aquel zumo dulce pudiera ayudarme a tragar el sapo que me aguardaba. «¿Tienes sed, cariño?».

Yo quería decirle que aquel ritual me producía un miedo abrumador, que sabía que lo que vendría a continuación era todavía más temible que aquella sinfonía, y le preguntaba por la cena, añadiendo que tenía mucha hambre. Intentaba que mi urgencia la apartara de aquel vaso de ginebra.

En mi cerebro hay espacios reservados a mi pasado infantil, restos del síndrome sin nombre de la niña que lucha por conservar intacto el

timbre de la voz de su padre, el canturreo cuando se afeitaba, la manera en que sus pasos resonaban en el pasillo, el tacto del pelo de su brocha de afeitar y también aquella condenada melodía. Pero mi padre, en realidad, no era un hombre «*ne me quitte pas*». No suplicaba ni miraba atrás. Más bien necesitaba alguien que le permitiera seguir residiendo en un mundo en el que manejaba el silencio con pericia y buscaba caminos para escapar. Jaques Brel y Maria Callas poseían billete directo a sus fantasías.

Él, el hombre de la casa, lo daba aparentemente todo, pero era un falso generoso porque nunca soltaba nada que le importara. No llevaba tan mal ir desangrándose por la vida con la puñalada trapera en el corazón. Imagino que tenía esperanzas y que las alimentaba, en su despacho, con su música y sus recuerdos. Muy probablemente esperaba el momento de alejarse de su prisión, por eso no podía mostrarme cuánto me quería, porque iba a abandonarme. El único castigo que pude aplicar contra la dureza de diamante de su corazón fue mi silencio, no hablarle, solo clavarle mis elocuentes pupilas y no permitirle saber que, en mi mundo secreto, lo veneraba.

Al contrario que él, ella se agarraba al sufrimiento lo mismo que una bailarina de barra de un bar nocturno. Pasaba los días sin que pareciera esforzarse en vivir, pero por dentro se desintegraba. Sé que quería quererme y también que no podía. Su ternura se extraviaba cuando la ansiedad y esos temores imprecisos venían a buscarla. Cuando él se fue, dejó olvidado a Jacques Brel, ya no necesitaría evocar lo que iba a tener a su lado, y mi madre, en los meses siguientes a su partida, repitió el maldito guion bebiendo su brebaje a la misma hora, aumentando las proporciones de ginebra y renunciando al hielo.

A los doce años ya le vaciaba la copa sin que se diera cuenta, escondía las botellas o mezclaba el alcohol con el agua. Sabía cómo sujetarla sin caerme para llevarla a la cama y echar unas gotas de agua de lavanda sobre su almohada para disimular su insoportable aliento. Aprendí a aceptar su cuerpo desmadejado incapaz de ponerse en pie, a susurrarle que la quería y a hacerle ver que estaba allí, a su lado.

«Mamá, yo te quiero, no bebas más, por favor. No le diré a nadie lo que te pasa, pero te lo suplico, no bebas más, te vas a morir y me quedaré sola…».

A veces tenía que arrastrarla por el pasillo hasta dejarla delante de mi habitación para allí taparla, ponerle un cojín en la nuca y vigilarla desde la cama, porque era incapaz de levantarla del suelo. Todas las emociones que puede sentir una niña se abrían paso en mi corazón y me hacían vieja de golpe. Odiaba a mi padre por haberse ido, y también detestaba a aquella mujer desesperada que ni siquiera era consciente de que era su hija quien le suplicaba.

La tía Fina, mi querido ángel de la guarda, que no quitaba ojo a su hermana, empezó a venir con más frecuencia cuando él se marchó. Redujo su jornada en la escuela. Se quedaba con nosotras los fines de semana y luchaba como una jabata para que su hermana no bebiera. Ella venía para que yo dejara de vigilarla y saliera a vivir con mis amigas una adolescencia odiosa.

—Lávate los dientes, cariño, recoge el correo del buzón y estate pendiente de tu madre. Ya sabes lo que tienes que hacer si hay algo que no puedes solucionar tú sola… Llámame.

Ella la llevaba al médico, a la peluquería, rogaba a los vecinos que estuvieran atentos. Juntas simulábamos que la ira desmedida que exhibía cuando le escondíamos el alcohol no nos tocaba ni un centímetro de la piel. Fina hacía lo que podía, pero no todo lo necesario, porque todavía trabajaba de maestra en Plencia, un pueblo costero a pocos kilómetros de Bilbao.

Yo recogía las postales que enviaba mi padre. Cambiaba el texto al leérselas a mi madre, dedicándole cariñosas palabras que, por supuesto, no estaban escritas. Pespunteé la ruta de aquel padre anhelado en una página del mapa del mundo que arranqué de mi atlas. Con la concentración que necesita la prestidigitación iba trazando una línea, con un rotulador rojo, que partía de donde venían sus noticias hasta nuestra casa. Luego clavaba en el corcho, junto al cartelito de la cita con el dentista, trozos de papel con su letra desmañada. Y lo hacía con celosa irritación, como si con cada una de las chinchetas perforara un trocito de su corazón. Holanda, Francia,

Angola, Estados Unidos, Argentina, México… Un mundo sin él. Un mundo en el que yo debía perdonar al padre que me había abandonado, porque el mundo era mejor que yo, además de vigilar a mi madre, que no quería un mundo sin él.

La brisa mediterránea trajo un aire cálido a mi rostro. Suspiré y me deshice de mis pensamientos; estaba a punto de despeñarme por ellos. Me paseé por el salón. Visualicé una postal de Niza de las que él mandaba en sus infinitos viajes. Mi hermana estaría comiéndose una *socca* o una *brissaouda* y su «*Tu es mon amour*» le cantaría «Ne me quitte pas» a orillas de un trozo de mar azul.

El amor es un radar en el que confiamos ciegamente, sin plantearnos si su objetivo tiene un destino equivocado.

El cuaderno de Lorenzo

Eva y Lupe pensaron que Helene Winker y yo manteníamos una relación. Pasamos mucho tiempo juntos después de conocernos en Viena, es verdad, pero era porque perseguíamos su collar y mis diamantes.

Recorrimos con espanto un camino en el que los documentos que salían a nuestro paso nos revelaban un horror mucho más perverso que el que conocíamos. Estábamos en contacto permanente, nos enviábamos documentos y fotografías que servían para acercarnos a nuestra búsqueda. Ella deseaba cerrar la historia de sus antepasados desaparecidos en Auschwitz, antes de irse a vivir definitivamente a Israel.

Ya conocían a Erika. Mis erráticos movimientos, la ausencia casi permanente de París y mi incomunicación con Carmen y Eva les hicieron sospechar de ella. Helene es un bello animal herido, pero mi contacto con ella nada tenía que ver con la seducción. Como muchos descendientes de víctimas del holocausto, se ha pasado la vida preguntándose cómo pudo haber sucedido lo que sucedió. Yo solo pretendía ayudarla, hacerle ver que el mundo quería pasar página sin que nadie se detuviera en las esquinas de la vergüenza que afectó a casi toda Europa. Harán falta muchas generaciones para que el relato del oculto espanto vivido entre 1935 y 1945 salga a la luz, si es que sale. Políticos, empresarios y gente relacionada con la industria, la medicina, la banca o el arte quedarían manchados para siempre por el origen de sus fortunas o posesiones.

Helene, al despedirse, me trajo un documento para que lo leyera. Se trataba de la Decimotercera Ordenanza de la Ley de Ciudadanía del

Reich, firmada por los ministros del Interior, Finanzas y Justicia de Alemania el 1 de julio de 1943. El párrafo primero del artículo 2 rezaba: «La propiedad de un judío será confiscada por el Reich después de su muerte».

Las leyes en contra de los judíos comenzaron mucho antes, en Núremberg en 1935, y el éxodo de estos fue paralelo a lo complicado que les resultó vivir en Alemania o en la Europa ocupada manteniendo la dignidad. Cuando empezaron las deportaciones, el saqueo de sus propiedades ya era un hecho.

A partir de mediados de 1942, la mayoría de las pertenencias de las víctimas se apilaban en Auschwitz-Birkenau y otros campos, y llegaron a ser tan numerosas que hubo que centralizarlas. August Frank, miembro de las SS, dictó una serie de directrices para la distribución del botín obtenido en los campos. «Gafas con montura de oro, mantas, sombrillas, cochecitos de bebé, ropa interior femenina, utensilios de afeitado, navajas de bolsillo, tijeras», todo lo enviaban para venderlo a bajo precio sin que nadie supiera de dónde provenía. En Berlín, el oro requisado, incluyendo las coronas dentales, se fundía y convertía en lingotes para el Reichsbank en la empresa Degussa, implicada también en la fabricación y el suministro del gas Zyklon-B a los campos.

Según el historiador Michael McQueen, los objetos más valiosos, metales preciosos, moneda extranjera y joyas se entregaron al Departamento de Metales Preciosos del Reichsbank, que dirigía Albert Thoms. Pero algunas joyas, debido a su aparente valor, se quedaban en manos de Göring y Hitler o se enviaban a unos pocos joyeros de confianza del Ministerio de Finanzas o de las SS, para intercambiarlas en países ocupados o neutrales por diamantes industriales, esenciales para la industria de guerra alemana. Sospeché que mis diamantes siguieron aquella vergonzosa ruta hasta el cuello de la esposa de Göring.

Se desconoce la cifra exacta de víctimas en los campos, y no podemos más que hacernos una idea aproximada del tenaz saqueo al que sometieron a los ciudadanos judíos, pero las huellas de esta vergüenza perduran en todo el continente europeo. El despropósito fue orquestado, medido y transmitido a funcionarios locales, policía,

vecinos… Se apropiaron de casas, objetos domésticos, muebles, colecciones de arte, bibliotecas, vestidos, ropa de cama. Se incautaron cuentas bancarias y pólizas de seguros, y desvalijaron almacenes y empresas. Devastaron y confiscaron las colecciones más famosas de Europa —el castillo de Nikolsburg, la galería de Paul Rosenberg en París, la residencia de los Rothschild, el palacete de David-Weil—, por no hablar de tantas y tantas otras.

A pesar de que los conservacionistas de la época trataron de inventariarlo todo aun arriesgando su vida, no fue posible. En 1961, no hace tanto tiempo, una comisión de museos franceses tuvo por primera vez acceso a varios castillos en Austria y Chequia, donde los nazis guardaron obras de arte. Se hallaron muchas. Parte de ellas fueron subastadas por Christie's, y la mayoría de las ganancias terminaron en manos de organizaciones judías y otras víctimas de los nazis. Sin embargo, la casa de subastas hacía más de diez años que tenía localizada e inventariada dicha colección. Nada se sabe de los objetos de valor que pasaron a territorio soviético, y lo peor es que nadie ha querido saberlo.

Jamás se han recuperado las joyas de las grandes familias europeas y, mucho menos, los diamantes que se requisaron a los cientos de profesionales que se dedicaban a este oficio. Ni rastro del inventario de existencias en Amberes la noche que detuvieron a los judíos que se dedicaban al comercio de diamantes, menos aún el de los que controlaba el mercado en Austria, Hungría y Alemania.

No podía preguntarle a Göring cómo llegó al cuello de su esposa aquel collar confeccionado con los diamantes que el amante de La Motte vendiera en París. Tampoco podía consultar las listas de pasajeros de los numerosos barcos y aviones que llevaron a Latinoamérica a un montón de nazis con los bolsillos repletos de piezas robadas. La historia pasa de puntillas sobre el expolio más inimaginable, y los países implicados esperaron pacientemente a que los supervivientes y sus herederos murieran o perdieran la memoria del episodio más trágico del siglo XX.

Empecé, con poca fe, por revisar la vida de los colaboracionistas, en especial la de Alois Miedl, un marchante germano amoral que creció

como una termita al lado de los entonces poderosos. Acabó siendo el proveedor de los deseos de Hermann Göring y vino a refugiarse en España cuando vio que la guerra estaba perdida para Hitler. Saqueó profundamente los Países Bajos, y empleó su dinero para comprar lo que quiso en París. Fue, en definitiva, uno de los muchos colaboracionistas que amasaron una gran fortuna, nunca fueron juzgados y murieron tranquilamente en su cama.

Pero su nombre, mientras revisaba documentos, apareció unas cuantas veces, y cada una de ellas parecía querer decirme algo.

7

Felipe Irizar

Octubre de 2020

> El abrazo del agua no fue tan efusivo como otras veces, la carga suplementaria de suspicacias y recelos lastraba el ímpetu y el ritmo de la brazada.
>
> JUAN MARSÉ,
> *Esa puta tan distinguida*

Marcó el número de Lupe a intervalos de una hora durante todo el día. No cogía el móvil y el contestador del fijo saltaba de forma automática. No quiso dejarle mensajes. La agotadora relación llegaba a su fin y su silencio no hacía sino certificarlo.

Antes de perder la compostura, Felipe solía agotar todos los recursos existentes para evitar un enfrentamiento. Detestaba la violencia. Era una de sus virtudes y también su talón de Aquiles. Con frecuencia prolongaba las situaciones que demandaban su intervención, no se enfrentaba a ellas y la falta de resolución acababa carcomiendo su autoestima. De alguna manera, eso era lo que le había ocurrido con Barbara: prefirió abandonarse y caer en el alcoholismo a enfrentarse a ella. Quizá, pensó después de renunciar al teléfono, le pasaba algo semejante con Eva.

Durante el verano, temeroso de que Eva irrumpiera en El Paraíso sin saber que él lo ocupaba, incrementó las llamadas a Lupe y se acercó a su casa para deslizar bajo la puerta una nota en la que la apremiaba a

informar de su presencia a su hermana. Todo había sido inútil. De la misma manera que él evitaba el choque, ella era diestra en desviarse para no tener que dar una respuesta.

A finales de julio, coincidieron en el puerto. La divisó, inconfundible, entre el gentío que despedía a los que abandonaban la isla en uno de los ferris. En un principio, Felipe temió que estuviera allí para recibir a Eva y se le aceleró el corazón. Luego se dio cuenta de que el barco ya estaba lleno y que en esos momentos partía hacia Ibiza. Lupe estaba con su pareja y saludaban a un chico que les devolvía el gesto desde la cubierta. No quiso abordarla allí, así que esperó y los siguió hasta el aparcamiento.

Caminaban enlazados como una pareja que acaba de conocerse. En uno de los exagerados gestos que Lupe tenía la costumbre de hacer, se giró y lo descubrió. Su semblante de felicidad cambió en un instante. El pintor la saludó amigablemente y, sin darle opción a respuesta alguna, le mencionó con seriedad sus numerosas llamadas. A su manera, la conminó a que cumpliera su compromiso y llamara a Eva. Le tendió el móvil para que lo hiciera. Lupe, furiosa, le propinó un manotazo.

—¡Quién demonios te crees para darme órdenes!

—No son órdenes, Lupe. Llegamos a un acuerdo. Tú hablarías con Eva para informarla de que me habías autorizado a vivir en El Paraíso. Ibas a ponerla al corriente de mi voluntad de contactar con ella…, en fin, de que yo no estaba en El Paraíso para ocuparlo, sino para repararlo y repararme. No lo has hecho. He cuidado la casa, he arreglado lo que no funcionaba y está preparada para recibirla, pero no quisiera que uno de estos días apareciera y me encontrara. Por nada del mundo deseo causarle dolor. Si no la llamas tú, lo haré yo hoy mismo.

—Haré lo que crea que debo hacer. Si no te gusta esta situación puedes irte por donde has venido. El Paraíso no me pertenece, no tenemos contrato alguno y puedo negar que te he autorizado la entrada y denunciarte por okupa.

La altanería le resultó un veneno inadmisible. Las pequeñas dosis de ira que sentía cada vez que ella lo ninguneaba se acumularon.

Recordó las ocasiones en que su amigo Lorenzo volvía exasperado tras intentar hacerla entrar en razón. Lupe no era una mujer inteligente, pero sí lista. Manipulaba, pero no distinguía a quién, era una rebelde inútil y las más de las veces irrazonable. Se acercó a ella sonriendo.

—Perfecto, Lupe. Llamaré a Eva. —Hizo ademán de sacar el móvil —. Le gustará saber cómo has jugado con ella y me has ocultado. Es evidente que el jardinero, el carpintero que arregló los postigos e incluso Dolors saben que me has dado las llaves y las contraseñas de seguridad. Tu hermana te conoce bien, me consta. Puedes decirle lo que quieras. Eso no me preocupa. Lo que de verdad me inquieta es la manera en que romperás el corazón de Eva cuando comprenda que le has ocultado no solo mi presencia, sino mis intenciones. Y créeme, estoy francamente harto y voy a prepararme para el combate. Debí escuchar a Lorenzo cuando me advirtió sobre ti.

Felipe sabía que la última frase le dolería más que todo lo anterior. Soltó un suspiro. La expresión de Lupe era de total desconcierto. Felipe se guardó el teléfono.

—Lupe, me ocuparé de informarla de cómo ha sido el proceso y luego me iré —prosiguió sin mirarla—. La llamaré mientras hago la maleta, sin público y cuando esté más tranquilo. Pero te prometo que la llamaré.

—¿Es una amenaza?

—No, Lupe, no es una amenaza, solo te advierto de lo que voy a hacer.

En ese momento, su acompañante, que se mantenía atento pero en un segundo plano, se pegó a ella y le susurró algo al oído que la hizo reaccionar.

—Vale… De acuerdo. No nos pongamos nerviosos.

—¿No crees que andamos tarde para eso?

—Me has cogido a traición, reconócelo… Hablé ayer mismo con Eva. Tiene mucho trabajo en Bilbao y no sabe si vendrá este verano. —Su voz sonaba tranquila y conciliadora—. Yo también estoy ocupadísima, así que no he encontrado el momento propicio para hablarle de ti. No es fácil… Estoy en conversaciones con alguien interesado en la compra de la finca —Felipe advirtió que cruzaba una

mirada con su pareja—, así que no está mal que tú estés ahí y que todo esté en orden… Te agradezco lo que has hecho. Por otra parte, si sabes tanto de mí, te habrán dicho que no me gusta que me den órdenes…

—Lupe —Felipe se guardó el móvil—, entiendo lo que me dices, pero tú mejor que nadie sabes que necesito hablar con Eva.

—De acuerdo. —Hizo un gesto de cansancio, como si la conversación la estuviera agotando, se tomó su tiempo para arreglarse el cabello—. Dame un par de semanas… Ella atraviesa un periodo difícil, no está bien. Déjame escoger el momento. Todo lo relacionado con esta isla la enferma.

—¿Qué le sucede?

—Ha tenido una pequeña intervención y ahora está descansando.

Felipe se mordió la lengua. Sabía que había improvisado su respuesta y que iba a arrepentirse de concederle un nuevo plazo. Su pareja se mantenía a su lado, las piernas abiertas en esa postura masculina de estar preparado para el desafío.

—Espero no arrepentirme… Por cierto, voy a poner un cartel en el camino que avise a los caminantes de que es propiedad particular. He visto más y no creo que disuada a los vecinos, pero quizá aparte a los entrometidos…

—Haz lo que quieras.

No se estrecharon la mano ni se dieron los besos de cortesía acostumbrados. La guerra estaba declarada y ambos lo sabían.

El efecto del desagradable encuentro lo mantuvo alterado durante días. Aplazó lo inaplazable. No se sentía precisamente feliz por ello, pero esperó. Dejó que pasaran los días y siguió reparando la casa como si deseara que Eva apareciera y lo perdonara.

Había llegado a Formentera arrastrado por una culpa que empezaba a disiparse. Eligió la isla para recobrar su viejo equipaje y volver a la vida. El contratiempo era Lupe. Estaba en el programa desde el inicio, pero lo obvió. Ahora, con la cabeza en su sitio, el plazo cumplido y sin noticias de ella, la bola estaba en su tejado.

Buscó en el armario del baño el viejo bote de «bálsamo de tigre». Era una de las especialidades de Carmen y, aunque llevara varios años en el estante, la vigencia del amor que ella ponía en la fabricación de sus pomadas no caducaba. Se la extendió por el pecho. En el fondo esperaba un milagro. Un olor mentolado, aplacado por el tiempo, le subió a la nariz y le abrió los pulmones. Respiró pausadamente siguiendo la trayectoria del aire hasta que una punzada de dolor lo interrumpió. Envuelto en el viejo jersey de Lorenzo y sentado en el poyete de la entrada como un jubilado, mantuvo unos minutos de conversación silente con su amigo. «Te he tenido y te he dicho cómo me siento. Creo que me he despedido como puedo hacerlo de alguien que seguirá conmigo. Ahora, contigo en el corazón, me vuelvo a París. Lupe me ha puesto las mismas zancadillas que a ti. Me queda hablar con Eva, pero no te preocupes, te prometo que lo haré».

El sol teñía el horizonte de los colores que Sorolla había tomado prestados del Mediterráneo. Durante unos minutos no existió nada salvo aquel festín de envidiables pigmentos que le regalaba el atardecer de la isla de Formentera. Estaba muy cansado, casi exhausto, pero antes del reposo quería estirar las piernas y, si acaso, despedirse de nuevo de los alrededores de El Paraíso.

Los últimos días se sentía como los monjes que caminan por el claustro de su monasterio. Iba a volver a París, estaba a punto de recobrar su apartamento y había tomado la firme decisión de buscar un taller. André ya estaba hablando con un nuevo agente, al que de momento no quería conocer. Miró su viejo reloj, el que Lorenzo le había regalado y justo comenzaba a usar. Faltaban unos minutos para las nueve. El doctor Bonnin tenía que llamarle en un cuarto de hora.

Hacía semanas que había reservado un billete de ida a París, mandaba correos, daba órdenes al banco y confirmaba sus citas médicas. El anuncio de la llegada de Nina y su marido había supuesto el empujón definitivo. En tres días estaría cenando con ellos en el restaurante de la rue Latour que a Lorenzo y a él tanto les gustaba. Regresar suponía recuperar las pequeñas cosas de su mundo anterior, pero también asumir las otras, las aplazadas y necesarias. Debía hablar con Nadine y, desde luego, con Eva. Volver ya no le espantaba, pero

una incipiente ansiedad empezaba a germinar en su estómago.

Se agachó para arrancar una mala hierba que crecía cerca de las matas de tomillo. Como si tuviera resortes metálicos, sus articulaciones se resintieron. Imaginó a la profesora de pilates, aquella elástica chica francesa de Toulouse que impartía clases a los jubilados de Castéra y que le hablaba de las fascias y del centro del poder. Le iría bien hacer yoga otra vez. Eso también podría ser una actividad para realizar cuando volviera a París.

Volver a París… También volvió desde Capri, tres días después de enterarse la muerte de Lorenzo. Entonces le pareció que la ciudad murmuraba espesas sentencias sobre su lealtad. En los pocos días que pasó allí, padeció un dolor desconocido, el de su corazón goteando impotencia, marcándola con la sangre de su herida. No tuvo valor para confesar sus sentimientos, ni pudo pedir cobijo en las condiciones en que estaba. Se derrumbaba en cada aliento y deseaba que la muerte fuera a buscarlo para poder ver a Lorenzo de nuevo.

Al menos, su amigo se había ido sin conocer su decrepitud. Pues en aquellos días Felipe se había convertido en un hombre impresentable, sin rumbo, que se pasaba el día borracho, incapaz de asumir su vida, aunque le quedara suficiente consciencia como para avergonzarse. Sin embargo, eligió vivir y se internó en el centro que le había recomendado la hija de Nina. Ahora allí estaba, a punto de volver a París para encontrarse con ella.

Como si hubiera instalado una alerta inconsciente, recordaba las palabras que Lorenzo y él intercambiaron el último día que se vieron. «No es tu último tren, no te equivoques. El mundo está lleno de personas a las que puedes amar sin que te extorsionen. Barbara va a hacerte pedazos, amigo mío», le dijo Lorenzo después de que le confesara que pensaba casarse con ella. «Mírame. Nunca creí que fuera a aparecer Erika y a veces tengo que pellizcarme cuando me pide que vaya a Berlín».

Erika… Lorenzo, entonces, era un hombre que caminaba atribulado y feliz al mismo tiempo. Estaba a punto de confesar a Carmen que estaba enamorado y que su amor por Erika no era una aventura para reforzar su ego seductor. Sufría y al mismo tiempo construía en su

imaginación su futuro junto a ella. «Estás a tiempo. Tu princesa es una bruja disfrazada. Acepta lo que te digo, o al menos duda, pero no te cases con ella ni le entregues lo que tanto esfuerzo te ha costado conseguir». Lorenzo le había hablado de una manera que él detestaba. Lo hizo desde su torre de poder, algo reservado a otros, nunca hasta entonces a él. Cruzó los límites del respeto y la lealtad. Él, a su modo, también. Lorenzo se comportó como el hombre prepotente y obstinado que era en el fondo de sí mismo. Felipe le quería, pero abofeteó su ego profetizándole una vejez solitaria, sin el amor de la hija a la que había abandonado por sus codiciados diamantes.

Tomó un vuelo a Nueva York imaginando que el anonimato de la ciudad que nunca dormía mitigaría su dolor. Buscaba un lugar donde esconderse de aquel infierno que lo abrasaba. No fue tarea fácil. Carecía de voluntad o disciplina y la desesperación lo carcomía. Dejó de distinguir los días de las noches y en apenas unos meses acabó tirado en una calle de Manhattan adicto a todo lo que lo anestesiara.

Felipe Irizar había tenido ángeles custodios a su alrededor desde el momento en que vino al mundo, las monjas del hospicio, los profesores, el propio Lorenzo… En esta ocasión, la vida le envió a Nina Epstein, una coleccionista de arte que le compró varios cuadros y con la que le unía una cierta amistad. Nina tenía una hija médica en el Metropolitan Hospital Center y por ella tuvo noticia del estado en que se encontraba su admirado pintor. Su ángel se ocupó de él. Le buscó una clínica de rehabilitación, lo ayudó a cerrar el apartamento y enviar sus pertenencias a París, además de acompañarlo hasta el umbral del centro, un establecimiento escondido entre los bosques que rodeaban el lago Michigan, en el estado de Wisconsin, donde permaneció diez meses. En plena naturaleza, acompañado por personas que, como él, no eran capaces de sostenerse, comenzó a ponerse en pie y a distinguir los días de las noches.

Siguiendo el consejo de los psiquiatras y terapeutas que lo atendían, regresó a Francia sin pasar por Nueva York. Nina siempre estuvo en contacto con él y siguió haciéndolo cuando entró en la segunda fase. Le quedaba por delante un largo camino y los americanos le recomendaron una residencia en el departamento de los Pirineos

atlánticos de Francia especializada en devolver a la vida a los que renunciaban a ella. Viajó hasta Pau, la capital de la región de Aquitania, y entró en una clínica más modesta y libre. Desde los ventanales podía ver los Pirineos, esa frontera natural y hermosa que le recordaba lo cerca que estaba de la ciudad donde había nacido.

Tras casi un año, pasó a un piso tutelado cercano al centro, en el que no duró mucho. Su mejoría, su edad y la tenacidad que demostraba hacían de él un paciente fiable para iniciar su propia vida siempre que, una vez al mes, los visitara para los controles presenciales.

La casa que Felipe eligió estaba a las afueras de Castéra-Verduzan, un pueblo cercano a Auch, en la región de Gers. Situada en un alto, donde los templarios encontraron refugio, también desde allí se veían las cumbres nevadas de las montañas pirenaicas y los campos suaves de la zona. Su cobijo era una granja restaurada por un pintor local que tenía allí su taller. El hombre había sufrido un accidente y no podía seguir viviendo de forma independiente, así que aceptó a su peculiar inquilino con la promesa de que cuidaría su caprichoso hogar durante un año. La casa incluía un viejo Volkswagen.

Iluminado por un enorme ventanal, enmarcado por los campos ocres y verdes de aquella región agrícola, el taller era su estancia favorita. Cada día, después de sus meditaciones y gimnasias acudía allí, achicaba los ojos, miraba las perspectivas, aspiraba los aromas suspendidos en el aire —trementina, aguarrás, aceite de linaza— y volvía a irse. Su caballete estaba preparado, sus pinceles limpios, los tubos de pintura dispuestos y los viejos lienzos del pintor jubilado arrumbados contra la pared. Encontrar aquel lugar le pareció un milagro.

Los artistas pasan años buscando un enclave perfecto para concentrarse en su creación y aquel lo poseía todo. Tenía naturaleza, estaba alejado, era difícil de encontrar y contaba con espacio para abordar grandes lienzos además de un precio más que razonable… Se daban todos los requisitos que necesitaba para volver a pintar. Felipe estaba limpio, dispuesto a estrenar su nueva vida, y tan solo necesitaba un agente nuevo, cosa que su amigo André le

proporcionaría en el momento en que se lo pidiera. Todo estaba listo para que retomara su pasión y, sin embargo, la ventana por la que veía la vida en un lienzo se había cerrado. El mundo ya no era azul de Prusia, violeta ultramar, verde cobalto, magenta o tierra de Siena. Los colores, debido al sufrimiento, perdieron su vitalidad y, cuando cogía un pincel, le temblaba la mano.

Cuando lo confesó en su sesión de terapia de grupo, le dijeron que su caso no era excepcional. Aunque hubiera desmenuzado las razones por las que había descendido a los infiernos a lomos del alcohol y las drogas, los efectos secundarios eran variados y complejos. La creatividad en muchos artistas estaba subterráneamente ligada a esos estados anímicos que provocan los abismos emocionales en los que nadie, salvo uno mismo, era capaz de encontrar la salida. En la medida en que optara por vivir, permanecería en estado de letargo, hasta que su psique se sintiera sanada del todo.

Los duelos no ponían fácil la creación. El camino de retorno era una selva.

El psiquiatra le aseguró que volvería a pintar. Desde su atalaya, allí en Formentera, miraba muchas tardes las nubes, que pasaban por encima de su cabeza con prisa mediterránea. Eran hermosas y estaban llenas de matices. Felipe saboreaba la sutileza de sus colores y deseaba con todas sus fuerzas atraparlas en un lienzo, pero no lo conseguía.

Ahora, cuando volviera a París…

Minutos antes, la voz profunda del doctor Bonnin le había prometido que al menos un día a la semana tendría una hora para encontrarse con él aunque fuera a través de la pantalla del ordenador. Su terapeuta seguía en Pau. Pese a que no le gustaba la versión tecnológica del consuelo de una sesión terapéutica, aceptó.

Volvería a París y quizá pudiera pintar los colores del Mediterráneo.

El cuaderno de Lorenzo

El único poema que aprendí de memoria fue uno de Mario Benedetti. En realidad no sé si se trataba de poesía o era un extracto de alguna de sus novelas. Estaba en la pared de un restaurante del barrio latino y se me quedó grabado en la memoria. Decía algo así como que, en el fondo, el amor era una cosa seria.

Sí lo es. Y por ello debo hablar de mi esposa, de la madre de Eva, también de Carmen Linares, que tiene el privilegio de lo inolvidable, y de Erika Schulz, mi último amor. No debo hacerlo de otras mujeres de las que recuerdo retazos, miradas o fragmentos de conversación. No he sido un hombre fiel. Mis viajes me permitían encontrar abrazos sin que nadie sufriera por ello, pero no es este el mejor lugar para levantar acta de mi moralidad.

Me casé con Amelia en un momento en que era incapaz de discernir acerca de lo que quería. Regresé a Bilbao por una convencida lealtad a los míos, una lealtad que se inocula en la sangre para perpetuar la familia. No me defendí lo suficiente de lo que sabía iba a alterar mi destino. Estaba herido; joven, sin mi amado París y con Carmen de regreso en México. En casa de mi madre me planchaban las camisas y a las dos en punto, al salir de la joyería, me esperaba el plato en la mesa de un comedor abastecido. Los hombres éramos incapaces de ser independientes.

Amelia llegó dulce, entregada y capaz de construir un nido del que no quería huir. El matrimonio era su destino. Desde el primer día me sirvió, me cuidó, se pegó a mí como si fuera un niño que necesitara protección. Yo ya había vivido con Carmen una relación distinta. Al inicio intenté hacerle ver que yo no necesitaba su protección, que

buscaba el amor, la complicidad, nuestro espacio. Pronto supe que aquello era inviable.

Éramos dos desconocidos que intentaban saber del otro. Las relaciones con ella siempre fueron complicadas. Era tan diferente a Carmen que tenía que hacer un esfuerzo inmenso por entender si, tras aquella aparente peculiaridad, se escondía una mujer excepcional o lo contrario. Su dulzura no era sino un muro tras el que se refugiaba.

Los primeros signos inquietantes aparecieron al poco de que naciera Eva. Simplemente se tornó una mujer frágil, incapaz de cuidar de la niña. A veces la miraba como si fuera un error con el que no sabía qué hacer. Lo consulté con un médico y me dijo que la maternidad podía desencadenar comportamientos insospechados; era necesario cuidarla y mostrarle cariño. Eso hice, y también me volqué en la pequeña. Amelia, a pesar de todo, se volvió posesiva, errática y asocial.

Cada noche una opresión en el pecho me recordaba que nuestra unión era un error y que estaba atrapado. Resultaba una tentación muy masculina, proteger a la mujer, ocupar un lugar único en su vida y construir una familia cuyo fundamento eras tú. Eva me convirtió en padre y dinamitó las justificaciones que levantaba en torno a mi matrimonio. Descubrí que la paternidad podía retenerme, pero la vida conyugal se convirtió en un infierno y empecé a alejarme hasta que me fui del todo. Nueve años después del nacimiento de mi hija, puse rumbo hacia lo que recordaba que era una vida feliz. Volví a París.

Me dio miedo enfrentarme a la fragilidad de Amelia y, engañándome a mí mismo, dejé a mi hija a merced de una mujer que no podía cuidarla. No me gusta mirar atrás cuando de sentimientos se trata y detesto regodearme en lo que no tiene remedio. Sigo teniendo pendiente una cuenta con Eva, siempre la tendré. Necesitará hasta el fin de mis días una palabra de perdón, de reconocimiento, de confianza… Y las que le ofrezco no la sacian.

En fin, mejor será que vuelva al objetivo de estas líneas: a mis diamantes y, según releo, a Alois.

Aunque ese nombre repiqueteaba en mi cabeza, pues era el marchante de cabecera de Göring, la lista de colaboracionistas con el régimen nazi parecía infinita. Conseguí aislar a joyeros, casas de

subastas, marchantes y coleccionistas. Las joyas, o las piedras preciosas, siempre han contado con la pequeñez y el anonimato. Sus robos y transacciones han ido a lo largo de los siglos por canales discretos e indetectables. Mis piedras viajaron en el forro del abrigo de una mujer conducida a un campo de concentración, donde la iban a despojar primero de su dignidad, de los suyos, de las prendas con las que vestía y finalmente de la vida. Los objetos pertenecientes a los gaseados iban de mano en mano, un botín que, como creo que he contado, se reciclaba si no tenía mucho valor y si lo tenía se desviaba a los lugartenientes de Hitler o a él mismo. Los diamantes del collar que había estado a punto de rodear el cuello de María Antonieta fueron a parar al de Emmy Göring mucho tiempo después.

Tengo una buena relación con las casas de subastas, y todos sabemos las que monopolizaron sus negocios con el Gobierno alemán. Entre 1936 y 1945 obtuvieron beneficios incalculables. De hecho, la casa de subastas Neumeister llegó a un acuerdo con el Instituto Central de Historia del Arte de Múnich para prestarles los noventa y tres catálogos que guardaba de ese periodo y que incluían nombres de compradores. Uno de sus principales clientes era Martin Bormann, secretario personal de Hitler, y desde luego Göring. Revisé la documentación y no vi rastro alguno de que hubieran subastado el famoso collar. Bormann desapareció tras la caída de Berlín y fue condenado *in absentia* por el tribunal de Núremberg. Las especulaciones sobre su huida duraron unos años, hasta que en 1972, mientras realizaban unas obras en una casa de Berlín, aparecieron dos cadáveres. Uno de ellos era él.

En mi investigación, también descubrí que muchos bancos en los que los judíos habían depositado sus joyas, diseminados por la Europa ocupada, sufrieron asaltos o fueron bombardeados. Los soldados alemanes o la misma población vaciaban las cajas fuertes y escondían el botín para que no fuera requisado.

En cuanto a Emmy Göring, qué decir… Tras la caída del régimen fue acusada de nazi y condenada a tan solo un año de cárcel. Su esposo gozaba de un patrimonio inmenso: obras de arte, joyas, castillos, mansiones y granjas. A Emmy le requisaron un treinta por

ciento de sus posesiones, entre las cuales no estaba el collar. Vivió en Múnich hasta su muerte, a los ochenta años. Los documentos no contemplan que su hija haya gozado de un patrimonio excepcional. Los bienes de Hermann Göring pasaron a manos del Gobierno alemán. En el inventario, naturalmente, tampoco figuraba ningún collar con cinco diamantes semejantes a los que busco.

Las joyas históricas no son fáciles de colocar en el mercado. La mayoría están identificadas. Las conservan los coleccionistas, familias de generación en generación, o las afamadas casas de joyería que las confeccionaron y quieren conservar la historia de su trabajo. Siempre, y más específicamente en los últimos treinta años, se acaba sabiendo de sus poseedores o de por qué se deshicieron de ellas, se habla de sus maldiciones, de sus poderes extraordinarios o de su precio. En la actualidad las casas de subastas poseen los nombres de los que buscan joyas de Maria Callas, como yo, o de tiaras principescas, como Jeanne Duffort. Entre su documentación figuran los nombres de los testaferros representantes de clientes con dinero de dudosa procedencia que codician joyas que hayan pertenecido a reinas o reyes.

Pero hablamos del fin de la Segunda Guerra Mundial, del caos que reinaba en una Europa expoliada y yo sabía que el collar probablemente había sido vendido por Alois Miedl, a quien imaginé sustituyendo los diamantes en el mismo momento en que se enterara de su posible procedencia.

El marchante de Göring aterrizó en España en 1944 y se instaló en el lujoso hotel Continental de San Sebastián. Se sabe que escogió la ciudad por su cercanía a la frontera y que desde allí entraron cientos de cuadros procedentes de la colección de Göring. Algunos fueron retenidos por la aduana de San Sebastián; Miedl vendía y expedía a América el resto.

Nunca fui un hombre complicado. Asumía o rechazaba lo que se me ofrecía sin que me supusiera dificultad alguna. Así fue hasta que cumplí sesenta años y entendí que el tiempo que tenía por delante era bastante menos que el pasado y que debía escoger. Ahí cambié algo, ya no aceptaba las cosas, sino que me guardaba la satisfacción de negociar.

En aquel momento decidí que debía salir de las bibliotecas, olvidarme de la documentación y acudir a lugares o a personas que conocen los túneles por los que viajan las cosas desaparecidas.

8

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> Viviendo como vivimos de la ilusión quizá lo más importante para nosotros sea la confianza en nosotros mismos. Sin esa confianza, somos como bebés en la cuna.
>
> VIRGINIA WOOLF

La conversación con Piero y la melodía de Jacques Brel me destartalaron el ánimo zarandeándome durante la noche en sueños extraños. Para buscar la paz que necesitaba, me di una ducha larga, me vestí y fui a desayunar a una terraza de la plaza.

Uno de mis sueños se desarrollaba en la casa de los Landaluce, un piso enorme, siniestro y con poca luz donde mi abuela paterna sobrevivió casi cien años martirizando a sus hijos. Recuerdo vagamente ir de la mano a visitarla. Era una mujer corpulenta cuya ternura consistía en amenazar a sus nietos si no eran capaces de comportarse. Yo no abría la boca. En algún lugar de mi memoria, permanece inalterable el rastro de un protocolo estricto que me atemorizaba. Cuando mi padre se fue a París y como si mi madre y yo fuéramos las culpables, pasamos a ocupar un lugar en la lista de sus compromisos sociales: comuniones, bautizos y el 6 de enero me veía obligada a ir a recoger mi regalo de Reyes a la casa de mi abuela. Allí, era sometida a una batería de preguntas antes de que me dieran un

paquete con algo práctico o útil.

La víspera de aquellos encuentros mi madre se alteraba. Para cuando llegábamos a la cita y sin que yo me hubiera dado cuenta, ya hablaba más de la cuenta, se escapaba de mi férrea vigilancia y bebía como si no hubiera un mañana. Un día dejamos de acudir y no volvieron a invitarnos. La tía Fina habló con mi padre y decidieron que sería mejor para nosotras vivir en Guecho, donde pasamos algún verano. Cerramos la casa de Bilbao y nos trasladamos a ese enclave privilegiado que destila felicidad por sí mismo. Es mi nido hermoso y saludable. Mi padre compró un piso grande, espacioso, frente a la playa de Arrigunaga, con unos ventanales desde los que el mar no puede guardar secretos y donde sigo viviendo. El traslado fue una dulce tregua. Me agarré al horizonte, cogí la costumbre de vigilar las mareas y empecé a saborear la vida con la fruición que necesita uno de esos caramelos interminables, bendecidos el día de San Blas.

Mi madre dejó de beber. Se enganchó al café, al cigarrillo y a una hiperactividad que canalizó cocinando dulces para todo el que se acercara. Tenía una vida nueva. Nadie la recordaba del brazo de su marido huido y creyó que podía ser otra. Me dio tiempo a construir una rutina con horarios, sin temores, a enamorarme del hijo de un vecino que tenía una academia de idiomas, a bailar apretada, a suspirar y a creer que en ese íntimo abrazo había una felicidad que debía conquistar. Dejé de vigilar a mi madre para ser yo.

Aquello no fue descubrir el sexo o la pasión, pero conseguí tener una idea del hasta entonces desconocido camino que empieza en la adolescencia, se persigue y conforma gran parte de nuestra vida fértil. Recuerdo haberme sentido atrapada, fascinada, anhelante y perdida ante el deseo de tocar la piel de Germán (así se llamaba el muchacho). Después de él, mis encuentros no tuvieron otra finalidad que robar la ternura, hasta dar con el minuto de eternidad y olvido. El amor borraba mis pesadillas, me inoculaba esperanzas, me ofrecía la posibilidad de ser feliz. Eso, precisamente eso, hizo que diera muchos pasos en la dirección errónea.

La tregua apenas duró dos años. La pesadilla regresó un día sin avisar. Volvieron la lengua de trapo, el abandono y los desmayos.

Volvieron las botellas escondidas, las justificaciones inútiles, el patético disimulo. Volvieron los ingresos intermitentes y la insoportable soledad.

Tenía quince años cuando ingresaron a mi madre en una clínica de Santander durante seis meses. En principio iban a curar su alcoholismo.

Vivía sola, de lunes a viernes. La tía Fina venía al atardecer del último día de la semana y se quedaba hasta el lunes. Una señora se ocupaba de la casa, me dejaba la comida preparaba y unas notas en las que me pedía que comprara jabón para la lavadora o me informaba de que se estaba terminando el aceite de oliva. Una adolescente puede encontrar la deriva con mucha facilidad, pero yo no tenía la intención de seguir el camino de mi madre.

Aprendí a ser independiente, a amar la soledad y a organizar mis tareas. Era responsable, mucho para mi edad, y odiaba las drogas y el alcohol, aunque con los años comprobaría que había contraído una fuerte adicción al amor. A veces me sentía feliz. Me culpabilizaba por no echarlos de menos, pero en realidad aceptaba que vivir con tus propias normas resultaba bastante satisfactorio. Creo que fue por aquel entonces cuando recuperé el viejo cuaderno de recetas de mi madre y empecé a cocinar. Mi deseo de convertirme en una profesional, una cocinera o, como empezaba a denominarse, una chef vino más tarde.

Volvieron las pizcas y las cucharaditas. La vi tantas veces humedecer la ramita de vainilla para arrastrar con el cuchillo el interior de la vaina que era como si aquellos gestos alimentaran mi necesidad de amor. La soledad empezó a esconderse en los armarios de la cocina, en el olor a bizcocho recién horneado, en la *mousse* que ocultaba su esponjoso lecho. Picaba en juliana un pimiento con la pericia de un cocinero, escondiendo los dedos, y de pronto aparecía la dicha como el conejo de un mago que asomara las orejas por la chistera. El pasado se sofreía en un aceite denso que quitaba la arrogancia a la cebolla caramelizándola. Me salvaba en cada receta y de paso enamoraba a los hombres a los que invitaba a cenar. Me di cuenta de que cuando cocinaba era generosa y, por lo tanto, feliz.

Supe que mi madre me había dejado una gran herencia.

Habría sido fácil cerrar la puerta, coger el cuaderno de recetas y acurrucarme en su regazo, cuando mi padre me ofreció vivir con él en París. Pero no lo hice. Algo me impedía abandonarla del todo. Los vínculos tienen extrañas maneras de hacerse indisolubles. Me sentía atada a ella y también a mi tierra, a la gastronomía, a mis pocos amigos, al color lechoso y opaco de mi cielo y a Maite. Las raíces se convierten en columnas que te sostienen y acaban siendo ellas las que te guían de vuelta al hogar. A veces pienso que el amor eterno tiene algo de viejo conocido, de costumbre, de no necesitar preguntar si te gusta el café caliente o un poco frío. El cielo al que una se acostumbra cobija más que otros. La vida tiene una genética de nostalgia.

Él, mi padre, estaba localizable. Me llamaba cada poco tiempo, lo veía en verano. Existía. Nunca le dije que, a pesar del perdón, su abandono me dejó un puntito de ira, una de esas cicatrices inapreciables que te acaricias sin que nadie conozca su existencia. Llegamos a una serie de acuerdos: iría siempre que me fuera posible a París, él vendría a Guecho para pasar una semana conmigo cuando se lo permitiera su vida laboral, en Navidad me mandaría un billete adonde estuviera y los veranos nos reuniríamos los cuatro en Formentera. Y eso hicimos…

Yo fui a París. Aprendí a fruncir la boca, a hacer mohínes, a probar la fruta de la pasión que tiene esa lengua, a disfrutar de los escaparates de la place Vendôme. Hice varios cursos de repostería en Le Cordon Bleu, me enamoré de Jean-Luc, uno de los mejores cocineros que conozco, y aprendí a preparar marrón glasé para las veladas navideñas de mi extraña familia. Fue entonces cuando Lupe empezó a compartir mi corazón.

Mi padre vivía en el número 4 del boulevard de Strasbourg, en un piso enorme con techos altos y artesonados donde Carmen nos permitía casi cualquier cosa. Allí entraban y salía Felipe, Nadine, uno de los maestros joyeros de Boucheron o cualquiera de los amigos de ambos. Lupe y yo recorríamos las calles de París casi sin supervisión alguna, y ella tiraba de mí hasta la puerta de Saint-Denis, donde las putas, casi desnudas, asaltaban a los comerciantes que iban a comprar

moda.

—De esto no hay donde vivo yo.

—Tampoco cerca de mi casa.

En mi casa había otras cosas. No estaba segura de su naturaleza, pero mis hábitos y mis costumbres me protegían. Mi padre insistió en que era mejor que me quedara con ellos, pero no quise. Me parecía que, si abandonaba mi norte, iba a perder lo necesario para sostenerme. París me daba la oportunidad de respirar de otro modo y me enseñaba a cocinar. En los fogones encontré la manera de que los que amaba se comieran mis besos, mis sonrisas y hasta mis errores. Gracias a la alquimia gastronómica, me siento poderosa cuando soy capaz de despertar sensaciones con mis platos. Él, mi padre, me ofreció formarme en las mejores cocinas de Europa.

Fue un tiempo feliz y restaurador. Trabajé en París, luego volví a casa siendo ya una chef y comencé a trabajar en el restaurante de Begoña Salaberri y Begoña Zubiaur, dos cocineras que sabían lo que era hacer ensaladas de ternura y servirlas con una excelsa profesionalidad. Unos años después y, tras haber rechazado ofertas en otras ciudades, se cruzó en mi camino el caserío Mendiri.

Maite, mi amiga, trabajaba en Iberdrola. Se había casado con un hombre sólido y estaba dispuesta a que ningún terremoto moviera su proyectada vida. Me acogía a su sombra y dejaba que me presentara funcionarios, empleados de banca y compañeros de trabajo para formar un hogar parecido al de ella. Pero los hombres buenos no sabían nada de las taras que mi infancia había dejado en mi alma, y los malos no estaban dispuestos a compartirlas. Yo no era una mujer fácil. El hombre que se enamorara de mí tenía que poseer el mismo deseo que yo de olvidar. Tenía que convivir con mi madre internada en un sanatorio, con mi padre fugado tras las huellas de unos diamantes, con Carmen con sus tés de hierbas y su olor a trementina, y con Lupe buscando la piedra filosofal.

Así que me centré en la adquisición del caserío, en el dineral que suponía su restauración y en lo largo que se hizo el par de años que tardé en tenerlo listo. Entretanto, un domingo de un otoño luminoso, mientras caminaba con decisión hacia ninguna parte, una legión de

campanillas amigas de la de Peter Pan se pasearon por mi estómago esparciendo polvitos mágicos.

Era octubre, me tomaba el delicioso café que hacen en el Garai, concentrada en mi periódico, cuando oí una voz que, educadamente, me pedía permiso para sentarse a mi mesa. Llevaba en la mano un café con leche y un cruasán. Era alto, con aire extranjero, rubio como la cerveza, y poseía unos deslumbrantes ojos azules. Interpreté, como Lupe, que todo él, incluida la revista de gastronomía que llevaba bajo el brazo, era una señal. No solo lo senté a mi mesa aquella mañana, sino que lo incluí en mi vida para siempre.

Me enamoré. Lo supe porque los besos que habían precedidos a los suyos no eran sino aproximaciones sucesivas al descalabro irresistible que él me hizo sentir. Edvard es el padre de Julia, y al conocerlo tuve la certeza de que llegaba a mi particular paraíso. Aún babeo al recordar cómo me consumía esperándolo y me desvelaba echándolo de menos. No me dio la gana de cortarles las alas a mis campanillas y me las corté a mí misma. Creí a pies juntillas que con él caminaría eternamente a tres centímetros del suelo.

Casado con una mujer a la que él calificaba como extremadamente frágil y que resultó no serlo, tenía dos hijos rubios, una madre danesa de la que había heredado la espalda, ancha como un frontón, y una sonrisa perfecta. De su padre ingeniero, tomó la pasión por la física, la mía, la de su señora y la que le hizo viajar por el mundo, sin que yo supiera nunca dónde estaba. Quise ver en él a mi primer amante sabio, protector, elefante conductor de la manada y luz para mi bosque de monstruos. Freud me hubiera dicho que buscaba un padre, pero eso lo descubrí más tarde.

Debajo de aquel hombre que hablaba de la exactitud de la ciencia, que medía en hercios el empuje de la vida, había otro incapaz de manejar sus emociones. ¿Qué más quería yo que otro huérfano? Le di mi ternura y creí, como una boba, que el brillo de sus ojos al mirarme era suficiente para manejarme compartiéndolo. Edvard, con su acento danés, me abrazaba susurrando palabras de amor. Imaginé que la certeza de su entrega rompería con su vida doméstica e iniciaría una en común. Pero me equivoqué. El miedo a perder lo que nunca se ha

tenido era más fuerte. Tenía un hogar, y no quería otro.

En brazos de Edvard rodé por los hoteles de medio continente. Me sometí a la tiranía y la maravilla del placer hasta quedarme en los huesos, tener taquicardias y llorar ríos de impotencia. Todas las canciones de amor hablaban de mí, las películas clavaban el guion de mi vida y en el teatro no cesaban de representarnos. No existía una novela en la que no presintiera que alguien miraba lo que escondía en el sótano de mi alma. Coleccionaba sus pequeños regalos, olía los perfumes comprados en aeropuertos, los veneraba para un día sorprenderme odiando el acariciado estuche, del que guardaba hasta el lazo que lo envolvía.

Hubo milagro, pero también tortura. Una acaba sabiendo, pero los milagros son tan únicos que se olvida lo dolorosas que son las heridas de esa tortura. Cuando me tumbaba a echar la siesta, incluso mucho después de haberlo perdido, me aferraba a la adicción de su respiración a mi lado, al descubrimiento de la magia de su piel, del sexo, de la ternura inteligente y de aquella milagrosa y jodida complicidad. Lo hacía como quien alquila una barquita para navegar por un lago dulce y tranquilo, sabiendo que en la orilla me esperaba el barquero para que le devolviera mi sueño.

De un modo involuntario, contengo la respiración al recordarlo. Dolía intensamente, tenerlo y no tenerlo. Dolía comprender que no comprendía por qué me despellejaban sus caricias, me herían las verdades disfrazadas de mentiras y las mentiras con gesto de verdad. Se me amontonaban sus perdones y los míos. Estábamos hartos de nuestra impotencia cuando decíamos «lo siento». A merced de vientos huracanados que nos dejaban derrotados y exhaustos, no acabamos de definir quiénes queríamos ser. Edvard y yo no pretendíamos ser amantes, pero lo fuimos en el sentido exacto de la palabra y lo fuimos demasiados años.

La vida secreta de los latidos de mi corazón daría para llenar bibliotecas. Sé que fue amor lo que compartimos, o quizá, que los dos arrastrábamos una inmensa bola de infelicidad en nuestro torrente sanguíneo, como ese colesterol que un día te tapona las arterias y padeces un infarto. Tuvo que pasar mucho tiempo para desentrañar el

misterio de nuestra condenada adicción a estar juntos.

Cuando nos separamos, como si hubiera salido por fin de una vivienda donde estaba encerrada, reconocí a otras personas a mi alrededor envueltas en tortuosas relaciones y que mi pesadilla no era única. Tuve que padecer insomnio, perder el ánimo y llorar caudales hasta que entendí que Edvard era el objeto de mi obsesión, como me sucedió con mi padre. Él me hacía sentir su reina y, solo por eso, estaba dispuesta a caminar sobre ascuas.

Dicen que cualquiera puede cambiar el rumbo de su vida, pero solo es una frase. Edvard podría haber dejado a su mujer, haber formado un hogar conmigo o, si acaso, haber revelado su situación y quizá haber tenido dos hogares… Por alguna relación con el sentido de la lealtad, no lo hizo. No siempre podemos escapar de las prisiones que nosotros mismos construimos. Las alas con las que nacemos se atrofian con el tiempo y, cuando creamos vínculos, volar, lo que se dice volar, es muy difícil.

En medio de mis marejadas, me quedé embarazada. Algo falló, puesto que tomábamos precauciones. Ni mi ginecólogo se atrevió a darme una explicación científica más allá de porcentajes de asimilación de fármacos… En mi fuero interno, creo que aquel día la biología o mis hormonas decidieron concederme el mayor regalo de este mundo, Julia.

Él ya tenía a los suyos, y un niño no puede esconderse. De manera educada, suave pero definitiva, se fue despidiendo de mí. No fue capaz de esperar a ver a su hija. Su dolorosa decisión me sirvió para ver la otra cara de mi enamorado, así que me resistí a las ganas de clavarle en el pecho una estaca de madera y seguí hacia delante. Cuando nació nuestra hija, no estuvo él, sino Maite, la tía Fina y mi padre con su diamante Delacroix. Edvard no vino a comprobar que era clavadita a él, ni la vio gatear o dar sus primeros pasos vacilantes.

No he podido perdonarlo del todo. Siempre encuentro unas migajas de rencor envolviéndolo, porque en aquellos momentos llegué a detestarlo por ser tan necio, por despreciar el fruto milagroso de lo vivido. Había dinamitado el puente que nos unía, pero sin pensar en mí seguí informándole de la evolución de su hija. No me importó

llamarlo para decirle que había dado sus primeros pasos, que hablaba como una cotorra y que sabía que su padre era aquel rubio que había en un marco de carey con su fotografía. No lo quería a él. Su abandono hizo que comprendiera que no era ese amor que te hace ser mejor y por el que das parte de ti. Me empeñé en que no la ignorara, en que la deseara y casi lo obligué a que la viera cuatro o cinco veces al año. A Julia nunca le oculté la verdad. Supo de la familia de su padre, de la existencia de unos hermanos. Conocía sus nombres, sus edades y tenía fotos de ellos.

Edvard caería del caballo y vería la luz muchos años después, cuando Julia tenía cerca de nueve años. Le concedí la paternidad sin pelear, sin límites de visitas, sin obligaciones. No quería que Julia sufriera la ausencia de un padre. La reconoció y le dio sus apellidos, entre otras cosas porque era mujer, porque su esposa, la frágil, sabía de la existencia de la niña y me llamó para decirme que ella estaba para lo que necesitáramos.

Un poco más viejo, más abandonado y notablemente sometido, vino a pedirme perdón confesándome que era el amor de su vida. Yo podría haber pronunciado las mismas palabras, pero no quise, aunque sabía que se parecía a lo que llamamos «el amor de nuestra vida», pero nos habíamos hecho tanto daño que era imposible volver atrás.

Mi niña llegó a mí como el premio gordo del décimo de una lotería que ni siquiera había comprado. Tras los primeros meses de conmociones, todo encontró su lugar. Yo volví a ser yo, mi padre se convirtió en abuelo, Lupe en tía, y fuimos aquella familia genéticamente trastocada y algo deforme que me perseguía como un mal viento. Seguí trabajando el olvido de Edvard, tuve algunos abrazos inesperados y hasta el sueño de que alguien podía acompañarme, pero no he vuelto a enamorarme. En algún lugar leí que a las personas nos corresponde al menos un amor en la vida, yo lo había tenido y casi me bastaba.

Ahora mi hija viajaba por Italia con su padre y sus hermanos, contemplaba el *David* de Miguel Ángel, que, según ella, era «una pasada» y cuando terminara sus estudios de Medicina se convertiría en psiquiatra, como deseaba. Mi niña soñaba con aliviar los dolores del

alma y estaba segura de que no era una casualidad.

Retomé los quehaceres culinarios que necesitaba para servir el catering que me había programado Lupe. Puse los sándwiches bajo un trapo de algodón húmedo para que no se secara el pan, y la vieja melodía de Jacques Brel volvió a mi memoria.

Las mejores canciones de amor eran aquellas que suplicaban desde el fondo del corazón, pero el amor que suplica es un mal amor. A esas alturas ya sabía que existían amores tranquilos donde una podía ser una, sin sentirse como si estuviera en un escaparate o llorando por las esquinas, aunque el mío todavía no había aparecido.

El cuaderno de Lorenzo

En octubre de 2013, se puso a la venta un collar en una conocida joyería de Singapur. Era una joya única con un diamante amarillo de cuatrocientos siete quilates junto con otros noventa de menor tamaño y blancos. Su precio era astronómico, pero su historia hizo que recuperara la esperanza.

El azar es un factor que de vez en cuando necesitamos comprobar que existe, aunque no haga ruido. Supe que aquella maravilla la encontró una niña en un vertedero de la República Democrática del Congo, entonces Zaire, a principios de los ochenta. Al parecer fue desechado junto a los escombros procedentes de las minas.

He contado muchas veces la historia del Hope. Una preciosa piedra que procedía de la India, probablemente de la mina Kollur en Golconda. Se ha dicho que fue arrancado de la frente de una estatua de la diosa Sita y que por ello arrastraba una maldición. No sabemos si es verdad, pero lo que sí conocemos es que lo trajo a Europa Jean-Baptiste Tavernier, a quien ya he mencionado con anterioridad. Pesaba más de cien quilates y tenía forma triangular. Luis XIV la engarzó en un colgante que lucía en las grandes ocasiones. Luis XV, su hijo, volvió a retocarla durante su reinado, convirtiéndola en una pieza para el ceremonial de la Orden del Toisón de Oro. Sus sucesores, Luis XVI y su esposa María Antonieta, fueron los últimos en disfrutarla.

El bello diamante se perdió en el asalto al guardamuebles real, pero reapareció en Londres en 1813 en manos del joyero Daniel Eliason, quien decidió tallarlo de nuevo para que no fuera reconocido y así facilitar su venta.

El corazón de la espléndida gema se convirtió en una piedra oval de cuarenta y cinco quilates que se vendió al rey Jorge IV de Inglaterra, pero nueve años después de la muerte de su propietario en 1830, volvió a salir a la venta y fue adquirido por Henry Philip Hope, uno de los herederos de la firma bancaria Hope & Co. La gema pasó a adoptar el nombre de su propietario, Hope, «Esperanza», y la leyenda que la perseguía decía que quien lo tocara o poseyera pondría en peligro su vida.

A su muerte, lo heredó uno de sus sobrinos, Henry Thomas Hope, que volvió a ponerlo a la venta tras muchas vicisitudes. Fue Simon Frankel, un joyero estadounidense, quien lo adquirió en 1901 y lo llevó a Estados Unidos. El diamante cambió de manos varias veces más durante los siguientes años y terminó en manos de Pierre Cartier, quien lo vendió a Evelyn Walsh en 1910.

El Hope pasó a formar parte de la valiosa colección de joyas de Evelyn, hasta que lo compró mi admirado joyero neoyorquino Harry Winston. Él quiso que las excepcionales gemas pudieran admirarse y lo donó al Smithsonian, en cuyo museo de Washington se exhibe hoy. El Hope habitó las mismas estancias en el siglo XV que mis lágrimas de la reina y ha conseguido sobrevivir.

Los rumores, las medias noticias, las cifras silenciadas…, el mundo de la alta joyería es un avispero de cotillas que van y vienen propagando secretos. Acudí a una comida con varios profesionales. Estábamos en Ginebra y nos poníamos al día sobre algo de lo que los peristas hablamos con frecuencia, los robos. Unos ladrones habían entrado en el apartamento neoyorquino de Alison McCormick, la esposa de un importante coleccionista de joyas pertenecientes a la familia Romanov. Al parecer, la documentación que requería la compañía de seguros no existía. Uno de los presentes en aquella comida comentó que las joyas fueron adquiridas por un coleccionista francés, miembro de la mafia marsellesa. «Ese hombre solo se interesa por piezas históricas, y su anonimato es el secreto mejor guardado de las casas de subastas», añadió.

Naturalmente, los ruidos que emitía aquel submundo no me resultaban ajenos, y cada día pensaba más en él. Las joyas históricas

son tan conocidas como sus propietarios, pero la zona oscura de las transacciones opacas no me inspiraba confianza, era fácil fracasar cuando uno se enfrentaba a mundos cuyos códigos éticos desconocía.

Durante toda la comida me mantuve atento. Al finalizar hice lo posible por hablar con el joven que sabía del camino de las joyas perdidas. Me contó lo que todos callamos, que hay capos de la droga o la venta de armas y en general personas que mueven ingentes cantidades de dinero negro a las que se les ocurre invertir en cosas únicas. Le pregunté si había oído hablar de los diamantes que buscaba, e incluso le hice partícipe de mis averiguaciones. Luis Ramiro Valdivia, que así se llamaba el gemólogo, se mostró cautivado por mi búsqueda y me confesó que quería ayudarme. «Hay que lanzar un rumor. Por extraño que te parezca, llegará a los oídos precisos. Yo lo haré».

No pronuncié palabra alguna, pero asentí. Tener ayuda me parecía un inusitado lujo.

Silenciosamente estaba firmando un contrato cuya única cláusula era que la ética brillara por su ausencia.

9

Felipe Irizar

Octubre de 2020

> Creo que casi todos los novelistas tenemos la intuición, la sospecha o incluso la certidumbre de que, si no escribiéramos, nos volveríamos locos, o nos descoseríamos, nos desmoronaríamos, se haría ingobernable la multitud que nos habita.
>
> ROSA MONTERO,
> *El peligro de estar cuerda*

Radio Formentera repartía con la brisa una pieza de jazz. La música prestaba a la mañana un ambiente hogareño que Felipe trataba de ignorar. Se había sentido muy bien allí, pero no quería luchar con el apego de nuevo. Buscó en lo alto del armario su pequeña maleta diciéndose a sí mismo que, si París era capaz de algo, era de despertar a sus musas. Volver a pintar…, no solo lo deseaba, sino que lo necesitaba. Vender sus cuadros le daría libertad. A veces se había encontrado trazando en el aire un boceto. Cerraba los ojos y proyectaba su imaginación sobre una hipotética tela. Si tuviera un agente… No se sentía con fuerzas de bregar con los galeristas, pero André le facilitaría el camino.

Recogió unas prendas que había tendido al sol. Estaba torpe y se movía con un cansancio que el mal sueño no reparaba. Dispuso sobre la cama algunos objetos que quería llevarse consigo: una caracola y

varias conchas recogidas en sus paseos por las calas, la manta sembrada de lagartijas bordadas que había comprado en el mercadillo de La Mola, algunos cactus recién nacidos que tendría que envolver en trapos húmedos para que sobrevivieran al traslado…

Una segunda taza de café le ofreció el espejismo de unas fuerzas renovadas. Revisó las prendas que guardaba en el armario. En París no iba a necesitar aquella ropa gastada y descolorida por la intensidad del sol mediterráneo. Las metió en bolsas de plástico para llevarlas a los contenedores. El asombro al ver el armario vacío le provocó un ligero escalofrío. Había conseguido vivir tan modestamente que le sobraría sitio en la maleta.

El avión tenía prevista la salida desde el aeropuerto de Ibiza a las tres de la tarde del día siguiente. Antes debía dejar el coche en el puerto, pagarlo y coger el ferry con tiempo suficiente para no ponerse nervioso. Ya no tenía costumbre de viajar y los tumultos de estaciones y aeropuertos lo alteraban. Era preciso que revisara la casa y se ocupara de la azotea, donde pasaba casi más horas que en el interior de la casa.

La noche anterior, y después de dar muchas vueltas, reservó una habitación en el modesto hotel cercano a su viejo apartamento. El administrador le había dicho que necesitaba quince días más para que quedara libre. La vida rutinaria tardaría en llegar, probablemente habría que adecentar el piso, pintarlo, y mientras tanto debía ir al guardamuebles a recuperar parte de su ropa formal. Si se paseaba por su antiguo barrio parisino con las pintas que llevaba en Formentera, lo tomarían por un vagabundo.

Nadine debería ser la primera en saber que regresaba. Pensar en ella le resultaba esperanzador. Imaginó su tierno abrazo, el cobijo que jamás negaba a sus amigos, su destreza para hacerle sentir cómodo… Probablemente lo invitara a alojarse en su casa hasta que su apartamento estuviera habitable. Y quizá aceptara. No le quedaban restos de la falsa dignidad de la que años atrás hacía gala, y su situación económica no era tan buena como antes de desaparecer. Anotó mentalmente hablar con André para encontrar la manera de conectar con un agente que él conocía. También debía comprarse un

perfume, revisarse la vista para hacerse con unas gafas y… llamar a Eva.

Tenía veinticuatro horas para despedirse de la isla. Pasó revista a los rincones que quería ver por última vez. Tenía muchas fotos de El Paraíso, del antes y el después, pero le faltaba grabar un vídeo donde pudiera escuchar el sonido del mar estrellándose perezoso en las rocas de Migjorn.

El dolor del pecho no cedía. Miró el paquete de tabaco. Le quedaban cuatro cigarrillos. Se juró a sí mismo que no compraría más, sus pulmones se incendiaban cuando aspiraba el humo. Si había podido con el alcohol, podría con lo que le estaba destrozando. Se tocó la frente. La temperatura no le bajaba a pesar de los antipiréticos; necesitaba mantenerse ocupado y lo del paseo no era una buena idea. Tendría que conformarse con estirar las piernas alrededor de la casa.

Era un hombre disciplinado. Pintar lo obligaba a trabajar temporadas aislado, sin horarios y durante muchas horas. Antes no planificaba sus días, compartía su tiempo con Lorenzo. Viajaban juntos siempre que podían y se acompañaban en multitud de ocasiones en las que el trabajo de cada uno le exigía desplazarse. A Felipe le gustaba conducir y Lorenzo lo detestaba. A su amigo le gustaba visitar museos y exposiciones, y a él también. La verdadera y única planificación de su tiempo había llegado con los internamientos. Era lo primero que se imponía: una agenda casi militar donde no se disponía de tiempo para tumbarse a lamerse las heridas. Anotó en su libreta una lista infinita de cosas que hacer.

Salió al jardín y miró el horizonte. El cielo era de un azul casi ultramar. En voz baja fue nombrando los pigmentos necesarios para dar con aquel bendito color: «ultramar, azurita, azul de Egipto, azul de Prusia, cobalto, cerúleo, índigo, turquesa…». Desconocía el momento en que se enfrentaría a un lienzo en blanco, pero presentía que iba a necesitar regresar a los brazos de aquel amor que jamás le había defraudado.

Con pasos lentos se encaminó hacia la casa grande. El olor del mar embriagaba el aire con sus notas de salitre y humedad. Rodeó el trozo de jardín semioculto con sus plantas aromáticas y cubrió la boca del

pozo con la tapadera de madera que él mismo había construido. Recogió las herramientas, las limpió y las guardó en el garaje. Estaba agotado, pero prosiguió con sus obligaciones. Dio la vuelta a la construcción para cerciorarse de que la puerta trasera y los postigos de las ventanas estuvieran cerrados. Un leve mareó le hizo apoyarse en la fachada.

Se había paseado por la casa la noche anterior. Las estancias vacías conservaban el eco de un silencio habitado y, mientras cerraba las puertas, le pareció que allí quedarían encerradas las palabras que Lorenzo pronunciaba para que los suyos navegaran entre las líneas de sus cuentos, metáforas y silencios, que no volverían.

Lo admiraba, entre otras cosas por su peculiar habilidad para contar y recrear historias. Se notaba su amor por la historia y, por esa razón, describía los siglos y sus costumbres con tanto entusiasmo que quien lo escuchaba quedaba embrujado. La mayor parte de la gente desconocía cómo era la vida en el siglo XVI. Él la describía como si de una película se tratara y, gracias a su pedagógica narración, acababan viendo a los pajes y las doncellas que descolgaban las lámparas para encender las velas e iluminar los inmensos pasillos del palacio de Versalles.

Regresó al taller. Tenía pensado poner los muebles que había retirado al llegar en el mismo lugar en que los encontró, pero no se sintió con fuerzas. Las cajas que contenían los objetos personales de Lorenzo reposaban inmóviles, solo distinguibles de las demás porque él mismo las había numerado. Sacó el coche del garaje y lo aparcó detrás de la casa, al abrigo de los curiosos, para tenerlo a mano cuando fuese a devolverlo. Tachó de la lista lo que estaba hecho y se derrumbó sobre el sofá. Tan solo le quedaba conectar la alarma, las luces del jardín y meter las llaves y su dirección de París en el buzón de Lupe.

Desde donde estaba volvió a mirar a su alrededor. Si le hubieran preguntado por el tiempo que había permanecido allí, podría haber dicho que una eternidad. No podían medirse las horas. La intensidad o la levedad de sus días dependía de algo que nada tenía que ver con lo cotidiano. Se fijó en la librería. Su aportación no era nada

despreciable. Los libros lo habían acompañado sin defraudarlo y por su cabeza desfilaron personajes que le habían facilitado la comprensión de muchas cosas. Se levantó a por un ejemplar que quería llevarse a París. Era propiedad de Lorenzo, pero Felipe estaba seguro de que nadie lo echaría de menos. La lectura de *El museo desaparecido* le había aportado valiosa información acerca de la magnitud del expolio nazi.

Después de meter en un sobre las llaves, junto a una nota para Lupe, se encaminó hacia el buzón, una caja de madera que él mismo había fabricado y donde se leía el nombre de la finca. Felipe no había dado aquella dirección a nadie pero, de vez en cuando, había alguna carta del Ayuntamiento o de la compañía eléctrica. Era un misterio cómo llegaban, porque, en el tiempo que estuvo viviendo allí, nunca vio la furgoneta de correos. Abrió el buzón; no había nada. Depositó el sobre y volvió sobre sus pasos. El murmullo de los silenciosos habitantes del jardín y sus pisadas sobre la gravilla eran el único sonido perceptible.

En mitad del camino, se detuvo a mirar las dos edificaciones que conformaban El Paraíso. Desde allí podía advertirse si la casa estaba habitada o no. El garaje y la parte de atrás quedaban escondidos, pero el porche y las ventanas del lateral se hallaban a la vista. Si alguien franqueara el portón y subiera el montículo que conducía a la entrada, solamente podría pasear por el porche vacío. Lo había hecho en repetidas ocasiones; tratar de comprender cómo habían sorprendido a Lorenzo. Los sonidos se propagaban con facilidad. Era raro que no hubiera podido encerrarse en alguna habitación, en el taller, y llamar a la policía. Quizá no hubiera cobertura. Quizá…

Pensó que los ladrones de guante blanco no acostumbraban utilizar armas. Se suponía que Lorenzo tendría en su poder los diamantes o, al menos, la deslumbrante réplica del collar que había mandado confeccionar. Jamás se separaba de algunas de sus piedras, y Lupe le confesó que Eva tenía la teoría de que no encontraron lo que buscaban; de otro modo no habrían vuelto.

Su amigo era testarudo. Él lo sabía bien. Era más que posible que hubiera ofrecido resistencia, pero lo que no le encajaba era su muerte, la escasa e infructuosa investigación… Habría habido un forcejeo,

especuló por enésima vez, casi con cansancio, y, como siempre había entre los delincuentes alguien de gatillo fácil para pegar dos tiros, mataron a Lorenzo.

Eso es lo que comentaban en el bar Plate. Lo había dicho Pepe, uno de esos extraños vigías a sueldo de nostalgias que poseen los pueblos y a los que les resulta imposible unir las puntas de la memoria. Acomodado en sus paranoias, mantenía un olfato de detective y se ocupaba del censo sospechoso de la isla. Se lo había encontrado hacía unas semanas y le preguntó lo mismo que en otras ocasiones.

—¿Tú… guardas la casa del joyero?

—Algo así —le había respondido Felipe mirando al cielo.

—Pues guárdate de la muerte, que va mucho por esa finca…

Suspiró, agotado ya de pensar en lo ocurrido. Iba a irse de El Paraíso sin haber podido averiguar gran cosa, porque allí no quedaba nada. Lorenzo, como de costumbre, se había ido sin confesar sus secretos, sin despedirse, y ya eran tres los años que habían pasado. Quizá en París encontrara a alguien a quien su amigo hubiera hecho una confidencia que aclarara el suceso. Como él solía recordarle, la información y los secretos, igual que el agua, siempre encontraban un camino por el que deslizarse.

Unas nubes corrían vertiginosas hacia los acantilados. El aire olía a tormenta y a ruda. Estudió el cielo; si acertaba en sus presagios, sus últimos movimientos se complicarían. Pensar en la humedad de una tormenta le hizo sentir escalofríos. De vuelta a la casa, quedaban las bellas tinajas, que, al ser tan sólidas y estar tan aferradas al suelo, nadie había tenido tentaciones de tocarlas. Las acarició y empujó para controlar su resistencia al viento. De pronto, en el espacio que quedaba entre ellas y la escalera, le pareció ver algo. Se agachó y metió la mano con dificultad por la estrecha cavidad. Palpó alrededor de la vieja cerámica y asió la punta de algo rígido. Con el objeto en la mano, recorrió el camino inverso, raspándose el dorso. Cuando pudo mirarlo, se dio cuenta de que eran unas gafas; las de Lorenzo.

A su llegada a la finca, antes de instalarse en el taller, Felipe se había quedado en la casa grande para poder despejar la casita, guardar las pertenencias de su amigo y sustituir el colchón de la cama.

El proceso le había resultado un acto tan parecido a la profanación de un altar sagrado que no le alcanzó la voluntad para pasar revista a todos los rincones. Como si alguien hubiera huido con prisas, encontró ceniceros con colillas, los pequeños alicates y las pinzas que siempre llevaba consigo. Los objetos componían un doloroso bodegón que seguía emitiendo señales. Ahora aquellas gafas le oprimieron de nuevo el corazón.

Se sentó en las escaleras y pacientemente, sin dejar que se colaran pensamientos, limpió los cristales con su camisa. Conocía bien aquellas gafas. Eran las que llevaba puestas Lorenzo el día que Felipe entró por primera vez en la joyería Landaluce, allí en Bilbao. Iba a cumplir doce años e iniciaba lo más parecido a una vida profesional. Estaba solo en el mundo, pero Lorenzo le dio la mano con formalidad y no se la soltó.

De niño era ágil con las manos, disciplinado, y aunque una moderada tartamudez le impedía el contacto con los clientes, conocía la ciudad y era eficiente en los recados. Al cabo de una semana, había aprendido a interpretar los gestos de su patrón. Sabía cuándo se sentía bien y cuándo le molestaba algo. Lorenzo le había enseñado a limpiar las joyas, a hacer pequeñas composturas. Las tardes de lluvia, los clientes eran escasos y no era raro encontrar al patrón sumido en una dócil melancolía. Le hablaba de París, de las piedras preciosas procedentes de la India o de las minas de Angola y los joyeros de la place Vendôme. También le habló de Carmen y del amor que aún latía en su corazón.

Felipe empezó a dibujar las joyas que vendían, luego se atrevió a trazar diseños. Dejó el lápiz, pasó al carboncillo y, más tarde, a la acuarela. Lorenzo buscó a un pintor que lo admitiera en su taller durante un par de días a la semana y allí aprendió a arrancar aristas y brillos a sus dibujos. Dibujaba manos. Manos adornadas con anillos que acariciaban cabezas de niños, manos que recolocaban una corbata adornada por un alfiler de filigranas… Con una caja de acuarelas que le regaló Lorenzo, peleó por sacar las intensidades de azul a los zafiros

de la India o los tornasoles de las aguamarinas. Se atrevió a registrar la opacidad de la piedra lunar o los caprichos del ojo de tigre, descubriendo que llevaba un pintor dentro.

—Agárrate al futuro. Los sueños hay que tomarlos con las dos manos para que no escapen. Yo no estaré mucho tiempo aquí, voy a irme a París. Tengo que hacerlo. Me asfixio.

Felipe lo escuchaba, callaba y se le encogía el corazón al imaginarlo tan lejos. Sabía mejor que nadie que decía la verdad, que volvería a la ciudad de la luz porque allí sanaría su corazón herido.

—Si ves a Eva, dile que la quiero —le pidió cuando llegó el día—. Cuídala y no olvides decirme cualquier cosa que observes. Amelia vendrá dos veces al mes a por dinero y ella la acompañará.

A través del cristal de los escaparates, Felipe veía acercarse a la niña. Su madre y ella entraban con cualquier pretexto en el establecimiento, como reivindicando una propiedad robada. La niña fijaba los ojos más allá de las vitrinas, tras la cortina que daba a la trastienda, como si fuera a aparecer Lorenzo. Los ojos infantiles comprendían las miradas compasivas que él le lanzaba y el movimiento silencioso de su boca al decirle que su padre la quería.

Se detuvo para respirar poniendo toda su concentración en el poco aire que conseguía atrapar. Le costaba que llegara a sus pulmones, como si tuviera que robarlo. Pensar en Eva no lo ayudaba. Se llevó la mano al pecho y volvió sobre sus pasos sosteniéndolas. Buscó algo para envolverlas y las dejó junto al resto de las cosas que pensaba llevarse a París.

Apenas había comido. Abrió la nevera; el panorama era desolador. Rebuscó en los armarios y encontró una sopa de sobre, algo caliente le sentaría bien. El líquido, enriquecido con un trozo de mantequilla, le pareció delicioso. Se llevó la mano al bolsillo del jersey en busca del tabaco. No estaba. Subió la precaria escalera y, una vez allí, se encendió un cigarrillo. Solo le quedaban tres. El día se había despejado, el sol calentaba y el ánimo de Felipe seguía empeñado en atesorar los últimos momentos que le ofrecía la isla. Agarró el

sombrero de Panamá y se lo puso; también se lo llevaría. Preparó la memoria para guardar aquel silencio; probablemente lo añoraría cuando volviera a su mundo.

Le pareció oír el motor de un coche que se acercaba por el camino. La curiosidad le hizo aproximarse peligrosamente al borde de la azotea. Entre los árboles resplandeció el brillo inconfundible de la carrocería del Peugeot plateado de Lupe. Por fin llegaba. Siempre en el límite.

Esperó, apurando el cigarrillo, hasta que apareció el morro del coche, que avanzaba despacio. Se puso de puntillas para cerciorarse de lo que veía. Resultaba extraño que el vehículo se hubiera detenido unos segundos. Lupe conducía hasta al final de la casa, donde acostumbraba a dejarlo, era un lugar protegido de los curiosos y no le gustaba que la vieran en El Paraíso.

El coche avanzó hasta situarse delante de la casa y apagó el motor. La puerta no se abrió. Él aplastó el cigarrillo y esperó medio ahogado, sintiendo una tensión inexplicable.

Cuando por fin salió una mujer del coche, supo enseguida que no era Lupe. Alta, delgada, de movimientos gráciles, no podía ser otra que Eva. Se le detuvo el corazón. Paralizado, quiso llamarla, pero las palabras no salían de su boca. Iba a levantar los brazos para hacerse notar cuando ella miró en dirección a la azotea. Un grito desgarrador espantó a las gaviotas y le sobresaltó.

El pintor no llegó a ser consciente de que daba un paso involuntario hacia el vacío, solo sintió un dolor inmenso cuando su cuerpo aterrizó en los arbustos.

El cuaderno de Lorenzo

El tiempo pasa, las semanas se suceden y el verano está cerca. La isla empieza a volverse incontrolable debido a los turistas que van y vienen. Vincent me pregunta si tomo precauciones. Antes de responderle, le cuento que vivo en el taller y que desde aquí controlo la entrada a la finca. Ambos, a nuestra manera, nos engañamos entregándonos migajas de nuestra penosa realidad.

A veces, durante la noche, sobre todo cuando no puedo dormir, doy vueltas a este confinamiento elegido, al miedo que tengo y al que debería tener por una amenaza que Vincent me asegura que se cumplirá.

Siento un leve escalofrío al pensar que cualquiera podría sorprenderme en medio de la noche o cuando bajo la guardia porque ando concentrado en mis cosas. Sé que tengo que enfrentarme a ellos y a mí mismo, revisar si verdaderamente estoy apegado a esta vida o si me importa un pimiento morir defendiendo mis piedras. En realidad, finjo que he puesto de mi parte para blindarme, pero no tengo más que una vieja alarma que no conecto y la ingenuidad de quien no quiere aceptar lo inevitable.

Debería dejar constancia de mis zozobras en estas páginas, porque cuando mi hija y mi nieta lleguen ya no será posible disponer de este redentor pasatiempo.

Tras hablar con el gemólogo argentino, contemplé la posibilidad de que hubiera otra persona que codiciara los diamantes, que los buscara o los hubiera encontrado. En mi cabeza no dejaba de aparecer el collar de los Winker, con los zafiros y el citrino que figuraba en el catálogo de subastas de Johan Kuntz. Los diamantes se habían perdido, pero

antes, en 1944, estaban en poder de los Göring.

Luis Ramiro Valdivia me visitó en varias ocasiones. Le gustaba intervenir en el destino, o más bien manipularlo, para que le obedeciera. Había hecho circular el rumor de que uno de sus clientes buscaba diamantes que hubieran pertenecido a una reina. En nuestras conversaciones telefónicas, me aseguró que trabajaba como asesor para varias compañías de seguros y que sabía, cuando menos, los robos que se producían.

No volvimos a hablar hasta la noche del 15 al 16 de febrero de 2003. Unos ladrones habían entrado en el Centro Mundial de Diamantes de Amberes, algo que a todas luces parecía imposible. Aún se desconoce cómo accedieron al edificio, protegido con máxima seguridad; las cerraduras no fueron forzadas y tuvieron que sortear una puerta de acero de sesenta centímetros de grosor que solo puede abrirse con una llave de treinta centímetros prácticamente imposible de duplicar. Ese robo despertó en mí contradicciones que llevaba años esquivando.

El botín se valoró en ciento cuarenta millones de dólares en diamantes y algunas joyas de las que no se llegó a obtener información. Se sabía que se habían abierto más de cien cajas de seguridad y que otras muchas quedaron intactas. Todos conocemos la principal actividad de Amberes y de este centro, cuyo contenido es en realidad una incógnita. Dieron una cifra porque necesitaban darla, pero era imposible calcularla. Valdivia me contó que aquello solo era la punta del iceberg. En realidad, nadie sabía qué había desaparecido. Las cajas posiblemente albergaban material robado o diamantes desconocidos o desaparecidos.

El robo, después de muchas investigaciones, se atribuyó a Claudio Lombardi. Encontraron evidencias que lo incriminaban, aunque solo pudieron condenarlo a diez años, por unas pruebas circunstanciales. Nunca se recuperó el botín, y en los círculos del mundo de los diamantes se coló la idea de que entre las piezas robadas se encontraban el perdido Nassak y alguna otra piedra legendaria.

Moví todo cuanto me fue posible hasta que conseguí que, a través de Valdivia, el acusado aceptara entrevistarse conmigo. Debo

reconocer que la experiencia de conocer al artífice de tal hazaña me inquietaba y atraía en igual medida.

Nos vimos varias veces. Había una corriente de empatía inexplicable entre nosotros que hizo que se estableciera una fuerte complicidad. Él era un ladrón profesional, y lo que verdaderamente parecía preocuparle era su familia y sus arraigos. Yo era lo contrario. A él le atrajo mi ética supervivencia en un mundo sucio, y a mí, el vínculo familiar en su peculiar manera de vivir. Me enseñó muchas cosas, entre otras que nadie habla del auténtico valor de lo que posee porque hay un placer inconfesable en la codicia. Yo a mi vez le hice confidencias importantes y superé el miedo a ponerle al corriente de mi búsqueda y del penoso resultado hasta entonces.

Antes del asalto a la Central de Diamantes de Amberes, yo participaba en valoraciones para empresas de seguros. De una manera o de otra, el robo de joyas camina de forma paralela a nuestra actividad. Recomendamos a los clientes que vayan a adquirir una joya de valor que sigan los trámites pertinentes de tasación y registro por si se produjera un robo o se plantearan revenderla. Es muy fácil caer en un fraude. Por mis manos, y provenientes de pequeñas explotaciones, han pasado piedras extraordinarias que tenían problemas de pureza o que requerían tallaje de alto riesgo.

Conseguí que Claudio me hablara de la existencia de dos coleccionistas de joyas históricas de los que jamás había tenido conocimiento, uno en Brasil y otro en Marsella. Por supuesto no iba a mencionar sus nombres, pero sí dejó caer que le debían algunos favores y, que si alguien tenía los diamantes del collar de mi reina, no podía ser sino uno de ellos.

Valdivia y yo cenábamos en París cuando tuvo lugar un peculiar robo en el aeropuerto de Schiphol, en Ámsterdam. Un grupo de personas vestidas con uniformes de trabajadores del aeropuerto y armadas bloquearon un avión cargado de diamantes. Se hallaba en una pista de máxima seguridad y su destino era también Amberes. A pesar de la extrema seguridad, nada impidió que los osados ladrones se llevaran un botín valorado entre setenta y dos y cien millones de euros. Los rumores de que se estaban gestando bandas especializadas

empezaron a correr como la pólvora. Algo pasaba en el mercado de diamantes.

Al robo de Ámsterdam se le fueron sumando otros, y aquello me atraía enormemente. Algunos no salían en prensa, puesto que la discreción es uno de los elementos esenciales de nuestro oficio, pero otros era imposible ocultarlos. El mundo de la joyería estaba conmocionado, porque los ladrones de joyas habían evolucionado, eran expertos y se movían de forma muy organizada.

Con frecuencia, buscaba la compañía de Valdivia, le pedía detalles, anécdotas, razones por las que fallaban algunos atracos mientras en distribuidores, museos o peristas se reforzaba la seguridad, se controlaban las comunicaciones y aumentaba la discreción. Todo eso no pareció asustar a quienes profanaron la joyería de Harry Winston en la avenue Montaigne, en París. Cuatro atracadores entraron a punta de pistola en la tienda y se llevaron un inmenso botín. Antes de que llegara la brigada de lucha contra el crimen organizado de la policía, se habían apoderado de cien millones de euros en piezas de alta joyería.

Localizar a las bandas organizadas era una prioridad para Interpol, y las casas de subastas redoblaban la cautela por si se les colaba alguna pieza robada, lo que sucedía con más frecuencia de la deseada. Los que estamos involucrados en este negocio tememos que nos engañen. Algunos de los que formábamos parte del negocio, colaborábamos con la policía, pero lo cierto era que la mayoría del material robado estaba vendido de antemano, cuando no encargado.

También en Cannes, en el hotel Carlton del famoso boulevard La Croisette, se produjo un robo espectacular en el año 2013. El joyero israelí Lev Leviev celebraba una exposición de piedras preciosas titulada «Extraordinary Diamonds» en el edificio. Leviev, uno de los hombres más influyentes en el mundo de los diamantes, con su empresa LLD Diamonds, con minas propias y licencias mineras en varios países productores, no imaginó que iba a sufrir un robo semejante. Pero un individuo ataviado con una gorra, guantes, bufanda y armado con una pistola automática de asalto irrumpió en la exposición e introdujo en una maleta lo que quiso ante la perplejidad

y falta de reacción del personal de seguridad. El ladrón se fue a pie, solo, por las calles de Cannes. Nunca se supo el valor de lo sustraído, pero fue una afrenta a un poderoso magnate.

Yo conocía el mercado de arte robado, en concreto el procedente del expolio nazi. Los bajos fondos del mercado de diamantes y joyas eran el único lugar que me faltaba explorar y, sin percatarme, había ido dando pasos hacia él. Saltando por encima de mi inquebrantable ética, decidí conocerlo del todo.

Lombardi, en sus conversaciones y creo que apiadándose de mi insospechada cruzada, me había proporcionado pequeñas pistas, hablándome de los coleccionistas ocultos. Naturalmente yo sabía que detrás de los anónimos y millonarios compradores de Sotheby's o Christie's había sociedades, banqueros, inversores en armamento o cárteles de la droga. Ellos poseen la capacidad de acceder sin ser localizados a lo más excelso que pueda ponerse a la venta, de algún modo, por eso se revisten de anonimato las subastas.

Ya me había hablado de los coleccionistas que poseían piezas legendarias y cuyas características eran la opacidad de sus operaciones y su pasión por las joyas históricas. «He sabido que uno de ellos está empeñado en encontrar los diamantes que buscas», me dijo un día, lo que me sorprendió.

10

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> Hay cosas encerradas dentro de los muros que, si salieran de pronto a la calle y gritaran, llenarían el mundo.
>
> FEDERICO GARCÍA LORCA

Piero me dio unas pautas muy precisas para encontrar con facilidad la casa del magnate Farinelli. Debía llegar a La Mola y, antes de dirigirme al faro, doblar a la derecha y coger un camino hacia el bosque. Me aseguró que la vería sin dificultad porque era única, pero el radar con el que me dotó la naturaleza estaba enfocado en perderme.

La casa llevaba seis años construida en la cima de la meseta, la zona más tranquila de la isla, y no la conocía. Escondida entre un bosquecillo de pinares, era un derroche de ingenio y belleza. Estaba formada por tres edificaciones unidas por pasarelas de madera, y un frondoso jardín con preciosas sabinas y bastantes tipos de flores la protegía de los curiosos.

Había ido infinidad de veces al faro, me gustaba disfrutar del mercado que instalaban los artesanos los miércoles y sábados. Formentera es una isla pequeña y, a menudo, los planes se repiten con esa misteriosa rutina que poseen las vacaciones. Los que la conocemos somos cautos con nuestros descubrimientos y solo los transmitimos a

quien sabemos que va a valorarlos. En ese momento, el dinero y la posición social hacían una selección natural. No todos podían pagar veinticinco euros por un mojito. A Julia, de pequeña, le gustaba visitar los faros. Su preferido era el del Cap de Barbaria, adonde se podía entrar por la cueva Foradada y asomarse a aquel curioso balcón en pleno acantilado. Su abuelo le hablaba de los piratas que venían a refugiarse en la isla, guiñaba un ojo y le advertía de que los piratas modernos seguían viniendo y que no se fiara de los yates blancos y engañosos.

Había salido con mucho tiempo, pero los conocidos rincones me detenían. Recuperaba la memoria que tenía encerrada bajo siete llaves. Me detenía en una tiendecita en la que mi padre compraba alpargatas o me acercaba a una zona para saber si una taberna seguía en pie. Vagabundeé por La Mola hasta que me sentí saciada de recuerdos. Luego volví a mi responsabilidad y, siguiendo las pautas de Piero y de Google Maps, llegué hasta la mismísima puerta donde me esperaban las damas italianas.

Una chica de servicio me cogió las bolsas y me invitó a reunirme con las señoras. Antes de verlas, las escuché quitarse la palabra, sentadas en el porche del edificio principal. Al verme, se pusieron de pie, me rodearon y se identificaron, amontonando una información imposible de digerir. Una de ellas contó que mi padre la había besado, las otras intentaron hacerla callar, aunque las cuatro estaban dispuestas a hablarme de lo que recordaban de él.

Vestían túnicas vaporosas y floreadas de colores brillantes. Los años se les derramaban por el cuerpo, pero, a pesar de ello, su bullicio resultaba gratificante. Antonella Farinelli llevaba la voz cantante, nunca mejor dicho, porque además de ser la tía del propietario había sido una buena *mezzosoprano*. Me obligaron a sentarme ignorando mis súplicas, pues insistí en que debía preparar la merienda. Bastaron unos minutos para darme cuenta de que no necesitaban en absoluto mis servicios; la razón por la que estaba allí era que se aburrían y que Lupe acostumbraba distraerlas los viernes, por lo que les cobraba una suculenta minuta. Bronceadas como una mesa de nogal, me hablaron de la isla, de quienes iban y venían, y de los nuevos y sospechosos

ricos que se hacían con terrenos para construirse mansiones. Luego llegaron las preguntas y también la alerta que me despertaron. Sabían cosas de mí, de mi negocio, de mi hija Julia y hasta de mi madre. Me sometí con una aparente docilidad a su interrogatorio en un español italianizado hasta que en un momento dado reivindiqué la razón de mi presencia.

—Lupe me dijo que debía dejarles preparada la merienda mientras jugaban al dominó. Quizá he venido un poco pronto…

—No, *cara*, está todo bien, pero no tenemos muchas visitas en esta época, así que nos gustaría que nos acompañaras un rato. Lupe es un encanto. Nos dijo que eras una chef estupenda y que además habías heredado la finca El Paraíso. Es un lugar precioso y con muchísimas posibilidades… Sabemos que te estaba costando volver a la isla a causa de los malos recuerdos, por eso nos encanta tenerte aquí.

Mantuve mi media sonrisa congelada. Volvía a tener ganas de matar a mi hermana, pero ni siquiera sabía dónde encontrarla. Antonella puso su mano en la mía y la palmeó como si intuyera que necesitaba consuelo.

—Sabemos que no tienes intención de vender esa maravillosa finca. Aurelia y yo estábamos aquí cuando asesinaron a tu padre. ¿Lo recuerdas, Aurelia? —La amiga, una mujer que en otros tiempos habría sido bellísima, asintió con cara circunspecta mientras Antonella Farinelli proseguía sin prisa pero sin pausa—. Han pasado tres años… —Asentí—. Yo conocí a tu padre, un hombre elegante y atractivo. Le hice algunas consultas sobre la montura de una sortija que perteneció a una condesa y él muy amablemente me indicó un joyero en Roma. Una noche, con su mujer, Carmen, compartimos unas horas tomando una copa. Por aquel entonces vivía mi marido, y mi sobrino todavía no se había instalado en esta casa. Veníamos en barco, pero ya estábamos enamorados de este trozo de tierra. Hace tiempo que quería conocerte, se lo dije a tu hermana muchas veces —reprodujo un tirabuzón de aire con la mano—, y por fin aquí estás.

—¿Qué harás con la finca?—preguntó Aurelia.

Sonreí como si no me hubiera hecho una pregunta directa y me levanté con el pretexto de que debía meter algo en el horno. Me

esperaba una mesa vestida con un mantel de hilo verde al fondo del salón. La misma chica que me había recibido me ofreció su ayuda. Con el rabillo del ojo vi que las damas abandonaban el porche para sentarse en unos sofás que daban a la terraza. Recordé las palabras de Lupe: «No te enfades conmigo encuentres lo que encuentres (que lo encontrarás). No merece la pena y además tú sabes que hay un momento para cada cosa». Eso decía el papel que había encontrado junto a las llaves del coche. ¿Tendrían ellas la clave?

Me concentré en mi trabajo como lo hacía habitualmente. Cuando mis delicias estuvieron preparadas, las coloqué en unas bandejas de loza artesana que había descubierto en la tienda de Piero y pedí a la camarera que fuera llevándolas a la mesa. Antes de que terminaran de comérselo todo como si salieran de un ayuno, la matriarca me llamó para invitarme a sentarme con ellas. Obedecí contrariada. Ya había puesto la comida al gato, me había reencontrado con la isla y ahora me tocaba compartir una tarde con aquellas ruidosas mujeres.

—Cocinas mejor que Lupe… Está todo riquísimo.

—¿Saben algo de ella?

—Bueno, por favor, tutéanos. Ya somos mayores, no nos gusta el protocolo. —Aurelia hablaba un perfecto español.

—Sabemos que ha ido en busca de su amor —dijo Antonella con autoridad.

—A Niza —apostilló la mayor de todas con un gesto de complicidad —. Allí es donde vive Hervé.

—¿Ustedes conocen a Hervé? —pregunté, deseosa de que me dijeran que sí.

—No lo conocemos exactamente, aunque lo hemos visto alguna vez con ella. —Antonella no me quitaba ojo—. Lupe ha perdido la cabeza por ese chico. No sé… Intuyo que tu hermana está obsesionada. Ha ido a buscarlo porque él se enfadó con ella, la abandonó a finales de agosto. No hubo modo de consolarla, sobre todo porque ni ella sabía la causa. Todas le advertimos que no hay que ir detrás de los hombres, menos si vas para pedirle perdón por algo que ni siquiera sabes que has hecho. No me fío de ese donjuán…

—El corazón tiene sus propias leyes —añadió Aurelia con un gesto

de advertencia.

—Hay cosas que no deben consentirse.

Por la deriva que tomó la conversación, intuí que no era la primera vez que el amor de mi hermana era objeto de análisis por parte de aquellas señoras. Lupe, de naturaleza indiscreta en lo que a sus relaciones se trataba, había encontrado su auditorio. Ella necesitaba pronunciar en voz alta que la amaban o abandonaban, y las italianas tenían experiencia y ganas de aconsejarla. Atropelladamente, fueron ofreciéndome su opinión, superponiendo razonamientos, hablando una encima de la otra y haciendo recaer la responsabilidad del poco juicio de Lupe sobre mí.

Cuando consideré que el chismorreo derivaba hacia terrenos pantanosos, desvié la conversación interesándome en sus vidas. Mordieron el anzuelo. Las cuatro se lanzaron a la evocación de sus conquistas, a hablar de sus hijos, a lo que el mundo cambiaba… Antonella tenía una vida feliz con su marido. Aurelia iba por el tercer matrimonio, y las otras dos, también viudas, eran hermanas y propietarias de una conocida marca de zapatos. Daba igual la posición social o la nacionalidad; decían las mismas cosas que mi tía Fina. La edad les hacía atesorar lo vivido y despreciar lo que no tendrían tiempo de vivir.

Logré mantenerlas distraídas unas horas. La merienda sació sus estómagos y su curiosidad sobre la gastronomía vasca. Dar de comer, alimentar, deleitar es algo que debe hacerse con los cinco sentidos, sin que nada enturbie el camino de quien cocina. Les hablé de mi pasión por las especias, de ese posible libro de recetas que algún día quisiera terminar e intercambiamos secretos culinarios sobre la mejora de las salsas de tomate. No fue hasta que el sol comenzaba a apuntar un atardecer hermoso cuando les comuniqué que tenía que abandonarlas.

Las hermanas empresarias prometieron visitarme en Bilbao. Repartí tarjetas, abrazos eternos, hasta que conseguí salir de la terraza.

—*Un attimo, bella.*

Estaba recogiendo mis cosas cuando Antonella me invitó a que la acompañara. La seguí, mirando su bolso de cuentas multicolores e imaginando que estaba por llegar el incómodo momento de aceptar

las generosas propinas, pero la cantante me condujo a una sala y me invitó a tomar asiento.

—Tienes que perdonarme, Eva, pero antes de que te vayas debo contarte algo que lleva incomodándome desde hace mucho tiempo. Me ha parecido que no querías hablar de ese francés que acompaña a Lupe —Antonella se santiguó—, y no me extraña. Probablemente ya sepas que la razón por la que ese hombre se enfadó con tu hermana fue porque él deseaba vivir en El Paraíso.

No pude reprimir mi sorpresa.

—No lo sabía.

—Tu hermana me contó que insistía en que le permitieras hacer obras. No sé, imagino que quería montar un negocio, quizá un hotel, y créeme que me extraña porque a él, según Lupe, la isla no acaba de gustarle… Pero no es eso lo que quería decirte. Tú debes saber que una, a veces, ve y escucha cosas que no sabe interpretar y que guarda en la memoria sin saber por qué. Los secretos forman parte de la vida. Nos hacen recordar que tenemos una existencia fuera y otra dentro, y que ambas disfrutan de una mágica convivencia. Ellas —señaló hacia el salón, donde habían quedado sus amigas— no saben nada de lo que voy a contarte. Es una cosa mía. Ella…, mi dulce Lupe *è speciale*, no tiene la cabeza ordenada y no puedo depositar mi secreto en sus manos. Has preguntado si conocíamos a Hervé. Verás, en realidad, creo que lo conozco.

Sonreí ante su visible turbación. Presentía que iba a escuchar una confidencia que no me gustaría. Antonella Farinelli tomó aire como quien toma una decisión. Me cogió las manos entre las suyas.

—Cerca de El Paraíso vive una familia italiana. Ellos fueron los que acudieron en tu ayuda el día que mataron a tu padre. —Asentí temerosa—. El año pasado fui a cenar a su casa. Mientras tomábamos una copa y charlábamos en el jardín, me pareció ver una luz que se movía a lo lejos, una luz que alguien llevaba en la mano. Sabía, o más bien calculé, que allí estaba El Paraíso y que estaba deshabitado. Lupe me contó que habíais instalado un temporizador y que las luces del jardín y el porche se encendían automáticamente hasta medianoche. Apenas eran las diez y soy una persona muy curiosa, también valiente,

así que, fingiendo que iba al coche para coger una chaqueta, caminé hacia tu casa. —Volvió a detenerse y de nuevo respiró hondo, tiñendo de dramatismo escénico su narración—. Estaba a punto de entrar en el camino que conducía a tu finca cuando un coche blanco salió en mi dirección. El instinto todavía me funciona. Me dije a mí misma que si la casa estaba vacía y era sábado por la noche, con la temporada aún sin comenzar, aquel vehículo no debía estar allí. Me fijé en quién lo conducía. Él me lanzó una mirada que me hizo sentir miedo.

Me soltó las manos, manoteó el aire en busca de una palabra que no encontró y prosiguió.

—Una semana después, y antes de que pudiera hablar de lo que había visto, me contaron en la carnicería que habían entrado en El Paraíso. —Se encogió de hombros—. En ese momento estuve segura de que eran los hombres del coche blanco.

—Pero usted había visto al conductor… ¿No le contó nada a mi hermana?

Me miró muy seria y negó con la cabeza.

—Afortunadamente no tuve ocasión. Podría haberla llamado, pero soy de esas personas que cuando algo no tiene remedio pienso que no hay que moverlo. Además, a tu hermana le cambia la expresión cuando se habla de El Paraíso. Esa noche se convirtió en uno de mis secretos. Sabía que no se habían llevado nada, aunque habían roto algunas cerámicas. ¿Qué necesidad tenían de romper unos tiestos? Cuando llegué de Roma este verano, me pareció verla en la calle. Mi instinto fue ir a saludarla pero, gracias a Dios, vi que iba acompañada y que venía en mi dirección. Esperé en el coche. Pasaron cerca y, para mi asombro, el hombre que la llevaba cogida por el hombro era el mismo que el año pasado conducía el coche que salía de El Paraíso.

Me quedé sin aire.

—Hervé.

—Sí. No he sido capaz de decírselo a tu hermana. No quería hacerle daño pero… Luego vino ese enfado estúpido por querer habitar una propiedad que no le pertenece. Y un ojo morado algún día… Desde que nos dijo que se iba a Niza, no he podido dormir tranquila. Algo me dice que ese hombre no es trigo limpio. ¿Tiene sentido lo que te

cuento?

—Podría tenerlo. Te agradezco mucho que me lo hayas contado.

—Toma. —Me tendió un sobre cerrado—. He metido mi dirección y mi número de móvil. Si quieres hablar conmigo, ya sabes dónde encontrarme. ¿Cuándo vuelve Lupe?

—El martes.

—¿Vas a contarle lo que te he dicho?

—Aunque quisiera, tengo que esperar. Se ha olvidado el móvil aquí. Pero quizá deba hablar de esto con ella.

Antonella se llevó la mano a la boca como si quisiera reprimir un grito. Vi en sus ojos un temor que no trató de ocultar. La abracé.

—Antonella, ¿puedo mencionarte cuando le diga lo que me has contado?

—Puedes. Ella sabe que no suelo mentir.

Dejé que me acompañara hasta el viejo Peugeot y prometí que la llamaría después de hablar con mi hermana.

Una siente en las tripas el miedo que precede a un acontecimiento. Al menos yo llevo instalado en mi estómago una especie de radar que esa noche se puso en funcionamiento. El presagio enciende el motor y la energía que genera es como un haz de luz que camina por tu cerebro para encontrar la salida. Después de dejar a Antonella, atravesé la isla sin dejar de pensar en Lupe. Mi hermana estaba en peligro y no sabía cómo dar con ella. Conduje primero aturdida y después con prisa.

A lo largo de mi azarosa vida emocional, he desarrollado un temor patológico a que aquellos a los que amo desaparezcan repentinamente. Tengo identificado el momento en que empezó a crecer en mi interior ese bicho devorador. Fue la noche en que mi padre me dijo que tenía que irse y no contestó a mi insistente pregunta de si partía de mi lado para siempre. En aquel momento la semilla se deslizó hacia la tierra abonada de mi corazón.

Cuando mi padre murió, paseé mi orfandad sin esconderla. Una desea que los que la conocen se asomen a ese agujero que ha perforado el dolor. Aceptas que se acerquen y susurren remedios

inútiles para ese tipo de herida… Que me dijeran que el que el tiempo curaría mi tristeza, que me aconsejaran que me aferrara a mi hija, que durmiera. Era su manera torpe de consolarme aunque, en realidad, quisieran decirme que hay que empeñarse en olvidar y que, para ello, es necesario taponar el boquete en tu alma. Los escuchaba, pero sabía que no era posible; los muertos, como los amores, la acompañan a una y parten dejando un rastro imborrable.

La oscuridad me obligaba a no apartar los ojos de aquella serpentina de asfalto, pero mi imaginación veía a Lupe, la oía reír, caminar entusiasmada hacia el desgraciado de Hervé, con acento en la «e». No sabía qué clase de embaucador era, pero si tenía relación con los asesinos de mi padre Lupe estaba perdida.

De modo automático, busqué entre mis seres queridos a quien pudiera cargar con el peso de las nuevas revelaciones. Maite era la candidata perfecta, pero era muy probable que tras escucharme tomara el primer avión para reunirse conmigo. Recordé las palabras de Antonella sobre la fatalidad. Tenía razón. Las cartas estaban echadas, era necesario esperar hasta el martes. Necesitaba revisar su móvil más concienzudamente porque, por increíble que pareciera, no lo había hecho. Debía revisar sus contactos, sus mails… Era imposible que no hubiera rastro de Hervé.

Quiero a Lupe. La quise desde el momento en que la conocí, cuando se presentó con el desafío de su dudosa fraternidad: «Soy tu casi hermana». Éramos adolescentes, construíamos cuevas, hogares con los restos de maderas que arrastraba la marea o con las sábanas de nuestras camas. Allí, muertas de calor, permanecíamos horas confesándonos lo que no habíamos podido contar a nuestros padres.

—Lorenzo dice que guarda las estrellas en el jardín… ¿Las buscamos?

—Son cuentos. Mi padre sabe cosas increíbles.

—Tu padre nunca dice la verdad.

Pasada la adolescencia, no se quedaba mucho tiempo bajo la bóveda estrellada de nuestros veranos. Siempre había alguna promesa de amor que la esperaba, un pueblo mágico donde se producían milagros o un maestro que prometía enseñarle el camino a la paz definitiva, un

Hervé con acento en la «e». Desde niña, Lupe fue una zahorí. Aparecía y desaparecía.

Dejé de advertirle que su peor enemigo era depositar todo su anhelo en el otro. Me quedaba confiar en su instinto y en que «*Tu es mon amour*» no fuera un desalmado que le causara un daño irreparable.

Una vez en su casa, cogí su móvil, ya completamente cargado. Había temido encontrarlo bloqueado y que tuviera que pasarme la noche tecleando contraseñas. De fondo de pantalla, mi hermana tenía una foto preciosa de Julia y ella. Era de cinco años atrás, las dos estaban bronceadas, sonriendo y con el pelo alborotado.

Pulsé el botón de inicio para desbloquearlo, la pantalla me pidió el código. Traté de ponerme en sus zapatos e imaginar qué habría elegido ella. Sin duda algo sencillo y que pudiera recordar con facilidad. Marqué su año de nacimiento. No funcionó. Tecleé el de Julia y la pantalla se abrió. Estuve a punto de saltar como si fuera un hincha de un equipo de fútbol festejando un gol.

Mi hermana tenía treinta y cinco llamadas perdidas, la mayor parte mías, y ciento setenta y dos mensajes de WhatsApp. Lo primero que hice fue buscar en sus contactos el nombre de Hervé. No hubo suerte. Tecleé su apellido. Nada. Lupe era perfectamente capaz de guardar el número de alguien por el mote o el apelativo cariñoso que empleara para dirigirse a esa persona.

Intenté recordar el momento en que le había sonado el móvil el día del aniversario de la muerte de mi padre; era lunes y yo trataba de dormir la siesta…

Me dijo que él la había llamado… Se refería a su amor. Estaba segura, el tiempo verbal indicaba que era un pasado reciente. Antonella también mencionó que su enfado se había producido a finales de agosto. Busqué lápiz y papel, y me tumbé en la cama dispuesta a adentrarme en la vida secreta de Lupe. Comencé la búsqueda por fechas.

Mi tarea se detuvo cuando encontré un mensaje que levantó mis sospechas. El número empezaba por treinta y tres. El primer mensaje decía que aquel era su nuevo número y que lo anotara como ella sabía. Sentí no dominar su móvil lo suficiente para localizar sus

mensajes, así que ni corta ni perezosa lo copié cuidadosamente en el mío.

Con las pulsaciones sobrepasando los límites, llamé. Era medianoche y quizá estuviera a punto de interrumpir un momento de pasión, pero me daba igual. Esperé y conté los tonos. Uno, dos, tres, hasta siete, luego se cortó la comunicación. Hervé había rechazado mi llamada. Volví a intentarlo y sucedió lo mismo. Al tercer intento y en perfecto francés, una operadora me dijo que el teléfono estaba apagado.

Respiré, traté de buscar calma, de relajarme… El yoga funciona si le das tiempo. Es la fe sin Dios de Occidente, el Orfidal de quienes saben que no hay más opción que la vida. Respiré de forma consciente durante un rato hasta que cogí mi cigarrillo y salí al balcón.

Los cafés y las tiendas ya estaban cerrados, la temporada alta acababa y ya no atravesaban la plaza esos enamorados de distintos países que encuentran su lugar en el mundo después de haberse bebido un barril de cerveza. Solo el restaurante de al lado de la iglesia tenía las luces encendidas, pero el trovador no estaba. Sentí la tentación de bajar a la calle y unirme a esos que temen al sueño y se entretienen hasta que no les queda un lugar donde perder la madrugada. Tenía por delante un sábado sin obligaciones y un domingo que pasaría entretenida con Gianni, el hijo de Luigi y Marietta. Después llegaría el lunes, y por fin el martes, cuando en teoría esperaría a Lupe en el aeropuerto de Ibiza. En cuanto apareciera, iba a darle la bofetada que se merecía. Por tonta.

Aunque no eran horas, tecleé un mensaje a mi hija.

> Cariño, estoy pensando en ti, con ganas de decirte cuánto te quiero. Se me están haciendo largas tus vacaciones, pero cuando vuelvas tendrás muchas cosas para contarme. Tu mami te adora.

Me quedé mirando su foto del perfil. Una de las cosas que sé por experiencia propia es que no hay que ser rácana con los «te quiero» que decimos a los hijos. Mi niña tiene en la mirada un lazo invisible que nos une. Siempre que tengo la oportunidad, le entrego una ración

de amor para que, cuando necesite reponer fuerzas, pueda acudir a esa despensa. No he querido que, porque su padre renunciara a ella en un principio, pensara que no había sido deseada, amada, recibida como un regalo. Eso ya lo pensé yo alguna vez.

Volví al móvil de mi hermana. No quería rendirme, aunque no me resultaba agradable andar hurgando en su vida. Me centré en los wasaps y, en concreto, en aquellos que provenían de teléfonos con prefijos extranjeros. De una ojeada se veía si se trataba de conversaciones con clientes o eran personales. Mi hermana enviaba propuestas de alojamiento o presupuestos de paseos por la isla y contestaba a peticiones. Un par de números de gente con la que se escribía en inglés, respuestas… Me pregunté si Hervé hablaría en español o en francés con Lupe. No tenía ninguna importancia, pero necesitaba recrear su vida para quitarme la ansiedad que sentía al pensar en ella. Volví al balcón. El reloj de la iglesia marcaba las 12.45.

Oí el sonido de un mensaje que entraba en mi móvil y corrí a mirar la pantalla.

¿Cómo van las cosas?

A veces me sucedía. Cuando la necesitaba, Maite aparecía como por arte de magia. La llamé.

—¿Qué pasa?

—Perdóname, pero tenía que llamarte.

—No te preocupes. Hace una noche maravillosa y hemos salido a tomar algo. Estoy paseando a Duncan. Dime.

Imaginármela paseando a su perro por el parque cercano a su casa era una invitación para abrir mi corazón. Le conté la información de Farinelli sobre Hervé, incluyendo aquel encuentro fortuito y presagiador con él en El Paraíso. Tras pasar casi media hora especulando, Maite me pidió que le enviara el número de Hervé Fajardo.

—Me sorprendería que ese apellido fuera común en Niza. Haré algunas gestiones. ¿Recuerdas a aquel amigo que tenía en la policía?

—Vagamente.

—Pues ahora trabaja en la delegación del Gobierno. No sé qué hace con exactitud, pero el tema es que es capaz de remover Roma con Santiago. Yo creo que es espía. Le mando un mensaje enseguida. No me gusta lo que me has contado.

—A mí tampoco. Tengo unas sensaciones raras. He revisado su móvil y no hay rastro de ningún amor apasionado. ¿No te parece extraño? Cuando te enamoras no eres precisamente cautelosa… No sé.

—Eva, sobre todo no te comas el coco. Raro es, no voy a llevarte la contraria, pero no puedes hacer nada. Por cierto, ¿has sabido algo de Felipe? Cuando me dijiste que creías que podía estar en El Paraíso te aconsejé que esperaras a Lupe, pero con lo que me cuentas… Si tu intuición no falla, sería la mejor compañía que podrías encontrar en este momento.

—Lo he pensado, pero el temor de que pueda pasarle algo a mi hermana me impide pensar con claridad.

—Lupe es muy lista y capaz de salir del embrollo más grande. Y, además, los malos pensamientos te chupan la energía. Mañana vas a El Paraíso y me llamas, podemos hacer el camino juntas hasta que se vaya la puñetera cobertura, luego veremos.

—Vale, voy a intentar dormir.

—¿Tienes pastillas?

—Las he olvidado.

—Joder, busca por ahí. Estoy segura de que Lupe tendrá algo que termine en «zepan».

Seguí su consejo y me dediqué a mirar en los cajones de las mesillas, el armario del baño y cualquier lugar donde mi hermana pudiera guardar alguna sustancia que hiciera que todo me importara un pimiento. En otro tiempo no me habría costado nada encontrar un tarro de marihuana o una bolita de hachís, pero ella atravesaba ese periodo *healthy* tan propio de los que se lo habían tomado todo. Lo único que encontré fue un bote de valeriana al que le quedaban dos pastillas. No quise mirar la caducidad, me las tomé, me cepillé los dientes y me metí en la cama. Iba a apagar la luz cuando oí el pitido de otro mensaje.

Amatxu, no te olvides de que te quiero hasta la luna y más allá.

El cuaderno de Lorenzo

Esperanza e inquietud, eso me produjeron las últimas palabras de Lombardi.

Esperanza porque alguien compartía la locura de buscar los mismos diamantes que yo e inquietud porque quien lo hacía lucharía a muerte por el botín.

Invité a Valdivia a que se quedara en el apartamento cuando fuera a París. Por aquel entonces ya estaba solo, me sobraban habitaciones y me faltaba compañía. Valdivia era un tipo afable y, en mi opinión, excesivamente locuaz. Contaba historias que no había oído, nombraba a cantantes, artistas del mundo del cine, del teatro. Sabía todo lo sucedido con las joyas propiedad de Mata Hari y seguía la pista de las adquisiciones de Elizabeth Taylor. Tenía su oficina en México, pues su radio de acción era principalmente Latinoamérica. Trabajaba para joyeros importantes, además de las empresas especializadas en garantías de piezas excepcionales. No le interesaban las piezas antiguas, sí las piezas únicas, de muchos quilates, y todavía tenía la tentación de hablar de sus «conquistas», como él las llamaba. Yo seguía manteniendo unas relaciones extraordinarias con la casa Cartier, desde donde me llamaban como asesor en ocasiones. Era de las pocas personas que acompañaba a los compradores de piedras excepcionales, y eso a Valdivia le atraía.

Empecé a interesarme por las publicaciones que emitían las compañías aseguradoras y le pedí a mi eficiente Julie que me reenviara todo cuanto descubriera sobre robos de joyas. Era fascinante saber cómo y a cuánto se pagaba la información sobre traslados o exposiciones, cuántas bandas existían y que los croatas, rusos e

italianos eran los que tenían más pericia, aunque estos actuaban básicamente en Europa. Al otro lado del charco, eran chilenos y argentinos.

Tuve, a través de Valdivia, a gente anónima dispuesta a comprar diamantes históricos que yo sabía que eran ilocalizables. Me ofrecieron un broche que pertenecía a la Corona británica y que habían robado hacía más de diez años. Mi amigo me contaba las infinitas posibilidades que albergaba aquel submundo, sobre todo si dabas con las personas adecuadas. A medida que iba conociéndolas, me sentí más atraído, pero también ellas iban sabiendo de mí.

Calculo que fue hace unos cinco años cuando detuvieron, en Marbella, a un ciudadano serbio que formaba parte de una banda especializada en el robo de joyas de alta gama. En el registro que efectuó la policía, descubrieron algunas piezas y un par de diamantes de talla antigua que llevaban años desaparecidos. La pieza de joyería contenía un diamante extraordinario en forma de pera de cuarenta y cinco quilates que había pertenecido a Isabel de Borbón y Borbón, condesa de Girgenti.

A través de mi amigo, los supuestos herederos se pusieron en contacto conmigo para que intermediara y me asegurara de que se iniciaban los trámites de recuperación. Me trasladé a las dependencias policiales y pude certificar que la piedra era, efectivamente, la auténtica.

El delincuente, un serbio, cauteloso y rodeado de misterio, se llamaba Tomislav Radojevic. Según pude saber, aceptaba su situación sin pronunciar palabra ni procurarse un abogado. Todo indicaba que era parte de una banda profesional y especializada; iba a resultar difícil obtener información de la procedencia de la pieza, pues este tipo de robos obedecen a unas peticiones de coleccionistas concretos y no salen al mercado porque son difíciles de colocar. Había un comprador, de eso estábamos seguros.

Pensé que Lombardi podría ayudarme y le dejé un mensaje para que me llamara. Hacía mucho que no emergían piezas desaparecidas y mi instinto de cazador volvió a ponerse en marcha. No había pasado demasiado tiempo cuando, desde algún punto desconocido del

planeta, recibí un mensaje que me decía que Tomislav, el hombre que no había pronunciado palabra, hablaría conmigo.

Acudí a la entrevista con una traductora, como me había aconsejado Valdivia. Julie buscó a una chica llamada Tania que trabajaba en Barcelona y que, cuando me reuní con ella, temblaba como una hoja.

La conversación se inició con la petición de que ingresara dinero en una cuenta que él me proporcionó. Debía hacer la transacción allí mismo y él debía poder cerciorarse del cargo. Fue la chica la que tuvo que manipular mi móvil, pues yo era incapaz. Tras el trámite, todo fue más o menos formal. Yo formulada las preguntas, y Tania, con la frente perlada de sudor, las traducía.

El hombre que había encargado el trabajo lideraba una red de blanqueo en Mónaco y a su vez colaboraba para otro delincuente. Tomislav me informó de que solían estar el que poseía la información y planeaba el robo y el ejecutor. El que se encontraba detrás de la operación era un experto en joyas. Él no lo había visto nunca, pero me dijo de que se trataba de alguien muy respetado y bastante temido. Me advirtió que era rico y poderoso, y poseía una gran colección de joyas. Cuando le pregunté a mi interlocutor si sabía de dónde procedían aquellas piezas, sonrió con malicia y añadió unas palabras que distinguí: museos, palacios…

Yo no entendía su lengua, pero sí comprendía su lenguaje corporal. Su mirada fría y aquella falsa placidez me hacían intuir que aquel hombre sabía de las pasiones humanas. Un sexto sentido me avisó de que por fin me acercaba a algo. Estaba excitado y le rogué que me diera su nombre. Naturalmente, no lo conseguí. No al menos en aquella primera entrevista. Tomislav descubrió mi ansiedad y quiso más dinero. Le prometí que en una semana lo tendría en su cuenta.

La traductora volvió a palidecer cuando le dije que jamás en la vida debía hablar de lo ocurrido en la cárcel. Asintió. La pobre no podía hablar.

Tardé un mes en recibir noticias de mi ladrón. Esta vez acudí al centro penitenciario solo. La traductora se negó a acompañarme, alegando que no hacía trabajos peligrosos. Solo necesitaba un nombre, y estaba seguro de que no añadiría ni una palabra.

No me había equivocado. El nombre del coleccionista era Bruno Marlai y, en el mismo instante en que lo escuché, supe que no era la primera vez que lo oía.

11

Eva Landaluce

Septiembre de 2020

> Llegarás primero a las sirenas, que encantan a cuantos hombres van a su encuentro. Aquel que imprudentemente se acerca a ellas y oye su voz, ya no vuelve a ver a su esposa ni a sus hijos rodeándole, llenos de júbilo, cuando torna a su hogar.
>
> HOMERO,
> *Odisea*

El sol hacía estallar el horizonte en luminosos rosas, naranjas y turquesas cuando atravesé la plaza. No me detuve a contemplar la maravilla que me ofrecía el Mediterráneo. Para entonces había perdido la capacidad de disfrutar y me sentía como una muñeca a la que manejaran por control remoto. Busqué un lugar donde no diera el sol y pudiera tomarme un café y un analgésico que apagara el zumbido de mi cabeza.

Escogí la terraza en la que se veían menos parroquianos, la del Plate. Un desayuno abundante de los que anunciaba la sobada carta me repondría. Apenas había comido en veinticuatro horas y estaba a punto de darme una pájara. La noche anterior, antes de que mis labores investigativas me hubieran llenado de presagios, tuve el buen juicio de mandar un mensaje a Piero citándolo para desayunar. La isla, a pesar de su belleza, se mostraba reservada. Necesitaba aliados, y el

italiano lo era.

«Ya estoy aquí», le escribí justo cuando la camarera me puso delante unas tostadas de aguacate y jamón. Me tomé el paracetamol con un sorbo de un café cremoso que me pareció el mejor de mi vida y mordí el pan crujiente cerrando los ojos. Aún me quedaba intacto el placer, nunca perdido, de saborear la comida. Solo hicieron falta unos instantes para que los hidratos de carbono corrieran por mi torrente sanguíneo y alcanzaran mi cerebro y lo apaciguaran.

Mandé un mensaje a mi niña y otro a mi socia para decirle que estaba mejor. Maite es de las que arrastra las preocupaciones como esas cadenas que llevan los presos americanos en los pies. Cogí la prensa abandonada en la mesa de al lado. No había visto un telediario ni abierto un periódico desde hacía días. Me arrepentí y volví a dejarlo donde estaba. No quería tener en mi cabeza más información que la que me diera aquel pedazo de tierra que no se veía amenazado. Seguía sin noticias de Lupe, pero todo me hablaba de ella. Su silencio no era uno de sus acostumbrados despistes o excentricidades. Era un silencio que pesaba y emitía en mi cabeza un tictac parecido al minutero de los temporizadores conectados a una bomba.

Tuve que esforzarme para no abandonarme a las imágenes comprometidas que mi imaginación escupía con crueldad. Las palabras de Antonella eran inquietantes. Imaginaba a Lupe esposada a un radiador con el cabrón de su amor acuclillado a su lado recomendándole que le dijera dónde estaban escondidos los diamantes. No era aún capaz de unir las puntas de mis sospechas, pero mi intuición me decía que la solución a los enigmas estaba en la isla. Daba vueltas a los datos. ¿Había muerto por no revelar los secretos? ¿Lo mataron para que no dijera quién había robado los diamantes? Y Lupe…, ¿qué haría si se encontrara en una situación comprometida?

No lo dudaba. Lupe daría hasta el número de teléfono del ayuntamiento. Una piensa que, ante un peligro vital, sucedería esto o aquello, que trataría de empatizar con el asesino… Son hipótesis. La realidad es distinta. Yo sabía que mi padre no era buen negociador. No cedía con facilidad, se enrocaba. No entregaba lo que no quería. Salvo con Julia, que con abrir la boca bastaba para que él le

concediera sus caprichos, era un hombre duro. Mi teoría era que no los encontraron el día que fueron a buscarlos, que él se puso terco y lo mataron. Tampoco los hallaron cuando volvieron a rebuscar en El Paraíso y, si se esforzaron en regresar, era porque tenían la sospecha de que estaban en la finca. Como último recurso, decidieron acercarse a mi hermana y someterla con la única droga a la que era adicta, el amor. El tal Hervé era un sinvergüenza peligroso que había encontrado un terreno abonado en su soledad. Lo peor era especular sobre por qué se la había llevado a Niza.

Pedí otro café. Piero nunca era puntual. Su tienda estaba a unos cientos de metros del Plate. Casi agradecí la tardanza. Mi móvil reposaba en estado de alerta sobre la mesa. Vibró y vi en la pantalla un mensaje de mi hija:

> Mamá, todo bien. Vamos en un tren con destino Roma.
> Te llamo luego. Ya tengo ganas de verte.

Necesitaba escuchar la voz de Julia. No podía llamarla. Estaba segura de que percibiría mis temores en mi voz. Le mandé un par de emoticones con corazones ansiosos. Luego miré el correo. Lupe no respondía.

Lo que sabía de Hervé me quemaba. Sentía la necesidad de hacer lo que hacía, especular, pero en voz alta, con alguien que me diera la réplica, y la única persona físicamente cercana era Piero. A Lupe la conocía toda la isla, si se corría el rumor de que su pareja podía estar relacionada con el asesinato de Lorenzo Landaluce, al día siguiente tendría al inspector de Ibiza allí. Debía evitarlo. La isla era tranquila, pero desde sus orígenes piratas, pasando por los desertores de Vietnam, hasta los modernos financieros rezumaba secretos. En eso se parecía a mí.

No vi venir al italiano hasta que me plantó dos besos. Se sentó a mi lado e hizo una señal a la camarera que ella comprendió. Luego giró la cara buscando el sol.

—¿No te cansa el sol?

—Nunca, aunque es verdad que este año ha hecho mucho calor. Yo

confiaba en que el cataclismo climático no me pillaría, pero esto va muy rápido. —Me escudriñó—. ¿No duermes?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tienes unas ojeras espectaculares.

La camarera le puso una cerveza fría delante.

—Sé que estás preocupada por tu hermana, pero Lupe tiene siete vidas. Si no le va bien con el francés, lo dejará allí mismo y volverá.

—¿Cerveza a estas horas? —Escuchar hablar de Lupe me cerraba la garganta. Desvié la conversación.

—Es más de mediodía. Veo que la isla ya te ha hecho perder la noción del tiempo.

—No ha sido la isla. Piero. —Me enderecé en la silla, me tapé la cara y moví el cuello—. Tengo algo que contarte y necesito discreción absoluta. En esta ocasión, no sé si los muchos recursos de mi hermana servirán para algo.

El italiano me retiró las manos de la cara con suavidad y, sujetándome la barbilla, me giró hacia él. Pensé que la vida hacía extraños compañeros de viaje. Él era el elegido por mi padre y ahora por mí como depositario de nuestra confianza.

—Eva, no dudes de mí, te lo ruego. Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites y que guardarse las cosas no es bueno. Dime qué demonios me estás ocultando.

Los cristales de mis gafas matizaban la luz formenterana. Lo miré buscando las palabras adecuadas. Tenía que hablar de mi padre, de sus diamantes, de las amistades poco aconsejables que debió de tener en los últimos tiempos… Contarle la verdadera historia de aquella peculiar familia que venía a El Paraíso y que estaba jalonada de incógnitas. Piero conocía a los habitantes de las Baleares y podía obtener información mejor que nadie. Empecé relatándole la conversación con mi padre la víspera de su asesinato y, como tenía que ser sincera, también le dije que puso mucho interés en advertirme que, si le ocurría algo, no quería a la policía.

Para Piero, yo era una mujer independiente, con una hija que había criado sola, mi propio negocio, mis viajes a sitios remotos y esa indolencia respecto al amor que a sus ojos me volvía atractiva. Intenté

que me viera como me sentía aquella mañana: frágil y temerosa de que le pasara algo irreparable a la inconsciente de Lupe. Fui desgranando mis sospechas. Él asentía o enarcaba las cejas. No me miraba, pero escuchaba con atención. No le quedaba cerveza cuando le dije que había seguido el consejo de mi padre y había tratado de confundir a la policía, sin proporcionarles información suficiente para investigar el asesinato. Ya no sabía qué demonios hacer.

A nuestro alrededor, las mesas de la terraza iban llenándose de gente vestida con despreocupación que pedía ensaladas y platos a base de chía y productos saludables. Yo escondía las lágrimas.

—*Porca miseria*.

Piero caminó hacia el centro de la plaza con el móvil en la oreja. Gesticulaba, se detenía, movía los brazos y echaba a andar de nuevo. No sabía con quién hablaba, pero sabía que hablaba de mí, o de Lupe, o de mi padre. De vez en cuando levantaba la vista y se cercioraba de que seguía tras mis gafas de sol. Estaba a punto de pedir un tercer café cuando lo vi guardarse el móvil en los estrechos pantalones y venir hacia mí.

—¿Con quién hablabas tan acaloradamente?

—Tú no lo sabes, pero todo lo que acontece por aquí se prepara en Ibiza. Mi amigo Marcello controla cualquier cosa extraña que pase. ¿Sabes de quién hablo?

—Marcello… Creo que alguien, antes que tú, lo ha nombrado en mi presencia. Recuerdo vagamente una referencia a su poder, pero no sé ni quién lo dijo ni cuándo sucedió.

—Su nombre es Marcello Cartolini. Aunque tiene nombre italiano, es francés. Posee una casa inmensa e inexpugnable cerca de Sant Josep de Sa Talaia y tres o cuatro chiringuitos en las playas a las que va la gente guapa. No es un traficante, tampoco un vendedor de armas, pero los conoce a todos, es un mediador. Sabe quién viene y quién se va, quién se esconde y quién huye… Y, sobre todo, a qué vienen los que no deberían venir. Nosotros necesitamos saber algo más del amigo de Lupe. No quisiera que le ocurriera nada, así que lo he llamado.

—¿Es tan influyente?

—Y más. Sintiéndolo mucho, voy a tener que darte un curso del proceder de los sinvergüenzas de las Baleares, pero probablemente gracias a Marcello acabaremos conociendo la dirección de ese pequeño cabrón que engaña a Lupe. Los malos tienen que presentarse o dejar la tarjeta de visita en uno de los establecimientos de Marcello. Ese Hervé tuvo que hacerlo en su momento y si, como intuyo, no le comunicó sus intenciones…

—Tengo la sensación de que Hervé forma parte de algún tinglado internacional relacionado con el contrabando de joyas.

—No hablemos de cosas turbias. ¿Tienes algo que hacer ahora?

—Sí. Todavía no he ido a El Paraíso. Mañana mi hermana me ha organizado el día en compañía de Gianni, el chico de los Falcone. Aprovecharé hoy para hacer la ineludible visita a mi casa.

—Te acompaño.

—Te lo agradezco, Piero, pero prefiero ir sola. ¿Me entiendes?

—De acuerdo —dijo asintiendo—. Voy a ponerme en marcha. Nos encontraremos aquí mismo para cenar sobre las nueve. Espero poder darte noticias precisas. Llámame si me necesitas y… —con un tímido gesto, me apartó el cabello de la cara— la visita a la finca te hará bien. No puedes arrastrar los pies eternamente, *cara mia*.

Piero se levantó de un salto y se encaminó hacia el interior del bar. Me quedé mirándolo. Me conmovía la titubeante manera de expresar ternura que tenían algunos hombres. Olvidaba constantemente que ellos poseían un modelo distinto de procesador de emociones. Salió a despedirme con un par de besos y se fue hacia la tienda.

Mi padre me decía muchas veces que yo era su preciado tesoro. Aquella expresión era una bonita metáfora, aunque yo supiera que su verdadero tesoro eran los diamantes de María Antonieta. Él, mi padre, fue mi anhelo, mi decepción, mi sostén, mi derrota y mi sueño. Eso además de todas las emociones que contiene el vínculo con un padre que te abandona y te mantiene a su lado al mismo tiempo.

Como si hubiera puesto el piloto automático, me dirigí a Sant Ferran, más concretamente a El Paraíso. Conocía el trayecto de

memoria, sabía dónde se emplazaban los carteles de la carretera que indicaban el camino hacia un hotel, la playa o el codiciado supermercado. Esta vez nadie iba a disuadirme de llegar a mi destino, lo aceptaba, reviviría lo ocurrido en cuanto caminara cerca del taller, y ningún cartel de prohibido el paso iba a echarme atrás.

La temporada baja despejaba la ruta de bicicletas y motos. Ya no tenía necesidad de esquivar a los jóvenes que venían desde Ibiza a pasar el día, ni a turistas que por primera vez hacían el trayecto por la columna vertebral de la isla. Me desvié hacia el interior, dejando atrás aquella casita azul y blanca que parecía de cuento, los apartamentos Mayans y el huerto de higueras de Francisqueta, donde las cabras buscaban la sombra.

Sin ser demasiado consciente, levanté el pie del acelerador y la velocidad fue bajando hasta que se apagó el motor. Los gestos que uno hace cuando se acerca a un lugar al que no quiere ir son elocuentes. Volví a encenderlo diciéndome a mí misma que los preámbulos debían terminar. Conduje sin problemas hasta que se acabó el asfalto. Cerré las ventanillas para que no entrara el polvo y seguí adelante. Faltaban unos cientos de metros para llegar al sitio donde certificaría, de modo definitivo, que lo que recordaba no era un mal sueño, y que mi vida y yo misma habíamos desaparecido un 30 de septiembre.

El coche de Lupe trotó salvaje. Los amortiguadores no eran precisamente tecnología punta y mi cuerpo bailaba a la deriva del movimiento. Unas nubes perezosas hacían que el sol apareciera de forma intermitente y me cegara por momentos. Su luz resplandecía jugando con la chapa de la carrocería, emitiendo destellos caprichosos. Me puse las gafas de Lupe y entré despacio en la propiedad.

Allí estaba mi Paraíso, con la casa algo menos majestuosa que como la guardaba en mi memoria, pero intacta. Me detuve frente a ella. Estaba cerrada pero cuidada, hasta el punto de que ni siquiera el porche tenía basura y restos de vegetación, como imaginaba que estaría después de tres años. El jardín seguía ordenadamente salvaje pero atendido. El enorme cactus donde Julia colgaba su traje de baño permanecía robusto y empeñado en crecer. A su lado, el olivo

raquítico había ganado la batalla y tenía minúsculas aceitunas negras. «Quizá he tardado demasiado en volver —me dije—, quizá debería haber prolongado la vida de El Paraíso y no esperar a que mi hermana asumiera unas responsabilidades para las que no estaba preparada».

De alguna manera continuábamos encerrados allí; mi padre recibiéndome, Julia de mi mano, Lupe esquiva, luchando contra viento y marea para que el amor no se le escapara, y mi madre soñando en la distancia con su Gregory Peck. Las lágrimas me inundaron el rostro sin que hubiera presagiado emoción alguna. Me sentía poderosamente conmovida. Allí estaba. No era tarde, porque, como cuando era niña, percibí que aún había un Dios que se encargaba de mi Paraíso.

Salí del coche. Saludé a mis seres queridos evitando volver la vista hacia el taller. Di un par de pasos titubeantes y me detuve.

En el cine, cuando el director maneja bien una escena donde se presiente que algo importante va a suceder, el sonido es el elemento conductor. Yo escuché el crujido de mis pies en la gravilla, el ruido de la puerta al cerrarse, el murmullo de mi vestido… El taller era un volumen a mi derecha que reclamaba mi atención. Giré el cuello.

Entre los claros y oscuros, a contraluz, se recortaba lo que me pareció la figura de un hombre con una mano a modo de visera sobre el ala de un sombrero de Panamá. La sangre se me congeló. Durante un instante creí que la mente humana, potente y desconocida, era capaz de reproducir las fantasías con una fidelidad inquietante. La imagen que se alzaba ante mis ojos era una réplica de mi anhelo. Era mi padre.

La sensación se prolongó apenas unos segundos, porque desde mis tripas subió un aullido animal retenido durante aquellos años, un grito tan similar al que había proferido al descubrir el cadáver que yo misma me sorprendí. El mundo entero enmudeció cuando me llené los pulmones de aire, cerré los ojos y, como si mi voz saliera de un pozo profundo, grité larga y desgarradoramente.

Casi de inmediato, mi fantasma se deshizo. Lo vi caer, un pesado fardo desplomándose desde el borde como si mi presencia lo hubiera asustado. Aterrada y sin ser demasiado consciente de lo que estaba

ocurriendo, abrí los ojos para tratar de recuperar mi control. Jadeando, caminé hacia el sombrero de Panamá, que había aterrizado a unos metros de mis pies. Era el de mi padre. El hombre que lo portaba yacía gimiendo a unos metros. Corrí hacia él enajenada y sin saber si el sueño se desvanecería en cualquier momento o mi padre, como deseaba, volvía a la vida.

Cuando me arrodillé, Felipe, más viejo y demacrado, se quejaba y me pedía perdón.

No me hizo falta más que dos segundos para poner en orden mi cabeza. Felipe estaba allí y se había caído desde la azotea. Le toqué la cara, casi le acaricié, le palmeé para que volviera en sí y me mirara. Le dije mi nombre mientras evaluaba si era posible llevarlo hasta el coche.

Allí estaba mi amigo desaparecido, dolorido, con su pelo casi blanco, un bronceado de labrador y el espanto en su cara. Pronunció mi nombre, abrió y volvió a cerrar los ojos, se disculpó con un hilo de voz. No dejé de hablarle. Temía que se desmayara y por eso le dije que no dejaba de pensar todo el tiempo en él. Sabía que una ambulancia se perdería por los caminos aunque enviara la ubicación. Repetí su nombre. Él pedía perdón una y otra vez mientras yo, al borde del colapso, trataba de averiguar el alcance del daño. Felipe temblaba. Le toqué frente; ardía. Un seto había amortiguado el golpe, pero cuando le pedí que moviera los brazos pegó un grito.

Corrí hacia el coche y lo acerqué cuanto pude. Luego le expliqué que debía llevarlo al hospital. Le pasé el brazo por la espalda para ayudarlo y agradecí que siguiera siendo el hombre sólido y fuerte que recordaba.

—Felipe, ¿puedes levantarte? Son un par de metros. Ayúdame.

—Lupe me dio permiso —murmuró, al tiempo que se agarraba a mí para coger impulso—. Lo siento mucho, Eva, no fui capaz de llamarte.

—Te has caído de la azotea. Haz un esfuerzo y calla.

La imaginación juega, se mezcla, almibara o pajarea alterando la fidelidad de lo que almacenas. Cuando Felipe me miró, pareció que se hubieran encendido las luces de un estadio al anochecer y toda la rabia acumulada por su ausencia se diluyó. Reprimí las ganas de

abrazarlo, de llorar mi orfandad en su hombro, de refugiarme en el único hombre al que podía abrir mi corazón.

Trató de incorporarse, pero el dolor se lo impidió.

—El hombro… Creo que voy a desmayarme.

—Ni se te ocurra. Solo un pequeño esfuerzo.

Como pude, lo acomodé en el asiento del acompañante, pero cuando fui a ponerle el cinturón se había desmayado. Conduje incrédula de la vida. Incrédula por que la vida reprodujera aquel horror. Sujeté el volante con una mano y con la otra le cogí la mano, inerte y muy caliente. Palabras que empiecen por «L»: lucha, letanía, lugar, lucha… Felipe…

Cuando llegué hice lo mismo que tres años atrás, pedir ayuda. Pusieron a Felipe en una camilla y se lo llevaron. Me quedé con la administrativa repitiendo los pocos datos que guardaba en la memoria. Cuando me preguntó por la edad y el domicilio, me encogí de hombros. «Unos cincuenta y ocho, y el domicilio…». Di la dirección de El Paraíso, porque la administración no está preparada para las sutilezas del destino.

En una de las paredes de la sala de espera, un cartel indicaba que los móviles estaban prohibidos, lo cual me pareció un anacronismo. Aquella isla gozaba del misterioso capricho de una conectividad aleatoria, pero, obediente, silencié el mío. Un repentino y fulminante cansancio me hizo apoyar la nuca en la pared y cerrar los ojos. Ni siquiera había entrado en la casa… Lo que imaginaba que iba a ser doloroso se había convertido en una pesadilla. «Lo venderé —me dije —, venderé El Paraíso en cuanto vuelva Lupe».

Poseo un don secreto. Una imaginación poderosa que desarrollé de niña y que, cuando la realidad se vuelve insoportable, me permite cerrar los ojos y trasladarme a los lugares donde fui feliz. Lo llamo «teletransportación» por llamarlo de algún modo. La denominación está inspirada en una serie que vi de niña en televisión. Se llamaba *Embrujada* y encarnaba mi más preciado sueño: desaparecer para trasladarme a donde estuviera mi padre.

Para conseguirlo debes desearlo con todas tus fuerzas, concentrarte y buscar en ese territorio inaccesible para el resto de los mortales un

recuerdo verdaderamente hermoso. El resto es sencillo. Con un poco de entrenamiento, puedes llegar a permanecer en brazos de los sueños unos minutos. Guardo en secreto esta preciada habilidad. Nadie, ni siquiera mi hija, sabe que mi voluntad teletransportadora me ha permitido sobrevivir sin quemarme en el interior de algún que otro infierno. Mi don me salvó de la impotencia de ver a mi madre desvanecerse tras una botella de vodka o de la vocación de infelicidad de mis padres.

A pesar de mi extraordinario poder de huida, no he salido indemne de la realidad. Mis ejercicios premonitorios del metaverso que viene no curan, pero te quitan minutos de sufrimiento. Me teletransporté a Florencia. El desencadenante debió de ser el material del suelo hospitalario, un falso travertino con vetas grises, tan de la Toscana.

Florencia es una ciudad pequeña, hermosa, que guarda tesoros en cada esquina y, hasta hacía nada, había albergado a mi hija. Traté de evocar la primera vez que la visité y el momento preciso en que accedí a esa Galleria dell'Accademia que alberga el *David* de Miguel Ángel Buonarroti. No tenía idea de lo que iba a ver y casi me desmayo cuando lo divisé. Algo más de cinco metros de mármol blanco, quinientos centímetros de una belleza que, aunque congelada en el año 1504, era capaz de calentar el interior de cualquiera que lo contemplara. El corazón me estalló repleto de ese agradecimiento que despierta lo hermoso.

Tras ingresar en urgencias a Felipe Irizar, el hombre al que había buscado como un sabueso, me fui con mi poder teletransportador a la capital toscana. Me salté la cola de turistas hasta situarme junto a mi hermoso adonis. Vi nítidamente sus manos nervudas y demasiado grandes, me acogí a la cara adolescente de mi gigante, a su perfecta desproporción, y dejé que mi corazón se enamorara hasta el olvido. Volé.

—Parientes de Felipe Irizar.

Alcé la mano, sin saber que en ese momento sentaba un peligroso precedente de dependencia para la administración hospitalaria. El médico de urgencias, con la bata blanca abierta y un traje de quirófano azul debajo, me soltó una batería de preguntas mientras

revisaba los papeles que sostenía: ¿desde cuándo tenía fiebre el señor Irizar? ¿Tenía el paciente alergias a algún medicamento? ¿Tomaba medicación habitualmente? Me encogí de hombros desorientada e intentando no mirarlo.

—No puedo contestarle. Hacía años que no lo veía. Se ha caído del tejado…

El médico levantó la vista y enfocó sus pupilas en dirección a las mías arrugando la piel como si fuera miope y necesitara cotejarme más intensamente. Nos miramos durante unos eternos segundos, y supe que me había reconocido.

Su calvicie se había acentuado, pero conservaba el acento caribeño con el que tres años atrás me había dado sus condolencias sujetándome con delicadeza del antebrazo. «Lo siento mucho. Vamos a trasladar su cuerpo en helicóptero a Ibiza. Es el protocolo cuando hay heridas de bala, es necesario que intervenga la policía. Pero antes, si lo desea, puede estar unos minutos con él para despedirse. Le ruego que no lo toque».

Entré por las mismas puertas batientes por las que había salido y recordé que el médico me había acompañado hasta la sala de curas donde mi padre dormía el sueño eterno. Volvía a estar allí… El médico no me había olvidado, ni a mí ni al paciente que había recibido varios balazos. Cómo olvidar el único asesinato de la isla probablemente desde la Guerra Civil.

Era un hombre discreto y actuó con profesionalidad. Hizo como si me viera por primera vez, aunque capté el destello de reconocimiento. Se presentó, me tendió la mano como aquel 30 de septiembre y me comunicó que Felipe tenía una fisura limpia en el húmero izquierdo. No era preciso operar, pero iban a inmovilizarlo. No obstante, le preocupaba otra cosa.

—Su amigo, el señor Irizar, tiene neumonía. Por el momento debe quedarse aquí. Necesita oxígeno y hay que bajarle la fiebre. Esperaremos cuarenta y ocho horas para que le haga efecto el antibiótico.

—Gracias.

—Conviene dejarle descansar, pero puede verle cinco minutos si lo

desea.

No quería verlo. No. Quería matarlo, a él y a mi hermana. Porque ahora tendría que volver a cruzar aquellas puertas batientes y quizá caminar hasta la misma sala, en una extraña repetición que me asustaba. Lo que deseaba era salir corriendo lejos del hospital, de Formentera y hasta del mundo. Hice una mueca a modo de sonrisa de agradecimiento y le estreché la mano. El médico se marchó.

Felipe no llevaba ninguna identificación en el momento del ingreso. Le prometí a la administrativa que iría a buscar sus papeles en cuanto me fuera posible. No pude confirmarle si su nacionalidad era francesa o española. Con cierto recelo y espoleada por una soterrada mala leche, le proporcioné el número de mi hermana como contacto. En realidad, el despropósito partía de ella, quien al parecer le había entregado a Felipe las llaves de El Paraíso sin decírmelo. Mi rabia superaba la compasión y las buenas maneras, e incluso me hizo olvidar los temores de la noche anterior. Ya no veía a mi hermana encadenada a un radiador con el ojo morado. Al salir del hospital, no pude evitar lanzar una ojeada a la plataforma dibujada en el suelo que se veía desde el aparcamiento. Allí había aterrizado y levantado el vuelo posteriormente el helicóptero que se llevó a mi padre a Ibiza.

Me metí en el coche, abrí las ventanillas y, jadeando como si acabara de escalar una montaña, conduje como una autómata teletransportada, aunque, naturalmente, sin cerrar los ojos. El efecto de los poderes no suele durar mucho; las fantasías no resisten una realidad como la que me estaba cayendo encima. Mi hermana estaba acostumbrada a no decir la verdad; se excusaba, mentía para que nadie pudiera controlarla. A su manera, me había confesado la existencia de Felipe en su nota, solo que lo llamó «sorpresa».

Conduje hacia El Paraíso tratando de no llorar. Notaba un caudal de lágrimas capaz de anegar la isla entera. No lloré. El dolor, como las ciruelas, debía guardarse deshidratado.

El cuaderno de Lorenzo

Mis contactos policiales me facilitaron un jugoso dosier sobre Marlai. Afincado en Niza, poseía negocios de distinta naturaleza. Era propietario de una cadena de aparcamientos en la Costa Azul y su mujer regentaba varias joyerías en Marsella. A ella estaban investigándola por blanqueo y compra de objetos robados. A medida que me adentraba en el informe, la seguridad de que el tal Bruno Marlai no era un desconocido se afianzaba. Pasé semanas con aquel nombre colgado de mis pensamientos, hasta que decidí olvidarlo. Me estaba precipitando, y la actividad detectivesca comenzaba a interferir en mi vida real. En realidad, y aunque no creo en nada que no pueda comprobarse o razonarse con objetividad, tuve algo parecido a un presentimiento. Debía pasar página, me lo decía el instinto.

La isla, mientras yo andaba sumergido en este cuaderno, se ha llenado de turistas. Las motocicletas petardean por los arcenes de la carretera con parejitas en su grupa armadas de sombrillas. Ahora se parece más a la que yo vivía antes, pero ha empezado a no gustarme. Cada año se incrementan los ferris atiborrados de gente, los coches de alquiler, los paseos. No sé si este pedazo de tierra podrá protegerse a este paso devorador, si habrá agua para todos los que queremos descansar en este paraíso, ni si salpicaremos las aguas protegidas por la posidonia con plásticos y petróleos…

Es sábado. Los recién llegados duermen y los pescadores madrugan para llevar pescado fresco a los restaurantes. Toni me ha invitado a acompañarlo a pescar y la experiencia ha sido magnífica. Siempre he dicho que hay dos islas: la que se recorre a pie y la que se sortea desde el mar.

Nos hemos acercado hasta una zona rocosa donde a él le gusta fondear. El mar es lo único que me relaja. Sentado en la proa, en medio de ninguna parte, los pensamientos carecen de sentido, de gravedad, y el pecho se expande para llenarse de gratitud. Nunca me había dado tanto la naturaleza y, sin embargo, siempre la he tenido ahí, delante de mis ojos. Toni y yo apenas hablamos. Él y yo sabemos que a veces las palabras no hacen más que manchar el silencio.

Después de la travesía, he pasado por Es Estiu, un barecito nuevo que han abierto un par de chicas recién llegadas de Chicago. No me conocen, no saben quién soy, así que con ellas mantengo cómodas conversaciones en inglés sobre la vida. Preparan una comida sencilla, disponen de buenos vinos y tienen la mejor cobertura de la isla, por lo que aprovecho para convertir el almuerzo en mi hora de oficina. Desde la terraza, veo las salinas, resplandecientes bajo el sol. Me conquista la sencillez de lo que me rodea, olvido y veo acercarse las jornadas decisivas de mi calendario y pienso en Erika. Pienso mucho en ella.

Busco la única foto que conservo. Me mira, me ama y me arrepiento de haberme deshecho de todo cuanto le pertenecía: sus preciosos mails, los mensajes que me enviaba diciéndome que me echaba de menos cuando acababa de dejarme en el aeropuerto… ¡Qué imbécil he sido creyendo que al borrar su rastro la olvidaría! Solo poseo esta instantánea que le hice en Barcelona.

Durante unos años, fui tantas veces a Berlín que no me pareció extraño encontrarla y, en cuanto la vi, reconocí ese imperioso sentimiento que se tiene cuando uno se enamora: podía morirme si no volvía a verla. Paradojas de la vida.

Regentaba un pequeño y acogedor restaurante en el barrio judío al que Hans Krüger me invitó una noche. Mi vida era cada vez menos interesante y más previsible. Le pregunté a Hans por ella. Era viuda desde hacía tres años y tenía dos hijos. Exhalaba dulzura, carácter, sabiduría y hablaba un español torpe pero acertado. No pude dejar de mirarla. Al despedirnos, le estreché la mano reteniéndola algo más de lo necesario y tiré de ella hasta acercarla para susurrarle que volvería. Había vivido aventuras, historias de una noche, momentos en los que

no me planteaba si aquello estaba bien o mal, pero algo en Erika me atraía. Sabía dónde estaba mi hogar y también que no quería rechazar un abrazo si no dañaba a Carmen. Pero cuando conocí a Erika fue distinto. Sentí que mi corazón se ponía en pie y olvidaba el camino de regreso a casa.

No era el mejor momento de mi vida conyugal. Me sentía, en presencia de Carmen, confuso e incómodo demasiadas veces. Discutíamos, no nos prestábamos atención y empezábamos a evaluar ese peligroso balance de observarnos y despreciar nuestras costumbres. Siendo honesto, no renunciaba a ella, no solo porque la amara y la considerara imprescindible en mi vida, sino porque nos ataba la vieja deuda que contrajimos al conocernos, separarnos y volver. Pero Erika abrió las puertas de lo posible, desveló esa parte oscura que posee la lealtad y tuve que sincerarme con Carmen, contárselo y decidir juntos sobre nuestras vidas.

Lo hicimos sin hacernos daño. Ella me había entregado los mejores años de su vida y también necesitaba alejarse de mí. El Museo Nacional de México acababa de adquirir obra suya y no debía perder más oportunidades profesionales por quedarse a mi lado. Entonces aún podía ocupar un puesto en el panorama pictórico de su país.

Era el año 2014. La vida se abría inesperadamente ante mis ojos. Estaba muy cerca de mis diamantes y tenía un nuevo amor.

Han pasado tres años y aún siento escalofríos cuando recuerdo los meses que siguieron a la muerte de Erika. Ignoraba que yo, Lorenzo Landaluce, que he caminado por las aguas sin mojarme los zapatos, podría hundirme en un fango tan denso e inabarcable. La tristeza, o quizá la manera en que desapareció mi futuro, fue devastadora. Ella era mi último tren, pero nunca quise verlo. Aposté por una vida en común y me encontré solo, sin su amor, con Carmen a miles de kilómetros, sin una relación limpia con mi hija y sin saber qué hacer con el agujero que tenía en el corazón. En ese momento comprendí a los suicidas y a los viejos a los que la sociedad aparta con brusquedad de la escena. Fui consciente de que se me acababa el tiempo de emprender, de soñar y, por primera vez en mi vida, experimenté lo que era la soledad.

Posiblemente tenía los niveles de endorfinas muy bajos, pero la realidad era indiscutible. Los diamantes, cuyos secretos me habían hecho olvidar cosas importantes, se convirtieron en una vital estupidez. Dejé de sentir curiosidad por su recorrido por la vida, el mundo se volvió insípido y, por decirlo de un modo profesional, opaco. Esta palabra es muy importante para mí. Los diamantes antiguos no poseen las cincuenta y siete facetas por las que entra la luz, eso los hace misteriosamente opacos. Yo me sentía igual, envejecía y la luz ya no entraba de la misma manera. A esto se unió mi intervención en la vida de Felipe y su abandono.

Nuestra ruptura no puede comprenderse sin explicar que, unos meses antes de que se produjera, estuve en Nueva York. Durante una cena y en una de esas conversaciones entrecruzadas, oí el nombre de Camillieri, lo que me hizo prestar atención. Era el agente de Felipe, un hombre eficiente que siempre había tenido algo turbio en sus ojos. El grupo hablaba de unas dudosas operaciones en una galería de Milán y de su testaferro, una tal Barbara. Las alarmas se encendieron. Pedí datos. Necesitaba saber si aquel estafador del que hablaban era el agente de Felipe. Lo que me contaron era muy preocupante, tanto que pedí a Vincent, mi investigador, que hiciera algunas averiguaciones sobre la pareja.

Muchas veces en mi vida he olvidado que cada uno de nosotros debe cometer los errores en los que cree sin necesidad de que alguien venga a prevenirle. Confieso que en ocasiones me comporto con cierta prepotencia. Debí dejar que Felipe descubriera la verdad por sí mismo o, al menos, enviarle anónimamente el informe que me facilitó Vincent. Pero el tiempo transcurrido entre que escuché hablar de Barbara y recibí la información fue suficiente para que Felipe le entregara el alma. Quizá debería haber hablado con ella, haberle hecho saber que conocía su pasado y que mi amigo estaba por encima de todo. Quizá Felipe había encontrado su lugar en el mundo y le importaba un pimiento el resto. La cuestión es que intenté desalojarlo de su sueño de la peor manera posible.

Cuando no me quedó nada, como un animal herido, me escondí. Permanecí hibernando con tentaciones de acabar con mi vida. Me

endurecí, me alejé de los caminos aprendidos y decidí saltarme las reglas. Habría renunciado a todo por poder vivir junto a Erika y, aunque naturalmente es una hipótesis, le habría entregado los diamantes a Bruno Marlai.

Voy a cerrar estas páginas por hoy. Evocar a Erika me neutraliza. Sin ella, mi vida me interesa poco. Ella se ha ido y, si tengo que renunciar a los diamantes, la realidad es que no me quedará nada.

12

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> Los pájaros de la casualidad volvían a posarse en su hombro. Tenía lágrimas en los ojos y estaba inmensamente feliz de oírle respirar a su lado.
>
> MILAN KUNDERA,
> *La insoportable levedad del ser*

La tierra nos envía mensajes constantemente. En ocasiones prestamos atención y escuchamos, en otras nos pilla perdidos, enredados en nuestras pequeñas batallas cotidianas. Es entonces cuando las advertencias nos encuentran mirando a Las Batuecas.

Me pesaba muchísimo no haber atendido a las alertas imprecisas que se encendían cuando reflexionaba sobre mi Paraíso abandonado. Del mismo modo que mis pensamientos se habían teñido de negro, lo imaginé asolado por una soledad que era incapaz de profanar. Opté por mi vida, volví a los menús para Plato de Postre, a mi hija, que crecía feliz y se enamoraba, y traté de no pensar en lo que quedaba a mi espalda. Ya tenía el perdón de Felipe, ahora debía pedírselo yo a aquella casa.

Aparqué delante, abrí la portezuela con el corazón cabalgando sobre un caballo salvaje. Igual que el cierre automático de los coches, se accionaron esos misteriosos mecanismos de defensa que bloquean las malas artes que tiene el miedo. Palabras que empiezan por «F»: fatal,

feligrés, funambulista, felicidad… Era la segunda vez que aparcaba allí y la primera que era consciente de que iba a traspasar sus muros.

Aspiré el aroma de tomillo con rastros de ruda y aire marino. Mi memoria los reconocía. Como si fuera una niña cuya misión era encontrar los huevos de Pascua que Lorenzo Landaluce, mi padre, tenía escondidos en el jardín, miré a mi alrededor. Estaba allí para recoger el pasaporte y las tarjetas sanitarias de Felipe. Di un paso hacia los cuatro escalones de acceso al porche y acaricié la superficie satinada de las tinajas.

Su voz se abría paso por los pasillos de mis recuerdos. Carmen bajaba los escalones haciendo tintinear sus collares de cuentas. Los platillos de guacamole y las quesadillas se hallaban dispuestos en la mesa baja del porche. Lupe gritaba desde el interior de la casa. Fue la primera vez que pisaba El Paraíso, pero reconocí como mía aquella tierra rodeada de agua por todas partes menos por una, mi padre.

Carmen tenía los brazos abiertos. Quiso quererme desde el principio, y fui yo la que puso obstáculos a su abrazo. Tenía grabado a fuego, gracias a las peroratas de desprecio de mi madre, que ella había sido la culpable de nuestro abandono. Tuvo que pasar mucho tiempo, acababa de nacer Julia, para que le pidiera perdón en aquel mismo porche. Le di las gracias por cuidarlo y por cuidarme, por estar en su vida y en la nuestra. Todas las mujeres de aquella casa gravitábamos en la órbita que marcaba nuestro astro rey y nos olvidábamos de nosotras.

Abrí los postigos. La luz se filtraba por las ventanas trazando una geometría caprichosa. Las partículas de polvo flotaban en los haces de luz como un ejército de insectos recién despertados. El espacio central de la casa lo constituía un salón comedor bastante grande que daba al jardín trasero. A la izquierda, un distribuidor conducía a las habitaciones, y a la derecha, a la cocina, al comedor de diario y a una habitación pequeña que Carmen había convertido en despensa. La primera impresión deshizo mi burbuja de reconocimiento. La nostalgia acaba cubriéndolo todo de una mágica fugacidad. Yo misma le había

pedido a mi hermana, tras los asaltos a la casa, que guardara lo que le pareciera valioso o personal. Todo lucía un aire espectral que hacía casi imposible recordarlo como fue. Lupe no se había detenido a discernir entre lo personal o lo valioso. Para acabar antes, se había deshecho de casi todo el mobiliario. Los muebles más voluminosos se amontonaban cubiertos de sábanas, las paredes desnudas mostraban los clavos y las siluetas de los cuadros y tapices que las vestían. Las mesas estaban vacías, un pecado que Carmen remediaba colocando infinidad de objetos sobre ellas.

Recordé a mi padre protestando por el barullo de conchas, ceniceros y jarrones de flores y sonreí. Caminé ya con menos aprensión, consciente de que ninguno de mis familiares perdidos habría querido habitar una casa desmantelada. Entré en las habitaciones, me asomé a los baños y me dirigí al corazón de la casa, la cocina.

La electricidad estaba desconectada, pero la luz que entraba por las ventanas era más que suficiente. Al acceder a la cocina, me impresionó sentir que su calidez se había evaporado. Pasé la mano por la mesa de madera en la que comíamos; arrumbada contra la pared, con las sillas boca arriba, parecía incapaz de ofrecer los maravillosos ratos que habíamos compartidos allí. No había ni rastro de la colección de porcelanas en la vieja alacena, y tampoco de las plantas, caracolas o lámparas caprichosas. Lupe había cedido a mis peticiones a pies juntillas, me dije, El Paraíso estaba ciertamente desangelado.

Mi mente, casi agradecida, se adaptó a la realidad de aquel desnudo y terminé el recorrido como si fuera una agente inmobiliaria, evaluando los metros y las posibilidades que tenía la edificación. Mis espíritus estaban huidos, lo que me ahorraba la despedida emocional que tanto temía. Quizá, a partir de mi visita, no me costase tanto estudiar las ofertas de compra que recibía y ni siquiera consideraba.

Ni rastro de que Felipe se alojara allí. Tragué saliva y me dirigí al taller, donde sin duda estaría viviendo. Me encaminé hacia el garaje. Comprobé que las cajas que formaban la empalizada contenían los objetos de la casa. Vi los cuadros embalados, los espejos, las voluminosas lámparas. En el frente figuraba el nombre de una empresa de mudanzas. En todas menos en cinco, que sin duda

provenían del supermercado y donde, con grueso trazo y en letras de molde, en los laterales se leía: «Objetos personales de Lorenzo». Me alivió recordar uno de los mensajes del contestador. Felipe había dicho que las cosas de mi padre estaban ya en cajas en el garaje. Mi corazón le agradeció en silencio su trabajo, aquello me facilitaría la visita al taller.

Una foto fija de aquel día flotaba en mi cabeza. Cuando veía la trágica imagen de mi padre asesinado, una especie de termómetro interior comenzaba a registrar mi pánico. Respiré hondo varias veces antes de entrar. La puerta de la casa de invitados estaba entreabierta. La empujé con un temblor imparable en las manos sabiendo que no podría evitar mi recurrente visión. Según los psicólogos, su impacto en mi memoria acabaría borrándose, pero eso aún no se había producido.

La casa de invitados no parecía la misma. El antiguo color amarrillo de las paredes era ahora un blanco inmaculado, y los muebles no se hallaban en el lugar en que los recordaba. No existían objetos que reconociera porque con seguridad Felipe se había empeñado en borrar los rastros de la desgracia. Lo único que permanecía en el mismo lugar era la librería, pulcramente ordenada, al contrario de cómo estaba siempre. Encima del sofá, había unos cojines étnicos que no reconocí, y la cocina, abierta a la sala, estaba perfectamente limpia y ordenada. Atravesé el distribuidor y entré en el dormitorio principal. También allí aprecié cambios: sobre la cama, situada en un ángulo diferente, una bolsa de viaje y una maleta parecían dispuestas a ser utilizadas. ¿Felipe se iba o acababa de llegar? No podría decírmelo hasta que lo visitara.

Me di cuenta de que me flaqueaban las piernas. Me descalcé, aparté la bolsa y me tumbé en la cama. Mi cuerpo agradeció de inmediato el reposo. Estaba agotada del titánico esfuerzo que suponía volver a El Paraíso.

Mi padre odiaba las paredes blancas, no soportaba el minimalismo e incluso prefería la barroca abundancia de Carmen. Una parte de él se aferraba a los reflejos dorados de los suntuosos palacios y el lujo de las monarquías. Sus casas apenas tenían vacíos. Sus viejas pipas, los platos de cerámica de los barcos de la Compañía de las Indias, las

máscaras africanas, la colección de formaciones de cuarzo… Todo había desaparecido.

Las paredes, recién pintadas y de una sencillez casi monástica, me dieron tranquilidad. Solo un cuadro, colgado en la habitación delante de la cama, me llamó la atención, como si intencionadamente hubiera sido colocado para contemplarlo allí tumbado. Era el retrato de una familia difícil de reunir, la mía, y lo adoraba. Felipe nos hizo coincidir en 2016 con el fin de tomarnos unas fotografías para un retrato. Fue complicado, pero logró sentarnos en el sofá aquel agosto. Cada uno debía tener en la mano derecha una piedra recogida de la playa. Cuando lo pintó, las piedras fueron sustituidas en la tela por piedras preciosas relucientes. El efecto era extraordinariamente impactante y todos los que nos visitaban se quedaban asombrados de aquel retrato de familia colocado en el salón principal. Lo miré fascinada. Desprendía un profundo y perdido amor.

Ningún artista de renombre se libra de las huellas que deja su presencia. Yo había registrado la red en busca de Felipe durante los tres años que habían pasado, pero no había encontrado noticias o entrevistas referentes a su trabajo anteriores a junio de 2017, una fecha cercana al asesinato. Era imposible que Felipe hubiera abandonado su profesión, era un pintor de raza y llegué a pensar que solo la muerte podía ser la causante de su ausencia. Me tranquilicé, el fallecimiento de un pintor cuya obra se exhibía en varios museos del mundo habría aparecido en la prensa digital.

Tumbada en la cama que él ocupaba, seguí cuestionándome sobre el porqué de su desaparición. El impacto que le habría causado la noticia de la muerte de su amigo debió de ser inmenso, su pena cobraba volumen allí, crecía y llenaba la habitación, salía por las ventanas y se expandía por la isla, a la que, como yo, había vuelto para cerciorarse de que la pesadilla era real. Me avergoncé por haber pensado que mi duelo era único, que la reivindicación de mi papel de hija tenía derecho a desplazar a los que también lo habían amado. Desconocía el grado de devastación que habría experimentado Felipe al enterarse del asesinato de su fiel amigo.

Por fin reuní fuerzas para levantarme y proseguir la exploración. En

el baño, limpio y ordenado, había un solo cepillo de dientes y ningún producto femenino. Encontré un neceser en el que metí lo que imaginaba que le haría falta. Me impresionaba la frugalidad de Felipe. Sobre la encimera, una concha de abulón albergaba una pastilla desgastada de jabón Magno. Nada de perfumes, cremas o cuidados extras para el cabello o la piel, nada parecido a cuando mi padre se plantaba ante el espejo para realizar su ritual de acicalamiento. Busqué en el armarito frascos de posible medicación, analgésicos y colutorios.

Volví a la habitación. Un leve escalofrío me recorrió la espalda cuando me disponía a abrir el armario. Imaginé las prendas de mi padre colgando inertes, guardando su olor, pero de nuevo estaba allí la mano redentora de Felipe. Al abrir vi un abrigo, una cazadora con forro polar y un edredón envuelto en plástico. ¿Había pasado Felipe el invierno en la isla?

Elegí un par de calzoncillos, un pantalón de algodón y una camiseta a falta de pijama. Tampoco encontré zapatillas. Tengo una salud de hierro y afortunadamente no he necesitado servicios hospitalarios, pero cuando he ido a ver a alguien me he fijado en el variopinto desfile de los pacientes. Cogí unas chanclas que parecían nuevas y que a nadie extrañarían en un pasillo del hospital de Formentera. Tenía prisa. No me sentía cómoda profanando su intimidad y, además, quería verlo. La perplejidad y el horror del encuentro seguían en mi corazón junto con una ternura que iba conquistándome.

En uno de los cajones de la mesilla, encontré su cartera, el pasaporte, dinero, algunas facturas y unas fotos. Busqué las credenciales. Encontré un carnet de identidad francés, tarjetas de crédito y un móvil apagado. No hallé tarjeta sanitaria ni documentación relacionada con aseguradoras médicas.

La mesa de trabajo de mi padre no mantenía lo que antaño solía ocuparla. Ni rastro de aquella potente lamparita articulada que enfocaba sobre sus piedras, tampoco estaban sus omnipotentes herramientas ni sus microscopios. Una carpeta guardaba un montón de recortes de periódicos: Göring, informes de subastas, robos de joyas, direcciones francesas, y un papel con los datos de una reserva

de un vuelo de Ibiza a París que salía en cuarenta y ocho horas. ¿Se iba Felipe a París? Miré la correspondencia. La mayoría estaba dirigida a su nombre y a un apartado de correos de Sant Francesc.

Me fijé en unos sobres con el nombre de mi padre y membrete del Ayuntamiento. Tuve que contenerme para no revisarlo todo, pero me di cuenta de que tenía más que curiosidad, una enorme sed de averiguar cualquier cosa que lo atañera. Me conformé con estudiar las fechas. Una de las cartas era de finales de marzo.

«¡Ay, Lupe! ¿Qué voy a hacer contigo?».

Un viejo calendario, acartonado y quemado por el sol, se había detenido en el mes de septiembre de 2017. En algunas cuadrículas se veían anotaciones con una letra que reconocí al instante. Tragué saliva. Felipe había vaciado el taller y había pintado las paredes, pero había conservado el calendario. La legión de hormigas que se paseaban por mi pecho se pusieron en pie. Di la orden a mi cerebro: «Tienes que seguir adelante, no puedes angustiarte». Recogí los objetos personales de Felipe y me monté en el coche de Lupe sin mirar atrás; me moría de ganas de verlo.

Al pasar por la pizzería donde solía ir con Julia y mi padre no pude resistirme, necesitaba comer algo. El dueño me ofreció un abrazo largo y sin preguntas. La tragedia había dejado en el aire un eco espeso que todos preferían ignorar. El asesinato del joyero formaba parte de las leyendas y, aunque la vida superponía acontecimientos, sepultando los anteriores, seguía en la memoria de los isleños.

Llamé a Piero mientras me tomaba el café. Todas las expresiones italianas que conocía salieron de su boca cuando le hice un relato aproximado de la caída de Felipe desde la azotea del taller y de cómo lo había trasladado al hospital. Piero bufaba, invocaba a los dioses, preguntaba y recitaba su letanía meridional.

—*Come è possibile*… —repetía.

Corté aquella retahíla insaciable.

—Todavía no he podido hablar con él, pero espero que pueda darme algo de información.

—Voy a buscarte al hospital cuando cierre la tienda. Estoy esperando el material de un cliente, pero con un poco de suerte

llegaré a las nueve. Mi confidente me ha informado de algo que te contaré en un lugar sin karma. Ya tienes suficiente.

Hay personas en este mundo que no saben lo que es el karma, aunque lo padezcan. Aquí, en Formentera, creo que todos están al corriente de que todo lo que uno vive influye en el resto de su vida. Los viejos moradores de la isla atendían a señales, pálpitos y karmas. Invocaban a los dioses y levantaban altares de piedra en el borde de los acantilados. Con el tiempo, los que hemos frecuentado la isla hemos hecho un hueco a lo posible y aprendemos a vivir con ello. En las tiendas de la calle principal uno puede encontrar atrapasueños, piedras mágicas o una excursión para tomar sanadores y fértiles baños de luna. Mi hermana tiene presentes las leyes cósmicas de la causa y el efecto desde que se levanta hasta que se acuesta; yo no llego a tanto pero cuento con el azar. Mi visión mística del universo es algo parecido a lo que dijo Newton, o el mismísimo proverbio cristiano sobre aquello de que una recoge lo que siembra. Ella decía que El Paraíso, nuestra casa, tenía un karma descomunal. Felipe lo estaba limpiando y quizá ella lo había mandado allí con ese fin. Porque el azar es quien tiene la última palabra.

Acepté el ofrecimiento de Piero y seguí mi camino hacia el hospital, donde sin duda el karma tendría una habitación ya asignada y un gotero. Al día siguiente debía cumplir mis compromisos… «El domingo tendrás que cuidar de Gianni. Te he hablado de él, es el hijo de los Falcone, los conoces. Van a Ibiza sobre las once y vuelven en torno a las seis. Gianni está al tanto y te recordará. Eres la mamá de Julia».

Me acordaba del niño. Tenía tres o cuatro años menos que mi hija, pero hacía tiempo que no lo veía. Por extraño que pareciera, estaba segura de que aquel chaval era casi exclusivamente el motivo de que me hubiera pedido que fuera a Formentera. Lupe sentía un cariño por él que rayaba en la adoración. Estaba segura de que haber tenido una aventura efímera con su padre cuando éramos unas adolescentes le pesaba. Yo le decía que aún le quería, que los viejos amores son

capaces de arrastrarnos hacia cualquier batalla, pero ella, experta en negaciones, se reía y seguía consintiendo a Gianni.

El cielo comenzaba a empañarse de colores cuando llegué al hospital. Con un poco de suerte, en el lugar que Piero me reservaba sin karma, podría ver uno de esos espectáculos inigualables que regalan los cielos baleares. Al cruzar las puertas, volví a sentir mis piernas temblonas. Me hubiese gustado ser como esas mujeres que alivian el dolor, consuelan y atienden lo que haya que atender con una inteligencia primitiva y certera.

No sé aceptar la vida con lo que viene y nunca he experimentado la felicidad suficiente para aceptar la sorpresa. Un día lo solté en terapia. Le dije a mi psiquiatra que me pesa la antelación con la que me dispongo a sufrir. Ella me pidió que le pusiera un ejemplo. Le conté que cuando tenía una cita, mientras me maquillaba y vestía, pensaba en lo que podía truncar la dicha que me aguardaba: un aguacero que me dejara el pelo hecho una pena, un virus que me atacara en plena cena de forma que tuviera que correr al baño, que se me rompiera un diente, que me atropellara un coche, que un ladrón me asaltara, que confundiera el nombre de mi cita… La semilla de la fatalidad crecía en mí antes de tiempo. Hablamos mucho sobre ello y entendí que la niña que fui estuvo sometida a demasiado estrés; tenía que ser perfecta, adulta, impasible al sufrimiento y, como consecuencia, me aboné a él.

En los pocos metros que me separaban del mostrador del centro hospitalario, pensé que podían haber pasado muchas cosas en mi ausencia. No quería ni pensar siquiera en que cabía la posibilidad de que no volviera a ver los ojos de gato viejo de Felipe.

—Me ha sido imposible venir antes —me disculpé—. Su compañera me pidió que trajera el pasaporte de Felipe Irizar para completar los datos. Ha ingresado hace unas horas. No he encontrado la tarjeta sanitaria pero, como creía, es ciudadano español.

La chica tecleó en el ordenador mirándome con esa aceptación que desprende quien se maneja con todo tipo de documentaciones. No quería preguntarle por Felipe, si había sucedido algo ella me lo diría.

—Espere —dijo después de recoger un papel de la impresora, y

desapareció tras una puerta.

Palabras que empiecen por «A»: amable, audacia, adoración, amor… Era posible que la chica hubiese visto algo en el ordenador y no quisiese contármelo.

Los turistas partían a sus países. La isla tenía una población estable, pequeña, cercana y, por lo visto, sana. Una televisión sin volumen permanecía encendida cerca de unos sofás preparados para la espera. El hospital se había construido en el viejo ambulatorio, pero con una estética casi de hotel moderno e impersonal, con quirófano, unas pocas habitaciones y unas urgencias que en verano tenían más politraumatismos que en un terremoto. Los médicos eran de admirar.

Asustar, alarmar, antelación… Una mujer con el uniforme verde de quirófano, una bata blanca y el fonendo en el cuello vino hacia mí.

—¿Es usted familiar de Felipe Irizar?

—Sí —respondí con un hilo de voz, temiéndome lo peor.

—Soy Celia Ballester y estoy a cargo de las urgencias durante el fin de semana. Al paciente se le ha inmovilizado el hombro, no tiene fractura, pero hay algún desgarro de fibras. Tendrá que estar en reposo unos veinte días. Creo que mi compañero le ha informado de que tiene neumonía. Le estamos administrando antibióticos por vía intravenosa, de momento se queda aquí hasta que desaparezca la fiebre. Hace quince minutos que he pasado a verle. ¿Es usted Eva Landaluce?

—Sí.

—Me ha preguntado si estaba aquí. He pedido que me avisaran si preguntaban por él. ¿Quiere verle?

—Le he traído… —Miré hacia la bolsa que tenía en la mano.

—No es horario de visitas, pero hay pocos pacientes y le hará bien su presencia. Estaba algo angustiado. Está en el primer piso, siguiendo el pasillo a la derecha, habitación 102.

Allí, como en toda la isla, se notaba que el tiempo no era una carrera vertiginosa. La doctora no parecía estresada y se había tomado su tiempo para hablar conmigo. Las cosas seguro que eran distintas durante la temporada alta. Desapareció por las puertas batientes y volví al mostrador.

—¿Es posible que el paciente Felipe Irizar no haya recurrido nunca a un servicio hospitalario?

—Muy posible, al menos desde que se informatizaron los sistemas.

—Eso lo explica todo. Le abriremos un expediente. No se vaya sin pasar por aquí, quizá tenga alguna pregunta.

No me topé con pacientes con goteros paseando por el pasillo ni con enfermeras que me dieran el alto, pero olía a hospital. Un murmullo de voces se escapaba por las puertas de las habitaciones entreabiertas. Sin mirar a los lados más que para ratificar que iba en la buena dirección, llegué a la habitación 102 y golpeé la puerta suavemente con los nudillos. No recibí respuesta, pero entré.

Ver a Felipe era ver a mi padre. De niña, a la salida del colegio, me desviaba del camino a casa para ver su imagen a través del escaparate de la joyería. Una vez al mes, íbamos nosotras o venía él a casa para entregarle un dinero a mi madre. Ella le dedicaba una retahíla de reproches velados mirándolo duramente, como si él fuera cómplice del atraco que había sufrido su corazón. En silencio, Felipe mantenía la cabeza gacha, como si aquello formara parte de las malas decisiones que tomaba su jefe. Yo contemplaba la escena deseando que terminara, estaba de su parte, porque cuando se lo permitía la situación, me hacía un gesto que significaba que me esperaría en el portal para entregarme algo que no tuviera que pasar por la censura o los desvaríos de mi madre. Era un extraño y cohibido aliado, y siempre lo fue.

Cuando decidió mudarse a París, me buscó para contármelo. Se iba el único vínculo que me quedaba con mi padre. Él era quien me permitía seguir castigándolo con mi silencio y mantenerme, al mismo tiempo, en contacto. Felipe se llevaba las palabras que me susurraba: «Tu padre te envía su abrazo».

A través de la ventana, entraba la luz del sol vespertino derramándose sobre el mar. Las primeras bombillas de Ibiza se encendían y las pequeñas islas se recortaban emergiendo de una masa que se oscurecía. Pese a saberme en un hospital, pese a haberme encontrado en tan insólitas circunstancias, caminé despacio hacia la cama ocupada, empujada por una ligera alegría. Felipe respiraba

asistido por una mascarilla de oxígeno, con el cuerpo encogido bajo la sábana.

Los hospitales, incluso aquel, imprimen un pudor cauteloso, castran cualquier tentación de espontaneidad, porque el dolor flota en el aire. Traté de no romper la intimidad del momento y agradecí que estuviera solo en la habitación. Se oía el gorgoteo del oxígeno, mi corazón cabalgaba de tal manera que temí que el ruido de mis latidos lo despertara. Pero quería mirarlo sin que él se percatara.

—¿Eva?

Bajo la mascarilla, su voz sonó grave y extraña. Acerqué una silla, me senté a su lado y, con sumo cuidado, le cogí la única mano visible evitando la aguja del gotero.

—Sí, soy yo. Siento haberte despertado.

—Eva… Eva.

Repitió mi nombre hilvanándolo con distintas entonaciones, de manera que la modulación me pareció todo un discurso de súplica, dolor, alegría y arrepentimiento. Tampoco yo encontraba las palabras y, como una tonta, repetí el suyo. Le apreté la mano y, casi como si estuviera abrazándolo, me dieron ganas de apoyar la cabeza en su cuerpo.

Un llanto espontáneo y profundo nos mantuvo sumidos en nuestra pena. Todavía no habíamos pronunciado una frase, apenas nos habíamos mirado a los ojos, pero ambos sabíamos el motivo de nuestro llanto. Sin consuelo desde hacía tres años, nos habíamos guardado la pena para compartirla. No necesitábamos nombrar al causante de nuestro desconsuelo.

—Quiero verte, Eva. ¿Puedes encender una luz?

Fui al baño y encendí una luz descarada que alcanzaba la cama. Volví a acercarme y en silencio nos miramos y nos reconocimos.

En El Paraíso, debido al sombrero y a mi propio inconsciente, lo había confundido con mi padre, pero en ese momento contemplé sus ojos, las arrugas que los rodeaban, el pelo encanecido, su súplica, su culpa y también su amor. Le acaricié el rostro y advertí que lo atravesaba una cicatriz invisible. No era solo el tiempo, o el deterioro, que no me pareció tanto, era una huella inaprensible, ese dolor que

transforma desde dentro nuestra manera de observar el mundo. También yo la advertía en la mujer que me miraba desde el espejo, porque dicen que la angustia se olvida, pero yo creo que se instala de forma definitiva tras las pupilas de los que hemos entendido que la vida va en serio.

—Perdóname, Eva. Si no lo haces, tampoco yo seré capaz de perdonarme.

—¿Por qué no viniste? ¿Por qué no me llamaste? Con una palabra tuya todo habría sido diferente, pero este silencio tan largo… Tres años, Felipe.

Tenía preparadas otras palabras. Iba a pronunciarlas una Eva digna y revestida de honor, que quería saber por qué estaba viviendo en El Paraíso, por qué no la había llamado en el momento que supo del asesinato, por qué… Pero la que habló fue otra, la que quería perdonarlo y abrazarlo.

Felipe cerró los ojos y apretó la mandíbula. Respiró hondo un par de veces, sin poder evitar la tos. Luego, como si tratara de rescatar de su memoria una palabra que sirviera para aplacar mi espera, y con alguna dificultad, se quitó la mascarilla.

—Calla… —Felipe no podía hablar—. No hables. Lo haré yo. Me has dado un susto de muerte esta mañana. Te he visto allí en lo alto, con su sombrero, y por un instante he creído ver a mi padre… Esperaré a que estés mejor para que respondas a mis preguntas. Te he traído algunas cosas que puedes necesitar. He estado en el taller, he visto que has pintado las paredes y también has colocado el cuadro: *La familia de los diamantes*.

—Era el único que quedaba colgado en la sala… —Volvió a ponerse la mascarilla.

—Lupe no tiene remedio. —Hizo un gesto de negación—. Mientras buscaba tus cosas, he visto un billete a París para mañana. No podrás ir, la médica me ha dicho que deberás quedarte aquí al menos cuarenta y ocho horas. Tienes neumonía. —Felipe asintió—. Tengo previsto irme el martes, Lupe vuelve y yo debo reincorporarme a mi vida. ¿Quieres que anule el billete? Podrás cambiar la fecha con el informe médico, no habrá problema.

Me escuchaba mientras le ponía al corriente de aquellas bobadas, despreciando aquel momento, y me odié. Él se deshizo de mis dedos y volvió a quitarse la mascarilla.

—¿Ella te avisó?

—Imagino que te refieres a Lupe… No. Me pidió que viniera porque tenía que hacer un viaje.

Felipe cerró los ojos y enarcó las cejas. Trató de moverse sin éxito. Tenía el brazo pegado al cuerpo e inmovilizado para que su hombro pudiera reposar. Intenté ayudarlo. Su espalda estaba llena de rojeces provocadas por los pliegues de la sábana. Lo moví, le pasé una toalla húmeda por la piel y me vi a mí misma como si estuviera cuidando a alguien a quien me unía una gran intimidad. Lo hacía con el mismo cuidado, el mismo amor, que una deposita cuando ama a alguien que le necesita. Mis gestos no hacían sino reconocer el profundo vínculo que nos unía. Cuando se sintió cómodo, sonrió, y por fin vi a mi anhelado Felipe.

Me habló de Lupe y de que esta le había permitido alojarse en El Paraíso pero había incumplido su promesa de informarme. Estaba obsesionado con hacerme comprender y dejé que hablara a pesar de sus dificultades para respirar.

—No fui capaz de venir, aunque lo deseaba más que nada en el mundo. Era mi padre, mi amigo… Pero lo cierto es que no te hubiera servido. Los últimos tres años los he pasado inconsciente, borracho o bajo los efectos de las drogas. ¿Crees que, conociéndote, iba a presentarme ante ti en ese estado?

Le puse la mascarilla para interrumpir una congoja convulsiva. Le susurré palabras escogidas para aliviar el peso que soportaba. Estaba impactada, pero hice todo lo posible para que no lo notara. De todas las opciones de que un hombre dispone para no llegar al lugar donde debe estar, el alcohol o las drogas era algo que mi imaginación no contemplaba. Volvió a cerrar los ojos. Se tomó su tiempo para apaciguar su pecho.

Vi con claridad el origen de la cicatriz invisible que había percibido minutos antes. La paz, o quizá mi propio bienestar, fue regresando a medida que se recuperaba.

No sabía de qué estaba hecha aquella bendita sensación, pero me urgía permanecer en ella. Iba a apoyar de nuevo la cabeza en su cuerpo cuando noté que me vibraba el móvil en el bolsillo.

Piero me esperaba en el aparcamiento.

El cuaderno de Lorenzo

Debo hablar de Erika, revelar su lugar en mi vida, hablar de mi resurrección…

Es curioso descubrir la manera en que los hábitos o la costumbre de vivir te hacen creer que tu vida es casi perfecta, que te deslizas por los días satisfecho hasta que, de pronto, alguien te mira, te toca, te habla y caes en la cuenta de que en realidad has estado viviendo en un sótano donde hace tiempo que no entra la luz. Eso me sucedió cuando la conocí.

Tuve poco tiempo para disfrutar de ella. El camino iniciado se vio interrumpido con tal brusquedad que su ausencia, en parte, justifica muchas de las acciones que vinieron tras su muerte. Uno no es quien es si ha perdido las ganas de vivir.

Pero volvamos a Marlai y a aquel apellido en el que pensaba en tantas ocasiones. Estaba seguro de haberlo oído, y hasta tenía en la retina la certeza de haberlo escrito es un papel. El apellido Marlai me recordaba a un escritor que me gustaba, a Sándor Márai, pero el día en que encajaron las piezas de mis reflexiones fue un día cualquiera, mientras viajaba de Ginebra a Londres.

Algo más de diez años atrás, Sotheby's, con quien trabajaba con relativa frecuencia, me consultó acerca de un par de diamantes que supuestamente pertenecían a una tiara de Catalina la Grande. El propietario quería venderlos. Adjuntaba documentos que los acreditaban, pero la casa de subastas necesitaba la peritación de un experto. Estudié con detenimiento las piezas y llegué a la conclusión de que no eran de la época. La emperatriz rusa poseía una habitación, que llamaba «Brillante», donde albergaba sus joyas. Su amante, el

conde Orlov, le regaló un diamante de proporciones gigantescas: ciento noventa quilates que hoy se pueden admirar en el museo del Kremlin o en el Hermitage.

Los expertos, para frustrar una operación fraudulenta, necesitamos ser extremadamente sólidos y decididos. En ocasiones, hay que ser sincero y decirle al cliente que lo han engañado, que los diamantes son turbios, que tienen una pequeña anomalía o que no valen el precio que ha pagado. También se debe mostrar firmeza, asegurarle que, por muchas presiones que recibamos, no extenderemos el certificado de autenticidad que necesitan para deshacerse de ellos. Las casas de subastas trabajan con una escrupulosa discreción y por ello, en los documentos que entregan a los clientes, no suelen incluir el nombre de quien ha hecho la valoración y se limitan a atribuir el diagnóstico a «un grupo de expertos de la casa».

Pero, por alguna razón desconocida, tanto mi nombre como el resultado de mi investigación llegaron al propietario de los diamantes atribuidos a Catalina la Grande y, al parecer, no era otro que el mentado Bruno Marlai.

Para mí no fue sino un trabajo más, y habría pasado sin pena ni gloria de no ser porque, unas semanas después, un anónimo me advirtió de que mi informe negativo me traería consecuencias profesionales. Lo puse en conocimiento de la empresa y del comité de ética, pero el asunto fue olvidado o nadie lo investigó. No me gusta acumular inquinas, así que debí de alojarlo en algún lugar profundo de mi memoria y seguí con mi vida.

En enero de 2016, recibí una llamada que llevaba media vida esperando. El ladrón que más sabía de piedras preciosas, mi amigo Lombardi, me comunicó que los diamantes de María Antonieta, mis diamantes, estaban localizados y que, si me interesaba saber de ellos, podía reunirse conmigo. Acogí la noticia como si no fuera auténtica. Dudaba sobre la verdadera razón por la que aquel ladrón extraño me entregaba tan preciada información sin pedirme nada a cambio. Accedí a encontrarme con él. Me pidió que la cita fuera en un conocido hotel del paseo de los Ingleses de Niza.

Viajé solo, sin revelar la llamada a nadie, ni a Vincent, mi amigo e

investigador, el único que estaba al corriente de todos los pasos que había dado para encontrar mi tesoro. Solo habría podido acompañarme mi amigo Felipe, pero no sabía nada de él, aunque lo tuve en mi pensamiento durante todo el trayecto y hasta que llegué a la cita.

El aspecto de mi interlocutor era impresionante. Vestía con elegancia, estaba más delgado y tenía un corte de pelo que le otorgaba un aire de seguridad. No soy demasiado observador, pero al verlo pensé que quizá se hubiera sometido a alguna cirugía estética.

Gracias a Valdivia, ya había aprendido a relacionarme con los bajos fondos del mundo de la joyería. Ellos poseen unos principios elásticos con respecto a los negocios y, por ello, fui directamente a lo que me interesaba: de dónde venía la información, cuál era la razón por la que me la entregaba y qué precio tenía que pagar.

Me contó que sabía que las gemas que buscaba se hallaban custodiadas en el sólido silencio de la familia de un lugarteniente de la Gestapo desde que frau Göring le entregara un collar en el año 46. Cuando ese hombre se vio obligado a huir, vendió el collar a un joyero, pero se quedó con los diamantes, puesto que le parecían una garantía. En el año 49 logró instalarse en el sur de Argentina, en una localidad llamada Bariloche. El alemán creía que las piedras lo habían protegido de los buscadores de nazis y no quiso desprenderse de ellas. Pero, dos generaciones después, la historia de su épica hitleriana consiguió ser lavada y su único nieto, una vez dilapidada la fortuna, se decidía a venderlas.

En realidad, y a medida que escuchaba el relato, sentía que era bastante más real y concreto de lo que parecía. Todo me encajaba y rozaba el camino de mis viejas pesquisas; sin embargo, Lombardi tenía algo más que decirme. Con cara circunspecta, me confesó que la información no le pertenecía, era de la persona que le había encargado realizar la operación y con la que llevaba años trabajando: Bruno Marlai.

Si hubiera atendido a mi instinto, habría agradecido la gestión y me habría dado la vuelta. No obstante, mis actos por aquel entonces estaban revestidos de una cierta desesperación. Llevaba una vida más

o menos normal, pero en mi interior, como pasa con los diamantes de talla antigua, una opacidad me oscurecía la esperanza.

Lombardi acabó relatándome la historia de una traición. El mafioso le había traicionado con algo sagrado. Mantenía una relación con una de sus hijas, que estaba embarazada de seis meses. No estaba dispuesto a perdonarlo. No podía matarlo, si lo hacía, las consecuencias arrastrarían a toda su gran familia a una lucha sin cuartel. Pero podía frustrarle la operación que más codiciaba.

Me ofreció darme la identidad del propietario de los diamantes a cambio de que jamás pronunciara su nombre ni refiriera a persona alguna aquel encuentro. Si deseaba los diamantes, él me daría las pautas para hacerme con ellos.

Desde los ventanales del salón del hotel, se contemplaba el famoso paseo de los Ingleses, paralelo al mar. La playa apenas tenía bañistas, pero las bicicletas, los jóvenes y turistas paseaban felices a escasos metros de donde debía decidir mi destino.

Mi interlocutor se levantó y se encaminó a la recepción. Encima de la mesa dejó una carpeta. Pensé que iba dirigida a mí y la abrí. Contenía varias fotos de buena calidad de los cinco diamantes tomadas desde ángulos diferentes. También encontré copias de un certificado de propiedad, expedido en Núremberg en 1941 a nombre de Hermann Wilhelm Göring. No tuve tiempo de leer una carta manuscrita que firmaba un tal Otto Skorzeny, un nombre que conocía bien porque se trataba de un hombre cercano a los Göring.

Mis diamantes estaban sumergidos en un lodazal en el que cualquier persona con dos dedos de frente jamás se hubiera metido. Pero yo hacía tiempo que no era el hombre recto y orgulloso de sí mismo que fui. En mi interior experimentaba cambios, los sentimientos me descolocaban, no tenía ganas de vivir y aquellos diamantes eran lo único que me invitaba a renacer.

Erika, en quien no dejaba de pensar, no sobreviviría más que un par de meses, Felipe me había abandonado y no debía explicaciones a nadie que no fuera yo mismo.

Acepté.

13

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> La palabra humana es como un caldero cascado en el que tocamos melodías para hacer bailar a los osos, cuando quisiéramos conmover a las estrellas.
>
> GUSTAVE FLAUBERT,
> *Madame Bovary*

El restaurante al que me llevó Piero era una especie de cabaña situada entre la playa y una duna. Envuelta en lentos blues e iluminada por velas, resultaba más glamurosa que el Ritz. Las únicas cuatro mesas estaban sobre un precario porche, orientadas hacia el mar y casi enterradas en la arena. El conjunto constituía uno de esos rincones mágicos que la isla posee, un escenario amable construido por aquellos que abandonan la ciudad, hartos de poseer tanto y tan poco.

Para una cocinera como yo, los chiringuitos de la isla son una tentación en la que no he caído porque tengo una madre que sobrevive a su abismo y una hija que me libró de cualquier fantasía a la que pudiera arrastrarla. Pero allí, sentada en una mesa que cojeaba, mientras una mujer de unos sesenta años llamada Denise nos servía pequeñas y sencillas delicias, recordé que muchas veces me había planteado la posibilidad de vivir con lo preciso.

Bajando los ojos para esconder la emoción que perduraba en mi corazón, le di el parte médico y un esbozo de lo que suponía la

presencia de Felipe en la isla. Migajas. Porque encontrarme con él, aunque hubiera sido un terremoto, me mantenía en carne viva.

Mi amigo, más listo que los ratones *coloraos*, comprendió mi zozobra y se lanzó entusiasmado a contarme la historia de la propietaria que nos servía exquisitos platitos que apenas veíamos. Al parecer, un amor eterno la había dejado en aquel rincón tras pedirle que lo esperara y ella lo hizo. La cabaña era la construcción donde unos pescadores guardaban sus barcas y, por inexplicable que pareciera, consiguió un permiso para habitarla y esperar allí a su amado. Mientras tanto, servía un vino delicioso, una cerveza algo tibia y lo que cocinaba primorosamente en un camping gas.

—Me he puesto en contacto con Marcello Cartolini —soltó Piero—. Le he hablado de tu padre, de ti… No me ha hecho falta profundizar, él lo conocía y sabía de su asesinato. Creo que se ha interesado y me ha prometido averiguar el paradero de Hervé y de Lupe. No me preguntes nada al respecto, porque yo no he podido preguntar, pero me atrevería a decir que no le ha sorprendido nada.

—Cuando la nombro, siento algo en las tripas. Es miedo, Piero. El martes, si todo va según lo previsto, llegará a Ibiza. A pesar de que le prometió a Felipe que hablaría conmigo, no lo hizo. Todos conocemos a Lupe, pero te digo que me extraña que mantuviera este secreto. Hay algo que, constantemente, se me escapa y no saber lo que es me desespera. Bueno, perdona, sigue con lo que has averiguado.

—Mi conversación con Marcello no ha sido muy larga. ¿Sabes qué me ha preguntado? —Negué con la cabeza—. Quería saber si tenías intención de vender El Paraíso.

—No tengo ni idea. Imagínate que, hace unos minutos, al ver este encantador rincón, hasta se me ha pasado por la cabeza poner un restaurante en El Paraíso. ¿Está interesado en comprarlo?

—Probablemente. Me ha pedido que, si tenías alguna propuesta, te pusieras antes en contacto con él.

Asentí sin ninguna intención de contactar con aquel inframundo de delincuencia que se desperezaba ante mis ojos como una serpiente venenosa.

—Ten cuidado, Piero, tratar con esa gente es peligroso. Mi padre lo

hizo y… Esa es la razón por la que no he querido nunca abrir el melón de su asesinato. Por nada del mundo quisiera que la policía volviera sobre el asunto a pesar de que, te lo confieso, me gustaría saber qué pasó.

—No temas, normalmente ellos tampoco tienen demasiadas ganas de revolver el avispero. En estas islas paradisiacas, se refugia mucha gente que lo único que quiere es pasar desapercibida.

Una hora después, las velas, además de la conversación, se consumían y el cansancio me cerraba los ojos.

—Estoy agotada. Gracias por este ratito, lo necesitaba. Pero tengo que recoger el coche. ¿Recuerdas que lo he dejado en el hospital?

—Yo te llevo a casa. Los Falcone viven a la salida de Sant Francesc, cerca del hospital. ¿A qué hora tienes que estar allí?

—No te molestes. Además… ¡Mierda, he olvidado al gato!

—¿Qué gato?

—Un cliente de Lupe al que tengo que alimentar cada dos días.

—*Cara mia*, iremos a ponerle la comida al minino. Hoy todo ha sido intenso y hace tiempo que mis días son iguales. Yo también recuerdo con cariño a tu padre y, a mi manera, a Lupe. Me gusta verte, estar contigo, acompañarte. No es molestia. Los viejos amigos tienen licencias que no poseen los nuevos.

Me dejé llevar, acepté su ofrecimiento como una dama antigua. No vi al gato, pero le rellené el cuenco. Luego Piero me llevó de vuelta a casa. Yo tenía prisa por meterme en la cama, apagar la luz y concentrarme en soñar con los ojos de Felipe, pero antes releí la nota de Lupe con las instrucciones.

De niña, mi madre solía decir la hora cuando las campanas de la iglesia del Corpus marcaban el paso del tiempo. Lo hacía incluso cuando ya le costaba levantarse del sillón orejero que había en el mirador. Con la boca pastosa, decía «las tres» y enarcaba las cejas como si le sorprendiera haber sobrevivido hasta aquel momento. Se me cerró la garganta al pensar en Felipe gravitando en la confusión que le provocaba el alcohol a ella. No conseguía imaginarlo borracho,

perdiendo la consciencia, rodando hacia el abismo. Si pensaba en ello, el llanto alcanzaba mi pecho como el regüeldo de una tristeza inacabable. Alejé mis pensamientos y me arrebujé entre las sábanas. Iba a apagar la luz cuando entró un mensaje de Maite.

Llámame, tengo noticias.

No esperé. Mi socia reservaba la noche para resolver lo importante, y yo no sabía en qué demonios pensar.

—Eva, ¿te he despertado?

—Si supieras el día que he tenido…

—¿Qué pasa?

—Muchas cosas, amiga mía. La vida es increíble. Felipe está en la isla, concretamente alojado en El Paraíso, aunque ahora está en el hospital…

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Qué ha pasado?

—No preguntes, Maite, no tengo fuerzas para contarte nada, pero, como muy bien podrás imaginar, nuestra querida Lupe anda en medio, como el jueves. Ella le dio las llaves y le permitió quedarse allí. Mañana te prometo que te llamo para contártelo, pero ahora dime: ¿qué noticias tienes?

—No son buenas, te lo adelanto.

Maite es una mujer equilibrada. No se lanza como yo a imaginar escenarios poco propicios antes de pisarlos; si ella decía que las noticias no eran buenas, tenía que prepararme.

—De acuerdo, vamos allá.

Salí de la cama y volví a cubrirme con el quimono de mi hermana.

—He hablado con mi amigo. Hemos tenido suerte. Y no está en la delegación del Gobierno, sino en robos internacionales y, aunque no sé nada de jerarquías, debe de ser alguien.

—Abrevia, por favor…

—Hervé Fajardo era un ladrón de poca monta y miembro de una conocida banda relacionada con la joyería. Ya ves que hay un denominador común.

—¿Era?

—Sí. Murió hace tres años en un encuentro con la policía francesa en Marsella. Mi amigo no sé qué relación tiene con Interpol, o Europol, ahora mismo tengo un lío… El asunto no le ha parecido desconocido. El nombre de Fajardo está unido a la banda de un mafioso. No sé si te lo explico bien, al menos lo hago a mi manera, porque él se ha ido por las ramas.

—Sí, tiene sentido.

Hizo una pausa para que asimilara la información. Aproveché para caminar hacia la ventana agarrando cada uno de los dedos del pie al suelo, como lo hacía en clase de yoga. Mientras Maite me informaba sobre delincuencia internacional, me quedé prendada de la quietud que mostraba la plaza, tan blanca, con su iglesia, su bar centenario, las casitas pequeñas y aquella luz medio violeta envolviéndolo todo.

—Quienquiera que sea el tal Hervé —prosiguió Maite— no es quien dice ser. Al parecer, hay todo un mercado de identidades en los bajos fondos, y las bandas utilizan los nombres de los muertos para dar otros golpes. ¿Sigues ahí?

—Sí, aquí estoy, continúa.

—A pesar de su insistencia, no he querido mencionarte, simplemente le he dicho eso de una amiga de una amiga…, pero Íñigo no es tonto y sabe que no le daría la lata si no fuera por alguien importante para mí. Cuando terminábamos la conversación ha dejado caer: «Quienquiera que sea tu amiga, y por si trabajaras con ella, dile que vaya a una comisaría, incluso antes de que ocurra algo. Ellos se pondrán en contacto con Interpol y yo me haré cargo».

Me quedé muda. A medida que escuchaba hablar del amor de mi hermana, el miedo se abría paso en mis tripas. Ya ni siquiera Hervé con acento en la «e» era real…

—Vamos, que sabe que eres tú. Eva, lo peligroso es que han usurpado el nombre de un ladrón. Según mi amigo, cuando hacen eso es que se va a cometer un delito.

—¡Joder!

—¿Has llamado al detective de Ibiza?

—No, y no voy a hacerlo de momento. Te agradezco que estés en contacto con tu amigo, pero lo cierto es que, por muy tremendo que

me parezca lo que me comentas, no me sorprende. Me adentro en una tela de araña y fíjate que solo he hecho unas cuantas preguntas. Cuando sucedió, yo estaba hipotecada emocionalmente, ahora puedo tomar distancia, no demasiada porque tengo la cabeza como un bombo, pero soy capaz de tener cierta perspectiva… Hay algo parecido a un guion que termina en El Paraíso y en el que los personajes secundarios son una gentuza a la que cuesta identificar. Entran varias veces, preguntan si quiero venderlo, se interesan, el Hervé es visto en la casa, luego es el amor de mi hermana… Es verdad que la finca está alejada, que el terreno es goloso, pero no hay agua suficiente en el pozo para alguien que quiera vivir y ducharse todos los días. Quien la adquiera tendrá que invertir mucho dinero. Algo buscan y estoy empezando a sospechar de qué se trata.

—Es un sitio privilegiado para quien quiera esconderse, o al menos no ser visto.

—Creo que no tienen lo que buscaban, Maite. Ya lo hemos hablado. Ambas sabemos lo que es, y sigue allí.

—Sus diamantes de la reina…

—Bingo.

—Eva, déjame decirte que quisiste ver a tu padre como ese gigante perdido y necesario, pero quizá él, al margen de su trabajo, tuviera relación con mundos oscuros y turbios de negocios de joyas y diamantes. Te lo dejó ver en vuestra última conversación. Llama al policía de Ibiza, te lo ruego, deja de conformarte con migajas de información y no esperes a que todo el peso de sus puñeteros secretos caiga finalmente sobre ti. Temo por Lupe, la verdad…

—Ahora necesito dormir. No puedo pensar. Te llamo mañana.

—Tu billete de vuelta es para el día que vuelve Lupe. Tendrás que quedarte más tiempo para hablar con ella… Si quieres te lo cambio para el sábado. ¿Cuándo vuelve Julia?

Mi hija… No había pensado en que llegaba a Bilbao el jueves y en teoría debía recogerla en el aeropuerto.

—Es cierto. No sé qué decirte. No tengo ni idea de qué pasará hasta entonces.

—Dame la hora del vuelo y voy a buscarla. Llevaré llaves de tu casa.

¿Qué hacemos con la tía?

—A ella ni mu.

—Eva, adelántame algo de Felipe, por favor.

Tardé unos segundos en responderle. Buscaba una palabra para ella y me encontré escogiéndola para mí misma.

—Está muy cambiado. Verlo ha sido recuperar un hogar. Aunque cuando he llegado a El Paraíso él estaba en la azotea del taller y nos hemos dado un susto. Se ha caído. Tiene el hombro tocado y neumonía. Hasta que lleve un día sin fiebre, no recibirá el alta.

Después de darle más explicaciones de las que me permitían mis fuerzas, volví a arrebujarme entre las sábanas buscando la tibieza del nido. Era una tentación tratar de recobrar sus ojos para refugiarme en ellos. Al cabo de unos instantes, intenté averiguar de qué estaba hecha la dulzura que había sentido en su presencia. A veces me costaba identificar los sentimientos. No quería equivocarme. Como si leyera mi alma pasando las yemas de los dedos por un texto indescifrable, sentí ternura, calma y también el vínculo indiscutible que había entre nosotros; con él no me sentía sola.

Las noches que me costaba dormir, acostumbraba buscar uno de esos pódcast de neurociencia que hablan de nuestro cerebro, ese desconocido que nos sostiene y dirige. Me fascina descubrir el comportamiento del hipocampo, la estructura que almacena los recuerdos y les asocia emociones. Nunca acabo de entender su misterioso recorrido. Esa noche, mientras daba vueltas en la cama, escuché con nitidez la voz de mi padre. Quizá fuera la influencia del chiringuito de la mujer que esperaba a su amor, pero me pareció que mi padre me mandaba un mensaje: «Mis piedras están aquí, mañana te las enseño». No me asusté, luego, como si fuera lo más normal del mundo, le pregunté si sus asesinos lo habían sorprendido antes de que las sacara de su escondite. Probablemente así fuera. Él se negó a entregarlas y murió llevándose su secreto consigo.

¿Qué debía hacer yo?

Me dormí, afortunadamente, antes de que nadie me respondiera.

TERCERA PARTE

El cuaderno de Lorenzo

Ayer hablé con Valdivia. Tuvimos una larga e interesante charla. Es un hombre curtido de forma temprana cuyas apreciaciones valoro. Me confesó que corrían rumores inquietantes en torno a unos diamantes que supuestamente se habían vendido en Argentina. Quería saber si estaba al corriente, o al menos esas fueron sus palabras. Le dije que sí, que lo estaba. Me recomendó que tomara precauciones, que fuera discreto, que me alejara de las rutas frecuentadas por los mercaderes sin escrúpulos.

Hablábamos en clave, como si fuéramos espías y al otro lado nos escucharan. Le mentí diciéndole que estaba en París y que, en unos días, viajaría a Nueva York. Cuando colgué el teléfono, tuve la sensación de que mi amigo sabía bastante más de lo que me había contado. Si él lo sabe, otros también lo sabrán. Los joyeros, decía mi padre, son muy chismosos; las joyas les contaban historias que ellos no podían repetir.

Tras encontrarme con Lombardi, había vuelto a París en tren. Es un transporte ideal para los momentos en que debes reflexionar. Iba medio enajenado. Una incertidumbre sospechosa bailaba por encima de mi horizonte. Veía la punta del iceberg, pero no sabía la magnitud de lo que se escondía bajo las aguas. Me hice muchas preguntas. Evalué la densidad de mi interés. Si conseguía mis deseados diamantes, ya no me quedaría nada que hacer.

Tras aceptar la oferta de mi confidente, que me recordó las leyes no escritas sobre los compromisos, este me puso al corriente de sus planes. Marlai quería los diamantes, no cesaría de invertir en información hasta localizarlos, y al parecer las conversaciones con el

propietario resultaron largas hasta ajustar un precio muy por debajo del que las piedras hubieran alcanzado en una subasta documentada. Lombardi era el elegido por Marlai para ir a buscarlos a Buenos Aires. Ya estaba informado de las características del vendedor: descendiente de alemanes, el joven heredero tenía un rancho cerca de Bariloche, en la Patagonia, pero se trasladaría a la capital. Únicamente quedaban por concretar la fecha y el lugar donde se materializaría el acuerdo.

Lombardi iba a percibir una suma sustanciosa por la gestión. Según él, Marlai era un hombre acomplejado, rencoroso y miedoso que encargaba a otros las operaciones de riesgo. Hasta el momento había sido su hombre de confianza y su mano derecha, pero toda la relación cambió cuando puso los ojos en su hija. Le pregunté a Lombardi si alguien se había preocupado de estudiar o peritar las piedras. «El jefe no arriesgaría ni un miserable dólar si no supiera que son auténticos». Le respondí que no estuviera tan seguro, y le puse al corriente de lo ocurrido con las piezas de Catalina la Grande.

La operación se realizaría en menos de diez días. El ladrón lo tenía todo pensado. Un día antes de su partida sufriría un pequeño accidente, lo justo para retrasar su viaje un par de días, y que yo tuviera tiempo para adelantarme y rematar la operación. Me haría con los diamantes. Me dio varios consejos para protegerme. Debía cambiar de aspecto, hablar lo menos posible y en inglés. Me dijo que actuara como representante del señor Marlai y utilizara un nombre falso. Me advirtió que, con toda probabilidad y a pesar del cuidado, Marlai descubriría nuestra treta con el tiempo.

Me entregó un teléfono cuyo único fin era recibir su llamada. Mientras tanto debía buscarme una coartada. La llamada llegó cuatro días después. Tenía que reservar una habitación en el hotel Alvear Palace de Buenos Aires.

Viajé emboscado en mi personaje. Volé con la sensación íntima de quien custodia un secreto y teme que le descubran. Al aterrizar, los instantes se hicieron densos y lo único que me tranquilizó fue el mensaje de Lombardi diciéndome que todo discurría según lo previsto. Mi reserva en el hotel estaba a nombre de un compañero fallecido hacía unos años y tenía en mi poder un carnet de identidad falso

encargado a un contacto que me había proporcionado mi confidente. Apenas pude descansar esa noche.

La carta de Otto Skorzeny me había clarificado enormemente la trayectoria de mis piedras. El nazi, un hombre cercano a Hitler, para quien realizaba operaciones especiales, había vivido desde los años cincuenta hasta su muerte en España, bajo el pseudónimo de Rolf Steinbauer. Los rumores lo situaban como líder de Odessa, organización encargada de proteger y facilitar la huida de los nazis, fundamentalmente hacia Latinoamérica. La carta era una respuesta a otra que al parecer había dirigido a frau Göring en la que le decía que sus joyas, incluyendo los diamantes, habían viajado con un ferviente admirador suyo hacia Argentina y que posteriormente le enviaría los datos necesarios para que recuperara sus propiedades. Todo indicaba que no pudo hacerlo.

Al día siguiente de mi llegada, me encaminé hacia mi objetivo. Recuerdo la agitación de mi corazón al acercarme a la habitación del hotel donde iba a tener lugar el encuentro. Las formas y la liturgia entre aquel joven y yo estaban determinadas por los papeles falsos que encarnábamos ambos. Al verlo me pregunté si aquel heredero sabía de dónde procedía la mercancía, si conocía la vergüenza e impunidad en la que había crecido. Pero luego me dije a mí mismo que probablemente ignoraba que venía de una estirpe de exterminadores implacables. Estuve tentado de preguntarle acerca de la procedencia. Nunca en mi larga vida había aceptado una transacción de aquellas características, pero lo único en lo que pensaba era en terminar e irme con el botín.

El joven, alto y rubio, extrajo de su bolsillo una bolsa de terciopelo y volcó el contenido sobre la colcha de la cama. Casi sin aire, me puse los guantes y, con las pinzas, alcé una de las piedras hacia la lupa. El diamante, toscamente tallado, poseía restos de tejido y estaba sucio. Me tomé mi tiempo para comprobar la impureza de uno de ellos, la leve diferencia que debía tener y que era la huella de un engarce adentrado en la gema. Escondí mi temblor, la ansiedad, los pensamientos vertiginosos que me recorrían y que me convertían en cómplice de la vergonzosa huida de los nazis con los bolsillos llenos

de su rapiña.

El vendedor parloteaba, contaba una disparatada historia a la que ni siquiera presté atención. Era un chico inmaduro y estaba nervioso. Yo evité mirarlo a los ojos con la intención de que no recordara nada del hombre gris en el que me convertía por momentos. Quería obviar las raíces de una adquisición que estaba seguro no iba a poder olvidar.

Cuando las tuve en mis manos, toscas, imperfectas y eternamente deseadas, me pareció que cada una de aquellas cinco piedras estaba impaciente por contarme su viaje a través de los siglos, por confesarme si las habían tratado bien, por desvelarme sus escondites, las miradas de codicia y recelo de la condesa de La Motte, del cardenal Rohan, de la prometida que no pudo lucirlos, de la familia Winker y hasta del insaciable y pervertido Göring. Sin duda, todos los propietarios habían experimentado los mismos temores frente a ellas. Y más los que las escondieron en el dobladillo de un abrigo camino de la cámara de gas.

Soy incapaz de reproducir la intensidad de aquel momento ni la ceguera que me poseyó. Me adentraba en un mundo del que no podría salir con facilidad.

Vivimos en una época extraordinariamente violenta. A nuestro alrededor hay asesinos legitimados que, sin disimulo ni turbación, caminan entre nosotros. No llevan un cuchillo ensangrentado en la mano, no son malencarados, poseen gabinetes para su pulcra fotogenia y tienen el poder de manejar esa violencia que finalmente ha ido filtrándose a través de nuestra piel para inundar la ética del ser humano. Sin poder distinguir entre lo falso y lo verdadero, lo intencionado y lo espontáneo, parece que solo es posible aliarse con ella. Ese día, yo era uno de esos ciudadanos colonizados por la ambición y la eterna insatisfacción. Mis diamantes eran robados. Los había visto en el cuello de la esposa de Göring y pertenecían a la familia Winker, pero los deseaba con semejante codicia que me sentí incapaz de renunciar.

No me reconocí en aquella habitación de hotel. Pero tuve la suficiente sangre fría para negociar, abrumar a aquel joven algo básico con el lenguaje de un entendido en diamantes. Una vez dilapidada la

fortuna de sus antepasados, obtenida mediante el robo a otros, el vendedor se merecía una actuación convincente. Me callé. No revelé lo que sabía de aquellas piedras que sentía mías. Yo era un eslabón, cerraba la cadena.

Desde el momento en que cerré la puerta de la habitación 402 del histórico hotel Alvear, ya no podría decir que era un hombre íntegro ni llevar mis piedras a un museo. Una hora después de finalizar la venta, Marlai sabría que la operación estaba finiquitada. Desde su refugio en la Costa Azul, desplegaría y movería a todos sus contactos para averiguar quién había osado adelantarse.

Pensé en mi reina mientras atravesaba las aduanas, pensé en mi hija y después pensé en mí.

1

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> Andábamos sin buscarnos pero sabiendo que andábamos para encontrarnos.
>
> JULIO CORTÁZAR,
> *Rayuela*

Recibí el mensaje de Piero mientras me tomaba un café bien cargado. Él vivía en una casa típica de la isla, a la salida de Sant Francesc. Ocupaba un pequeño galpón donde, en otro tiempo, se guardaban las cabras. Durante años trabajó en él para convertirlo en una pequeña vivienda provista de todas las comodidades. La edificación principal, una vivienda tradicional, grande y con unos metros de jardín, estaba alquilada gran parte del año y era su principal fuente de ingresos.

Por la isla corría el rumor de que tenía una pequeña fortuna, pero no era cierto. Yo sabía que mi padre le había prestado dinero para arreglar el tejado y también que tenía una hija en Milán a la que pasaba religiosamente una generosa mensualidad. A mi entender, la tienda no daba muchos beneficios. Piero cobraba cantidades simbólicas a los isleños por sus arreglos. Era casi un servicio público, que se encargaba de reparar objetos hasta que las piezas llegaban tras la peregrinación a que estaban sometidas las mercancías.

Al levantarme vi que el chico que atendía el bar Del Centro

recolocaba las sillas y mesas en la plaza. El canturreo de algún otro camarero se colaba por las callecitas y la bendita luz que tiene el Mediterráneo ponía pan de oro sobre los tejados. Los domingos, Sant Francesc se revestía de una calma casi provinciana. Se dormía hasta tarde, algunos comercios cerraban, se celebraba misa en la iglesia y se tomaba el aperitivo con la familia. Mientras me bebía el café me detuve a contemplar la vida a mi alrededor. Formentera te regala momentos en que pierdes la cautela social y su belleza te roba la razón. Ese prodigio, cuando estás allí, te parece tan natural que te permites el lujo de ignorarlo, pero por fortuna fui consciente de lo milagroso que resultaba que algunos paraísos resistan la voracidad de los turistas.

Piero olía a jabón y estaba somnoliento cuando llegó. Me llevó hasta el aparcamiento del hospital para recoger el coche de Lupe y luego volvió para abrir la tienda. Lo despedí con las llaves del coche de mi hermana en la mano y, en cuanto lo vi desaparecer, me apresuré a entrar en el edificio.

No pasé por la recepción. Me dirigí a las habitaciones con el corazón latiéndome como si acabara de correr los cien metros lisos. Sabía que la ansiedad, debida a la necesidad de verlo, no me dejaba respirar del todo. Le llevaba unos chocolates y un libro en francés, me sentía un poco absurda con aquellas naderías en el bolso, como si fuera a visitar a un abuelo.

La puerta estaba entornada. La empujé con cuidado y vi su silueta descalabrada al contraluz de la ventana. Llevaba puesto el camisón, que dejaba sus piernas fuertes y morenas al aire. Estaba sentado y mantenía una postura imposible debido a su hombro inmovilizado. No me oyó entrar.

—Buenos días. ¿Has podido dormir?

Felipe se giró con el rostro sonriente.

—No mucho, la verdad, pero al menos me han quitado el oxígeno y me encuentro mejor.

—Te he traído un libro y un poco de chocolate. Una estupidez. Seguro que habrías preferido un bocadillo de jamón o un par de cruasanes y un café, pero…

Sonrió sin dejar de mirarme.

—Estaba pensando en lo estúpido que he sido. No sé por qué no vine antes, llevo más de una semana sintiéndome fatal. Cogí un catarro y debió de complicarse. Ven, siéntate cerca, este gotero es una penitencia.

Con la cruel luz de la mañana, su rostro mostraba los signos de su mala salud. Tenía la piel curtida, oscurecida por el sol, y el pelo casi completamente blanco. Unos profundos surcos le atravesaban la frente y reaparecían desde la nariz hasta la barbilla. Tenía ojeras y aspecto cansado, pero sus movimientos poseían un vigor casi juvenil.

—Tienes el aspecto de un agricultor francés.

—No sé si es un piropo…

—Digamos que, en un par de días y vestido con un poco más de glamour, me parecerás un hombre interesante. —Felipe iba a decirme algo, pero no le dejé. Me sentía un poco estúpida haciendo comentarios como si estuviéramos tomando una copa—. No puedo quedarme, Felipe. Creo que te lo dije ayer. La razón por la que vine a Formentera era ocuparme durante una semana del trabajo de Lupe porque se iba a Niza a encontrarse con su amor. Hoy tengo que cuidar de un niño hasta las seis. —Me miró enarcando las cejas—. No sé si lo sabes, pero me ha sido imposible contactar con ella; se olvidó el móvil.

—No recuerdo casi nada de lo que hablamos ayer. Solo sé que me siento más aliviado y feliz por tenerte aquí. Yo la he llamado. ¿Cuándo se fue?

—Creo que el lunes pasado.

—¿Desde cuándo estás en la isla?

—Desde el miércoles.

—Nunca te dijo que yo estaba en El Paraíso, ¿no? —Negué con la cabeza—. Desde el principio le pedí que lo hiciera. Me prometió que hablaría contigo. Lo siento.

—Descubrí su contestador. Escuché unos mensajes que me hicieron sospechar que podías haber estado en la isla. Ni se me pasó por la cabeza que estuvieras en El Paraíso. Creía que habrías vuelto a París. Yo… Desde que llegué a la isla no soy yo. Voy y vengo del pasado, de

aquel día, de cómo me he sentido estos tres años. Estoy envuelta en perplejidad, y encontrarte allí en la azotea, traerte hasta aquí… ¿Te imaginas las cosas que he pensado? —Le cogí los dedos, hinchados—. No quiero enfadarme con Lupe más de lo que estoy porque no sé qué demonios está ocurriendo. Pasado mañana iré a Ibiza a buscarla. En cuanto a ti… Me dolió que no vinieras, que no respondieras a mis llamadas, ni a las de los que trataron de hablar contigo. Para serte sincera, me rompiste el corazón, Felipe. Ahora me siento aliviada. Si te hubieras matado al caer…

—Eva —me apretó la mano—, estamos algo rotos, quizá yo más que tú, pero nos repondremos. Además, no podía morirme sin tu perdón. —Intentó abrazarme, pero le resultó imposible—. Esto es un fastidio. Déjame decirte algo antes de que te vayas. No fui yo quien te rompió el corazón, fue un hombre alcoholizado y bastante destruido al que me ha costado despedir. No podía confortarte. Si supieras las veces que he pensado en ti, que me he trasladado con el pensamiento a cuando iba a tu casa en Bilbao. Tu madre… ¿vive?

—Por increíble que parezca, sí. Está internada en una residencia en Algorta, muy cerca de donde vivimos, en la casa que tú conoces. Tiene daños neurológicos importantes y ya no reconoce a nadie, pero ahí está. No puedo imaginarte a merced del alcohol. Ni puedo ni quiero.

—Me casé con Barbara, a pesar de que Lorenzo, que sabía cosas que yo desconocía, intentó disuadirme. Barbara nunca me quiso, y aceptar ese fracaso, esa traición, no ha sido fácil. Tenía una relación con mi agente. Me explotaron, me arruinaron, y yo, de algún modo, lo permití.

Le tapé la boca. Tenía que irme y, si seguía hablando, no podría hacerlo. Lo tranquilicé asegurándole que tendríamos oportunidad de hablar.

—¿Podrías traerme el móvil? Creo que antes de que me dieras el susto de mi vida lo tenía conmigo, en el cajón que estaba reparando en la azotea. Tengo que llamar a mi amiga Nina Epstein para decirle que no podré encontrarme con ella en París. En este momento tendría que estar volando hacia allí.

—Te lo traeré. ¿Ha pasado la médica?

—No. Es domingo, no sé si lo hará, imagino que mañana me darán el alta.

—No hagas planes, es mejor.

Me acerqué para darle un beso de despedida. La vieja calidez del entendimiento mutuo flotaba entre nosotros como uno de esos ambientadores que convierte la casa en un hogar. Mientras estuvo desaparecido, una parte de mí quiso odiarlo. Quise convertirlo en alguien sin relevancia a quien pudiera olvidar con facilidad, pero afortunadamente no lo conseguí. Sé que lo hice para sobrevivir a la pena que me producía no localizarlo. Al reencontrarlo, mi hogar volvía a estar junto a él, y tenía unas ganas inmensas de quererlo.

El amor posee múltiples personalidades, que ocupan continentes independientes en el mapa de nuestros recuerdos. En mi atlas particular, a mi amor adolescente le asigné una pequeña zona color crema. A Jean-Luc, el atractivo cocinero que compartió curso en Le Cordon Bleu de París, le di una amplia zona azul. Edvard poseía una extensa franja de brillante carmesí. El resto de los hombres de mi historial amoroso, y de los que apenas recordaba el nombre, estaban en una franja multicolor. El fondo de aquel mosaico tenía el mismo color de los ojos de Felipe, un verde océano selvático e indefinible que me infundía paz. Él era mi memoria, el amigo de mi padre, el que poseía la verdad. Quise decírselo cuando me retuvo la mano, pero, como tantas otras veces, no lo hice.

Salí del edificio dueña de una dicha inesperada. Me sentía feliz. El peso del miedo por lo que pudiera pasarle a Lupe, las actividades ilegales de mi padre o los vampiros ocultos que perseguían sus diamantes se desplazaban. Sentía alivio. Tenía una de las piezas esenciales de mi rompecabezas; ya podía compartir mi mundo con Felipe y apenas quedaban cuarenta y ocho horas para que llegara mi hermana.

Reconocí la sonrisa de los Falcone en cuanto la familia salió a recibirme. Gianni se escondía tras su padre sin poder ocultar su tamaño. Le costó unos minutos encontrarme en su particular memoria, pero cuando lo consiguió se echó sobre mí como si fuera un niño que identifica a un ser querido. Medía casi un metro noventa, tenía un

cuerpo desgarbado que balanceaba sin tregua y la luz infinita de la inocencia. Un perro labrador lo seguía dócilmente.

Intercambiamos impresiones, les mostré las fotos de mi hija y escuché alguna anécdota de aquel adolescente. Me preguntaron por mi hermana. Me limité a decirles que estaba en Niza con su novio y que volvía el martes. Recibí los consejos y las instrucciones, las alertas y las predicciones sobre un comportamiento sujeto a rutinas.

—No le gusta quedarse con desconocidos, por eso temíamos que no te reconociera, pero, ya ves, tiene muy buena memoria y estábamos preparados. —La madre puso cara de complicidad—. Le encantan los puzles. He reservado uno nuevo para que lo haga contigo. Hay comida en la nevera. Solemos comer a la una y media. Le he preparado lasaña. Está en el microondas. Se echa una siesta durante un par de horas y siguen gustándole los cuentos.

—Id tranquilos. No habrá problema y, si lo hay, soy una mujer de recursos.

Gianni y yo los despedimos agitando la mano hasta que el coche se perdió de vista. El chico corrió al interior de la casa seguido por el perro y volvió un minuto después con una caja de una conocida marca de puzles. Julia y yo habíamos hecho unos cuantos durante el confinamiento. El niño me tocó la cara mirándome insistentemente, sus dedos recorrían la geografía de mi rostro como lo hacen los ciegos, pero de pronto bajó la vista hacia la bolsa de piezas y comenzó a hablar.

—Lupe es más guapa que tú, y Julia es mi amiga —dijo mientras la abríamos—. Ya no tiene bicicleta. Tú eres mamá y Lupe…, ella quiere ser mamá. Va a volver con un bebé. La otra vez la semilla no prendió, pero ahora van a ponerla bien para que le crezca la tripa y salga el niño.

Me quedé estupefacta. No hice gesto alguno. Por lo visto mi hermana tenía en aquel niño grande a un confidente con quien verbalizar sus obsesiones.

—¿Te ha dicho ella que va a traer un bebé?

—Es un secreto, pero se me ha escapado.

—No pasa nada. No le diré que me lo has contado. Los secretos se

escapan a veces. ¿Y sabes quién va a ser el papá?

—A mí no me gusta el papá. No me escucha. No quiere que Lupe me quiera y además… —el chico se giró para evitar mirarme y comenzó a balancearse— le pega. No es bueno.

—¿Tú le has visto pegar a Lupe?

—El cielo es lo más difícil. Quiero empezar por el conejo.

—Vale, empezaremos por los ojitos.

La lámina era una escena campestre, con una casa y algunos animales. Gianni señaló un conejo situado al lado de un burro. Sonreía como si de repente hubiera olvidado la angustia que le producía pensar en Hervé. Yo, al contrario, recordaba perfectamente sus palabras, pero tenía que buscar los ojos de un conejo entre doscientas piezas. Las extendí encima de la mesa mientras pensaba en cómo adentrarme en aquel niño grande al que no sabía si podía creer. Cuando pareció concentrado, saqué el móvil y le enseñé una foto de mi hija.

—¿Te acuerdas de Julia?

—Sí. Es muy guapa. Lupe tiene fotos.

—Claro… Te voy a enseñar una de tu amiga Lupe.

Fui pasando el dedo por la galería de fotos. El chico repetía el nombre de mi hija en cada imagen. Me detuve en una que amo especialmente, mi hermana y yo reíamos fundidas en un abrazo.

—Lupe me ha dicho que sois amigos y que te quiere mucho, por eso tenía que venir a hacer el puzle contigo. Yo también la quiero mucho a ella, y no me gusta que le peguen.

—A mí tampoco.

—¿Se llama Hervé el que le pega?

Gianni asintió efusivamente y luego se tapó la cara con las manos. Con un nudo en el estómago encontré, entre las piezas, algo parecido a un ojo. Lo puse junto a las seleccionadas, y la mirada dulce del conejo fue haciéndose visible. El chico festejó con aplausos la aparición y se lanzó con acierto a seguir componiendo la lámina.

Mi Lupe engaña. Parece que se come el mundo, pero yo sé cuánta fragilidad alberga en su interior. Desde que la conozco, pelea para que su destino no sea la soledad. Todos lo hacemos. Yo cocino para que

me quieran, ella soluciona la vida de los millonarios incapaces de afrontar la adversidad, también para que la amen, pero, si un cabrón se ha colado en su vida prometiéndole cumplir sus sueños, mi hermana está perdida.

Nunca pensé que ella pudiera soportar un maltrato, y eso me duele. Me considero una mujer intuitiva, de esas que suele captar las sombras que pasean algunos seres humanos. En Plato de Postre contratamos a muchas camareras y a veces detectamos en sus comportamientos cosas que las delatan. Dudan, tienen miedo a cometer errores, no disfrutan, pero, ¡maldita sea!, ¿mi hermana?

Terminamos el puzle antes de que me diera cuenta. Abracé al labrador, que se llamaba Tom y dormitaba al lado de Gianni. El perro me dio unas lametadas como si entendiera lo triste que me había puesto saber que el cerdo de Hervé pegaba a mi hermana. Gianni me miró sin pestañear y me di cuenta de que su inocencia me intimidaba. Le pedí que me acompañara al jardín para coger unas hojas de aloe vera. Tenía que mantenerlo entretenido. Pegado a mí y con los ojos bien abiertos, le conté la leyenda que decía que Alejandro Magno resultó herido por una flecha en una de sus batallas. Su maestro, Aristóteles, le envió un sacerdote que le limpió la herida con un aceite de aloe vera que le salvó la vida. Le hablé de los romanos, de Egipto y de mi libro de especias. El chico parecía fascinado hasta que me preguntó para qué quería la planta.

—Voy a hacer una pomada para curar las heridas de un amigo mío que se ha caído.

—Puedes curar a Lupe…

—Guardaré un poco, pero lo mejor sería que Hervé no estuviera cerca, ¿no crees?

Volvió a girar la cabeza y a balancearse nervioso. Le cogí de la mano. No podía explicarle que los secretos eran chinchetas en el corazón, así que con la recolecta volvimos a la cocina y pelamos el aloe. Busqué un recipiente y, después de lavar la planta, la dejé en agua. Cuando perdió interés por el proceso, volví a los cuentos.

Le preparé la comida y, gracias a la magia de la rutina, Gianni empezó a abrir la boca y lo mandé a dormir. Hasta ese momento, no

había pensado ni un momento en mí. Solo ella, mi hermana, se colaba en mi cerebro, estática, como si estuviera entre barrotes, y desde algún lugar me pidiera ayuda. Me tumbé en el sofá con un cuaderno, preparada para confeccionar una de mis listas salvadoras.

Tenía que volver a El Paraíso y recoger el móvil de Felipe. Necesitaba una crema para las manos y quizá algo de ayuda para cuando le dieran el alta. Quince días con el hombro inmovilizado… En cuanto llegara Lupe, ese problema se solucionaría, ella buscaría a alguien que lo ayudara, y yo me iría a casa, a mi cama y a mi mundo. Tenía que llamar a mi hija, y quizá a la tía, pero ¿qué iba a contarles? Di la vuelta a la página y anoté:

> El francés, belga o lo que quiera que sea maltrata a Lupe, pero al parecer han pasado o están pasando por un proceso de fertilización. Preguntar.
>
> El nombre de Hervé es falso, pertenece a un ladrón de joyas fallecido. No sería raro que estuviera relacionado con los diamantes.
>
> Hervé entró en El Paraíso. Conducía un coche blanco. Preguntar la fecha. ¿Podría seguir al lado de Lupe porque no encontró lo que buscaba?
>
> Yo soy la dueña de El Paraíso. Felipe lleva allí desde el mes de marzo. Lupe es el nexo de unión que el sinvergüenza de Hervé tiene conmigo y con El Paraíso. Saber si Felipe ha buscado los diamantes.

Releí lo escrito. Tenía que revisar de nuevo El Paraíso, las joyas debían de estar allí. Para encontrar el lugar debía mirarlo todo con los ojos de mi padre, pero de cuál de ellos…, del que yo conocía o del que era en realidad. Añadí a la lista:

> Conseguir una foto de Hervé.

Con la última frase, una luz se abrió paso en mi mente. Llamé a Piero y le pedí que hablara con la dueña del hotel donde había trabajado Hervé. Los empleados a veces llevan una plaquita con la foto y el nombre. Era probable que quedara constancia en los archivos del personal.

La jornada pasó volando. Antes de que nos diésemos cuenta, los padres de Gianni atravesaban el jardín. El chico saltó hacia ellos como

un perrillo que acude alborozado a festejarte cuando vuelves de comprar el periódico.

Luigi Falcone y su esposa volvieron con un surtido de dulces. Querían pagarme, pero les rogué que hicieran sus cuentas con Lupe. Me despedí de Gianni y le susurré al oído que no se preocupara, que Hervé no volvería a pegar a nuestra Lupe. Sonrió y se metió un dedo en la boca. Sin demorarme, me dirigí hacia El Paraíso. Mi mochila pesaba, cargada con la información que había obtenido de Gianni. Superado el impacto del primer momento, y con la cabeza fría, volví a El Paraíso.

Subí a la azotea. El teléfono de Felipe estaba tirado en el suelo junto al viejo jersey de mi padre. Me lo llevé a la nariz buscando su olor, pero no lo encontré. Recogí el cargador y revisé la habitación contigua por si la necesitaba; estaba pulcra, pintada y ordenada. Las camas no tenían sábanas y la ventana daba al camino.

Compré algún capricho en el *forn* de Sant Ferran. No se come bien en los hospitales y, si no recordaba mal, Felipe era un gastrónomo irredento. Intenté dosificar mi ansiedad por estar con él, por mimarlo, por aquella raíz que crecía en mi interior. El instinto me decía que lo necesitaba para afrontar la parte desconocida de la vida de mi padre. Era indispensable para cerrar el proceso de mi duelo eterno, y además intuí que quedaba algo más por saber.

El enfermo me esperaba. Lo ayudé a levantarse, a ir al baño, le froté los rasguños de la cara con el aloe y dimos un paseo por el pasillo como un matrimonio accidentado. Me cautivó descubrir que a pesar del tiempo perdido, de mi resentimiento, subsistía entre nosotros algo indestructible y balsámico. Nos pertenecíamos, como esos amigos de la infancia a los que no ves durante una eternidad pero les confías tus secretos en cuanto reaparecen. Dejarme envolver por las viejas emociones me apaciguaba, era lo mejor que me había pasado desde mi llegada a la isla.

Felipe hablaba mientras caminábamos acompasados con el gotero. Le hice todas las preguntas que se agolpaban en mi cabeza, pero no

tenía demasiadas respuestas, aunque coincidíamos en nuestras intuiciones. Sentí que deseaba rellenar el vacío de los años perdidos y necesitaba ponerme al corriente de su vida con la desnudez de quien desea compartirlo todo. Se remontó al momento de su matrimonio, a Nueva York, a su huida, como él mismo la definió. Hubiéramos necesitado no un pasillo, sino una pasarela que atravesara el Mediterráneo para que su desgarrada memoria encontrara la paz.

En no pocas ocasiones, he mirado con cierta envidia a los que ni sienten ni padecen. Ellos, con los años, adquieren una pátina resbaladiza que hace que la adversidad no les toque ni les manche. Felipe y yo éramos de los que íbamos pringados de arriba abajo. Sus últimos años me parecieron trágicos, y debieron de serlo, porque solo quien deja de existir se lanza a los abismos.

—Necesito que me digas que me perdonas, Eva.

—No puedes imaginarte las ganas que tenía de perdonarte, pero no estabas, cabrón, nadie sabía de ti, y yo no te imaginaba capaz de abandonarme. Ahora ya lo sé. Estás perdonado.

Detuvimos la marcha. Nos miramos sonriendo e intentamos abrazarnos sin éxito.

—Vayamos por partes. No me has dicho la razón por la que quisiste vivir en El Paraíso.

—En realidad, no lo sé. Necesitaba estar en el lugar donde sucedió, el cuerpo me lo pedía, acudir donde le arrebataron la vida a mi amigo Lorenzo. Volví al punto de partida por si podía recomponer algo. No sé, quizá la pena y la culpa. Aunque me he recuperado, guardaré las cicatrices de las heridas que me hice a mí mismo, pero no volveré atrás. Un lugar en el mundo…, lo que buscaba. Eso y una isla donde esconderme.

—Vamos a la habitación. Estás fatigado y creo que no puedes seguir andando.

Eran las doce cuando lo dejé acostado en la cama. Por el pasillo me encontré con la médica. Después de asegurarle que mantendría reposo durante una semana más y que yo misma me hacía responsable,

accedió a darle el alta; podría ir a buscarlo al día siguiente.

El estrés se parece a una de esas atracciones de feria a las que llevaba a Julia cuando era niña, el tren de la bruja. Le gustaba ir aferrada a mí. Temblaba esperando que de algún recoveco del recorrido saliera una bruja y le diera un escobazo. Tan solo quedaban cuarenta y ocho horas para que volviera Lupe, pero en algún rincón podía esconderse el de la escoba.

Tenía media docena de llamadas perdidas. La única que me preocupó era la de Julia. Supuse que Maite habría ido a buscarla al aeropuerto. Desconocía las explicaciones que le habría dado Maite, pero probablemente se acercarían a la realidad. Encendí mi cigarrillo con parsimonia y empecé por ella.

Julia quería escuchar mi voz, saber si lo que le contaba mi socia era verdad, preguntarme qué día volvía y tentarme con el anuncio del regalo que tenía para mí. Si los hijos disfrutan, tú también lo haces; si sufren, tú soportas su tortura, y si tienen un problema, eres tú quien nota su peso…

Mi socia le dio la primera versión sin entrar en detalles. «Tu tía Lupe le pidió a tu madre que fuera a Formentera una semana. Tenía un viaje y no encontró a nadie que la sustituyera en el trabajo. No quiere que la tía Fina se asuste, así que tampoco te dijo a ti que iba a la isla».

Maite quería saber si pensaba tirarme por un acantilado o si mantenía la cordura. Le advertí de que iba familiarizándome con lo imprevisible y que temía por Lupe. Se lo conté todo con pelos y señales. Lo único que pospuse fue advertirle de que Felipe estaba conmigo. Era demasiada información y era preciso dosificarla.

La última llamada se la reservé a Piero.

Me anunció que tenía una foto de Hervé Fajardo, o más bien de su impostor.

El cuaderno de Lorenzo

Esta mañana, Vincent me ha llamado para decirme que ha logrado ponerse en contacto con Bruno Marlai. Me lo ha contado sin preámbulos, como si estuviera deseando hacerlo.

Aún adormilado, no he sido consciente de la importancia de lo que me decía. Le he pedido que me diera cinco minutos. He ido al baño, me he echado una manta por los hombros y he metido una cápsula en la cafetera. Con la taza en la mano y los cinco sentidos alerta, le he devuelto la llamada. «Dime cómo sonaba su voz. ¿Era conciliadora? ¿Le has propuesto que nos viéramos?».

Al regresar de Argentina y con las piedras en la caja fuerte de mi casa de París, retomé mis quehaceres de manera sigilosa. Durante unos días repetí con liturgia mis movimientos al llegar a casa: ponerme una copa de vino, abrir la caja para sacar los diamantes y contemplarlos durante casi una hora.

Aún no era capaz de tomar decisiones, pero, con el transcurso del tiempo, sentí que no era el mismo, no porque por fin poseyera mi tesoro, sino porque reconocí que aquella no era la forma en que deseaba adquirirlos. Tenía los diamantes de la reina, pero en la transacción había perdido algo intangible dentro de mí mismo y notaba ese vacío.

Lombardi y yo acordamos no volver a tener contacto. Él se deshizo de su móvil y cortó así la manera de localizarlo. Yo hubiera deseado averiguar lo sucedido después de que Marlai averiguara que los diamantes los había comprado otra persona, pero no tenía manera de hacerlo. Sin embargo, un par de meses después de mi adquisición, alguien entregó una carta para mí al conserje del edificio. Recuerdo

que estaba en el ascensor cuando abrí el sobre. «Sé que los tienes. Esta es mi oferta. No habrá más». En el dorso del papel solo aparecía una cifra que superaba en unos miles de euros el precio que había pagado yo al argentino. Ni un nombre ni una dirección. Nada.

Yo sabía que no podía proceder más que de una persona: Bruno Marlai. El conserje no pudo darme información alguna. Quien entregó la carta llegó en moto y ni siquiera se quitó el casco para entregarla. Interpreté aquella concisa comunicación como una invitación a que me pusiera en contacto con él y aceptara su oferta. Pero si él se dirigía a mí es que lo sabía todo.

Volví a mi casa preocupado por Lombardi. Fui directamente al ordenador y busqué su nombre. Aparte de la información de su historial de detenciones y procesos, encontré una entrada que se refería a su obituario. Un escalofrío me recorrió la espalda. Pinché en ella. Claudio Lombardi estaba muerto desde hacía una semana. En el Nice-Matin la noticia se ampliaba; el coche que conducía se había estrellado contra una estación de servicio sin dañar más que el túnel de lavado. El contenido no era demasiado explícito, pero dejaba caer que la causa había sido un problema técnico del vehículo, un Mercedes 300.

Me tocaba a mí. Marlai me daba un ultimátum. Fue entonces cuando acudí a Vincent y me sinceré con él. Como un detective de novela de intriga, desde que lo conozco, hace cuarenta años, nada en el mundo consigue hacerle cambiar su beatífica expresión de abuelo desorientado. Tampoco lo hizo cuando le conté mi rocambolesca aventura, pero carraspeó y eso era una señal de peligro. Pocas veces la mostraba.

Sus palabras, al otro lado del teléfono, no fueron precisamente tranquilizadoras. «Marlai quiere los diamantes y no hay nada que pueda disuadirlo. Lo he intentado, pero tiene interiorizada su propia *vendetta* contra ti y no he podido infiltrarme en su inquina. La semana que viene, probablemente el lunes, voy a verte a la isla. Necesito hablar contigo». Acepté, y le pedí que buscara información de la muerte de Lombardi.

Desde su llamada, la sensación de angustia no me abandona. Abro

mi escondrijo, saco mis joyas, Maria Callas me acompaña. Miro estos trozos de carbono que se han paseado por los siglos para llegar a mis manos. Nadie conoce el lugar donde los guardo, y eso me preocupa.

He pasado el día tratando de dilucidar si debo revelar mi escondrijo a Vincent. No serviría de mucho, puesto que he preparado una especie de contrato de confidencialidad para que lo firme. Quiero que se comprometa a que, en caso de que muera violentamente, no hable de este asunto hasta que hayan pasado tres años. Es tiempo suficiente para que el olvido comience su camino, y para aceptar las decisiones que nadie espera que tome. Pero esto sigue dejando en el aire la cuestión del almacenaje de lo valioso que poseo.

El lunes, y según lo previsto, fui a buscar a Vincent Bertholom al puerto. Soplaba una brisa cálida y agradable. Nos dimos un abrazo prolongado, palmeándonos la espalda como los viejos amigos. Luego vino el intercambio de miradas al que los hombres del norte estamos acostumbrados, un adelanto de aquello que no se quiere verbalizar.

Siempre me he entendido bien con él. Nació en Bretaña y nunca quiso trabajar atado a una empresa que recortara su espíritu libre. No quería salir pitando el viernes de París para pasar dos días en su casa de piedra frente a la bahía de Douarnenez en Bretaña y subirse a su velero a vigilar las mareas. Quería más. Su tierra, como la mía, mira al mar y guarda silencio. Fui el primero en encargarle un trabajo de cierta relevancia. Entre nosotros existe una lealtad que ha llegado hasta aquí.

Vincent miraba la costa con ojos de marinero. No conocía Formentera y, tras sus gafas de sol, sentí que evaluaba lo que veía. Se interesó por los vientos, la dimensión de la isla, el pescado… Fuimos a buscar una paella que encargué en la fonda de Pepe. La comimos en el porche, y creo que hasta que no terminamos la primera botella de chardonnay, ninguno mencionó nada serio. Tras el café, comenzó a relatarme lo que me preocupaba.

—No fue difícil encontrar a tu amigo… Me entrevisté con Marlai en Mónaco. Hice como si no supiera que vivía en Niza, que tenía sus

negocios en Marsella y que desconocía que, distribuidos en distintas mesas de la terraza donde nos encontramos, se hallaban seis de sus matones. Desde el primer momento hablé de «las condiciones del señor Landaluce». Era una tontería disimular, y con esta gente es mejor jugar limpio. Le dije que los diamantes de la reina habían sido efectivamente adquiridos por ti, sin embargo deslicé que lo hiciste en nombre de una tercera persona que deseaba seguir en el anonimato. Para reforzar y desorientarlo, dejé caer que el misterioso comprador era americano, pero no creo que se lo creyera. No quise mencionar a Lombardi. Estoy seguro de que desconoce tu relación con él. Por lo que escuché, su hombre de confianza mantuvo el secreto y por eso está especialmente furioso de no saber a ciencia cierta quién te dio el soplo. Me mostré generoso, ajeno a su enroque. Como acordamos, le ofrecí la posibilidad de negociar con los posibles informes de autentificación que pudiera necesitar. Le recordé tu indiscutible prestigio, tu impecable trayectoria y eso se lo dije antes de mostrarle que estabas desolado por haber llegado antes a la transacción, pero que nada podías hacer ya.

Mi amigo se encendió un cigarrillo. Suspiró y se volvió hacia mí, esta vez mirándome a los ojos.

—Lombardi murió en un accidente de tráfico. Al parecer se quedó sin frenos… Lorenzo, quizá tengamos la suerte de que en este mundo ocurra algo apocalíptico, tampoco sería tan raro. Quizá de la tierra salga un gas que nos deje a todos un poco más estúpidos de lo que somos, o que un virus nos amenace lo suficiente para que nadie se mueva en quinientos metros a la redonda. Yo me iré a pescar y tú te quedarás aquí a ver amanecer y escribir tus memorias, pero, si eso no sucede, Marlai vendrá a buscarte o mandará a alguien a hacer lo que considere.

Vincent había sembrado el mundo con mis huellas. Una reserva en Boston, el pago de una cena en Londres… Me advirtió de que probablemente ya sabría dónde me encontraba. Me ofreció su colaboración para esconderme y darme otra identidad, y bromeó acerca de que a Marlai no le gustaba el frío; podía buscarme una casa en Bretaña. No tenía convicción en su voz, así que me atreví a

preguntar por lo que me infundía terror:

—¿Saben de mi hija, Eva, de mi nieta?

—Ese cabrón lo sabe todo, Lorenzo, pero no tocará a tu familia.

Mi historial no era el de un padre devoto, y eso, de alguna manera, me ayudaba. Vincent quería que tuviera un arma, pero traspasar más líneas rojas no me convencía. Le dije que estaba descartado; no habría sabido qué hacer con ella. Caminamos despacio, hasta el borde del mundo, como decía Julia cuando era niña, para hablar de los acantilados. Me puse en cuclillas e hice uno de esos monumentos al recuerdo y a la invocación que hacían los hippies cuando habitaban la isla. Busqué una piedra plana, luego otra algo más pequeña para ponerla sobre ella y seguí hasta que mi torre de recuerdos quedó coronada por un canto rodado de un blanco inmaculado. A mi lado, Vincent miraba el mar cuajado de rocas que la espuma arañaba con celo. Las gaviotas se desgañitaban para proteger sus nidos en las paredes rocosas y emprendían vuelos feroces a nuestro alrededor para que quedara claro que estábamos profanando su paraíso.

—Supongo que Marlai sabe que no le daré los diamantes. Sería tirar mi vida. Si sobrevivo unos años, sería maravilloso, pero la vejez vendrá a poblarme de dolores, dependencias, ¡y de sabe Dios qué! Seré feliz contemplando mis preciosas lágrimas de la reina hasta el final de mis días.

De vuelta en casa, intercambiamos opiniones y exploramos posibilidades. A pesar de que intentó por todos los medios que reconsiderara mi decisión, no lo consiguió. Mientras la tarde languidecía, le mostré el contrato de confidencialidad. Lo firmó a disgusto, advirtiéndome de que aquel papel no tenía validez legal, pero que respetaría mi voluntad. No se le quebró la voz al decirme, mirándome a los ojos, que si Marlai venía a por los diamantes no tendría problema en acabar conmigo. No le conté que, desde hacía días, como quien por fin coge postura en una cama nueva, aceptaba mis escasas opciones. En realidad, desde la muerte de Erika he ido dando pasos hacia un lugar sin retorno.

Pasamos las veinticuatro horas siguientes disfrutando de Formentera. Toni nos llevó a esos rincones que solo frecuentan los que

pertenecen a la isla y se acercan por mar a sus rincones secretos. Yo ya había hecho en otras ocasiones aquel itinerario, pero me pareció nuevo, un mundo oculto y misterioso que a Vincent le gustó.

Séneca, el filósofo que tantas veces ha aportado luz a mi oscuridad, decía que quien tiene miedo a la muerte será incapaz de realizar las cosas que haría un vivo. La funesta certeza de que iba a morir se asentaba en mi corazón y, contrariamente a lo que imaginaba, me hacía libre.

2

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> Es hora de que te des cuenta de que tienes algo más poderoso y milagroso que las cosas que te afectan y no te hacen bailar como un títere.
>
> MARCO AURELIO

Guardé los restos de comida en la nevera de la casa de invitados, cambié las sábanas y coloqué mis cosas. Me perseguía la costumbre de hacer acogedora cualquier estancia. Felipe me llamó entusiasmado para decirme que se sentía mejor y que tenía el alta firmada. Con su educación habitual, me puso al corriente de su intención de llamar a un taxi. Necesitaba mi aprobación para volver a El Paraíso. Sonreí mientras lo escuchaba y lo interrumpí para decirle que pasaría a buscarlo en cuanto terminara con lo que estaba haciendo.

—Ahora que te he encontrado, no pienso dejarte escapar.

Soy de las que construye obsesivamente hogares allá donde vaya. Lo hago en una habitación de hotel en la que estaré una sola noche o en la casa que alquilo una semana. Intento arrebatar esa soledad pegajosa que desprenden los lugares en los que no vive nadie. Lo hago colocando mi frasco de perfume o el portafotos doble desde el que me sonríen Julia, mi padre y mi madre.

Y es que me asustan los espacios en los que no se percibe más que esa acogida imperfecta. Mi madre pasó de tener nuestra casa

impecable a abandonarla. El alcohol no se lleva bien con la disciplina, tampoco con la higiene o con la armonía que una despliega. Su habitación era un desastre en el que solo entraba Adelita. Yo me ocupaba de recoger lo que abandonaba a su paso: vasos, una botella, unos calcetines… Sentía pánico al pensar que alguna de mis compañeras de colegio podía llamar a mi puerta, atravesar el umbral y descubrir lo que sucedía en el interior de mi vida. Por eso, antes de recoger a Felipe, recorrí el jardín tijeras en mano y confeccioné un ramo silvestre; quería conquistar el espacio que encontraría a su llegada.

El hospital ya no me abofeteaba el alma como tres años atrás. Ya no necesitaba teletransportarme. Respiré, me sentí viva y agradecí al universo la palabra «resiliencia», que es lo mismo que el refrán que sale de la boca de la tía Fina cada vez que la adversidad asoma por la puerta: «No hay mal que cien años dure».

Felipe utilizó el brazo recién liberado del suero para recogerme en su regazo demediado. Olía a desinfectante y a refugio. Cogió una bolsa de plástico con el logotipo del hospital y, apoyándose en mí, caminamos hacia la salida sin decir palabra. Éramos lo más parecido a una dama acompañando a un vagabundo. Tenía algunos años más que yo, pero la diferencia de edad, que de niña era abismal, había desaparecido.

Algo reconfortante tomaba posición en mi pecho. Dirigirme a El Paraíso ya no me hacía estremecer y se lo dije. Íbamos despacio para que su hombro no se resintiera, el trayecto era ahora corto, pero al hacerlo con él desmayado en el asiento del acompañante me había parecido interminable.

En cuanto llegamos al taller de El Paraíso, le pedí que descansara. Él recorrió la sala con la mirada, se detuvo en mi improvisado recogido foral y sonrió. No tenía fiebre, debía seguir con el tratamiento antibiótico y respiraba con normalidad, pero la médica insistió en que debía hacer reposo. Aceptó, murmurando, tumbarse en el sofá mientras llamaba a su amiga americana y resolvía sus cosas.

—Veo que sigues haciendo hogares por donde pasas. Si yo hubiera tenido esa virtud…

—En mi caso no es una virtud. Necesito hacerlo. Yo diría que para borrar el sentimiento de orfandad que me persigue.

Hice unos cuantos viajes a la casa grande, busqué en el garaje, abrí y cerré la nevera y, cuando miraba en su dirección, sus ojos me estaban siguiendo.

—¿No estarías más cómodo en la cama?

—Aquí estoy bien. Déjame disfrutar de ver esta casa habitada de nuevo. Os he echado de menos…

Dejé de dar vueltas y me senté a su lado. Él me cogió la mano y simplemente comenzó a hablar.

—Estaba viviendo en un pueblo cerca de Pau, en Castéra, donde intentaba pintar, cuando me dieron el alta definitiva. El consejo de mi psiquiatra fue que fuera retomando mi vida poco a poco. Me fui a París. De allí había salido sano, así que pensé que era a donde debía volver. Pero la ciudad me abrumó. Era una montaña que se suponía tenía que saber escalar, y, si algo tiene de didáctico el sufrimiento, es que te muestra con crudeza el sitio que pisas. París ya no era mi lugar en el mundo. Es verdad que mi casa estaba alquilada y mis cosas en un guardamuebles, pero no era eso. Mi amigo Lorenzo había sido asesinado y yo no estuve para decirle adiós. No sabía en qué lugar podía sanarme de su ausencia, adónde ir. Se me pasó por la cabeza Bilbao. Allí nací y allí estabas tú, sin embargo… Vagué por los lugares conocidos y comprendí que estaban vacíos. La ausencia era tan densa que no pude quedarme. Pensé en la isla. Su último suspiro seguía aquí y tenía que volver. —Felipe se cansaba al hablar—. Llamé a Carmen a México. Su voz resultó una brújula. Le pedí el número de Lupe, pero antes de dármelo me aconsejó que hablara contigo. Te llamé. Varias veces, Eva. Pero tu voz me paralizaba y colgaba. No me mires así, por favor.

—Te miro porque te estás agotando. Deja de hablar, por favor.

—Necesito contártelo. No te preocupes. Como te decía, siguiendo mi funesta costumbre de no enfrentarme a lo que temo, que en este caso era a ti, contacté con Lupe. La idea de venir a El Paraíso fue espontánea. Lo vi claro en cuanto llegué a la isla. Me he curado, no sé exactamente de qué, pero me he curado.

Me enjugué las lágrimas, me mordí la lengua y las ganas de abrazarlo. Luego preparé un arroz con verduras, como si la vida hubiera encontrado una rutina redentora, y, aunque ambos teníamos una barra de amargura en el estómago, comimos despacio y felices en platos desiguales. Hicimos lo que hacen los que llegan a casa después de un viaje largo, tumbarnos en la cama y encontrar una postura para dormir abrazados y reparar la enorme y dolorosa fatiga que arrastrábamos.

Debía de ser noche cerrada cuando despertamos juntos. Felipe quería tomar un analgésico. Por no despertarme, había mantenido una mala postura y el hombro se le resintió. Nos quedamos quietos. Los postigos permanecían abiertos y la luz del encendido automático nos iluminaba como en una película antigua. Entre susurros, piel con piel, seguimos arrancando las malas hierbas que el tiempo había hecho crecer en nuestras conciencias. Todo me invitaba a pensar que habitaba otro planeta, uno donde el peso repartido entre ambos alcanzaba por fin una ligereza definitiva.

Yo lo sabía casi todo de él. Y no era porque conociera todos sus pasos, sino porque comenzaba a entender su modo de mirar la vida y me gustaba. Ambos sabíamos de mi padre, y él quería saber de mí. Desvelados, nos levantamos para tomar un té de frutos rojos sentados en el banco, junto a la puerta del taller. Cerré los ojos y escuché los sonidos de la finca. Las estrellas estaban por todas partes. Él, a mi lado, me prestaba el calor de su cuerpo y reclamaba lo vivido aquel 30 de septiembre.

—No puedo dejar de pensar en mi padre… No puedo —musité—. La última noche que pasamos aquí fue muy especial. No supe advertir que flotaba algo premonitorio en nuestra conversación. Casi podría asegurar que sabía que vendrían a por él, porque entre cuento y cuento me colocaba un trocito desconocido de su vida. Días antes me había rogado que viniera y solo veinticuatro horas antes, ahí —señalé la casa grande—, después de cenar, le pedí que me contara lo que le pasaba. Pero no llegó a contármelo. Yo le permití aplazarlo. Estaba cansado. No le dio tiempo. No imaginó que vendrían a matarlo al día siguiente. Él, como bien sabes, era incapaz de no empezar por el

principio, así que se remontó al momento en que había decidido hacer de la búsqueda de sus diamantes el destino de su vida. La narración le llevó unas horas y bastantes desgarros emocionales frente a una hija poco acostumbrada a su sinceridad. Me dijo que estaba cansado, que por la mañana me enseñaría los diamantes. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Te habló de la identidad de los que lo buscaban?

—No exactamente. Habló de mala gente, de los bajos fondos del mundo de la joyería, de las casas de subastas… Habló de muchas cosas, pero de lo que estoy segura es de que me dijo que estaban aquí, en El Paraíso. Esa noche, ya ves, me fui feliz a la cama, algo frustrada, lo confieso, por no haber llegado a verlos, a cerrar el agujero, a saber quién le atemorizaba… Sigo sintiéndome culpable.

—¿Cómo fue el funeral?

Le conté nuestro peregrinaje por la isla. Me centré en lo que él quería saber: París, la iglesia llena de flores, Nadine, los reconocimientos de quienes me abrazaban, las tarjetas de papel cuché de muchos gramos que me entregaron… Intenté nombrar a algunos de los asistentes, los cargos o puestos relevantes que me susurraba Nadine. «Este es el presidente de la sociedad gemológica. Ella trabaja en Amberes. La señora del pelo blanco es una reconocida coleccionista, y el que viene por ahí es su peluquero…». Recordaba a Clémence Laurent y el ramo inmenso que había enviado el Louvre a la avenue Foch; a André el galerista, que me preguntó por él, y por supuesto a George, el portero de la finca. El resto de las caras contritas y elegantes no tenían nombre. Le expliqué que conservaba una caja con los tarjetones y mensajes de condolencia recibidos.

—Ven a Algorta, quizá allí encuentres ese lugar en el mundo que te obsesiona. ¿No recuerdas lo precioso que es mi pueblo? Vivir al lado del mar es poseer el horizonte. Ven, Felipe.

—En realidad, Eva, ese lugar en el mundo del que hablo no es físico, puede ser cualquier rincón donde habiten las personas a las que amo.

Me gustaba su certeza. Me parecía el preámbulo más estimulante que encontraba desde hacía mucho.

—Durante estos tres años, he vivido asediada por mis obsesiones.

No he tenido paz para compartir mi vida con nadie ni para disfrutar en las relaciones. Hace tres años estaba segura de que mi padre iba a venirse con nosotras. Me dijo que tenía sus diamantes —repetí—. Estuvo a punto de mostrármelos, pero el jodido destino se interpuso. No dejo de pensar en otra de las advertencias que me hizo. Me dijo que, si algo le sucedía, no quería que nadie hurgara en su pasado y que deseaba que la policía no interviniera. Y me habló de Erika.

—Eso es muy típico de él. Llevarse sus secretos, no revelarte el final de la historia que te está contando. En cuanto a Erika…

—¿La conociste?

—Sí. Te habría gustado. Era viuda, regentaba un restaurante en el barrio judío de Berlín, era madre de varios hijos y creo que tenía algún nieto. Era cálida, tenía sentido común y miraba a tu padre más allá de la piel. Sabes que Carmen es intocable para mí, pero Erika tenía algo especial… Le entendía y se enfrentaba a él sin temor, con la convicción de quien emprende su última aventura. La vi en un par de ocasiones. Tenía planes que lo llenaban de alegría, planes con ella. Pero poco antes de nuestra ruptura, y cuando hacía semanas que él estaba en Berlín, me llamó y quedamos para comer. Tenía un aspecto horrible, el rostro desencajado, y no hizo falta preguntar. Me contó que a ella le habían diagnosticado un cáncer avanzado. No supe más, porque…, ya sabes. —Felipe alzó la vista al cielo—. Lorenzo y yo rompimos un mes después. Por aquel entonces, yo era un idiota en celo, Barbara me empujaba a irme de París, me alejaba de mis amigos… No di la talla ni comprendí el terrible momento que atravesaba la persona más importante de mi vida.

—Me destroza saber de ella, de su muerte, me enfurece que mi padre no compartiera, no ya sus puñeteros diamantes, sino su felicidad y su dolor posterior. Sé que me repito, pero lo tengo clavado.

—Era un cabrón maravilloso al que queríamos y al que no teníamos más remedio que aceptar. Ríndete, Eva, serás más feliz.

Enarqué las cejas en la oscuridad. Felipe tenía razón.

—No quería que lo vieras derrumbarse. Lorenzo se ha pasado la vida evitando implicarte en las cosas desagradables. Imagino que la muerte de Erika lo dejaría devastado. Y, no podría asegurártelo, pero

creo que Erika, a su vez, no quiso que él fuera testigo de su deterioro. Debió de ser muy duro para él. Desgraciadamente, a las pocas semanas discutimos y nos separamos.

—Eso lo sé. Me lo contó él.

—¿Qué te dijo?

—Que había cometido un error.

—¡Joder! Me dijo cosas terribles de Barbara y consideré que si no se disculpaba no podíamos seguir adelante. No lo hizo. Por mi cabeza también ha pasado la idea de que quiso apartarme de su lado deliberadamente. Quería estar solo para lamerse las heridas. Fui tan estúpido que pensé que tenía celos de mi felicidad. ¡Patético!

—¿Te das cuenta de la huella que nos ha dejado? Ninguno de nosotros ha acertado con sus decisiones, él nos alejó, tú te fuiste y yo no pude creerle. Si me hubiera concedido un par de horas más, si me hubiera hablado de sus enemigos…

—Eva, siempre hay un «pero» antes de aceptar lo irremediable. Hace tiempo que Lorenzo frecuentaba contrabandistas y ladrones de dudoso proceder, pero nunca iba lejos en su compañía. Le gustaba que le confiaran sus secretos y a ellos desenvolverse socialmente con la gente del gremio. Ya sabes, ya no buscaba sus diamantes en las bibliotecas, se había lanzado al otro lado. He tenido tiempo para reflexionar. Lo he aceptado. Creo que Lorenzo ya no amaba su vida. Su mundo cambiaba tanto y a tal velocidad que no quiso entregar lo conseguido.

—¿Dónde están? Sus asesinos volvieron. Nadie vuelve al lugar de un crimen si no quiere recuperar algo.

—Puedo asegurarte que ni dentro de la casa grande ni del taller hay escondite alguno. Tampoco en el jardín trasero o en el garaje.

Una luna iluminaba la casa, el porche, las sabinas, las higueras y los arbustos… Ambos mirábamos aquel territorio tan nuestro y, al mismo tiempo, tan ajeno.

—He recorrido esta finca de arriba abajo, Eva. No me extrañaría que estuvieran a la vista, colgados de un árbol o en un nido…

—Pronto amanecerá. Deberíamos dormir un poco. Mañana vendrá Piero para acompañarme a Ibiza. Me muero de ganas de ver a Lupe.

No sé si le daré una paliza o un abrazo.

—Un abrazo.

Nos fuimos a descansar. Volvimos a encontrar la postura y dormimos hasta que el ruido del motor del coche me despertó. Miré la hora. Imaginé que Piero venía a buscarme con antelación. Cuando abrí la puerta, el sol me cegó.

—No contestas al móvil. Llevo un rato llamándote. Me he puesto nervioso y he venido.

Me llevé las manos a la cabeza. Recordaba haberlo dejado en silencio y después… Después no tenía ganas de que nadie rompiera la burbuja en la que estábamos sumergidos.

—Pero habíamos quedado a las tres…

—Hace una hora he recibido una llamada de Lupe.

—¡Por fin! ¿Está bien?

Felipe venía a nuestro encuentro y lo saludó con un gesto amable. No se me escapó la mirada de Piero advirtiendo nuestra cercanía.

—Me ha llamado desde el puesto fronterizo de Menton, concretamente desde la comisaría de policía de la frontera con Italia. Al principio no sabía bien de qué se trataba, luego he entendido que no estaba detenida, sino que ha acudido allí pidiendo socorro. Todo este tiempo ha estado retenida en un lugar impreciso de ese pueblo, cercano a Niza. Hervé la traicionó y la entregó a una banda que buscaba información sobre los diamantes de tu padre. El único teléfono que recordaba era el suyo, donde dejó un mensaje para ti, y el mío, que es igual salvo por la última cifra. La policía iba a llevarla a un hospital para que le hicieran un reconocimiento y las autoridades españolas están al corriente. Le he dado tu número a uno de los policías para que esté en contacto contigo.

—¿Cómo es posible?

—Mira tu móvil.

Corrí a la habitación para comprobar mis llamadas: mi hija, Piero, un número desconocido español que había llamado dos veces y un número francés que lo había hecho tres.

Como si un terremoto hubiera abierto una grieta bajo mis pies, me desplomé en el sofá. Lupe, mi imprevisible hermana, la que había llegado a mi vida para hacerme olvidar la mía, me necesitaba. Mis sospechas no eran vanas.

Llamé al número francés. Tras identificarme y describir el objeto de mi llamada, quien me atendió me dijo su rango y su nombre, y me hizo un resumen sucinto pero preciso de lo sucedido. Mi hermana estaba en el hospital. Estaban examinándola porque había «sufrido violencia». Le interrumpí para saber el alcance de lo que mencionaba. Su lenguaje era discreto, pero las pausas me convencieron de que me censuraba información. Hubiera preferido que me describiera los golpes o que se centrara en si tenía un brazo roto o una ceja abierta, pero a pesar de mi insistencia no obtuve nada que no fuera aquel desesperante y genérico «violencia». Lo único que me aclaró era que su vida no corría peligro.

Casi podía sentir el ruido de mis emociones al entrechocar en mi interior, en un revoltijo de culpa, extrañeza y dolor. La pequeña heroína que vivía conmigo iría por tierra, aire y mar a buscarla. El policía prosiguió con unos datos geográficos que ya no logré retener. Piero y Felipe guardaban silencio a mi lado, hacían movimientos involuntarios, se levantaban y volvían a sentarse.

Se trataba de un secuestro posiblemente relacionado con el asesinato de Lorenzo Landaluce. Yo tragaba saliva y contemplaba una montaña imaginaria a punto de sepultarme. El inspector, pues ese era su cargo, añadió que él mismo se ocuparía de que Lupe se pusiera en contacto conmigo. Me consoló saber que un colega español se dirigía en ese momento a Niza y allí se reuniría con mi hermana para acompañarla a España. Me aconsejó que contactara con la embajada o con la policía española. Le agradecí la información y le dije que esperaría la llamada de mi hermana.

Palabras que empezaran por «M»: «mano», la de Felipe, que en ese momento acariciaba la mía; «miedo», a que a mi hermana, que había ido en busca de la felicidad a la puñetera Niza, le hubieran administrado la peor de las violencias; «mensaje», para contarle a mi hija que tardaría algo en volver; «Maite», a quien debía llamar

inmediatamente para que la red privada de auxilio emocional llegara hasta aquel pueblo que hacía frontera entre Francia e Italia.

En voz baja, como si alguien me escuchara al otro lado del tabique, compartí con Piero y Felipe lo ingenua y estúpida que había sido al pensar que mi hermana seguía viviendo en la luna. La trama que había iniciado Lorenzo años atrás continuaba en marcha. Estaba a punto de decirles que la vida me sobrepasaba cuando me sonó el móvil. En la pantalla aparecía «Número desconocido».

—¿Respondo?

No esperé a que saltaran sobre mí.

—Buenas noches, Eva, soy Íñigo Belmonte, amigo de Maite e inspector de policía. Tengo noticias de Lupe.

El cuaderno de Lorenzo

Desde que se fue Vincent, vivo cada uno de mis días como si fuera el último. Ando despidiéndome por los rincones, grabando en mi retina este paisaje, exponiéndome y dejándome ver como si acabara de llegar.

Al caer el día, las sombras juegan a su antojo y me parece ver a alguien apostado en la esquina del porche u oigo el ruido inexistente de las ruedas de un coche que se acerca. Me enfrento a mis presagios. Sé que los que operan fuera de la ley adaptan el asalto a las carencias de su presa. Quizá, si imagino que vienen de noche, puede que me ataquen a la luz del día. Daría igual. El Paraíso está lo bastante aislado para que pasen inadvertidos.

Faltan un par de semanas para que mi nieta venga con su amiga Rocío. Tengo el deber de cuidarlas, de saber adónde van y de asegurarme de que vuelvan a casa en buen estado. Me lo ha dejado muy claro mi hija. Eva me ha confeccionado una lista de cosas que debo comprar y me ha advertido que no es bueno que coman todos los días fuera. Marlai no hará nada mientras estén aquí. No les gustan los testigos, y no se toca a la familia, así que intentaré saborear esta tregua.

Se lo he vuelto a repetir a Vincent. No entregaré mis diamantes. Poseo un desapego a la vida que muy probablemente tenga que ver con el miedo a envejecer, a depender de otros… Erika se despidió de los suyos y pidió que la sedaran. Yo no soy valiente, pero no tengo miedo a morir. Lo que me inquieta es la manera en que llegue el desenlace. No sé qué pensará mi hija si algún día lee estas líneas, pero la verdad ayuda a entender lo que nos resulta incomprensible.

Me gustaría tener el valor de abrirle mi corazón, de hablarle de Erika y de mis heridas, creo que Eva por fin ha aceptado que nunca seré un padre al uso.

Me viene a la cabeza un cuento que escuchaba de niño… No recuerdo el nombre, ni cómo se llegaba a un genio al que podían

pedírsele tres deseos, pero estos serían los míos: conservar los diamantes, que mi hija y mi nieta no sufran por mis actos y, si acaso, que sea dulce el adiós.

3

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> Tanto miedo tengo, que aun para huir valor no tengo.
>
> PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

En menos de veinticuatro horas, todo cuanto había querido evitar en el momento en que mi padre fue asesinado emergió sin control, como si en el sótano de mi vida se hubiera roto una cañería. Interpol, Europol, embajadas y departamentos policiales se movían por Francia consultando informes y atestados donde figuraba el nombre de mi padre, el mío y el de mi hermana. Me preguntaba en qué momento se pondría en contacto conmigo el inspector de Ibiza.

Estaba aturdida, sin saber hacia dónde ir. Esperaba la llamada del inspector Belmonte o del inspector de Menton. Ambos se habían comprometido a informarme. La esperaba y de vez en cuando cerraba los ojos, pensaba a trompicones y me sobresaltaba. Felipe permanecía a mi lado. Su presencia me hacía bien. Posiblemente la vida en pareja no fuera perfecta, pero resultaba muy tranquilizador compartir mis emociones con alguien.

Íñigo Belmonte, más expresivo que el policía francés y muy didáctico, me puso al corriente de los protocolos establecidos y de la obligación de que ninguno de los países se los saltara. Aunque me

hubiera informado la policía francesa, era Europol la que controlaba el proceso. Lo único que obtuvo de extraordinario fue que lo incluyeran entre los que acompañarían a Lupe a España. Tuvo que explicarme que trabajaban con una base de datos muy grande en la que tenían la posibilidad de cruzar datos.

Belmonte me hizo preguntas sobre ella, sobre mí y más específicas sobre mi padre que ni pude ni quise eludir. Le confesé mis temores, mi sospecha de la existencia de los diamantes de la reina y algunas gemas que él poseía y que no aparecían. También le informé de lo que sabía de Hervé por mediación de la mujer italiana. No era mucho, pero incluí lo que me había confesado Gianni con su rotunda ingenuidad: que el hombre que le había jurado amor eterno la maltrataba. Sin poder evitar el llanto, le hablé de mi incapacidad para afrontar los presagios sentidos tres años atrás y le aseguré que ni en aquel momento ni entonces me interesaba recuperar los diamantes, sino a mi hermana.

Me abracé a Felipe. Me tranquilizaba aquella subterránea organización que existía bajo la vieja Europa para impedir o atenuar el crimen organizado. De niña rezaba con fervor y sin resultados hasta que caí en la cuenta de que Dios tenía demasiadas peticiones imposibles y no merecía la pena mi esfuerzo; había demasiada necesidad por el mundo. Lo que hice fue depositar un trocito de fe en todos los que transitaban el camino de la magia: el ratoncito Pérez, los Reyes Magos, las hadas del bosque, los duendes del libro de Selma Lagerlöf o los budas, a los que tan solo tenías que acariciar la reluciente tripa para que te atendieran.

Vivir sin dioses es como ir de viaje sin seguro de asistencia, así que, ya adulta, me dediqué al yoga, al pilates, y también a ser una mujer como mandaba aquel Dios que no me había querido del todo. Ahora le pedía cosas a mi padre. Confiaba en que, al haber pasado a mejor vida, se hubiera hecho con alguna influencia celestial y estuviera más pendiente de mí. Además del trabajo de Europol, le rogué que Lupe volviera sana y salva, y que aquellos signos de violencia que me traían a maltraer fueran cuatro arañazos y un moratón que aliviaríamos con compresas de aloe y tomillo.

Maite me advirtió de que Julia estaba asustada. Ahora que estaba al corriente de todo, la sentía más cerca y más temerosa. «Pero, *ama*, ¿por qué no has compartido conmigo todo esto? ¿Crees que no sé lo que supone para ti volver a Formentera?». Era la misma queja que yo tenía de mi padre. A veces me olvido de que es una mujer adulta y que es muy consciente de lo que significa para mí. En cambio yo, con esta maternidad eternamente vigilante, olvido que para ella soy su principal referencia y que me conoce mejor que nadie. Posiblemente fuera cierto que él quería protegerme. Nunca se sabe cuánta verdad de nuestra propia vida puede aceptar un hijo. No es del todo bueno hacer cómplice a la única persona a la que realmente necesitas, por instinto la proteges, te asusta provocarle un dolor que apenas soportas y que desconoces en qué terminará.

Volvió a llamarme. No se fiaba de que la tuviera al corriente de las noticias. Hablamos. Me paseaba por los alrededores de la casa hablando en voz baja por si alguien me escuchaba. A pesar de que sabía que las fuerzas del orden estaban ocupándose de la banda de Hervé, veía ojos por todas partes. Le regalé algunos detalles, pequeñas confidencias que ella guardaría en su corazón.

—¿Cómo está Felipe?

Estaba sentado a la mesa observando el viejo calendario de 2017 que mi padre había llenado de garabatos.

—Se encuentra mejor. Sin fiebre, pero con el hombro inmovilizado. Incómodo. ¿Quieres hablar con él?

—*Ama*, llámame por vídeo, porfa. Me muero de ganas de verlo.

Mi hija es de ciencias. Necesita pruebas de realidad y maneja la tecnología como si viviera en Silicon Valley. Avisé a Felipe de que Julia quería verlo. Se atusó el pelo con coquetería, se recolocó la banda que le sujetaba el hombro y me miró pidiendo aprobación. Me situé a su lado y llamé a mi hija para que nos viera.

Vi que se sorprendía. Abrió mucho los ojos y se llevó la mano a la boca como para impedir que saliera una palabra inadecuada. Los jóvenes poseen una memoria despiadada. Hacía unos cinco años que no lo veía y los cambios eran evidentes. La oí preguntarle por su vida, por su pintura, y él a su vez la interrogó sobre el viaje y los estudios.

No quería inmiscuirme, así que me deslicé a la habitación para dejarlos a solas. Palabras que empiezan con «G»: giro, ganas, gratitud… ¿Qué diría Julia cuando le confesara que teníamos intención de compartir nuestra vida?

Me acerqué a la librería con curiosidad. No sabía si seguían allí unos viejos mapas de carretera que mi padre guardaba celosamente. Encontré el correspondiente a la Costa Azul. El itinerario recorría Francia e Italia con sus dientes royendo la tierra por la que transitaban los turistas como *voyeurs* del lujo. Busqué Menton.

Felipe me devolvió el teléfono todavía sobrecogido por la alegría de mi hija.

—Es maravillosa. ¿Qué haces?

—Miro la Costa Azul.

Busqué imágenes en el teléfono. Vi una iglesia, casas, montaña, playa. No parecía un lugar que infundiera temor. Observé en Google las calles y los riscos, fabulando con lo que podría haber vivido Lupe. Reprimí la tentación de ponerme a investigar sobre las bandas y mafias que se asentaban por aquella zona. No era bueno levantar las faldas al mundo que mi padre debió haber evitado.

—Nunca pensé que tendría tantas ganas de recuperar mi vida. No puedo moverme de la isla hasta que ella regrese.

—Sentémonos fuera. Quedan un par de horas de sol, nos sentarán bien.

No pude permanecer quieta. Me dediqué a quitar hierbas, a mover piedras sin convicción. Comprobé la profundidad de la piscina y arranqué con cuidado los hijuelos del enorme cactus que crecía cerca del garaje para plantarlos en el caserío. Se me quedaba pequeña aquella cárcel donde nada podía hacer sino esperar. Felipe seguía mirando el viejo calendario. Fui hasta el lugar donde estaba el cartel de finca particular y lo arranqué con rabia. Lo tiré cerca del muro. Me había dejado de interesar y necesitaba frenar mi ansiedad. Oí la voz de Felipe, que me llamaba desde la puerta del taller.

—Creo que he descubierto algo. —Me llevó hasta la mesa donde reposaba el calendario. Felipe no dejaba de mirarlo—. La primera palabra que Lorenzo escribe lo hace el día 2 de cada mes. Fíjate…,

aquí, aquí…, la misma palabra, «correo». Le he dado muchas vueltas. Por un momento creí que tenía relación con el apartado de correos. Quizá iba a recoger las cartas el 2 de cada mes. Lo comprobé. Pregunté, me hice con la dinámica de reparto de la isla. El 2 no significaba nada. Luego, como hemos hablado a veces, si hay algún mensaje en esta finca, estará redactado o hecho de manera que alguien pueda interpretarlo. Es para ti, de otro modo hubiera empleado el francés. Creo que se refiere a un mensaje.

—Un mensaje…, ¿quieres decir un mail?

—No forzosamente. Él sabe que no tenemos sus contraseñas. Creo que en realidad nos avisa de que lo que viene a continuación es un mensaje. Sea lo que sea, lo que quiera decirnos, correo…

—Es un punto de partida.

—Que lo escriba en el 2 quizá signifique algo.

—Dos días, dos piernas, dos manos, dos hijos, dos casas… Aquí hay dos casas.

—Apostaría a que Lorenzo deseaba que supieras dónde estaba lo que escondía, pero no podía escribirlo. Observa. Hay palabras que se repiten en todos los meses: «correo», «aceite», «Toledo». ¿Significan algo para ti?

Me quedé pensando. Maite y yo hicimos un viaje con los niños a Toledo, pero no recordaba nada que pudiera asociar con mi padre.

—En principio no me dice nada. ¿«Aceite»?

—Algún significado debe tener.

—Lo tendrá, pero hoy solo puedo concentrarme en si me suena el móvil.

—Eva, de un momento a otro llamarán. Estate tranquila. Ayúdame con esto.

—De acuerdo.

Me pegué a él y traté de concentrarme en sus descubrimientos.

—Creo que será mejor que lo dejes. Llevas horas ahí sentado devanándote los sesos. Demos un paseo.

Pero no llegamos a salir, porque el teléfono volvió a sonar.

El cuaderno de Lorenzo

Están aquí.

Cuando hace una semana llevé a Eva al puerto, me pareció que alguien nos seguía. Intenté que ella no notara mi temor. Le había prometido que nos reuniríamos en Bilbao en cuanto resolviera unos asuntos, pero no lo tenía claro. Si iba, podrían hacerles daño a ella y a mi nieta.

Eran los primeros días de septiembre y en el puerto los turistas volvían para incorporarse a sus obligaciones. Pedimos un refresco en el bar de Martín y, allí, un hombre, el mismo que estaba el día anterior en Sant Ferran, tomaba un café al otro lado de la terraza sin dejar de observarnos tras sus gafas de sol.

Eva es una mujer despierta y siempre está pendiente de mí. Supo que algo me distraía. Mi hija hizo esfuerzos sobrehumanos por hacerme confesar lo que me inquietaba. Era demasiado tarde, faltaban minutos para que ella volviera a su vida y lo que yo guardaba estaba instalado en mí, muy profundamente. Contarle a Eva que prefería que me mataran a entregar mis diamantes no estaba en el programa.

La vi subir las escalerillas del barco y tuve un extraño presentimiento: por un momento creí que no iba a verla más. Me quedé mirando la silueta del ferry, la estela de espuma que levantaba hasta que salió por la bocana y se perdió en el horizonte. Volví sobre mis pasos apesadumbrado y también ligero. Como no deseaba volver a una casa vacía, me fui a Sant Francesc a tomarme un gin-tonic, maldiciendo mi enconada voluntad de guardar secretos.

Miré varias veces a mi alrededor. Una voz apaciguadora me advertía de que quizá el hombre del puerto no estuviera allí por mí. No lo vi al

abandonar el aparcamiento, y tampoco cuando dejé el coche cerca de Eroski y esperé un par de minutos para salir y pillarlo in fraganti. Sin embargo, casi cuando apuraba el último sorbo, lo atisbé de nuevo. Me adentré por las calles de detrás de la iglesia, fui hasta la tienda de Piero, que estaba cerrada, y al pasar por la parada de taxis me metí con rapidez en uno y pedí al taxista que me llevara a El Paraíso. Pensé que el hombre seguiría vigilando mi coche.

Esa noche me trasladé de nuevo al taller. Me encontraba más cómodo. El espacio era más controlable y desde la azotea tenía una vista perimetral perfecta. Como un viejo vigía, me instalé en la habitación pequeña para ver el inicio del camino desde la cama. Estuve alerta hasta que me venció el sueño.

Desde ese momento, ya no hubo dudas. No sabía la manera en la que estaba siendo controlado, pero sabía que me vigilaban. Era lo que Vincent me había advertido, que un día tendría la sensación de haber visto a la misma persona varias veces, que luego miraría atrás y que por fin me cercioraría de que no se trataba de una sensación, sino de una realidad. Había insistido en que cuando eso sucediera debería tomar una decisión. Yo la tenía tomada.

Cambié de coche. Convencí al chico de la agencia de alquiler de que no iba bien y le facilité la localización del que había abandonado en Sant Francesc. Los días siguientes se poblaron de fantasmas y la tensión iba carcomiéndome. Oía ruido de pasos entre la maleza, me parecía que alguien había entrado en la casa en mi ausencia y había movido las cosas de sitio. Me sentía algo ridículo poniendo trampas, señales invisibles para descubrirlos. Reservé una mesa en un restaurante que conocía bien. Aparqué muy cerca y me vestí como si fuera una ocasión especial. Al entrar, Lula, la encargada, se acercó a mí y le pedí que me preparara un par de cosas para llevar. Cuando tuve mi pedido salí por la puerta de la cocina y me fui a casa andando. Una hora después, un coche pasó lentamente por el camino. Mis vigilantes se mueven en un Golf blanco.

Ya no me siento en el porche a mirar las estrellas en la oscuridad y jamás me olvido de conectar la obsoleta alarma de El Paraíso. Busco compañía constantemente, tanto que he cenado con Lupe. Llamo a mi

hija varias veces al día para rogarle que vuelva. Le he prometido que si lo hace iré al médico, como ella desea. En realidad debo sincerarme, explicarle la situación en la que me encuentro, mostrarle dónde escondo mis tesoros y, lo que es peor, pedirle que respete mi decisión. Si algo no quisiera es ser un caso policial que nunca llegará a resolverse. Me pregunto si se conformarán con la réplica del collar, debería dejarlo a la vista.

Quizá haya heredado la tozudez de mi pobre María Antonieta, y como ella se refugió de la asfixia de la corte en el Petit Trianon, yo he venido aquí. Intuyo que mi destino, en el mejor de los casos, será que me rompan la crisma cuando me niegue a entregarles lo que me pidan. A ella, a mi reina, en las noches que precedieron a su ejecución y con apenas treinta y ocho años, el pelo se le volvió blanco como la nieve. Ahora la siento cerca y entiendo cómo tuvo que ser la certeza de su espera.

Hoy, al ir a recoger el correo, he constatado que habían violentado mi casilla. He preguntado si le había sucedido lo mismo a algún otro cliente. Estaban sorprendidos, dicen que es la primera vez. Me han asegurado que para mañana estará arreglado, pero la verdad es que me importa muy poco, pues al llegar a casa, en el jardín trasero, había pisadas en la zona de las especias. Siempre recojo albahaca fresca cuando viene mi hija.

Están aquí. No me cabe duda.

Mañana llega Eva.

Hoy trataré de que todo quede en su lugar y permaneceré atento. Lo único que deseo es que no se presenten mientras ella está aquí, solo eso.

4

Eva Landaluce

Octubre de 2020

> El mejor guardián de una cosa es también el mejor ladrón.
>
> PLATÓN

El sonido de mi móvil se abrió paso y ambos saltamos. Miré la pantalla del móvil iluminada y el número tenía un prefijo extranjero.

—¿Eva?

La voz de Lupe se abrió paso y me llegó al corazón. Sollozaba como una niña. Le susurré palabras de consuelo mientras evitaba con un enorme esfuerzo unirme a su congoja. Apenas pude decirle lo que quería, éramos incapaces de contener la emoción de escucharnos.

—Pronto estarás en casa. Sé que has pasado por algo muy duro. Sanarás, hermanita.

—No perdamos tiempo —musitó entre hipos—, el inspector me ha dejado su teléfono para que hable contigo. ¡Estoy tan cansada, Eva! Una semana sin poder cerrar los ojos… Hoy he dormido en el hospital. Hacía días que no me dejaban dormir. Ha sido Hervé. —Volvió a echarse a llorar.

—Cariño, sé que en este momento necesitas llorar. Estate tranquila. Hemos salido de peores situaciones. ¿Ha llegado el inspector Belmonte?

—No sé quién es… El que está conmigo es monsieur Pingnot.

—Íñigo Belmonte es el que va a encargarse de todo y quien te traerá a casa, eso me ha dicho. Ellos te lo explicarán. ¿Te han hecho daño?

—Estoy… muy cansada, con algunas magulladuras y desde luego con el corazón roto. Ahora no quiero hablar… Eva, lo siento mucho. Hervé era un impostor. Está a las órdenes de un mafioso que busca los diamantes de los que hablaba Lorenzo. Creían que yo podía saber dónde estaban. Todo era mentira, me refiero a su amor. No me amaba ni quería tener un hijo. Solo estaba conmigo por las joyas. Dicen que Lorenzo se las robó. Ha sido horrible. Creí que iban a matarme de verdad. He estado encerrada en un sótano todo el tiempo, pero pude escapar…, no te diré cómo. —Y se echó a llorar de nuevo. Antes de devolver el teléfono al inspector, mi hermana deslizó un «perdóname» especialmente conmovedor.

Al otro lado, el policía francés me preguntaba si todo iba bien. Con un nudo en la garganta le dije que sí y me interesé por la suerte de mi hermana. Me alivió saber que esperaban a la policía española. Lupe estaba de acuerdo en mantenerse tutelada.

Hablar con ella no me había confortado tanto como esperaba. Mi hermana estaba bien, pero se le había quebrado la voz en varias ocasiones. Me pregunté qué habría sido capaz de hacer para escapar. La hubiera ametrallado a preguntas, pero creí conveniente reservarlas para cuando estuviésemos juntas y serenas.

Felipe me arrastró al exterior con el pretexto de que el aire me haría bien y ambos necesitábamos un paseo.

—Hasta los acantilados.

Me dejé llevar. Mi acompañante me situó de manera que pudiera pasarme el brazo sano por los hombros. Caminábamos en silencio.

Con esa misteriosa tenacidad con que se imponen las sensaciones, el peso de su mano constituía el punto sobre el que recaían todas mis terminaciones nerviosas, como si aquel contacto banal abriera las puertas que comunicaban su intimidad con la mía. Marchábamos acompasados, unidos a la altura de la cadera. Por un momento, se hizo tan relevante su presencia que tuve que suspirar un par de veces

para aligerar la abrumadora percepción. Un paso detrás del otro, incapaz de pronunciar una palabra que rompiera la magia, desviaba las fantasías que acudían a mi mente y me obligaba a no pensar. Me moría de ganas de apoyar la cabeza en su hombro, asirme a él como me pedían las tripas y confirmar mi deseo.

Apenas unos metros antes de llegar al punto donde debíamos dar la vuelta, Felipe se detuvo, me giró hacia él y sin mediar palabra me besó, con una cierta impaciencia al principio y buscándome con sabiduría más tarde. Yo me pegué a su cuerpo, me dejé caer sobre él y constaté lo que sospechaba. Nos confortamos en silencio, queriéndonos como viejos amigos y aplazando la pasión, pero allí estaba.

A lo largo de mi vida amorosa me he preguntado en infinidad de ocasiones por la mágica química que se despierta en nosotros cuando deseamos. La necesidad de reconocer, en su distinta intensidad o perfección, al enviado por los dioses me ha obsesionado y martirizado. No sabía a ciencia cierta si lo que nos une son las hormonas sin más, la falta de contacto o el misterio de reconocerse en el otro.

Por fin creo entender la diferencia que hay entre un amante y un amado. En estos últimos hay libertad al abrazarlos, una clase de abandono vertiginosamente maravilloso con el que te topas pocas veces en tu vida. Lo había sentido con Jean-Luc, mi chef francés, y con el padre de mi hija. Con ambos había bajado las defensas y elegido el riesgo de vivir en plural. Ahora, mientras abrazaba a Felipe, volví a sentirlo.

El hogar…, nuevamente el hogar.

Creo que fue ese el momento en que sellamos un compromiso largamente aplazado. Por fin nos atrevimos a reconocer que nos urgía explorarnos y dar rienda suelta al deseo. Volvimos sobre nuestros pasos hacia El Paraíso. Cerramos la puerta y encontramos lo que queríamos.

Había olvidado cómo buscas la piel del otro cuando amas, la sensación de que descubres por primera vez la tibieza de un cuerpo, y esa misteriosa manera en que la realidad se hace volátil, casi etérea. Ambos conocíamos los equipajes que transportábamos y eso resultaba

liberador. Estábamos en el punto de partida.

Dormimos y nos deseamos de nuevo con ese desorden que el amor tiene. Y solo al día siguiente, cuando volvieron las noticias, lo cotidiano se impuso. Lupe volaría a Ibiza desde Barcelona. Íñigo Belmonte la acompañaría. El expediente del asesinato de mi padre se reabría. Cuando una estrena amor, me dije al saberlo, el mundo debería posarse a sus pies, despejar el camino para deslizarse, evitar cualquier accidente, pero por lo visto no iba a ser así.

—No termina esta pesadilla… —me quejé en voz alta.

—Esta vez estaremos juntos.

—Y ahora —pasé los brazos alrededor de su cuello—, ¿qué voy a hacer contigo?

—Espero que me quieras querer. Yo tengo que poner mi vida en orden, y en cuanto pueda tendré que volver a París y poner fin a mi caos. Aunque no corre prisa, vivimos en plena era tecnológica. Me quedaré contigo y con Lupe hasta que se terminen los trámites de este horror.

—Ahora volverá la investigación, con el policía de Ibiza, y mi hermana necesitará un terapeuta. Quizá acceda a venir a casa.

—Muy probablemente.

Cerré los ojos. No quería pensar en el abanico de atrocidades que un hombre malo puede hacerle a una mujer que lo ama. La cantidad de delicados vínculos que puede romper en su psique. Lupe era frágil, muy frágil, y eso solo lo detectábamos los que la amábamos de verdad y los malnacidos como Hervé.

Mientras Felipe se bañaba haciendo piruetas, salí al exterior para llamar a Maite. Imaginaba que su amigo la tenía al corriente, pero necesitaba hablar con ella de lo que había encontrado en él. Caminé con el teléfono en la mano alrededor del taller.

Estábamos en el mes de octubre, y el otoño se retrasaba. La tarde era cálida y luminosa. Maite dejó que abriera mi corazón, preguntaba y yo respondía sonriendo sin proponérmelo. Se oían los pájaros, y los colores del cielo se mezclaban con el horizonte marino. Seguí dando

vueltas y, cuando me acercaba a la casa, miré distraída el olivo. Un pensamiento me detuvo en seco. Me despedí de Maite con prisa, prometiendo que la llamaría en cuanto hubiera novedades.

Corrí en busca de Felipe.

De pronto había recordado que Carmen contaba que las tinajas de la entrada las había encontrado en un anticuario de Toledo. Nos había explicado que tenían cerca de doscientos años y que se utilizaban para almacenar aceite. Aceite, Toledo y dos… El corazón me palpitaba desbocado, estaba temblando. Volví a tocarlas. Según decía mi padre, aquel gesto traía suerte a los moradores de la casa.

Lo besé cien veces mientras le contaba mi descubrimiento. Olía a jabón y a ternura.

Para que las hojas y el polvo no entraran en el interior de aquellas bellas tinajas, recordé que mi padre había construido una especie de tapa que acababa en un alambre y después las había sellado con cera.

—Ahí —Felipe señaló las escaleras—, precisamente debajo de los peldaños, bajo la hojarasca, encontré las gafas de Lorenzo.

—Es una buena señal…

Las tinajas eran casi de mi altura. Tuve que ponerme de puntillas para mirar dentro. Felipe, a mi lado, escuchaba mis teorías sobre las señales que el destino deja y lo malos que éramos interpretándolas.

Aparentemente todo seguía igual. Me pregunté si el tiempo era capaz de hacer desaparecer las huellas de alguien. Metí la mano haciendo equilibrios para no caerme. Retiré la hojarasca que Felipe analizaba.

—Esas hojas secas no son de este verano. Están ahí desde hace mucho tiempo.

—Quieres decir que pudo colocarlas mi padre.

—Podría ser.

Palpé una superficie áspera y reseca. No me pareció tierra. Estaba demasiado compacta y servía para taponar la abertura. La forcé por un lado, comprobando que había algo de holgura.

—Presiento que lo que buscamos está aquí. Me lo dicen las tripas. ¿Podrán moverse?

Felipe trató de empujarlas. El hombro no le permitía demasiados

esfuerzos. Lo intentamos entre los dos, pero las tinajas estaban perfectamente ancladas.

—Debajo hay cemento. No podremos moverlas.

—Lo más fácil sería romperlas.

—No, por favor, mi padre las adoraba y, no sé, quizá sea una tontería, pero preferiría intentarlo de otra forma.

Hacíamos lo que podíamos. Más que nuestra agilidad, lo que nos hacía seguir probando maneras de acceder al interior de la tinaja era la voluntad. Felipe se subió a uno de los peldaños y, mientras yo lo sujetaba, dio unas patadas a lo que parecía taponarlas.

—Si Lorenzo metió algo de valor aquí, te aseguro que lo hizo para que una patada no lo abriera. Apostaría a que hay algún mecanismo. Voy a necesitar la escalera.

—¿Dónde está?

—En la parte trasera del garaje.

Corrí a buscarla. Deseaba con todas mis fuerzas encontrar no ya los diamantes, sino lo que mi padre hubiese tocado por última vez. Si sus joyas estaban allí, como sospechaba, era fácil entender la razón por las que no me las había enseñado la última noche. No me importaba el valor, nunca tuve necesidad económica, y en aquel momento mi asesora fiscal se las veía y deseaba para colocar mi herencia. Lo que era verdaderamente importante era dar un paso adelante en aquella historia interminable. Quería volver a mi casa con mi hija, llevarme a Lupe y a Felipe, formar un hogar para todos nosotros y tratar de que el olvido conquistara por fin nuestra vida.

Encontré la vieja escalera y regresé jadeando. Felipe estaba apostado junto a la tinaja situada a la derecha de la entrada.

—He descubierto que esta tierra es una masa compacta probablemente creada para que haga de tapón. He buscado algún dispositivo, pero me temo que no hay nada.

Se subió a la escalera y me pidió que lo iluminara con la linterna del móvil. Mientras especulábamos, el sol empezaba a esconderse. Yo le agarré la pierna, fuerte y musculada. No quería otro accidente.

—Necesito las dos manos, y el esfuerzo duele una barbaridad.

Intercambiamos papeles, él me sujetó para que no me cayera y logré

introducir las manos sin dificultad. En esos instantes, trascendentes para mí, pedí ayuda a mi padre. «Es tu momento de demostrarnos cuánto nos quisiste».

De pronto, toqué una textura indefinida con las yemas de los dedos. Vi parte de un cordel disimulado en una rendija diminuta que parecía hecha a medida. Lo tomé entre los dedos y tiré. El tapón cedió, desprendiéndose por los laterales. Repetí el gesto y algo parecido a una romana de la que pendía un bulto subió a la superficie.

No salimos de nuestro asombro cuando vimos que aparecían un par de bolsas enlazadas en un sistema de poleas absolutamente ingenioso. Se me saltaron las lágrimas al imaginarme a mi padre diseñando aquel artilugio. Una mezcla de ternura amarga comprometía mi respiración. La vida no merecía ser sacrificada por unas piedras, aunque fueran preciosas.

—Lorenzo no quiso entregarlas. Estaba seguro. Construyó esta maravilla para esconderlas. Los ladrones buscan en el interior, no en lugares que estén a la vista.

Todavía incrédulos, nos sentamos en las escaleras y abrimos las bolsas para contemplar el botín. Yo no dejaba de llorar, con suavidad, como si mi cerebro se hubiera olvidado de cerrar el conducto de las lágrimas. Me temblaban tanto las manos que Felipe me apoyó encima la que le quedaba útil para detener el temblor. Probablemente él experimentaba la misma conmoción, pero tenía una disciplina y un control de los que yo carecía.

Las letras y el logo de Cartier estaban bordados en las bolsas de terciopelo. Las conocíamos. Las habíamos visto y tocado. No aquellas, que eran algo más grandes, pero similares. Las desplegué con cuidado, sin prisa, y con el corazón desbocado. El sol se ponía en ese momento, pero no nos movimos. Las luces automáticas se encendieron y nos ofrecieron una espléndida visión.

Una docena de saquitos fueron desvelando aquello por lo que mi padre había entregado la vida. Allí estaban los diamantes de su reina, cinco piedras que puse en mis manos y que me parecieron similares a los cristales de una lámpara antigua que habíamos comprado Maite y yo para el caserío. Eran, a mis ojos, unos cristales maléficos que nunca

podría admirar. Ambos los tocamos con timidez, casi impactados por que no hablaran o gritaran su historia.

—No puedo creer que muriera por esto.

—No fue solo esto, Eva. Estas piedras significaban mucho para él —me corrigió Felipe—. Creo que ninguno de nosotros dos quiere seguir contemplándolos. Abre el saquito verde.

»Esa pulsera perteneció a Maria Callas —añadió—. Sabía que quería adquirirla y aquí está.

—Me la enseñó. Es preciosa.

Hallamos más piedras y joyas de las que imaginábamos que guardaba: un espléndido y voluminoso diamante rosa de talla cuadrada, un collar de perlas, un broche que Felipe sabía que había pertenecido a su diva, un anillo de esmeraldas, varios e importantes diamantes y piedras preciosas sin montar… Probablemente constituían una fortuna, y su valor quedaría reflejado en una serie de acreditaciones y títulos de propiedad que también encontramos.

—Es raro que no esté la réplica del collar —apunté—. Quizá se la llevaran y volvieron al descubrir que era falsa. Era magnífica. Me la mostró en varias ocasiones.

—Yo reproduje el collar en un dibujo que supongo que estará en el guardamuebles de París. Lo acompañé al castillo de Breteuil, donde se exponía una preciosa reproducción. Todos saben que ese collar no existe…

—¿Has mirado en la otra tinaja?

Repetimos la maniobra con mucha más facilidad.

No había bolsas de terciopelo y tampoco la réplica del collar. Lo que encontramos fue una preciosa pluma y un cuaderno grueso escrito a mano que empezaba así: «Termina el mes de febrero y sigo vivo…».

Allí nos quedamos Felipe y yo, susurrando por si nos escuchaba alguien, acurrucados e incapaces de movernos, pasando las páginas resecas en las que a veces mi padre parecía hablarnos, a mí o a él. La luz se colaba en mis pensamientos a medida que emergían los nombres de quienes conformábamos su destino. Solo me quedaba aceptarle del todo, recibir a Lupe y enfrentarme a lo que debía hacer con los diamantes.

Dóciles, recogimos los tesoros y dejamos las tinajas tal y como estaban. Volvimos al taller, metí las bolsas de terciopelo bajo las toallas, cerré la puerta y nos reunimos de nuevo para disfrutar del milagro de haber descubierto el último deseo de su corazón. La casa había expulsado su misterio y solo era una morada en la isla de Formentera.

Amanecimos pensando que tan solo teníamos dos días para escribir el guion del resto de nuestra vida. Dos días antes de que llegara Lupe con el inspector Belmonte y con el inspector Bonell, mi viejo conocido de Ibiza. Dos días para llenar la nevera, para comprobar de vez en cuando si seguían bajo las toallas, para cerrar puertas, para hablar con Carmen y para seguir amándonos.

Leímos el cuaderno, en voz alta, por turnos, haciendo pausas para respirar, para añorarlo o insultarlo. Yo desconocía la verdadera vida profesional de mi padre, sospechaba los valores por los que se regía, pero nunca me había parado a calibrar la magnitud de su obsesión. Esa obstinación le hizo buscar y documentarse ejemplarmente. No tenía idea de sus torturas emocionales, de lo que debió de amar a Erika o a Carmen. Y luego estaban los pasos que había dado para conseguir las piedras, su ética destruida, la manera en que lo que lo sostenía se fue viniendo abajo hasta el punto de no querer vivir.

Ese primer día me dediqué a reconstruir al verdadero Lorenzo Landaluce y también a mi padre, y a medida que lo hacía, sentía que quizá pudiera enterrarlo del todo y no despertarme cada 30 de septiembre con aquella estocada en el corazón.

A mi lado, sin decírmelo, Felipe hacía lo mismo. Encajaba su culpa en los huecos que su amigo le mostraba. Una frase le levantaba la piel y entonces caminaba hacia la ventana y me daba la espalda para que no viera su pena.

Eran más de las dos de la tarde cuando fuimos a comer a Sant Ferran. Dos días, día y medio, más bien, no era demasiado tiempo, así que

mientras nos traían el postre hice una de mis listas, encabezada por el mensaje que había enviado a todos los que esperaban a mi hermana: «Necesitamos tener el teléfono operativo. No me llaméis. Os mandaré noticias».

Felipe se comprometió a localizar a Vincent Bertholom. Íbamos a necesitarlo. Ninguno de los dos deseaba conservar lo que nos había hecho tanto daño. ¿Qué iba a hacer yo con los cinco diamantes del collar de la reina?

—Mi padre dice que le gustaría que se expusieran en un museo.

—Lorenzo dice muchas cosas, Eva, pero ahora tienes que pensar en ti. No quiero ni imaginar lo que tendrías que desvelar para hacer eso posible. Esos diamantes no existen para el mundo y es mejor que así sea. Lorenzo es como el Quijote del collar de su Dulcinea…, Maurice Leblanc creó a su ladrón, Lupin, para robarlo; y el libro de Benedetta Craveri lo dice absolutamente todo sobre ese collar. Es una locura sacarlos al mercado. Bertholom te asesorará y aconsejará mejor que yo.

—Solo de pensarlo…

Mientras hacía una buena compra, Felipe, con el teléfono pegado a la oreja, intentaba conseguir el número de Vincent. Recorrí los pasillos y llené el carro vigilando a aquel hombre a cuyos gestos deseaba acostumbrarme. Estaba pagando cuando él se acercó a la puerta y levantó el pulgar en señal de victoria. Vincent estaría encantado de hacer una conexión con nosotros en dos horas.

—No podemos arriesgarnos a hacerla en El Paraíso. Es más que probable que no haya cobertura. Vayamos a casa de Lupe.

Vi que Felipe se tomaba un ibuprofeno. No se quejaba. A veces lo miraba y me lo imaginaba perdido o borracho y sentía un escalofrío. Era un hombre sólido, sencillo, y hacía las cosas fáciles. Me acostumbraba a él sin roces ni recelos y me gustaba enormemente conjugar los verbos en plural. El hogar…

Vincent Bertholom fue puntual, y la cobertura en Sant Francesc era perfecta. Cálido y cuidadoso, con un francés al abrigo de sus mareas

bretonas, me habló de mi padre con cariño y yo le informé de lo que habíamos encontrado. Le hablé del cuaderno y prometí que le enviaría fotos de las partes en las que hablaba de él. Vincent confesó su sufrimiento por el silencio que le había prometido.

Fueron casi dos horas reparadoras y definitivas. Sus consejos acerca de las piedras y los coleccionistas furtivos fueron determinantes.

—Todos sabemos que tu padre era altivo y testarudo. Si se hubiera desprendido de esas piedras, ahora seguiría con nosotros, pero ninguno puede saber lo que significaban para él. Lo imaginamos, pero… Ahora no es preciso que respetes su voluntad, al menos no en lo que respecta a las piedras. Si quieres una vida tranquila, yo puedo entregárselas a Marlai y conseguirte una buena suma a cambio. Nadie sabrá que se las has proporcionado. Marlai no estará contento. Con el asunto de Lupe, la policía va a hacerle la vida difícil. No lo detendrán, eso te lo aseguro. No te aconsejo que las lleves a un museo, podrías pasarte la vida vigilando tu espalda. Siempre podrás justificar la aparición de las joyas, tu padre no hacía operaciones oscuras, por eso has encontrado las acreditaciones de propiedad. Y me alegro de que fuera ingenioso.

Todo su discurso estaba lleno de razón, aunque no se respetara la ley. Eso me molestaba. Si le entregaba las piedras a Marlai, ¿traicionaba a mi padre?, le pregunté. Vincent no dudó.

—En tu caso, él las entregaría. La traición no es más que elegir el lado bueno de la cama para dormir.

Le di la autorización para que iniciara las negociaciones. Quedó en llamarnos en cuanto pudiera contactar con Marlai. Felipe llevaría a París los diamantes y yo lo esperaría para celebrar el cumpleaños de mi hija en un hogar donde intentaríamos ser felices.

Estábamos a punto de volver a El Paraíso cuando me llamó el inspector Bonell.

—Un placer reencontrarla. El inspector Belmonte me ha pedido que le comunique que su hermana y él llegarán a Ibiza procedentes de Barcelona a las 15.40.

—Gracias por avisarme.

—Sé que está al tanto de las novedades. Siento lo de su hermana. La acompañaré hasta Formentera, pero, si usted puede, me gustaría verla sobre las once de la mañana.

—¿En Ibiza?

—No. Puedo trasladarme a Formentera. Estoy acostumbrado.

Vacilé. En realidad no quería verlo, si me reencontraba con él al mismo tiempo que con Lupe, sería un desastre, pero sabía que era imposible eludirlo. Ese momento era nuestro y no quería que nadie nos lo robara. Le dije que sí mientras miraba la plaza de Sant Francesc. Nos encontraríamos en el Matinal.

No sé por qué, mientras volvíamos a El Paraíso, recordé el puzle que había hecho con Gianni y la concentración que necesité para buscar los ojitos de aquel conejo. Durante tres años había vivido languideciendo, mermando mis fuerzas, acumulando temores, pero en aquel momento encadenaba responsabilidades, me enfrentaba a situaciones complejas y el miedo desaparecía para dar paso a una mujer resolutiva que encontraba una fuente de bienestar en la aceptación de la adversidad. Como decía la tía Fina, a la que tenía medio mosqueada, «Siembra, que ya recogerás».

Acababa de llegar un ferry. Casi al mismo tiempo, entró el mensaje del inspector Belmonte. Miré hacia la pasarela nerviosa en busca de la cabellera rojiza de mi hermana. Jóvenes con mochilas, parejas que se ayudaban con el equipaje y por fin, escoltada por el inspector Bonell y otro hombre, la vi buscarme entre el gentío. Ambas agitamos las manos y, en cuanto tocó tierra, me lancé a abrazarla como si fuera una hermana recuperada de las fauces de un león.

Me dio tiempo a apreciar los signos de violencia que me traían a maltraer: un feo rasguño en la barbilla, una muñeca vendada y los ojos enmarcados por profundas ojeras. No vi los otros rastros, los del dolor de su corazón roto, de su decepción, de lo que quizá nunca me contaría, pero su mirada era tan triste que parecía distinta. Llevaba un vestido de florecitas con media manga que ella jamás se hubiera

puesto voluntariamente. Parecía una irlandesa recién salida de la sacristía de una iglesia.

Felipe se unió al abrazo mientras los policías esperaban respetuosos a que termináramos con el recibimiento. Me separé de ella para darles la mano y agradecerles, en especial a Belmonte, la rapidez con la que lo habían solucionado.

—Lo cierto es que todas las instituciones que han intervenido, desde la embajada hasta Europol, han funcionado perfectamente.

—¿Cuáles son sus planes?

—Nos quedamos en Formentera hasta última hora. Tenemos una reunión con la policía local para que esté al tanto de la seguridad de su hermana, pero creo que el inspector Bonell ya ha acordado la manera de intercambiarse información.

—Sí. Hemos hablado esta mañana. Gracias de nuevo. ¿Nos veremos en otra ocasión?

—Probablemente.

Nos llevamos a mi hermana. Era nuestra. Ella se dejó hacer y no protestó cuando le propuse venir a El Paraíso. Yo había trasladado sus objetos personales y había preparado la habitación libre en cuanto supe de su llegada. Felipe y ella hicieron las paces mientras yo conducía. Él fue contándole lo que no sabía, y Lupe sonrió por primera vez cuando Felipe le confesó que formaba parte de la familia.

—Lo sabía. —Mi hermana me apretó el hombro desde el asiento de atrás—. Lo he sabido siempre. Por eso le di las llaves y te escribí la nota diciendo que tenías una sorpresa. Las señales estaban por todas partes.

Volvía a ser ella. Volvía a ver señales. Quizá porque tenía nuestro abrazo y porque los supervivientes se reconocen entre ellos.

Durante días tratamos de sanar moratones, hombros, abandonos y heridas en el alma. Creo que nunca seré consciente de todo lo que viví aquella semana. Lupe contó con pelos y señales el horror que había

vivido durante aquellos días. Hervé se llamaba en realidad Aldo Candau y era el lugarteniente de Marlai. No nos contó cómo se las había arreglado para escapar. Se limitó a decir que su guardián era un hombre sensible a sus encantos. Su instinto de supervivencia la hizo correr por un polígono desierto hasta que salió a una calle donde una chica la recogió y la llevó a la comisaría de policía. Ni siquiera sabía que estaba en Menton. Felipe y yo supimos que le costaría hablar sobre aquella experiencia y fuimos cautelosos. Ella reharía el relato, lo acomodaría y a su manera se convertiría en una aventura, pero para eso tenía que pasar tiempo.

Cambiamos de sitio lo que ocultábamos bajo las toallas y no le dijimos a Lupe que habíamos encontrado los diamantes. Le mentimos acerca de las joyas reaparecidas, explicándole que estaban en una caja fuerte alquilada a nombre de Felipe.

Mi amor siguió mejorando. Una semana después se fue a París para encontrarse con Bertholom y abrazar a todos aquellos a los que había dejado por el camino.

Yo volví a Algorta con Lupe. En teoría, iba a pasar el invierno con nosotras. Mi tierra me recibió como siempre lo hace, con esa medida justa que tiene su abrazo, y mi hija se acurrucó en mi regazo y me habló de su padre y sus hermanos.

Las pequeñas preocupaciones de la vida cotidiana no permiten que advirtamos que las adversidades se ciñen sobre nuestras cabezas, pero también esos regalos salvan a los que parecen desahuciados. No sé muy bien si decir que la vida es hermosa, creo que merece otro adjetivo que aún no he encontrado, pero lo que es seguro es que sigue dejándome boquiabierta. Me parece increíble que haya un único sobreviviente en una catástrofe aérea, que tu coche pase unos segundos antes por el lugar donde se derrumbará la ladera de una montaña o que tu padre busque unos diamantes que se tragó la historia un tiempo antes de que la reina María Antonieta muriera guillotinada.

Epílogo

Eva Landaluce

Agosto de 2022

Escribo estas líneas como supe que mi padre escribió sus cuadernos, en el porche de este Paraíso que vuelve a serlo. Estamos en agosto de 2022. Hace un calor imposible y cada uno de los moradores de esta casa, de la que no he podido desprenderme, busca su bienestar.

Detrás, en la piscina, Lupe se baña con Gianni y Julia. Los tres juegan y gritan como si tuvieran diez años. Mi hermana es bastante feliz y, como imaginaba, ha rehecho su tragedia convirtiéndola en una épica aventura que cuenta a quien quiera escucharla. No ha vuelto a hablar de Hervé desde que la policía nos comunicó que había muerto durante la detención de la banda de ladrones de joyas.

Felipe, al fondo del porche, pinta nubes doradas. De vez en cuando silba feliz. Ha recuperado la mirada que necesitaba para crear y no ha vuelto a París desde que el abogado de mi padre le entregó una carta para él. Ha tenido suerte, de él sí se despidió. Leímos las emocionantes líneas manuscritas en las que le pedía perdón y confesaba que pronto emprendería su último viaje llevándoselo en el corazón. Mi hija es residente en el hospital de Basurto en Bilbao y aprende cómo hincar el diente a la enfermedad bajo la sabiduría del doctor Ricardo Franco. Maite permanece a mi lado haciendo presupuestos y mandándome a bendecir bodas. Siguen sin gustarme, pero soy algo más indulgente que antes de encontrar el abrazo de Felipe. El amor no tiene por qué hacer daño, ser difícil o torturarte, el amor suave te ayuda a crecer. Es leal y cómplice, es una sombra que te acompaña para refugiarte cuando el sol hace daño. El amor no pide explicaciones.

Encontramos la manera de desprendernos, con un beneficio nada despreciable, de los diamantes de la reina. Vincent me hizo el favor de entregárselas al asesino de mi padre. Preferí que fuera él quien

heredara el maléfico karma que portan.

He regresado a la vida asistida por el olvido. Mi peculiar familia sigue encontrándose en este Paraíso que estuve a punto de perder. Leo y releo las palabras más íntimas y sinceras que él, estoy segura, escribió para mí.

Si alguien viene a esta hermosa isla, que sepa que aquí hay un Paraíso, esta finca donde la vida de nuestra familia quedó atrapada, pero el verdadero paraíso es aquel que llevamos escondido en nuestro interior.

Agradecimientos

Las historias no se sostienen sin un escenario en el que situarlas y en este, la isla de Formentera y mi amigo Javier Velilla fueron generosos e indispensables conmigo. Él, Javier, me puso en contacto con Bartolomé Ferrer Mayans quien no dudó en prestarme las memorias de sus días en la isla y su amor por ella. Sería interminable la lista de los nombres de mis alumnos, pero ellos saben lo que me importa su apoyo. Y gracias a esos lectores y amigos que cuando me encuentran me preguntan por la novela que me traigo entre manos. Todos ellos son nutrientes necesarios en el delicado proceso de la creación. Gracias, a Alejandro y a Rocío, e infinitas gracias a Pablo por deshacer los nudos de mi estómago cuando creo que no llegaré a la meta.

La isla guarda más secretos de los que ella imagina.

Eva Landaluce regresa a Formentera, el lugar donde fue tan feliz, pero que ahora recuerda con tristeza. Allí, en la finca familiar El Paraíso, encontró años atrás el cadáver de su padre, cuyo asesinato nunca ha sido aclarado del todo. Lorenzo fue un hombre carismático, un reputado joyero que se obsesionó con una pieza legendaria: el collar de diamantes de María Antonieta.

Con el corazón anegado de emociones, Eva debe enfrentarse una vez más a la tragedia y a los secretos del pasado: desde los misterios que siempre rodearon a la figura de su padre hasta el repentino silencio de su hermana.

Porque algunos sentimientos, igual que los diamantes, son eternos.

Con el apasionante arte de la joyería de trasfondo y el espléndido paisaje de Formentera, Elena Moreno nos brinda una novela de delicada factura que se detiene en las emociones más intensas.

Elena Moreno Scheredre

Aunque nací en Bilbao, me he pasado los días buscando las orillas del mar. Quizá por ello me fui a estudiar Periodismo a Barcelona y me quedé allí algunos años, disfrutando de la luz mediterránea, hasta que volví a casa. Siempre sorteando mi destino de contadora de historias, trabajé en radio (medio que adoro), televisión, agencias de comunicación y prensa. Escribí relatos, cuentos para mis hijos e impartí cursos de escritura desvelando los secretos de mi felicidad a futuros escritores.

En 2014 recibí el premio de literatura Aixe Getxo, un galardón muy especial porque Getxo es mi lugar en el mundo. Sigo colaborando en El Correo, con la columna de los viernes, así como en otros medios ya que la vida política y social me tienta.

He publicado *El salón de la embajada italiana* (2011), *Dondequiera que estés* (2014), *Devuélveme la luna* (2018) y *La frontera lleva su nombre* (2022). *Una isla para esconderte* es mi última novela.

Primera edición: mayo de 2024

© 2024, Elena Moreno Scheredre Los derechos de esta obra han sido cedidos a través de Bookbank Agencia Literaria © 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U., Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / David Ayuso
Fotografía de portada: © Alba González Robles

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-6761-8

Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es Spotify: penguinlibros YouTube: penguinlibros TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Una isla para esconderte

Primera parte

- El cuaderno de Lorenzo
- 1. Eva Landaluce
- El cuaderno de Lorenzo
- 2. Eva Landaluce
- El cuaderno de Lorenzo
- 3. Eva Landaluce
- El cuaderno de Lorenzo
- 4. Eva Landaluce
- El cuaderno de Lorenzo
- 5. Eva Landaluce
- El cuaderno de Lorenzo
- 6. Eva Landaluce
- El cuaderno de Lorenzo
- 7. Eva Landaluce
- El cuaderno de Lorenzo
- 8. Eva Landaluce
- El cuaderno de Lorenzo
- 9. Eva Landaluce
- El cuaderno de Lorenzo
- 10. Eva Landaluce
- El cuaderno de Lorenzo

Segunda parte

- El cuaderno de Lorenzo
- 1. Felipe Irizar
- El cuaderno de Lorenzo
- 2. Eva Landaluce

El cuaderno de Lorenzo
3. Felipe Irizar
El cuaderno de Lorenzo
4. Eva Landaluce
El cuaderno de Lorenzo
5. Felipe Irizar
El cuaderno de Lorenzo
6. Eva Landaluce
El cuaderno de Lorenzo
7. Felipe Irizar
El cuaderno de Lorenzo
8. Eva Landaluce
El cuaderno de Lorenzo
9. Felipe Irizar
El cuaderno de Lorenzo
10. Eva Landaluce
El cuaderno de Lorenzo
11. Eva Landaluce
El cuaderno de Lorenzo
12. Eva Landaluce
El cuaderno de Lorenzo
13. Eva Landaluce
Tercera parte
El cuaderno de Lorenzo
1. Eva Landaluce
El cuaderno de Lorenzo
2. Eva Landaluce
El cuaderno de Lorenzo
3. Eva Landaluce
El cuaderno de Lorenzo
4. Eva Landaluce
Epílogo Eva Landaluce

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Elena Moreno

Créditos